AGUSTINA BUERA
Un amor agridulce
NYC
Planeta

AGUSTINA BUERA

Un amor agridulce

AGUSTINA BUERA

Un amor agridulce

Planeta

Índice de contenido

Portada
Portadilla
Legales
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55

Capítulo 56
Epílogo
Agradecimientos

Buera, Agustina
Un amor agridulce / Agustina Buera. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2024.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-8612-6
1. Narrativa Juvenil. 2. Novelas. I. Título.
CDD A863.9283

© 2024, Agustina Álvarez Buera

Todos los derechos reservados

© 2024, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.paidosargentina.com.ar

1ª edición: marzo de 2024

ISBN 978-950-49-8612-6

Digitalización: Proyecto 451
Primera edición en formato digital: marzo de 2024

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Para las personas que amo.
¿Qué sería de mí sin ustedes?

Capítulo 1

Amadeus

—¿Dónde está la reducción de ciruelas que va con el bistec?

Frente a mí tengo un filete acompañado por un puré de papas colocado por debajo de la carne, como si fuese su cama. Solo le falta la salsa de ciruelas que va por arriba y le agrega ese toque dulzón que tan bien combina. Despego los ojos del plato y busco con la mirada a la persona que ya debería estar con la salsa.

La cocina es un destello de manos, cuchillos, fuego e ingredientes.

—¡Permiso! —La voz se está acercando, y cocineros y meseros se hacen a un lado, todos al mismo tiempo. Podría considerarse una escena caótica, si no fuera por el orden con que lo hacen, cuidando de no tirar nada ni de quemarse con alguna olla—. ¡Acá, chef! —Maximus pone la salsa de ciruelas en mi cara, compruebo la textura y el sabor, y la apruebo con un asentimiento. Max procede a colocarla con una prolijidad que le debe a años de experiencia, y la salsa cae como un hilo pesado y baña la carne y parte del puré, tiñéndolos apenas de un tono rojizo. El plato está listo para irse, y Clara aparece y se lo lleva al otro lado de la puerta que separa la cocina del restaurante.

Es sábado por la noche y la cocina está en su hora pico. No hay nadie que no esté haciendo algo; trabajamos como si el reloj estuviera en nuestra contra. Ni siquiera podemos darnos el lujo de tomarnos cinco minutos de recreo. El restaurante está al borde de su capacidad y los platos tienen que salir a la velocidad de la luz. De reojo veo a Theo haciéndole señas a una de las cocineras. Ella asiente ante su indicación y él se queda corroborando por unos segundos más. Cada día agradezco que haya aceptado la propuesta que le hice. Este es mi primer año en Nina´s. También es mi primer año como chef. Y en cuanto me dijeron que podía contratar a quien quisiera para ser mi *sous chef*, se me vino a la mente solo una persona. Ronald no se opuso.

Ronald, un viejo amigo y dueño del restaurante, me contactó a principios de este año porque necesitaba con urgencia un chef. Al parecer, el anterior a mí tenía… ¿cómo decirlo? Problemas de ira. Un día, en medio de un ataque, le lanzó una sartén a uno de los cocineros porque había sugerido hacer una modificación a uno de los platos del menú. Se fue al grito de: "¡El chef soy yo y no debe olvidarse de que por algo lo soy!".

Un idiota.

Pero mi historia con Ronald se remonta a años atrás. Cuando fue a visitar el restaurante en el que trabajaba antes de venir acá. De pura casualidad era amigo del dueño y decidió dar un recorrido por la cocina. Es un ambiente altamente competitivo donde todos son de cierta manera tus enemigos. Tu competencia. Así que eso de que un chef o un dueño de restaurante se esté paseando por cocinas ajenas no sucede muy a menudo. Para no decir, nunca jamás.

Pero Ronald y Gustavo, el dueño de Goldin, eran amigos de toda la vida y cuando el primero le dijo que quería ver a su sobrina, el segundo no pudo negarse. Recuerdo el abrazo que le dio, exprimiéndola. También recuerdo su risa diciéndole que la baje, que la iba a avergonzar enfrente de sus compañeros de trabajo, y lo más importante, de su jefe. Esa fue la primera vez que lo vi sin saber que en un futuro iba a ser la persona que me confiaría su cocina. Que me iba a dar la oportunidad de ser chef de un restaurante de dos estrellas en la ciudad de Nueva York.

Sigo caminando por la cocina, mis brazos cruzados detrás de mi espalda, mi mirada sobre las manos ágiles de mis cocineros. Y no puedo negar que me cuesta asimilarlo. Es más de lo que alguna vez había imaginado que iba a lograr. Es más de lo que me había permitido soñar. Hay días en los que me cuestiono si me merezco esto. Si estoy a la altura. ¿Soy lo suficientemente bueno? La presión de la confianza que fue depositada en mí me ahoga por momentos. Tengo el miedo constante de fracasar, de desperdiciar esta oportunidad. Es por esa misma presión que me esfuerzo hasta el cansancio en ser el mejor de todos. No puedo permitirme errores. No existe eso en mi cocina. Cada plato tiene que ser perfecto. Y cada persona que forma parte de esta cocina lo sabe. La mediocridad no es una opción.

—Amadeus. —A esa voz la conozco. Hago mi mayor esfuerzo por inhalar y exhalar. Lento, profundo.

—Dios, dame paciencia —digo para mí mismo. No sé por qué

tengo la sensación de que la voy a necesitar.

No me malinterpreten, amo a este hombre y es como un padre para mí. Es decir, tengo uno, pero no tengo una relación muy idílica con él, así que Ronald es lo más cercano a una figura paterna en mi vida. Pero si hay algo que mi querido Ronald no tiene es la habilidad de saber cuándo sí y cuándo no.

Un sábado por la noche claramente no es el momento indicado para nada que no tuviese que ver con personas cocinando y personas comiendo. Todo lo otro puede esperar a cuando cierre la cocina en tres horas.

—¡Amadeus! —Se está acercando, y en su camino tiene que sortear el movimiento de la cocina—. Permiso, permiso. —Puedo ver cómo lucha para traspasar el enjambre de cuerpos. Yo, que estaba merodeando por la cocina y viendo a mis cocineros trabajar un poco más de cerca, me congelo en el lugar.

Debo admitir que mi equipo es una máquina maravillosamente aceitada. Se conocen entre ellos. Saben cuándo uno va a ir a la izquierda o a la derecha. Tal vez visto desde afuera puede parecer un poco desordenado y que en cualquier momento se van a chocar entre ellos, pero cada movimiento está calculado. Y como dije, se conocen. Muchos años memorizando las formas de trabajar. Se entienden y eso es fundamental a la hora de compartir espacio en una cocina donde no existe lugar para accidentes ni errores. Y en estos momentos, la máquina está funcionando a toda marcha. Creo que ni se dan cuenta de que Ronald está ahí, intentando llegar al otro lado de la cocina donde estoy yo esperándolo.

Después de esquivar un plato de manera admirable y de evitar un desastre que nos hubiera atrasado, lo tengo enfrente. Transpirando. Mucho.

—Es como si fuera una selva. —Saca del bolsillo del traje un pañuelo de tela y se seca las gotas gordas que le caen por la frente—. No. Definitivamente esta cocina es una selva.

—Ronald, ¿a qué se debe el honor? —le pregunto a la vez que me dirijo a la última estación de la cocina, donde reposan los platos antes de salir. Quiero comprobar que todo esté como tiene que estar. Ronald me sigue—. ¿Estabas buscando una sesión de sauna gratis? Porque no entiendo qué estás haciendo acá. Un sábado. A la noche.

Me llega otro plato al que tengo que darle el visto bueno. Lo giro y lo observo desde todos los ángulos y lo apruebo con un movimiento de

cabeza. Son unos raviolones de masa de remolacha con un relleno de peras caramelizadas, ricota y nueces, acompañados con una salsa de queso azul que destaca por sobre el color de la pasta. La comida tiene que entrar por los ojos y este plato lo hace sin lugar a dudas. La decoración es hermosa en su simpleza, porque la logra en el contraste de colores entre la pasta y la salsa.

Veo al plato irse y entonces vuelvo a Ronald, quien se está abanicando con la mano con la que no se seca la frente. Este hombre se está cocinando vivo dentro de ese traje.

—Tenemos un… problema. —Me mira serio y se pasa el pañuelo por la nuca. Me tenso con esas palabras. Que el dueño del restaurante me diga que hay problemas hace que miles de escenarios se me crucen por la cabeza en un microsegundo.

—Hay dos tipos de problemas. —Cruzo los brazos a la altura de mi pecho—. Los que se pueden resolver y los que no. ¿De cuál estamos hablando?

Me devuelve la mirada.

Guarda el pañuelo de nuevo en su bolsillo, aunque su frente siga brillante del sudor. Lo hace muy lento, y aumenta mi ansiedad. Pestañea, yo lo imito. Suspira, yo me muevo en el lugar, cada vez más inquieto ante el silencio.

—Vamos a tener que incorporar a alguien —dice al fin. Vuelve a suspirar y baja la cabeza para no mirarme a los ojos.

Lo primero que me llama la atención es que suena a que es una obligación más que una necesidad, y si bien no me agrada que me fuercen a hacer algo, no creo que esta noticia sea una catástrofe. Me imaginaba algo peor, como más bien un recorte de personal o mi propio despido, cosas que no tendrían sentido porque a Nina's le está yendo bien. Una incorporación sería incluso para mejor, teniendo en cuenta que cada vez necesitamos más manos. No entiendo por qué Ronald se ve como si estuviera a punto de vomitar. Incluso creo que tiene la presión por las nubes, porque su cara además de transpirada ahora está roja como un tomate, y se está desajustando la corbata.

—Está bien —empiezo a decir—, creo que es de los problemas con…

—Es Amelia.

—… Solución.

Lo miro fijo y mis brazos se ponen rígidos sobre mi pecho.

¿A quién le quiero mentir? Todo mi cuerpo se pone rígido.

De repente respirar me cuesta el doble que antes. Lo intento, pero mis pulmones se resisten. No hay suficiente aire. No llega el suficiente aire a mis pulmones.

—Amelia —lo digo más para mí que para él.

—Intenté que esto no sucediera. Moví todos mis contactos para que la pudieran ubicar en otra cocina. Pero nadie la quiere contratar después de… —Hace una pausa y puedo ver en su cara cómo busca las palabras—: Bueno, de *eso*.

Eso.

No tengo la menor idea a qué se refiere.

—Es mi sobrina, Amadeus. Mi mujer casi me pide el divorcio cuando me negué a que trabajara acá. Y yo te quiero mucho y también quiero mucho a mi restaurante. Ambos son como los hijos que nunca tuve. Sin embargo, la quiero más a mi esposa y me gustaría seguir casado, así que era esto o mi mujer me armaba una valija y cambiaba la cerradura. Además, Amelia es la hija que nunca tuve. Se lo debo.

Quiero decirle que lo entiendo y que todo va a estar más que bien y que no es un problema para nada. En absoluto. Que no tiene por qué preocuparse. Pero no puedo. No me salen las palabras.

—Es su única opción. —Y lo sé, lo puedo notar, él tampoco está muy convencido con juntarnos a ambos en una cocina. Pero al parecer no hay otra opción y después de todo es su sobrina, es familia.

Algo denso se instala en el medio de mi pecho y el poco aire que pasaba a mis pulmones se detiene por unos segundos y me tengo que recordar cómo respirar.

Si llegamos al punto en el que Ronald tiene que tomar una decisión sobre quién se queda y quién se va, no creo que haya mucho análisis. La respuesta es clara como el agua. Y puede ser que ese temor me lleve a preguntar lo siguiente:

—¿Qué rol va a cumplir dentro de esta cocina? —Amelia es chef, y yo también, y Ronald no dijo nada sobre despedirme. Aunque quizás me diga eso ahora. Tal vez el problema no era la incorporación, sino Amelia ocupando mi puesto.

Si antes lo que tenía en el medio del pecho era denso, ahora es como una piedra.

—Va a incorporarse como cocinera. —Vuelvo a respirar, y al mismo tiempo estoy sorprendido, ¿significa que abandonó su puesto como chef en un restaurante de tres estrellas para volver al puesto de cocinera? Lo que Ronald me está diciendo no tiene sentido. Tiene que

haber una razón para que esto tenga coherencia—. Va a ser tu trabajo buscar algún puesto que esté libre o que necesite de un refuerzo, vos conocés tu cocina mejor que yo.

Se ve que ya pensó en absolutamente todo. Y que yo no tengo ni voz ni voto en este asunto. No voy a mentir, me molesta un poco que una decisión así se haya tomado sin ni siquiera consultarme previamente, pero, por otro lado, lo entiendo porque si me hubiera preguntado, hubiera dicho que no.

Por supuesto que no.

Primero, porque no es la regla incorporar a gente nueva al equipo en esta época del año. Las incorporaciones se realizan a principio de año o a mitad de año, y los períodos de entrenamiento se concentran en esos meses, ni antes ni después. De esta forma es mucho más eficiente y nos ahorra tiempo. Estamos en septiembre, y los últimos ingresos ya terminaron su integración. Así que no, no tenía en mente tener que supervisar a alguien nuevo a esta altura del año. Aunque unas manos extras no harían daño. Pero no quiero que sean las de ella.

Y ahí es cuando aparece mi segunda razón: Amelia no me cae bien. Bueno, decir que no me cae bien es una forma amable de decirlo. La verdad es que no soportaría tener que convidar el oxígeno con ella.

Por último, me parece que el hecho de que no me lleve bien con ella es más que suficiente para negarme.

—No creo que esto vaya a funcionar —admito en voz alta. Para que una cocina funcione no puede haber asperezas entre los cocineros. Y de lo que estamos hablando es de poner a Amelia y a mí en una misma cocina—. No puedo prometerte que no vaya a haber asperezas.

—Lo sé. —Sé que lo dice en serio. Nos conoce a los dos. Nos conoció cuando éramos mejores amigos y estuvo ahí cuando dejamos de serlo. Sabe que no nos podemos ni ver. No hablamos hace años y digamos que la relación no quedó en los mejores términos—. Pero vas a tener que poner absolutamente todo de vos para que lo hagas funcionar, Amadeus. Confío en que vas a poder encontrar la manera.

Está seguro de sus palabras, lo noto en su cara y en el tono de voz que usa. Eso es todo, entonces. No tengo salida.

Mierda.

Al final era de los problemas sin solución.

Capítulo 2

Amelia

No quiero.

Dios, en serio no quiero. Pero en estos momentos no tengo la posibilidad de elegir. En ningún otro lugar me van a recibir con los brazos abiertos. Es esto o nada. Es esto o buscar otra cosa. Y yo nací para estar dentro de una cocina.

Si no fuera porque mi tío es el dueño de Nina´s, tampoco existiría esta opción y lo sé muy bien. La posibilidad de trabajar en su restaurante es únicamente porque soy la sobrina de su esposa. Y porque ese hombre me adora. El sentimiento es completamente mutuo. A veces pienso que, si mi papá viviera, amaría a Ronald. Pero dudo que si no fuéramos familia me hubiera contratado. Dudo que no hubiera formado parte del grupo de personas que me negaron trabajo.

Al principio busqué y llamé a varios restaurantes. Fui en persona a varios y les dejé mi currículum. Comencé a contactar a restaurantes de tres estrellas, los más selectos y distinguidos de la ciudad de Nueva York. Sabía muy bien que mi carrera previa me permitía trabajar en esos lugares. Pero cuando el quinto restaurante me dijo que no podía contratarme ni siquiera como lavaplatos, me di cuenta de qué estaba pasando. Era por él. Me estaba cerrando las puertas una por una. No había que pensarlo demasiado.

Así que sí, debería estar agradecida de que conseguí trabajo después de estar luchando por uno. Y lo estoy. En serio. Pero si Amadeus no trabajara en Nina's sería muchísimo mejor. Sería lo ideal, pero últimamente lo ideal no estaría pasándome.

Me levanto del sillón y decido que es hora de alimentarme. Así que voy a la heladera y hago un recorrido por todos los imanes de lugares de comida que tengo. Sí, soy chef, pero eso no significa que siempre tenga ganas de cocinar. El *delivery* es un buen amigo mío en días como hoy. Bueno, en noches como hoy.

Pienso en qué tengo ganas de comer. Comida china, *sushi*, pastas, *pizza*, una ensalada. No, una ensalada no. Necesito grasa y carbohidratos. Me decido por una *pizza* porque es lo que mi cuerpo está pidiendo y porque tampoco tengo ganas de lavar después. Es un triunfo asegurado.

Estoy aprendiendo a valorar las pequeñas cosas.

Cuando cuelgo el teléfono vuelvo al sillón, enciendo la tele y elijo una película de terror. Me gusta sentir adrenalina y desde que no piso una cocina, la busco en otras cosas. Como, por ejemplo, en un filme donde hay un hombre que no sé muy bien por qué va a salir a la caza y va a comenzar a masacrar personas. Justo lo que necesitaba. Suspiro, agarro el control y le doy *play* a la película.

A los treinta minutos de película suena el timbre. Agarro el dinero y me pongo un buzo por encima del pijama porque el invierno está cada vez más cerca y ya no es opción siquiera acercarse a la calle sin abrigo.

Una vez que estoy en el ascensor, me miro en el espejo. Me cuesta encontrarme en el reflejo. Estoy acá, pero al mismo tiempo no. Sigo siendo yo, pero de alguna forma no. Hasta hace un mes, mis noches solían estar rodeadas de una vorágine de aromas, colores y texturas. Controlaba platos, gritaba órdenes, felicitaba a cada cocinero al final de la jornada por el buen trabajo. Me quedaba hasta que se terminaba de limpiar la cocina, y era la que apagaba la luz.

Ahora el reflejo me devuelve una imagen de mí en pijama, con el pelo hecho un desastre y con ojeras oscuras y profundas. Creo incluso que tengo una mancha de chocolate en el cachete, y hoy no comí chocolate. ¿Cuándo fue la última vez que me bañé? Me chupo el pulgar y me limpio la mancha, y mientras lo hago noto mis ojos. Se ven perdidos, sin fuerza. Aparto al fin la mirada de mi propio reflejo porque es como mirar directamente al sol. Duele. Pero prefiero quemarme las córneas antes que enfrentarme a una Amelia que no me gusta, que me avergüenza.

Salgo del ascensor y el repartidor me sonríe de forma simpática y juvenil. Casi segura de que no llega a la mayoría de edad. Me entrega mi pedido y le digo que se quede con el cambio.

—Muchas gracias, que tenga una buena noche, señora.

Auch. Tengo veintisiete años, pero para él debo ser una señora con todas las letras. Además de que mi apariencia no me debe favorecer ni un poco.

Entro a mi departamento con la caja de *pizza* en una mano y una cerveza en la otra, cortesía de la casa. Si, pedí bastante seguido en este último tiempo. Cierro la puerta con el pie, dejo las llaves y me dirijo al sillón. Últimamente paso demasiado tiempo ahí, y con eso me refiero a las últimas dos semanas, en las que tomé el camino de sentir lástima por mí.

En la primera semana en Nueva York, estaba llena de una energía originada por la furia. Tenía tanta que no sabía dónde depositarla. Pero con cada restaurante que me rechazaba, me desmotivaba más y más, hasta el punto en que preferí dejar de intentar. Si no llamaba no podían decirme que no. Tenía sentido para mí elegir el camino de invernar en el departamento. Más específicamente en el sillón.

Cuando tu vida se va a la mierda, no te importa mucho tu higiene personal, dormir en donde corresponde, comer saludable ni nada. No te importa nada cuando tu vida se va a la mierda. Yo soy el ejemplo perfecto.

Después de mi cuarta porción y quinientos mililitros de cerveza, empiezo a llorar. En la tele, la protagonista está bajando las escaleras al sótano, aunque le dije que no lo hiciera, porque ahí la está esperando el asesino para descuartizarla. Aunque vi todas las películas de terror habidas y por haber, cada vez que esto pasa me dan ganas de gritarle a la televisión porque, ¿a quién se le ocurre bajar a un sótano, donde hay poca luz o directamente no hay, cuando un asesino te persigue? Saca lo peor de mí, aunque ya sé qué va a pasar y me voy a enojar con los personajes por su estupidez. Al final no importa, porque las veo igual.

Por ahí el enojo viene más por el lado de que la protagonista me representa de cierta forma, pienso mientras yo me sorbo la nariz y ella termina de bajar los últimos escalones. Imagino que ella, al principio, pensó que era buena idea bajar. Pero ahora, cuando se da cuenta y el horror aparece en su cara, la veo dudar. A lo mejor no fue tan buena idea, piensa, y en ese preciso momento el asesino le revienta la cabeza con un bate de béisbol. Hasta acá llegó nuestra protagonista.

Y hasta acá llegué yo. Mi sótano es mi matrimonio fallido, el asesino en serie mi exmarido. Sin la parte del bate de béisbol, claro. Pero quiero decir, yo también pensé que era una buena idea al principio.

Mi llanto aumenta su intensidad y ahora estoy hipando. Me llevo las piernas al pecho, las abrazo y escondo mi cara entre ellas. Las

lágrimas salen a borbotones, sin parar, y el hipo me sacude todo el cuerpo.

Lloro de bronca, lloro de tristeza, lloro porque me siento tan estúpida como la vi a la chica de la película.

Lloro, lloro y lloro.

* * *

Cuando la cena tiene más sabor a lágrimas y mocos que a comida, decido que lo mejor es irme a dormir, aunque la película no haya terminado. Guardo los restos de *pizza* en el horno, me lavo los dientes y me acuesto en la cama improvisada que armé en el sillón. La noche es la parte más dura. No me puedo quedar dormida si antes no repaso todos y cada uno de mis errores, todas mis malas decisiones de los últimos cuatro años. Me encanta castigarme una y otra vez por cosas que ya pasaron y no puedo cambiar por más que quiera.

Lo admito, soy un poco masoquista.

Pero de todos los errores que tuve, solo hay uno que se repite sin falta todas las noches desde hace dos semanas y me mantiene despierta hasta que el sueño me gana y me quedo dormida.

Sebastiano Westood.

Hoy y mañana y siempre me voy a arrepentir del día que lo conocí. Del día que elegí confiar en él.

Cuando me doy vuelta y el reloj me dice que son las cuatro de la mañana, me obligo a cerrar los ojos e intentar conciliar el sueño. Necesito dormir, aunque sea un par de horas. Tengo que despertarme medianamente temprano mañana. Antes del mediodía, en lo posible.

Justo cuando me estoy por quedar dormida, se me aparece un hombre de pelo oscuro. Está de espaldas, pero cuando se gira me mira con intensidad. Sus ojos marrones son tan penetrantes como los recuerdo. Me sonríe. Aparecen dos hoyuelos, y el viento hace que le bailen un par de mechones de pelo. Su sonrisa de golpe se desvanece y ya no parece tan contento de verme, como si el viento le hubiera susurrado los motivos por los cuales no debería estar feliz de verme. Quiero hablar, pero mi boca no funciona, quiero pedirle perdón, pero no puedo. Empiezo a correr cuando veo que él comienza a caminar, alejándose. Intento correr más rápido, pero mis piernas parecen dos bloques de concreto. Él se aleja sin prisa, como si supiera que no importa lo que yo haga, no voy a poder alcanzarlo. Vuelve a girarse

para verme una vez más antes de desvanecerse.

Es hermoso. Pero lo odio.

Y no, no es Sebastiano Westood.

Capítulo 3

Amadeus

Me doblo sobre mí mismo y apoyo las manos en mis rodillas. Respiro y respiro para intentar llenar los pulmones de oxígeno y regular mi frecuencia cardíaca. Me duelen los músculos y siento que una capa de transpiración cubre todo mi cuerpo. Abdomen, brazos, piernas. Cuando me incorporo le doy un trago largo a mi botella de agua.

El día está soleado y sonrío porque me encantan los días así. Me dan energía. Me motivan. Me dan más ganas de salir de mi cama para aprovechar el clima. No entiendo cómo puede haber personas que prefieren los días fríos de lluvia.

Mientras estiro los cuádriceps, la música de mis auriculares se interrumpe por la entrada de una llamada a mi teléfono.

—No puede ser, ¡es domingo! —Resignado y un poco molesto, atiendo la llamada. Un día. Un día pido nada más ¿es mucho pedir? Tal vez lo es.

—Pero si es mi chef favorito.

—Soy tu único chef, Ronald.

—¿Y? Eso no quita que seas mi favorito. Si hubiera cien chefs en mi cocina seguiría eligiéndote una y otra y otra vez.

Niego con la cabeza mientras tengo una sonrisa en mi cara.

—Y vos sos mi jefe favorito. —Lo escucho soltar una risa—. ¿Por qué estoy hablando con vos un domingo mientras estoy corriendo en el parque? ¿Por qué no puedo tener un día libre para mí? —En general, los domingos trabajo, pero le pedí a Ronald tomarme el día para poder pensar en frío toda la situación del regreso de Amelia. Lo necesitaba. Es mucho para asimilar.

—Tenemos que hablar. —Amelia. De eso se trata la conversación y no estoy con ganas, la verdad—. El martes empieza y todavía hay cosas que discutir.

Me dejo caer en un banco y me paso la mano libre por la cara y la

dejo descansar en el puente de mi nariz. Respiro profundo. Una, dos, tres veces.

—No sé de qué querés hablar respecto al tema.

—Hay otras cosas que creo que sería mejor si las hablamos ahora y no cuando ya sea muy tarde y ambos estén con un delantal y un cuchillo en la mano. Sobre todo, con un cuchillo en la mano —puntualiza.

Dejo caer la mano en mi muslo.

—Soy todo oídos —respondo. No es como si tuviera otra opción.

Después de una llamada sorprendentemente corta de cinco minutos me quedaron clarísimas las únicas dos cosas que tengo que hacer. Mejor dicho, las cosas que no tengo que hacer:

1) No pelearme con Amelia.

2) No tener sexo con Amelia.

Una de las dos es fácil. La otra es imposible.

* * *

Apenas paso la puerta de mi departamento, me cruzo con Theo.

Es mi mejor amigo desde que sé que existe el concepto de mejor amigo. Hicimos toda la primaria y los primeros años de secundario juntos, y en los últimos, él se cambió a otra escuela. Así y todo, nos seguimos juntando después del colegio, a veces en su casa y a veces en la mía. Estábamos decididos a ser los mejores amigos, aunque no nos viéramos tanto como antes. Y cumplimos.

Theodoro sin duda nació con talento en lo que respecta a la cocina. Recuerdo a los catorce años cuando cocinó unas galletitas desde cero, eran de miel y hasta el día de hoy de vez en cuando le pido que las haga porque nunca volví a comer algo tan rico. Nunca me dice que no.

Mi caso no se parece ni un poco al de Theo. No tenía ese ingenio a la hora de cocinar. No era algo que me saliera de forma natural. Si tengo que ser honesto, mi primer acercamiento a una cocina fue porque Theo un día me pidió que lo ayudara porque las dos manos que tenía no le alcanzaban para todo lo que tenía que hacer. Estaba bastante alterado y yo dije que sí un poco por miedo y otro poco porque para eso están los amigos, para apagar incendios. Aunque minutos después literalmente tuve que apagar uno cuando Theo dejó un repasador muy cerca de la hornalla y se prendió fuego. Recuerdo pensar que se iba a quemar la cocina entera y que la mamá de Theo

nos iba a asesinar a ambos.

Con el tiempo, se me empezó a dar bastante bien cocinar, y eso era algo que no pasaba muy seguido. Había intentado distintos deportes y nunca logré destacar en ninguno. Básquetbol fue mi último intento de ser deportista y fallé estrepitosamente. Sigo sin entender cómo hay personas que pueden caminar y rebotar una pelota al mismo tiempo y encima sin mirarla. Cuando desistí de la actividad física, me decanté por la opción del arte y ahí descubrí que no era tan malo con las manos. De hecho, era bastante bueno. Palabras de mi profesor, porque yo no me tenía tanta fe ni creía que era tan bueno como él decía. Al cabo de unos meses terminé abandonando mis clases de pintura porque mis padres no pudieron seguir pagando por ellas. Me molestó un poco porque esas clases me hacían sentir que era útil para algo, pero comer era más importante, así que no dije nada.

Meses después había entrado en el mundo de la cocina gracias a Theo. Fue como si alguien hubiera prendido una lámpara en mi interior. Todo parecía más claro que nunca. Por fin había encontrado algo en lo que era bueno, algo que me gustaba hacer. Fue realmente satisfactorio y tranquilizador en partes iguales, porque el miedo de no ser bueno para nada me estaba comiendo vivo. Por eso, para mí, la cocina es un refugio, en ella encuentro paz y es en donde más puedo sentirme como yo mismo.

No fue ninguna sorpresa cuando Theo y yo decidimos anotarnos en la Academia de Chefs de Nueva York. No era para nada barata, y yo no podía permitirme estudiar ahí. Pero a la familia de Theo le sobraba dinero y tenían propiedades. Para nuestra suerte, una de las tantas que poseían era un *loft* en Nueva York. Así que mi humilde sueldo iba destinado casi en su totalidad a pagarme los estudios y lo que sobraba iba a la casa. Aunque acá tengo que ser sincero de nuevo, Theo me dejaba pagar muy pocas cosas. Ese siempre fue un tema muy delicado en nuestra relación y por el cual discutimos más de una vez. No quería que él pagara absolutamente todo, me hacía sentir mal conmigo mismo. Él sostenía que no le costaba nada y que estaba más que feliz de poder hacerlo. Yo le decía que dividíamos los gastos o dejábamos de convivir juntos. Me dio su palabra y la cumplió, al menos la mayoría de las veces. De alguna manera logramos sobrevivir a la convivencia y a nuestra gran diferencia de ingresos.

Técnicamente ya no vivimos juntos. Somos adultos ahora, que trabajan y tienen un ingreso lo suficientemente bueno para que cada

uno tenga su propio departamento.

Técnicamente.

La verdad es que yo tengo las llaves de su casa y él tiene las mías. Y suele venir de sorpresa bastante seguido. No me quejo. Lo adoro. Pero también adoro la privacidad.

—Una llamada para avisar que vas a invadir mi casa no estaría mal, Theo —le digo mientras abro la alacena y saco pan para hacerme tostadas—. Podría haber estado con alguien.

Se ríe. El hijo de puta se ríe.

Me doy vuelta con el ceño fruncido y cruzo los brazos y los talones, apoyándome en la encimera de la cocina. Sí, se sigue riendo. Ahora se sostiene la panza como si le doliera. Bien, me alegro. Espero que se desgarre un músculo del abdomen.

—Avisame cuando termines.

—Perdón, perdón —dice mientras intenta respirar y se limpia las lágrimas que no sé si son reales o actuación—. Es que esa fue buena, amigo. Lo dijiste tan serio que casi pareció que lo decías de verdad.

—Lo decía de verdad.

—Amadeus, no puedo recordar cuándo fue la última vez que saliste con alguien.

La tostadora emite un pitido y las tostadas saltan. Aprovecho el momento para dar por terminada la conversación.

¿Qué le pasa a todo el mundo que tiene tantas ganas de hablar un domingo por la mañana? Cualquier persona normal sabe que por la mañana la comunicación tiene que ser lo más escasa posible. O ni existir directamente. Eso suena mejor.

Agarro una palta, la abro a la mitad y con una cuchara separo la cáscara. La corto en rebanadas y la coloco en ambas tostadas. Sal, pimienta. Listo.

Cuando me doy vuelta con mi plato y un café, Theo me mira bastante serio para ser él. Nos quedamos por unos segundos mirándonos. Sin movernos. Él apoyado en el respaldo del sillón, yo parado con un plato y una taza.

—¿Qué? —le pregunto, y entrecierro los ojos.

—Ya sabés qué.

—No. —Camino al sillón. —No lo sé.

—Sí sabés. —Se sienta a mi lado y gira su cuerpo para mirarme de frente—. Va a volver.

¿Él también con eso?

No sé por qué todo el mundo actúa como si el regreso de Amelia a mi vida significara algo tan trascendental. Tan importante. No lo es y ya me estoy cansando un poco de que piensen lo contrario.

—Theo, no voy a hacer esto. —Me levanto del sillón. Ya no tengo ganas de desayunar.

—Estoy acá porque soy tu mejor amigo y te amo y tu café es más rico que el mío. —Me sigue hasta mi habitación, y me pongo a buscar un *jean* y una remera en silencio—. Estoy preocupado, eso es todo.

Cierro los ojos y me dejo de mover.

—Eso es lo que no entiendo —mi voz invade la habitación—, el porqué todo el mundo está tan preocupado y trata el tema de su regreso como si fuera algo significativo. Va a volver y listo. No hay que hacer de esto algo que no es.

Paso por su lado y entro al baño dando un portazo. Me apoyo contra la puerta y estrangulo la ropa contra mi pecho. Me tengo que calmar.

—Ni siquiera podés decir su nombre en voz alta. —Theo está justo del otro lado de la puerta.

Aprieto mis párpados. Aprieto más la ropa.

Intento no pensar en negativo, buscar la manera de que esto no me afecte. De ignorarlo. Tratar de que esto no signifique nada, de que su regreso me sea indiferente. Realmente lo intento, pero no puedo.

No puedo.

Me acerco a la ducha y hago que corra el agua.

—Ella va a volver —susurro solo para mis oídos. Como si escucharlo de mi boca lo volviera más real.

Y el problema es que no sé qué mierda hacer con eso. Lo más fácil es estar enojado. Así que voy a elegir ese camino.

Estoy enojado porque decidió regresar, como si tuviera el derecho de revolucionar la vida de todos a los que dejó acá años atrás. Pensaba que ya no existíamos más para ella. Ni nosotros ni esta ciudad. Que nos había borrado por completo de su memoria. Un día se fue sin mirar atrás ni una sola vez, ¿y ahora decide volver? ¿Y tenemos que recibirla con una sonrisa en la cara y los brazos abiertos? ¿Por qué?

Pero lo peor de todo no es eso. Lo peor es que a lo mejor mi enojo viene de que de una manera un poco retorcida, estoy feliz de que regrese.

El agua me recorre la espalda. Me paso el jabón con un poco más de fuerza de lo habitual, y me gustaría que de alguna forma pudiera

lavarme todos estos sentimientos contradictorios que me crecen en el interior.

* * *

Cuando veo a Theo apoyado en la pared de enfrente del baño no me sorprendo. Una pequeña parte de mí tenía la esperanza de que cuando saliera de la ducha, él ya se hubiera ido. Pero acá estamos. Abre la boca, pero levanto un dedo que lo hace callar lo que sea que estaba a punto de decir.

—Theo, por el amor de Dios. —Paso por su lado, dejándolo solo en el pasillo. Me siento en el sillón, cierro los ojos y dejo salir todo el aire que no sabía que tenía contenido. Siento cómo los almohadones se mueven bajo su peso, despego la cabeza del respaldo y abro los ojos.

—¿Sabés que, por más que me quieras ignorar, no voy a desaparecer? —Me irrita un poco todo de él en este momento. Sobre todo, la sonrisa que tiene pegada en la cara.

—¿Se puede saber a qué se debe esa sonrisita? —Le señalo la boca.

—Ay, mi querido Amadeus. —Me palmea la pierna. —Simplemente estoy disfrutando la cara de constipado que tenés en estos momentos. Parece que en cualquier momento vas a vomitar. O salir corriendo.

Creo que si lo mato nadie lo va a extrañar. Bueno, tal vez Dante. Lo que no sabe es que le estoy haciendo un favor, ya me lo va a agradecer en un futuro.

—Ahora tu cara empeoró notablemente. Como si estuvieras pensando en asesinar a alguien.

—Tal vez mi cara se debe a que seguís en mi casa, ¿no pensaste en eso? —Le dirijo una sonrisa falsa, tirante.

Se ríe. A carcajadas.

Dante va a entender. Lo sé. Puede conseguir a alguien mejor.

—Vos y yo sabemos muy bien que estás mintiendo —me dice—. Primero, me amás y amás que esté en tu casa —empieza a enumerar con los dedos—: Segundo, tu molestia claramente se debe a otra cosa. A otra persona, para ser más específico. Y tercero, te amo, no me mates.

Ya sé por dónde viene la conversación y me niego a participar.

—Theo, en serio…

—Amadeus —me interrumpe. Serio. Theo nunca es así de serio.

Sacando esa vez que tuvimos una conversación sobre la menta granizada. Él defendió a todos los amantes de ese gusto de helado diciendo que no tiene sabor a pasta de dientes y que las personas que decían eso jamás se habían lavado los dientes. Esa discusión nos tomó más tiempo del que pienso admitir. Y no, no éramos niños, ya éramos adultos. Fue el mes pasado.

Pero ahora volvía a tener su cara de "estoy hablando realmente en serio". Nos miramos por unos segundos en silencio. Me doy cuenta de que no voy a poder escaparme de esta situación por más que lo intente, excepto que me levante y salga corriendo de mi propio departamento. Lo medito por unos segundos, pero me doy cuenta de que no es muy maduro de mi parte. Suspiro.

—Realmente no sé qué querés que te diga. —Me miro las manos porque no puedo verle la cara—. Estoy bien, solo… me impactó la noticia. Pero estoy bien. Todo va a estar… bien —digo esto último mirándolo a los ojos y puedo ver la compasión reflejada en su mirada.

—No te creo ni un poco. —Niega con la cabeza—. Pero solo por hoy voy a fingir que lo hago. Voy a creer que no te importa en absoluto Amelia. Solo por hoy.

Aparto la mirada.

—Pasaron muchos años. —Las palabras salen de mi boca sin pedir permiso.

—Lo sé.

—Yo… —Entierro la cabeza entre mis manos.

—Lo sé, lo sé. —Me pasa el brazo por los hombros y me abraza.

—No sé qué debo sentir —admito. Y ahí está el monstruo al que voy a tener que enfrentarme.

Theo responde apretando un poco más el abrazo antes de soltarme y alejarse.

—¿Vamos a almorzar a algún lado? —Levanto la cabeza y veo su sonrisa gigante. Asiento y ambos nos levantamos del sillón.

Voy a buscar un abrigo y Theo me espera en la puerta mientras se sube el cierre de su campera.

—Estoy con ganas de comer un plato gigante de pastas. —Su cara se transforma por el placer. No conozco a nadie que disfrute tanto la comida como él. Ama cocinarla tanto como ama comerla.

Pongo la llave en la cerradura, pero antes de que pueda girarla, me pone la mano en el hombro otra vez.

—Esta conversación no terminó. En algún momento vamos a tener

que sentarnos y tener una charla muy seria sobre Amelia.

Asiento con la cabeza y giro para abrir la puerta.

Pasa él primero y yo me quedo unos segundos parado dentro de mi departamento con la llave en la mano. Congelado. Los pensamientos me pesan y no puedo caminar.

Desde que me enteré de que Amelia va a trabajar conmigo, todo me cuesta el doble, porque en cada cosa que hago tengo este pensamiento enorme acompañándome y no puedo despegarme de él. Mi cerebro parece un disco rayado, que no sabe tocar otra melodía que no sea una especie de recordatorio. Repite una y otra vez: "Amelia. Vas a volver a ver a Amelia".

Pesa demasiado.

Dos días. Cuarenta y ocho horas.

Y mientras se consume el tiempo, puedo asegurar que bajo ningún punto de vista estoy preparado para lo que significa volver a verla.

Capítulo 4

Amelia

Me enteré de que iba a volver a trabajar en una cocina con Amadeus el día sábado a las diez y media de la noche. Ya me estaba preparando para ver un documental de un asesino en serie, en busca de adrenalina y, sobre todo, sentir algo, cuando sonó el teléfono. Mi tío me explicó que no había sido difícil convencerlo porque prácticamente no le había dado mucha libertad al respecto. Amadeus no tenía poder de decisión sobre el asunto. Pienso que me lo dijo con la intención de tranquilizarme, de que era algo bueno. Después me preguntó si estaba cómoda en su departamento y que, si necesitaba algo, no dudaría ni un segundo en llamarlo a él o a mi tía. Le dije que todo estaba más que bien. La mentira me dejó un sabor agrio en la boca.

Esta mañana me desperté con un mensaje de Matilda. Exigía verme. En realidad, ella y Finn lo exigían. Y la verdad es que yo también necesitaba verlos a ambos. Los extrañaba.

Nos conocimos en una fiesta de fin de año organizada por Matilda años atrás.

Matilda viene de una familia importante con una cuenta bancaria que tenía demasiados números. Y entre familias millonarias se conocen. Así fue como Theo recibió la invitación que podía extenderse hasta cuantas personas quisiera. Y así fue como los cuatro terminamos en la fiesta de Matilda. Apenas pusimos un pie en la terraza nos quedamos pasmados por la vista que tenía de la ciudad. Era despampanante. Como también lo era la decoración. Recuerdo haberme quedado impactada con la cantidad de luces que flotaban encima de nuestras cabezas.

Era pleno invierno, pero habían tenido eso en mente cuando decidieron hacer la fiesta al aire libre, porque había unos calefactores que hacían que el clima fuera soportable. Siendo honesta, había elegido mi abrigo más lindo del ropero y no había meditado mucho el

vestido porque no pensé que nadie fuera a verlo. Es como cuando te ponés una remera llena de manchas de comida, pero te da igual porque hace tanto frío que no vas a tener que sacarte el buzo. Pero llegás al lugar y hace un calor insoportable, y notás cómo la transpiración recorre tu espalda, las axilas y por debajo de tus pechos, y básicamente te estás sofocando, pero no hay chance de que te saques el buzo. Así que solo te queda cocinarte en tu propio calor corporal y rezar porque nadie note que te estás ahogando en tu propio sudor.

El vestido por suerte no era tan feo como para no mostrarlo, pero de saber que esto iba a pasar, hubiese elegido uno mucho mejor. Suspiré y me dije a mí misma que no era tan grave y tomé un vaso que no sabía muy bien qué tipo de trago era, pero me convenció porque era de color rosa. Me gusta el rosa.

¿Conocen la frase que dice que no hay que juzgar los libros por su portada? Bien, aplica lo mismo para los cócteles. No porque sean rosas y se vean lindos significa que sean inofensivos. Yo aprendí la lección ese día.

Estaba terminando de toser, debido al ardor que me provocó ese trago del infierno, cuando una voz que no conocía me dijo:

—Los azules son menos letales.

Pelo castaño, ojos azules, era mucho más alto que yo y estaba casi convencida de que hacía algún tipo de deporte.

—Amelia, un gusto —me presenté mientras dejaba el vaso en la bandeja de una mesera que justo pasaba por ahí.

—Finn. —Me tendió la mano, se la devolví y antes de soltarme, señaló con su pulgar detrás de él—. Y esa de allá que está aprovechando la barra libre es Matilda. Es la anfitriona de esta fiesta. —Mis ojos siguieron la dirección que me indicaba y se encontraron con una mujer extraordinaria. Su pelo rubio parecía infinito y caía como cascada, sus ojos no eran ni verdes ni celestes, sino una mezcla de ambos colores, y su perfil parecía tallado por un escultor. Ah, y el vestido le quedaba como un guante, como si estuviera pensando para ella.

Horas más tarde, los tres nos encontrábamos algo entonados por la cantidad de copas que nos tomamos y no podíamos parar de hablar y reír y hablar y reír otra vez. Esa noche nuestra amistad floreció cuando tuve que sostenerle el pelo a Matilda mientras vomitaba y Finn no paraba de reír a mi lado.

Levanto mis lentes de sol y los veo acercándose. Matilda me sonríe

con todos sus dientes. Tiene puesto un vestido celeste y un tapado gris por encima, su pelo rubio cae como una cortina infinita sobre su espalda. Finn a su lado tiene unos *jeans* y un *sweater* negro que hace resaltar sus facciones.

—Perdón —dice ella—. El tráfico es un asco.

—No voy a mentir y decirles que extrañaba el caos constante de Nueva York. —Con un gesto llamo al mesero. No me sorprende que se quede embobado ante la belleza de mi mejor amiga. A todos nos pasa un poco.

—¿Cómo va el trabajo? —pregunto antes de que alguien me haga una pregunta. Finn me sonríe como si fuera consciente de lo que estoy intentando hacer. Pero decide responder.

—Creo que por ahora es la boda que más disfruté de organizar. Ellas son adorables y divertidas, y su amor es tan hermoso que duele mirarlo.

—Y en esta ocasión me toca confeccionar dos vestidos de novia en vez de uno —dice Matilda, con una felicidad palpable.

Cuando conocí a Matilda todavía estaba intentando descubrir en lo que era buena. Contaba con un privilegio que muy pocas personas tienen y era que nadie la apuraba. Podía experimentar y explorar todo lo que ella quisiera porque no tenía un alquiler que pagar. Así que eso hizo. Viajó muchísimo, hizo distintos cursos y se sumergió en todas las actividades existentes. Y un día, caminando por el Central Park, me comentó que le apasionaba la moda y su sueño era diseñar vestidos de boda. Quería ver esa expresión que ponían las mujeres cuando encontraban el vestido ideal para uno de los días más importantes de su vida. Así que eso hizo. Matilda no quería la ayuda de sus padres, quería lograrlo por sus propios medios. Ahorró durante años antes de que pudiera abrir su primer local. Era chiquito, pero servía. Era lo que ella siempre había soñado.

Finn, por otro lado, era planificador de bodas. Era de los buenos, de esos que tienen la agenda explotada y conseguir una cita con él es casi un milagro. Mi amigo tenía un don para hacer realidad los sueños. Las parejas solían decir que era como un hada madrina. Él fue de gran ayuda para que Matilda tuviera sus primeros clientes.

El mesero nos trae nuestros pedidos y estoy a punto de darle un bocado a mi sándwich cuando Matilda carraspea. La miro.

—¿Sí?

—¿Qué está pasando que no nos estás diciendo?

—¿Nada?

—¿Eso fue una pregunta? —dice Finn.

—¿No?

—Amelia —exige Matilda. Apoyó el sándwich en el plato.

—Conseguí trabajo.

Ambos sonríen con emoción.

—Es una muy buena noticia, Amelia, felicitaciones.

—Gracias, Finn, pero…

—Amelia, me preocupás.

Miro a los ojos a Matilda, luego a Finn. Dejo salir un suspiro y les cuento todo. Les cuento que Amadeus es el chef de la cocina, que no quiero volver a verlo y que no existe ni una posibilidad de que esto salga bien. Una vez que vomité cada una de mis preocupaciones sobre la mesa, mi mejor amigo rompe el silencio con una voz calma.

—Calmate —me dice Finn mientras pincha un tomate de su ensalada. Se lo lleva a la boca y me señala con el tenedor—. No sabés qué va a pasar. Te estás adelantando a los hechos.

—¡Exacto! —El entusiasmo de mis mejores amigos no es contagioso. Para nada. Siento que tengo una nube negra encima de mi cabeza y ellos tienen un sol radiante y pájaros felices y hasta un arco iris encima de sus cabezas.

Si bien conocen a Amadeus, no lo llegaron a conocer de la misma forma que yo. Amadeus no se lleva muy bien con los imprevistos. Tampoco con las sorpresas. Un cumpleaños sorpresa debe estar en el top uno de las peores cosas que le podés a hacer. Es un obsesivo del control y de la perfección. Discutimos muchas veces porque yo soy todo lo opuesto, me gusta salirme de las estructuras e improvisar y simplemente ir viendo en el camino. Pero existe un detalle enorme que no podemos hacer como si no existiera. En esas discusiones, Amadeus y yo éramos los mejores amigos. Ahora no estamos en los mejores términos, por no decir que ni siquiera estamos en un término.

Y estoy segura de que me odia.

Para él soy algo abrupto y repentino que no puede controlar y que le dijeron que tiene que aceptar sí o sí. Soy como una bomba que se enteró demasiado tarde que va a caerle. Para ser más específica, se enteró de la existencia de la bomba una vez que ya había explotado.

Tarde. Muy tarde.

Me llevo el sándwich de atún a la boca con la intención de que mi silencio indique lo poco que quiero hablar del tema. De él en

particular. Hay tantos temas interesantes. ¿Por qué el almuerzo tiene que girar en torno a este tema nada más? Lo veo un tanto injusto.

—Me parece que no estamos viendo lo positivo de la situación —señala Matilda—. Vas a volver a poner los pies en una cocina. Hace un par de días te habías rendido y estabas buscando trabajo de cualquier cosa.

Tiene razón. Después de que me rechazaran una y otra vez, me puse a pensar en otras opciones de trabajo que no incluyeran una cocina. Ese fue el momento en que una tristeza abrumadora me invadió.

Estaba dejando mi sueño atrás. Estaba tirando a la basura años de trabajo y sacrificio. Llegué a ser la chef de uno de los restaurantes más reconocidos de París. Yo había logrado que le den la primera, la segunda y la tercera estrella. Dejé mi sudor, mis lágrimas, mi sangre. Todo. Le había dado todo lo que tenía, y más.

Los recuerdos llegan sin pedir permiso y me acuerdo de esa noche, cuando nos convertimos en un restaurante de tres estrellas y las críticas nos besaban el culo. Estábamos en la cima.

Sebastiano se acercó por atrás y me abrazó la cintura.

—Lo logramos. Lo lograste. —Su voz estaba llena de orgullo. De amor.

Me relajé ante su cuerpo. Su calor. Su olor. Cerré los ojos y lo disfruté. Me sentía tan bien con él a mi lado. Tan segura. No necesitaba nada más.

—Amelia. —Mi nombre me trae al presente de golpe. Matilda tiene los ojos clavados en mí—. No podés esconderte para siempre de tu pasado.

Finn a su lado asiente lentamente. Odio cuando se complotan para ponerse en mi contra.

—No estoy escondiéndome. Solo no quiero volver a verlo.

Matilda frunce un poco el ceño, como siempre hace cuando la novia le describe con detalle cómo quiere que sea su vestido.

—Eso es esconderse, Amelia. No podés perderte la oportunidad de volver a trabajar de lo que te apasiona solo por un hombre.

Puedo notar el leve tono acusatorio que está usando en su pequeño discurso.

—Pero no es cualquier hombre.

—Es tu mejor amigo —agrega Finn.

—Ex. Ex mejor amigo —lo corrijo antes de que siga con la oración.

—Espero que no estés pensando realmente en no aceptar la oferta de tu tío solo porque implica compartir una cocina con Amadeus. Entiendo que no quieras volver a verlo y estoy segura de que preferirías no tener que cruzar ni media palabra con él. Sé que no te querés enfrentar a lo que dejaste atrás cuando te fuiste. Pero a lo mejor esta es una forma rebuscada de que tengan una oportunidad para enmendar lo que sucedió años atrás.

Sé que Matilda tiene razón. Ambos la tienen. Tengo terror de lo que pueda llegar a pasar cuando el martes pase por las puertas de la cocina de Amadeus. Pero no solo por lo que puede llegar a ser su reacción, sino por ese monstruo que creí matar. Nuestras últimas palabras resuenan en mi cabeza.

—A lo mejor pueden volver a ser amigos…

Levanto la mano interrumpiendo a mi amigo.

—Simplemente voy a ir a hacer mi trabajo, no tengo intención de que mi relación con Amadeus sea parecida a la que tenía antes de irme del país. Voy, trabajo y me voy. Eso es todo.

Me miran como si dijera que por la noche me crecieron unas alas y que ahora mismo las voy a desplegar y salir volando de acá. A decir verdad, me vendría genial un par de alas para escaparme de este almuerzo y no tener que hablar un segundo más sobre Amadeus.

—Amiga, te amo, ¿lo sabías? Pero creo que ni vos pensás que eso realmente es una posibilidad.

—¿Por qué no? —digo un poco a la defensiva—. Que hayamos sido amigos en su momento no significa que tengamos que retomar la relación desde donde la dejamos. Además, no hablamos hace casi cuatro años. —Agarro el vaso de limonada y me lo llevo a los labios. Cuando lo apoyo de vuelta en la mesa los miro fijo—. La verdad, prefiero cambiar de tema.

Ambos asienten con la cabeza y empiezan a hablar sobre la boda de octubre. Realmente intento seguir el hilo de la conversación, pero mi mente se desvía al día que vi por primera vez a Amadeus, en la Academia de Chefs de Nueva York.

La primera clase a la que asistí era sobre preparación de postres. La profesora nos pidió que nos pongamos en parejas. Lo primero que íbamos a tener que realizar era un merengue italiano. La idea era que mientras uno batía las claras, el otro hiciera el almíbar. Supongo que también la idea de hacer grupos de a dos era para romper un poco el hielo y que nos empezáramos a conocer entre nosotros.

Entré un poco en pánico porque a mi alrededor mis compañeros ya se estaban poniendo de a dos. Con mi mirada intentaba localizar a alguien que estuviera solo, pero en el instante en el que iba a preguntarle si quería que estuviéramos juntos, alguien se acercaba con más rapidez y se lo pedía antes que yo. Tardaba en juntar el valor para acercarme y hacer la pregunta, por eso me ganaban siempre. En esa época me costaba ir y hablarle a un completo desconocido. Hoy en día no es que ame hablar con desconocidos, pero me cuesta mucho menos.

Me iba a quedar sola, en el primer día. Díganme un comienzo peor que ese. Encima no tenía la menor idea de cómo iba a arreglarme para hacer la receta yo sola, porque por algo había que ponerse de a dos, ¿no? Tiempo después iba a poder hacer merengue italiano mientras dormía, pero en ese momento no contaba con esa habilidad y estaba entrando en pánico. No solamente iba a pasar una vergüenza enorme por haberme quedado sola, sino que también por hacer un desastre. Genial.

En eso se abrió la puerta y entraron tres chicos. El primero era rubio, un color parecido a la arena, y sus ojos eran azules. No celestes, azules. Lo primero que pensé cuando lo vi fue "*wow*". Y claramente no fui la única porque mientras hacía su camino hasta la mesa, se llevó varias miradas. El segundo tenía el pelo del color del cobre, la cara salpicada de pecas y unos ojos marrones como el tronco de los árboles. También llamó la atención cuando hizo su entrada al salón. Pero todo realmente se petrificó cuando a este último alguien lo agarró del brazo. Y ese alguien me pareció el chico más hermoso que vi en mi vida. Minutos después, cuando se puso a mi lado y se ofreció a ser mi compañero, también descubrí que no solamente era una cara bonita, sino que además era increíblemente gracioso.

Lamentablemente me hizo reír en un momento bastante crítico de la preparación. Tenía que incorporar el almíbar de a poco y lento; tenía que parecer un hilo denso. Pero en ese momento, Amadeus cerró los ojos y emitió un ronquido, como si se hubiera quedado dormido del aburrimiento. Y no pude controlarme, empecé a reírme a carcajadas. Mi cuerpo temblaba a causa de la risa y por unos segundos me olvidé de que tenía en mis manos una sartén caliente, con almíbar aún más caliente. Amadeus no llegó a sacar la mano del bol donde estaban las claras y la sustancia dulce, densa y pegajosa, que además estaba hirviendo, cayó en su piel, casi como si fuera lava.

La peor parte fue que ninguno de los dos sabía qué hacer. Se sostenía la muñeca derecha con su mano izquierda y me miraba con la misma cara de pánico que tenía yo al inicio de la clase cuando pensaba que me iba a quedar sola. Repetía que le quemaba y yo le gritaba, un poco nerviosa, que ya lo sabía y buscaba con los ojos algo que pudiera ayudarlo. Le tiré agua fría sobre la piel y el contraste de las temperaturas hizo que una mueca de dolor se instalará en su cara, los ojos cerrados, la mandíbula tensa.

No podía parar de pedirle perdón.

—Dejá de pedirme perdón —siseó con los dientes apretados por el dolor.

Puede ser que haya pedido perdón cinco veces más de los nervios que tenía.

Ya entonces teníamos a la profesora y a toda la clase mirándonos. No estábamos siendo tan silenciosos como pensaba. La profesora se acercó a nosotros preocupada y nos dijo que lo mejor era que fuéramos a un hospital para que un médico le viera la mano. Y eso hicimos. Y cuando digo “hicimos”, me refiero a que nos acompañaron sus amigos, Theo y Dante. Me dijeron sus nombres de camino al hospital.

El médico le dijo que hizo bien en ir. Le limpió la zona hasta que no quedó ningún rastro de almíbar, después le puso una crema que tenía analgésicos, para que le calmara un poco el dolor, y para finalizar le vendó la mano para cubrir la zona expuesta y que no se le infectara. Iba a tener que repetir ese procedimiento dos veces al día para que se le curara la herida. Theo prestaba mucha atención a cada palabra que salía de la boca del médico, parecía estar a punto de sacar un anotador y empezar a escribir palabra por palabra.

—Bueno —dijo Amadeus una vez que salimos del hospital—, pudo haber sido mucho peor.

Yo no creía eso, para mí había sido una tortura. No dejaba de sentirme culpable y encima le tenía que agregar cierto grado de incomodidad porque no conocía a esas personas de nada y estábamos en el medio de la calle en un momento claramente vergonzoso porque no sabía qué hacer y… ya estaba hiperventilando.

Debería haberme ido. Estaba lejos de mi casa. Me acerqué a la calle con la intención de pedir un taxi. Pero en el instante en que tomé esa decisión, sonó el teléfono de uno de los chicos. De Amadeus.

—Hanna. —No le vi la cara porque estaba de espaldas, pero su voz

sonaba animada—. Sí, estamos en camino. Tuvimos un pequeño percance. —Se dio vuelta para mirarme. Entendido, yo fui el percance.

Terminó la conversación y guardó el teléfono en el bolsillo trasero del *jean*. Entonces se dio vuelta y me preguntó:

—Con Theo y Dante solemos ir a este café que está a un par de cuadras y estás más que invitada a acompañarnos. —Al ver mi cara de desconcierto, agregó—: Si querés, sin presiones.

Una hora después estábamos los cinco sentados en una mesa. Sí, cinco. Amadeus, Theo, Dante, Hanna, quien descubrí era la novia de Amadeus, y yo. Al principio me costó integrarme en la conversación, en parte por mi forma de ser y porque era un grupo de personas que se conocían desde hacía mucho tiempo y la confianza sobraba entre ellos. Pero poco a poco empecé a soltarme y debo decir que ellos me la hicieron fácil también. Me hacían preguntas de todo tipo y si estaban hablando de cierto tema, pedían mi opinión al respecto para que pudiera participar.

Descubrí que Theo tenía una personalidad exorbitante, y con el paso del tiempo lo confirmaría más de una vez. Dante era un poco más introvertido. Iba a descubrir que en realidad no era tímido ni nada por el estilo, solo era una persona que hacía uso justo de las palabras, no hablaba por hablar. Hanna era simpática pero no hablaba demasiado. Nunca tuve la oportunidad de afianzar nuestra relación, ni de conocerla un poco mejor. Y Amadeus…

En ese momento no podía encontrar palabras para describirlo. Pero después de años de amistad, me di cuenta de que Amadeus era reconfortante. Estar a su lado me daba un nivel de comodidad que pocas veces había experimentado. Podía sentir cómo su presencia generaba una sensación de tranquilidad. Todo estaba un poco mejor cuando lo tenía a él cerca.

Ese café se convirtió en nuestro lugar. Íbamos siempre después de clases porque nos quedaba medianamente cerca. Pero pronto dejamos de ser cinco y empezamos a ser cuatro. A los pocos meses de mi llegada al grupo, Hanna y Amadeus cortaron. Fue un tema del que nunca hablamos. Recuerdo haberle preguntado a Amadeus la razón por la cual decidieron terminar la relación y me hizo prometer que no le volvería a preguntar al respecto. Me dije que lo mejor era dejarlo estar, seguramente le dolía lo suficiente como para no querer hablar del tema. En ese momento no sabía que estábamos empezando una lista de cosas de las que nunca íbamos a hablar. Y que esa lista iba a

crecer cada vez más y más.

Poco a poco fuimos convirtiéndonos en un grupo de amigos. Theo, Dante, Amadeus y yo. Sucedió bastante rápido y natural. Llegamos a un punto en el que hacíamos todo juntos. El hecho de que Theo y Dante fueran novios no suponía un inconveniente para el grupo, con Amadeus nunca nos sentimos un estorbo. Y lo hacíamos funcionar.

Eso hasta el día que les dije que me iba a ir a París con Sebastiano. Theo lloró tanto que terminó con los ojos hinchados y un dolor de cabeza importante, del cual me enteré al otro día. Dante no paraba de repetirme lo mucho que me iba a extrañar y que ahora no sabía quién iba a estar ahí para ayudarlo a frenar las discusiones estúpidas que tenían Amadeus y Theo. Lo entendía, discutían bastante. Pobre Dante, siempre admiré su paciencia y resistencia. Ante su comentario, rompí en una risa mezclada con lágrimas. No era algo muy lindo de ver. Creo que también me salía moco por la nariz.

Y después estaba Amadeus.

Estaba sentado en frente de mí, en silencio. Jugaba con las manos y tenía la cabeza agachada. Quería mirarle la cara, pero me la escondía. Se escondía de mí. A veces tenía la sensación de que lo hacía porque tenía miedo de que, si lo miraba el tiempo suficiente, podría descubrir algo. No sé qué, pero algo. En ese momento, hubiera preferido que no levantara la cabeza, pero lo hizo. Estaba llorando. Era un llanto secreto. Se lo estaba guardando solo para él.

Una lágrima caía en cámara lenta por su rostro y se perdió en su cuello debajo de la remera. Era lentamente doloroso su llanto. Como si cada lágrima quisiera tomarse su tiempo, como si quisieran que yo las viera sí o sí.

Nos miramos con los ojos rojos y con la boca fruncida. Todo su rostro emanaba dolor y era una tortura mirarlo. Me angustiaba saber que era la culpable. Necesitaba pasar mis dedos por su cara y sacarle las lágrimas, aplastarlas y desplazarlas para que se secaran.

No las aguantaba más sobre Amadeus.

Antes de sacarle la mirada de encima, me di cuenta de que había algo más que no me estaba diciendo. A simple vista era obvio que sus emociones eran porque me iba, pero me estaba ocultando algo. Él sí podía hacerlo, ocultarme lo que pensaba, lo que le pasaba. Y a diferencia de él, yo no tenía tan desarrollada la habilidad de poder leer a las personas. Así que se aprovechaba de que yo no tenía ese recurso para guardarse lo que fuera que le pasaba.

Quise examinar más su mirada, quería descifrarla, quería entenderla.

Amadeus se levantó con la excusa de que tenía que ir al baño y nos quedamos los tres en el *living* viéndolo marcharse. Al segundo, Theo y Dante estaban hablando de fechas para ir a visitarme, pero yo me quedé viendo hacia dónde se había ido Amadeus con una pregunta impregnada en mi cabeza: ¿alguna vez Amadeus había sentido por mí lo que yo había sentido por él?

Tomé valor, me paré y lo seguí por el pasillo.

—Amadeus —susurré sobre la puerta del baño.

—Amelia, por favor —suplicó. Eso fue todo lo que dijo en ese momento.

—¿Puedo entrar?

—No.

—Voy a entrar igual.

Amadeus estaba sentado en el borde de la bañera con los codos sobre los muslos. Me miraba serio mientras me acercaba.

—Te dije que no.

—Y yo te dije que iba a entrar igual.

Hay días en los que me arrepiento de haber entrado a ese baño. De haber dicho ciertas palabras. Pero en ese momento no me preocupaban las consecuencias. O, a lo mejor, el problema estaba en que nunca imaginé que íbamos a discutir de la forma en la que lo hicimos.

* * *

Saludo con un abrazo a Finn y Matilda. Los veo mientras se alejan y mi corazón se infla de amor agradecida de tenerlos. Todos estos años que estuve en Francia fueron las únicas personas que permití que estuvieran para mí. Fueron los únicos que no alejé de mí.

Saco el celular para ver la hora. Son las tres de la tarde y hoy es mi último día sin trabajo. Mañana es martes y tengo que estar a las ocho de la mañana en la cocina. Si bien el restaurante no abre hasta la noche, mi tío me dijo que Amadeus me va a hacer una especie de *tour* y me va a dar una explicación de cómo funciona la cocina.

Aunque soy una chef que logró convertir un restaurante simple en uno de tres estrellas, no sé cómo funciona su cocina en particular. Cada chef tiene sus métodos a la hora de trabajar. Hay ciertas reglas

únicas y particulares. Somos bastantes quisquillosos, para qué voy a mentir.

Si bien el día está un poco fresco, hay sol. Así que decido volver caminando a casa. Son unas veinte calles, pero me digo que me va a hacer bien para intentar despejar un poco mi mente y acomodar mis ideas. Después de haber caminado un rato, me doy cuenta de que las personas me dirigen una mirada un poco rara. Yo frunzo el ceño y se las devuelvo. ¿No saben que es de mala educación mirar así a las personas? Cuando una anciana me acaricia delicadamente el brazo, me freno. La mujer me tiende una servilleta de papel y su mirada grita lástima.

Entonces me doy cuenta. Estoy llorando. Me toco con la yema de mis dedos la cara y al instante se humedecen. ¿Hace cuánto estoy llorando? No sé cuándo ni por qué comencé a llorar, pero últimamente parece que es lo único que hago. Llorar y llorar y llorar.

Lo bueno es que nunca antes había llorado en el medio de la calle. Acabo de sumar un nuevo lugar en la lista de “lugares donde lloré”. A estas alturas puedo decir con mucha convicción de que la ducha encabeza el puesto número uno. No sé en qué puesto iría llorar en medio de la calle a plena luz del día. Tal vez en el puesto seis.

Le agradezco a la señora y apuro el paso mientras me sueno los mocos y me seco las lágrimas con un poco de violencia. Quiero llegar a casa y tirarme en el sillón y esconderme bajo una pila de mantas. Estoy tan, pero tan cansada.

Algo que se olvidan de decirte es que, cuando estás triste, el hecho de tener que seguir funcionando, porque el mundo no frena por nada ni por nadie, es casi una tortura. Porque lo que yo quiero es poder seguir encerrada en el departamento de mi tío, sintiendo pena por mi situación, acostada en el sillón, ver películas de terror, documentales de asesinos y tener una alimentación defectuosa que no sería una fuente de nutrientes. Quiero poder olvidarme de que soy adulta, de que tengo responsabilidades. Lo que se olvidan de decirte es que cuando la tristeza es lo primero que te ataca cuando te despertás y es lo último que te abraza cuando te vas a dormir, es insoportable vivir al ritmo que los demás esperan de vos.

Pienso en eso mientras entro al departamento, mientras me pongo el pijama, me lavo los dientes y me acuesto en el sillón. Y lo sigo pensando cuando la primera lágrima rebelde se me escapa, y me digo que ya no quiero ser una persona triste.

Capítulo 5

Amadeus

Suena la alarma e instantáneamente tengo ganas de agarrarla y estrellarla contra la pared. Odio las mañanas, pero odio más levantarme tarde y desaprovecharlas, así que hago uso de toda la voluntad que tengo y me incorporo de golpe. Es más fácil de esta manera porque si lo pienso mucho, me va a ser imposible salir de la cama. Uso el mismo concepto cuando me meto en una pileta. Si te vas metiendo de a poco, terminás sufriendo más que si te metés todo de una. Hay cosas en las que no pensar tanto es el camino correcto.

Me lavo los dientes, me pongo una remera de manga larga, un *short* deportivo y salgo a correr.

Corro hasta que mi cuerpo me pide a gritos que pare, hasta que el leve malestar muscular apaga un poco los pensamientos. Quiero engañarme a mí mismo. Distraerme. Inocentemente pienso que si me mantengo ocupado, mi cerebro no tiene la oportunidad de distraerse con lo que realmente le preocupa.

Mi gran problema con todo lo que está pasando es que no sé cómo voy a reaccionar cuando la vea. No sé cómo se supone que debería actuar siquiera. No sé ni qué decirle.

Jamás lo supe si soy sincero.

Amelia, desde la primera vez que la vi, logró marearme y confundirme y enredarme. Amelia me desestabilizaba. Y eso fue algo que siempre me dio miedo. Se ve que eso es algo que no cambio.

Sin que me pida permiso, me invade el recuerdo de cuando nos conocimos.

Estaba parada frente a la mesa en la cual teníamos que cocinar. Miraba para todos lados mientras nuestros compañeros se ponían en parejas. Justo había visualizado el momento en que se acercaba a un chico, lista para hacerle la pregunta, pero en eso llegó otro chico y le ganó de mano. Me acuerdo de su mirada, un poco de vergüenza y otro

poco de pánico.

Vi que Theo me llamaba con la mano desde su mesa, delante de mí estaba Dante. Se me ocurrió algo. Ellos podían formar equipo. Aunque sabía que no les iba a gustar la idea. Theo y Dante como pareja funcionan excelente. Se complementan entre ellos. Y tienen esta especie de comunicación silenciosa donde no tienen que hablar para saber qué quiere decir el otro. A veces es un poco espeluznante. Pero si tienen que cocinar juntos, se vuelven enemigos mortales. Es como si se olvidaran de que son novios y que se aman profundamente y pasan a ser un par de desconocidos donde la violencia verbal es la única opción. He presenciado escenas donde temí por mi propia integridad física.

Sin embargo, tenía que intentarlo. Esa chica estaba ahí y cada vez quedaban menos personas sin pareja. Si se quedaba sola, me iba a partir el corazón.

—Dante, hacé equipo con Theo.

—No, de ninguna manera. —Negó con la cabeza—. Me levanté sin ganas de discutir, la vida es maravillosa. No la arruines.

Siguió avanzando, pero antes de que pudiera alejarse mucho más, lo agarré del brazo para detenerlo.

Cuando se giró para verme, le sonreí con esa sonrisa que me sirvió más de una vez para salvarme de algo que había hecho o para pedir favores.

¿Podía decirle que vaya él con la chica y yo iría con Theo? Sí, podía. Hubiera sido lo más lógico y todos habríamos salido ganando. La chica conseguía un compañero y de paso evitábamos que Theo y Dante se acuchillaran. Pero por alguna razón que desconozco, no se sentía del todo correcto. Quería ser yo el compañero de ella. Punto final.

—Por favor —le supliqué—. Si me hacés este favor, prometo dejarles el departamento para ustedes solos durante todo el fin de semana.

—Está bien —dijo; se liberó de mi agarre, se dio vuelta y se dirigió hacia Theo. Siguió hablando dándome la espalda—. Después de todo, lo vamos a necesitar para reconciliarnos por la pelea que vamos a tener dentro de treinta minutos cuando no quiera escuchar mis inteligentes y muy acertadas aportaciones de cómo hay que hacer las cosas.

No necesitaba esa imagen mental.

Mientras avanzaba hacia su mesa, la chica clavó su mirada hacia mí. Una mezcla de miedo y esperanza se tiñe en su mirada. Nuestros ojos se encontraron por primera vez y algo extraño se impregnó en mi sistema. Se sentía pesado en mi estómago. Oprimía un poco mi pecho. No me cuestioné jamás qué fue eso que sentí. Tardé varios años en animarme a bucear en esa área. Lo único que hice en ese momento fue esconderlo en algún espacio de mi mente y me esforcé por reprimirlo cada vez que luchaba por salir a la superficie.

Una vez frente a ella, le pregunté si buscaba compañero. Me dijo que sí y una pequeña sonrisa apareció.

Me odié por preguntarme cómo sonaría una risa de esa boca.

Me molestaba que la quisiera hacer reír solo para escucharla. Dije que era solamente curiosidad. ¿No somos todos un poco curiosos por naturaleza?

Pero, sin duda, lo que más me enfadaba era que todo lo contradictorio que despertó en mí no hizo que me alejara de ella, aun sabiendo desde el segundo en el que la conocí que iba a ser un inconveniente. La palabra “problema” la tenía escrita en la frente con marcador rojo. Se podía ver a kilómetros de distancia. Yo lo vi, por supuesto que lo vi.

Niego con la cabeza intentando alejarme de ese día y de lo que sentí, y comienzo a trotar camino a casa. Tengo exactamente veinte minutos para bañarme y tomarme un café antes de ir hacia Nina´s.

Cuando estoy en el subte camino al restaurante me invade el pánico. Una bola se me instala en la boca del estómago y comienzo a pensar en todo lo que puede salir mal a partir del regreso de Amelia a mi vida.

Hace años que no sé absolutamente nada sobre ella. Sé que se casó porque un día estábamos con Theo y se le escapó. Su intención nunca fue contármelo. De la misma manera me enteré del éxito del restaurante que había adquirido Sebastiano y del cual ella era chef. Eso fue lo que había aniquilado cualquier rastro de esperanza de que algún día volvería. Es decir, nadie abandona lo que funciona.

Me preocupa un poco lo que voy a sentir cuando la tenga delante de mí, porque estoy enojado. Hay días incluso en que la odio. Por el silencio, por haberse ido, por lo último que me dijo antes de desaparecer. La odio por demostrarme que no me necesitaba tanto como yo a ella, porque me había revolucionado y me hacía dudar. La odio porque se casó, porque me hizo sentir cosas que no quería,

porque estaba condenado a esos sentimientos. La odio porque cuando se fue, me di cuenta de lo tarde que era para plantearnos un nosotros.

Salgo del subte, comienzo a caminar. Me doy cuenta de que, además, me preocupa que todo lo que ignoré, escondí y elegí olvidar, vuelva. Que al mirarla, el reloj empiece a retroceder hasta llevarme de vuelta a ese día en el que nos conocimos. Que cuando la tenga delante de mí fuera como si no hubieran pasado los días y esos sentimientos que tanto me empeñé en reprimir, salgan a flote burlándose de mí por creerme tan ingenuo como para pensar que podía seguir fingiendo que nunca existieron.

Existe esa posibilidad y me aterra. No creo estar preparado para hacerle frente. No sé si algún día lo voy a estar.

De alguna manera u otra, Amelia volvió para agitarme. Y agitarme a mí es como sacudir un avispero. Porque cuando uno guarda, guarda y guarda, a veces solo se necesita un roce para que todo explote.

* * *

Miro el reloj que está en la pared y suelto el aire en un claro signo de fastidio. Son las ocho menos cinco de la mañana. Faltan cinco minutos para que entre por la puerta del restaurante.

Respiro profundo. Una, dos, tres veces.

Necesito calmarme. Pensar con claridad. Actuar con practicidad. Me considero una persona pragmática y resolutiva. No tiene sentido que deje de serlo justo ahora.

La persona que va a entrar por esa puerta no es la misma que solía conocer. Repito eso un par de veces porque se me olvida con bastante facilidad. Tengo que entender que ella no es la Amelia que fue mi mejor amiga. No. Es la Amelia que me dijo, en pocas palabras, que era un cobarde que nunca iba a lograr nada. Es la Amelia que nunca pidió perdón, que no se despidió y que prácticamente desapareció de mi vida.

También es la Amelia a la que le dije cosas hirientes.

Por un lado, me da seguridad saber que cuento con la posibilidad de que no sienta absolutamente nada cuando la vea. A lo mejor el paso de los años hizo su trabajo y terminó de aplastar cualquier resto de lo que algún día sentí.

Dos minutos.

No puedo evitar pensar en el hecho de que en realidad no la

conozco. No realmente. Ya no es Amelia, mi mejor amiga. Ahora es Amelia, la que alguna vez lo fue y de la cual tengo una idea que seguramente no coincide con cómo es ahora. ¿Cuánto puede cambiar una persona en cinco años? Todas las personas tenemos una esencia, pero ¿es inquebrantable?

El rencor que acumulé durante tanto tiempo está ahí, latente. Me niego a que Amelia forme parte de mi vida otra vez. La quiero lejos. Lo más lejos posible. Me digo a mi mismo que no necesito esto, no quiero arreglar lo que sea que haya pasado entre nosotros, no busco volver a tener una amistad con ella ni nada parecido. No necesito su perdón. No quiero nada que provenga de ella.

Ah, pero muy bajito, casi inaudible, hay una voz que me dice que soy un mentiroso y que en realidad quiero volver a verla, quiero escuchar su voz, quiero saber que, si estiro la mano y la toco, no va a desaparecer.

Amelia sigue significando peligro.

Y no es uno que quiera correr.

Capítulo 6

Amelia

Son las ocho en punto y recién estoy saliendo del subte.

Mierda.

Llegar tarde no es una opción, pero correr tampoco. Estamos hablando de mí, una persona que desde hace quince días la única actividad física que hace es ir del sillón hasta la puerta del edificio a buscar comida y de nuevo al sillón. Y no, nunca usé las escaleras. Soy una fiel seguidora de unos de los mejores inventos de la humanidad: el ascensor.

Así que solo nos queda conformarnos con llegar un poco tarde, solo unos minutos. Él va a entender. En realidad, existe una explicación lógica de por qué no estoy llegando a la hora que me citó. Me quedé dormida.

Ayer a la noche estuve despierta hasta las tres de la mañana. No podía dormirme. Estaban pasando demasiadas cosas por mi cabeza; no podía parar de pensar y crear posibles escenarios de cómo iba a ser mi reencuentro con Amadeus. Déjenme decirles, mi mente no tuvo el poder de concebir ni un escenario donde las cosas salieran medianamente bien. Las probabilidades de que discutamos son bastantes altas. En fin, la mezcla de ansiedad y miedo es mortal. No la recomiendo si lo que estás buscando es irte a dormir a una hora decente.

Hay algunas nubes en el cielo, el día es frío, pero bajo el rayo del sol está agradable. Apuro un poco el paso. No recuerdo cuándo fue la última vez que salí a correr. Probablemente debería volver a hacerlo. Seguramente me ayudaría con mis problemas para dormir. Además, en estos momentos estoy simplemente caminando un poco rápido y ya estoy agitada. No puedo permitirme esto.

Pensar en mi insomnio insufrible hace que se me cruce por la cabeza mi exmarido por dos cosas. La primera, si dejara de existir,

estoy segura de que mis problemas con el sueño disminuirían, dormiría como un bebé. La segunda, porque el adjetivo insufrible combina perfecto con él. En realidad, cualquier insulto le queda bien.

Paro de caminar en el instante en el que me doy cuenta de que estoy pensando en Sebastiano, y me lo reprocho. Hoy desperté con un objetivo y es terminar el día sin pensar en él. No quiero que siga atormentándome. Ya no forma parte de mi vida y no tiene sentido que siga perdiendo tiempo o energía en siquiera recordarlo. Quiero que su existencia me dé igual. Es más fácil de decir que de hacer, pero creo que por algo se empieza. Y no pensar en él es un primer paso. Uno muy importante.

Nina´s se encuentra a seis cuadras de la salida del subte. Ahora son tres. Me empezaron a arder los gemelos hace un rato ya. Si Amadeus sigue siendo como lo recuerdo, no le va a gustar mucho que esté siendo impuntual. En mi vida conocí a alguien tan obsesivo con los horarios. Una vez, esperó afuera de mi casa hasta que se hiciera la hora porque había llegado unos minutos antes y no quería ser impuntual. Era una imagen para ver, Amadeus ahí parado mirando su reloj de muñeca hasta que fuera el momento indicado para tocar mi timbre. Lo que fue más divertido todavía fue ver el susto que se pegó cuando lo sorprendí por atrás.

Anoche, cuando estaba despierta, me daba terror este momento, el instante en el que nos volviéramos a ver. Pero ahora solo tengo ansiedad. Porque por alguna razón que no puedo terminar de comprender del todo, quiero verlo. Me intriga un poco cuál será su aspecto, qué fue de su vida todos estos años.

El restaurante aparece ante mis ojos. Las paredes están pintadas de un azul oscuro, casi negro. El nombre del restaurante en letra cursiva. El blanco de las letras asienta el color de las paredes. Simple pero efectivo. La fachada te decía con lo que te ibas a encontrar dentro. Un restaurante elegante pero no exorbitante.

Mientras empujo la puerta del restaurante me digo que no vine hasta acá para arreglar absolutamente nada. La única razón por la cual estoy acá es por trabajo.

Me sorprende ver que las luces están apagadas en el sector de las mesas, aunque tiene un poco más de sentido cuando me doy cuenta de que la cocina está alumbrada. Debe de estar ahí. Recorro el frente del local, donde dentro de unas horas va a estar lleno de comensales disfrutando de la comida y me dirijo hacia la luz. Entro a la cocina y

espero encontrármelo ahí, pero no lo veo. Me fijo la hora. Ya son las ocho y cuarto. Una sensación de malestar se planta en mi estómago. ¿Se habrá ido? No, no hubiera dejado la luz prendida y el restaurante sin llave. Pero acá no está.

Necesito corroborar en el calendario de mi celular que hoy es 15 de septiembre. No me sorprendería haberme equivocado. Sí, estoy desempleada y no es que tenga muchos lugares a los cuales ir tampoco. Digamos que mi agenda está bastante vacía. Pero mi cabeza está llena de pensamientos, así que corro el riesgo de haberme confundido de fecha.

Es entonces cuando escucho una puerta que se abre y unos pasos que caminan en mi dirección. Sigo sin poder verlo porque estoy de espaldas y mirando el celular, pero sé que es él. Es decir, ¿quién más podría ser? Tampoco es un acertijo tan complicado. Se frena y soy consciente de que tengo que darme vuelta.

Estoy siendo ilógica en este momento. Vine acá sabiendo que iba a encontrarme con Amadeus. Sin embargo, hay algo que me imposibilita girarme. Aunque al mismo tiempo cada partícula de mi organismo grita que me dé vuelta.

Estoy tan confundida en estos momentos. No sé ni cómo explicar lo que me sucede. A ver, tal vez esto aclare un poco el cómo me siento. Hay colores que no tienen mucho debate, son los colores que son. El rojo es rojo y punto final. Ahora, existen ciertos tipos de colores que su definición no es tan simple. Por ejemplo, el color coral. Depende quién lo mire puede ser un tipo de rosa o un tipo de naranja o una mezcla de ambos. Estamos hablando de un color más complejo a la hora de querer definirlo y que probablemente no haya una única respuesta correcta.

A mí me está pasando eso. No puedo identificar qué color estoy sintiendo.

De repente una duda se me instala. ¿Y si cuando lo vea a la cara puedo confirmar que me detesta? O aún peor. ¿Si él se da cuenta de cuánto resentimiento le tengo? Ninguna de las dos opciones me convence mucho. Algo me dice que cuando nos miremos, ambos nos vamos a encontrar con nada más que desprecio por el otro.

Por un segundo me planteo la muy madura opción de agarrar mis cosas e irme. Debería pasar por al lado de él corriendo. Dios, tener estado físico podría salvarme la vida en estos momentos.

No salgo corriendo, de más está aclararlo. Era una terrible idea. Al

igual que decidir que iba a poder hacer esto como si no significara nada para mí. Finn y Matilda no sabían de lo que hablaban cuando dijeron que todo iba a estar bien. Yo no me siento tan bien que digamos.

—Llegás tarde.

Su voz.

En ninguna de las versiones que imaginé, había tenido en cuenta que él pudiera seguir teniendo cierto efecto en mí. Estúpida.

¿El primer error? Subestimar totalmente el poder que tiene Amadeus.

Me odio un poco por mi debilidad. Lo odio por eso a él también. Es decir, es su voz después de todo. Algo de responsabilidad tiene que tener. Y lo odio por recalcar algo que es obvio y claramente no son las dos palabras que esperaba que dijera después de cinco años sin hablarnos. No esperaba nada muy elaborado pero un "hola" tal vez hubiera sido un buen comienzo.

Me doy vuelta de golpe, como si me arrancaran una curita, sin meditar mucho. Y mierda.

Mierda. Mierda. Mierda.

Amadeus siempre contó con una belleza exorbitante. Nada en él era común ni ordinario. Su piel es aceitunada y siempre adquiere un dorado envidiable cuando toma sol. Su pelo sigue siendo de un negro profundo como el cielo cuando anochece, pero ahora lo tiene un poco más largo y se le ondula un poco. Un mechón le cae por la frente e instantáneamente se lo peina hacia atrás. Su nariz es grande y recta. Debo admitir que siempre tuve cierta fascinación por su perfil. Mis ojos recorren su mandíbula geométrica y sin querer, termino mirando sus labios. Uno, dos, tres segundos, hasta que mis ojos se encuentran con los suyos. Más de una vez me quedé tildada en ellos. Me cuesta describir su color. Son marrones, pero cambian levemente de tono. A veces adquieren una tonalidad más clara, como si se mezclaran con miel. Otras veces son oscuros y me recuerdan al chocolate amargo.

Me parece algo muy vil de su parte que vaya por la vida con esa cara así como si nada.

Tiene un *jean* holgado azul claro y una remera gris suelta, pero como tiene los brazos cruzados a la altura de su pecho, las mangas se aprietan alrededor de sus bíceps.

Mierda.

Me cuesta interpretar la mirada que me está dando, así que intento

no detenerme mucho en eso. Ni en él. No debería estar mirándolo como si nunca hubiera visto a un hombre en toda mi vida. Concentrate, Amelia.

—Sí, perdón —digo mientras camino hacia donde está él—. Noche difícil. No escuché la alarma. —Intento bromear al respecto para aligerar un poco el ambiente tenso que nos rodea. No funciona.

—Sí, bueno. —Su voz es brusca—. Todos tenemos problemas y no por eso vamos llegando tarde a lugares. Te dije un horario y te atrasaste quince minutos. No sos el centro del mundo. Yo tengo cosas más importantes que hacer.

Creo que me desgarré ambas cejas por lo rápido que las elevé.

Me parece un enojo muy desmedido.

—¿Perdón? —trato de hablar lo más amable que mi enojo y sorpresa me permiten—. No llegué una hora más tarde. Me atrasé solamente unos minutos y me disculpé. Además, como te estaba explicando, anoche no dormí muy bi…

—Bien, anoche no dormiste bien. —De nuevo ese tono que me estaba empezando a molestar un poco—. Sigo sin entender cómo eso es una excusa para hacerme perder minutos de mi día.

Me entran ganas de romperle esa cara tan bonita que tiene.

—Amadeus, no sé cuál es tu problema, pero… —No puedo seguir porque sé que diría una mentira, porque podía hacerme una idea de cuál era su problema. Yo.

—Ya que me hiciste perder diecisiete minutos de mi valioso tiempo, tendremos que apurarnos un poco. —Todo en él denota hastío, desde el tono condescendiente de su voz hasta la forma en la que sacude la mano, como si estuviera alejando una mosca y esa mosca fuera yo. Bueno, ya somos dos que están hartos del otro—. Seguime así te muestro el lugar y te explico un par de cosas que tenés que saber.

No me muevo ni un milímetro de mi lugar. Me niego a seguir sus órdenes. Porque eso es lo que son, órdenes. Además, ¿quién se piensa hablándome así? Como si me estuviera haciendo un favor y le debiera la vida. Si tengo que estar agradecida con alguien es con mi tío, no con él. No le debo nada.

Se da cuenta de que no estoy siguiéndolo, así que se detiene y me pregunta:

—¿Te olvidaste de cómo caminar en los últimos treinta segundos o te quedaste sorda?

Cierro los ojos y cuento hasta mil trescientos ochenta y cuatro para reunir toda la paciencia y paz posible antes de empezar a caminar en su dirección y seguirlo por la maldita cocina. Amadeus intenta mostrarse indiferente, como si mi presencia no le importara en lo más mínimo, pero la leve tensión en la espalda y la forma en la que no puede sostener mi mirada por más de dos segundos lo deja en evidencia. No le gusta que yo trabaje acá con él y le es imposible ocultarlo.

Una vez que la especie de recorrido por la cocina finaliza, me invita a pasar a su despacho para terminar de explicarme cuál va a ser mi puesto.

Amadeus me anuncia que voy a estar a cargo de la estación de las salsas. Tengo que comprobar su textura, color, aroma y sabor. En la mayoría de los platos, la salsa es una parte fundamental. Puede hacer que sea el mejor plato que alguna vez haya probado el comensal. O puede hacer que se redacte una crítica espantosa sobre todo tu restaurante a causa de algo tan minúsculo como la salsa. En resumen, es importante. Más de lo que parece. En realidad, este puesto tiene el nombre de *saucier,* y su única responsabilidad no es solo ser el encargado de las salsas, sino que también es el segundo jefe en la cocina. Y, obviamente, Amadeus no tiene intención alguna de darme esa responsabilidad. Aunque si debo sincerarme, no estoy en una etapa de mi vida en la que quiero abarcar más de lo que realmente puedo, y ser el segundo al mando es una responsabilidad demasiado grande.

No voy a mentir, se siente extraño retroceder en lo que es la jerarquía dentro de una cocina. Hace unos meses era una reconocida chef de un restaurante de tres estrellas de París y ahora estoy a cargo de una estación. Pero si me quiero enojar con alguien por estar metida en esta situación, es conmigo y nadie más que conmigo. Esto es mi culpa.

Me consuelo diciéndome que, si lo pude hacer una vez, significa que puedo volver a hacerlo.

Tal vez esto sea algo bueno después de todo. Empezar de cero.

—Gracias —le digo—. Por el trabajo.

Lo sé, no es a él a quien debo agradecerle y menos después de estar junto a él los últimos veinte minutos y ver el esfuerzo sobrehumano que tiene que hacer para estar cerca de mí. Pero estoy intentando calmar la tensión, otra vez.

Amadeus despega los antebrazos del escritorio y se reclina hacia atrás.

—Bueno, en realidad deberías agradecerle a tu tío. —No me digas, no lo había pensado. Idiota.

Nuevamente me quedo perpleja ante su respuesta. Como si quisiera dejarme bien en claro que él no aprueba esto. Lo entiendo, Amadeus, preferís meter los dedos en un enchufe antes que trabajar conmigo. Ya nos hicimos la idea. Si bien tenía claro que no estábamos en los mejores términos en lo que respecta a nuestra relación, tampoco pensé que me iba a tratar de este modo.

Me cruzo de brazos y copio su postura.

—Ya le agradecí, pero como soy una persona educada, creí que correspondía darte las gracias a vos también. —Mi tono es más mordaz de lo que pretendía, pero no me arrepiento—. Veo que me equivoqué.

Frunce un poco las cejas y vuelve a inclinarse sobre la mesa, entrelazando sus manos sobre ella. Mi mirada recae en su mano derecha y la cicatriz que le quedó de cuando lo quemé el día que nos conocimos. Él nota que la estoy viendo y la tapa apoyando su otra mano por encima. Sutil. Muy sutil.

En mis recuerdos, Amadeus no era tan imbécil.

¿Cómo vamos a hacer para trabajar juntos?

—Amadeus, si no te sentís cómodo conmigo trabajando acá, necesito que me lo digas. —Quiero este trabajo. No, necesito este trabajo. Realmente lo necesito. Pero tampoco puedo hacer que se transforme en una situación de tensión e incomodidad. Conozco bien cómo funcionan las cosas en la cocina de un restaurante y si va a haber disputas internas, no hay manera de que esto salga bien para ninguno de los dos. Vamos a terminar acuchillándonos antes de que termine la semana. Si vamos a pasar jornadas discutiendo, esto va a ser un infierno, y ya tengo bastante con mi vida.

—Amelia, te das mucho mérito. —Hace una pausa y puedo notar cómo su cerebro se esfuerza antes de escupir las siguientes palabras—: No sé qué te hace pensar que tu presencia tiene siquiera un efecto en mí. Me da exactamente igual si te quedás o si te vas. Aunque ya puedo imaginarme qué opción vas a elegir conociendo tu historial. Que la puerta no te golpee cuando te vayas —remata. Ni siquiera puede decir eso último mirándome a los ojos. Y yo por dentro siento cómo un mar de lava recorre cada espacio de mi ser.

No aguanto un segundo más enfrente de este hombre.

Agarro mis cosas con más fuerza de la necesaria y me incorporo con tanta velocidad que casi tiro la silla al piso. Mis ojos apuntan a los suyos con toda la furia que me carcome por dentro. Mi pecho se infla y desinfla con velocidad. Tengo los nudillos blancos de tanto apretar la correa de la cartera.

No logro entender la mirada de Amadeus. Es una mezcla de enojo, cautela, sorpresa. No se mueve ni un centímetro de su lugar. Así que decido moverme yo. Tiro de la puerta de su oficina y con paso apurado me dirijo a la salida. Me concentro en no llorar porque me gustaría hacerlo lo menos posible. Si puedo evitarlo, mejor.

Siento su presencia detrás de mí, pero no freno, al contrario, acelero mis pasos.

Es gracioso que él sea el que está siguiéndome y no al revés. Durante años fui yo la que estaba detrás de él. Pero hace mucho tiempo que decidí dejar de perseguirlo. Hubo un punto en nuestra relación en la que ya no podía estar buscando que él se fijara en mí, que simplemente me mirara como si yo fuese una posibilidad. Como si un "nosotros" fuera algo posible. Ahí fue cuando elegí esconder todo lo que me provocaba Amadeus. Decidí hacerlo chiquito para poder guardarlo en un lugar donde nadie podría encontrarlo. Me conformé con su amistad porque entendí que era lo único que él podía darme. Y tal vez fui egoísta por nunca decir en voz alta lo que sentía por él y seguir siendo su amiga, pero no podía perderlo.

Y después conocí a Sebastiano, de quien me enamoré perdidamente, como si fuera una adolescente. Todo fue muy intenso.

Coincidimos por primera vez en la apertura de un restaurante al que habíamos sido invitados Amadeus, Theo, Dante y yo. Odiaba ir porque me parecía de lo más aburrido. Sebastiano estaba ahí porque era dueño de algunos restaurantes de bajo perfil, pero que prometían bastante. Yo misma estaba buscando una vacante en uno de ellos.

Tenía veinte años, ya contaba con mi título hacía un año y estaba luchando por hacerme un nombre en el ambiente. Fácil no era, pero tampoco imposible, y yo tenía mis metas claras. Quería ser una chef que revolucionara el mundo de la cocina. Era buena, no solo porque lo sabía, sino porque mis profesores de la academia, mis amigos y familiares lo repetían constantemente. Solo necesitaba una oportunidad para demostrarlo.

Aburrida a más no poder y con una copa de champán en la mano,

Sebastiano se me acercó y recuerdo que a los quince minutos me encontraba secándome las lágrimas de lo mucho que me hacía reír. Había sumado todos los puntos.

A partir de ahí, todo fue muy vertiginoso.

Al mes de haber comenzado a salir, él ya me estaba pidiendo ser su novia. Después de ochos meses de relación me propuso mudarnos juntos. Cuando cumplimos un año, a Sebastiano le llegó la magnífica propuesta de comprar un restaurante en París. A decir verdad, no lo necesitaba, se había hecho un nombre en Nueva York. Aquellos restaurantes que había adquirido en su momento, cuando no eran nada, se habían transformado en restaurantes de dos y tres estrellas inclusive. Tenía un buen ojo para las oportunidades.

Pero, igualmente, Sebastiano siempre fue una persona insaciable, y yo era exactamente igual. Quería más y más. No creía en el concepto de que había un techo, un límite. Y en caso de existir, bueno, seguramente se podía romper. Cuando le decís a las personas que sos alguien ambicioso, no te miran con buena cara, piensan que te mueve solo el éxito. Y yo me pregunto, ¿qué tiene de malo? Así que no lo pensamos dos veces cuando decidimos irnos juntos. Yo iba a ser la chef y él, el dueño. Cerraba por todos lados. Era un plan maravilloso.

Me propuso matrimonio cuando llegamos a Francia, al año y medio de noviazgo. Ante los ojos de mis amigos y familiares era una locura y no tenía sentido que fuéramos tan rápido. Obviamente no los escuché y dije que sí con una sonrisa kilométrica plasmada en mi cara.

Tengo ganas de volver al pasado y darme una cachetada.

—Amelia. —Me agarra del codo y cuando me doy vuelta, su mirada me encoge un poco el corazón. Está apenado, eso es obvio. Sabe que cruzó la raya. Pero yo estoy furiosa y no me interesa mucho cómo se está sintiendo él.

—No me toques. —Me suelto de su agarre—. Claramente fue un error haber aceptado este trabajo sabiendo que vos estabas acá.

Le estoy dando una oportunidad de que se eche para atrás, de que diga que estoy equivocada.

Agacha la cabeza y no emite sonido.

Perfecto, simplemente perfecto.

—Lo sabía. —Suelto un bufido—. Debería irme, tengo cosas que hacer, no sos el único que tiene una vida.

De nuevo, él no tiene por qué saber que en realidad las cosas que tengo por hacer son: absolutamente nada.

Por un momento, pareciera que Amadeus intenta decir algo con sus ojos y se acerca unos centímetros. Lo hace con precaución y con lo que parece un poco de miedo. Como si él fuera un león y yo una gacela con miedo. Me entran ganas de reírme de lo equivocado que está. La gacela asustada debería ser él. Yo, si estoy temblando, es por la furia que recorre mi cuerpo.

Está bastante cerca, pero en vez de decirme algo, pasa por mi lado y camina hacia la puerta. Veo su espalda y cómo unos pelos se ondulan sobre su nuca. La forma en que sus piernas se flexionan con cada paso que da. Sus brazos mientras abre la puerta que estaba sin llave, la cual saca del bolsillo trasero de sus *jeans*.

Sin mediar palabra atravieso la puerta. Al instante, él hace lo mismo y cierra con llave Nina´s. Una vez ambos fuera del local, no me gasto en saludarlo y me encamino hacia mi casa sin terminar de entender qué mierda acaba de pasar.

Capítulo 7

Amadeus

—Así que las cosas salieron bien por suerte.

Miro a Dante mientras se lleva su *latte* a la boca. Theo se encuentra a su lado mordiendo un budín de limón. Estamos en Better With Coffee, el café al que venimos desde que comenzamos la carrera de gastronomía. Antes solíamos ser dos más, pero Hanna dejó de venir cuando terminamos la relación y Amelia dejó de aparecer en nuestras reuniones un poco antes de irse de Nueva York.

Le doy un trago a mi café y elijo no contestar la afirmación que acaba de hacer mi amigo. Les conté con lujo de detalles cómo fue el encuentro con Amelia. Y ambos llegaron a la conclusión de que fue un desastre total y que yo fui un imbécil. Uno con suerte porque, según ellos, me merecía una trompada.

—Sigo sin creer que las primeras dos palabras que le dijo fueron "llegaste tarde" —le comenta Theo a Dante como si yo no estuviera frente a ellos.

—No, lo mejor fue cuando Amelia le agradeció por el puesto y él decidió ser un tremendo idiota —señala Dante. Theo asiente dándole la absoluta razón.

¿Acaso me volví invisible?

—Sigo acá —les digo fulminándolos con la mirada.

—Lo sabemos —dice Theo con una sonrisa que muestra todos sus dientes.

Revoleo los ojos mientras lanzo un suspiro exagerado que espero que haga entender lo que me fastidia todo este asunto. Por supuesto, no funciona.

—¡Tengo la ganadora! —Dante se gira hacia Theo como si le hubiera dicho que acaba de ganar la lotería. Están demasiado alegres con todo lo que está pasando. Los odio—. Cuando se quedó parado en la puerta del restaurante hasta que Amelia ya estaba fuera de vista.

—¿Cómo sabés eso si no estabas ahí?

Me mira con una sonrisa más grande, si es posible, y me responde:

—Ahora lo sé.

Dante le pasa el brazo por los hombros para acercarlo y darle un beso en la mejilla.

—Por esto te amo, por tu increíble inteligencia.

—Y porque soy la persona más graciosa que existe y sé calcular de manera extraordinaria las porciones al momento de cocinar, sumado a que estoy buenísimo. No te olvides de eso, que es lo más importante.

Dante y yo ponemos los ojos en blanco.

—Sí, y estás buenísimo, no me olvido. —Le da otro beso en la mejilla y Theo reacciona como si fuera la primera vez que lo hace, aunque están hace casi diez años de novios—. Ahora vamos a lo que realmente importa. —Esto último lo dice mirándome a mí—. ¿Qué tanto te afectó?

Theo tenía razón cuando dijo que me quedé ahí parado en la puerta hasta que perdí a Amelia de vista. Lo que no sabe es que fue debido a que desde que la vi parada de espaldas en el medio de la cocina hasta que se empezó a alejar, yo dudaba de que realmente estuviera ahí conmigo.

Es decir, por supuesto que era Amelia, de carne y hueso. Pero al mismo tiempo sentía que era una ilusión y ella seguía en París felizmente casada con Sebastiano. La veía deslizarse por ese espacio tan cotidiano de mi vida y me costaba creer que de verdad estuviera ahí. Mi cerebro no podía comprender su presencia.

Así y todo, si me preguntaran si estaba enojado con su regreso a mi vida, hubiera dicho que sí. Me molestó que Amelia irrumpiera como si nada en mi cotidianeidad, casi tanto como su intento por pretender que todo estaba bien. Como si estuviera ignorando el tiempo de ausencia que tuvo cada uno en la vida del otro, como si estuviera ignorando nuestra última conversación. Ella quiso actuar como si nada hubiera pasado y por más que yo lo intente, no creo ser capaz de hacer lo mismo.

Quiero aclarar que no mentí el otro día cuando le dije a Theo que todo este asunto no era para hacer tanto escándalo. Honestamente no tuve en cuenta cuánto me iba a afectar. Y ahora, después de haberla visto en mi cocina, la realidad me golpea en el medio del estómago.

Amelia va a trabajar en Nina´s y yo soy el chef del restaurante. Va a trabajar conmigo, y hay altas probabilidades de que terminemos

matándonos. También existe la posibilidad de que incendiemos Nina ´s.

—No me afectó en absoluto —le digo a Dante, con lo que espero sea mi cara más indiferente. No quiero mostrar emoción alguna—. Mi conducta fue la apropiada para el reencuentro con una persona con la que no hablaba desde hacía años.

Dante desliza sus ojos marrones a los ojos azules de Theo. Cuando ambos vuelven a posar sus ojos sobre mi cara, trato de endurecer más mi mirada.

—Acabamos de decidir que no te creemos —señala Theo.

—Podés jugar a este juego de "no tengo sentimientos y todo me da igual" con el resto, pero con nosotros dos no —agrega Dante.

—Además, te dije que en algún momento íbamos a tener que hablar sobre esto —me recuerda Theo. Y mierda, es verdad. Por más que quiera escapar, no voy a poder hacerlo por siempre. Conozco a mi amigo y si hay algo que lo caracteriza es su insistencia.

Cuando teníamos diecisiete años, Theo invitó a salir a Lola Lynow. Toda la escuela estaba detrás de ella. Lola rechazaba a todos, uno por uno. En mi opinión, creo que le encantaba tener ese poder sobre nosotros. Sí, yo también lo había intentado y fallé. Theo le dijo de salir y ella, como de costumbre, le dijo que no. Ah, pero mi buen amigo no se iba a rendir tan fácil. Tampoco quería acosarla, pero en el fondo sabía que, si le demostraba que en serio quería esa salida, ella iba a decirle que sí. Según Theo, los demás no lo intentábamos demasiado y Lola Lynow podía percibir eso. Recuerdo haberle dicho que su plan no tenía ningún sentido y que solamente estaba consiguiendo que lo volviera a rechazar. Finalmente fueron a tomar un helado juntos, salieron durante un mes, hasta que ella se aburrió. Al poco tiempo, Theo conoció a Dante y ahora yo sufro las consecuencias.

Dejo salir de golpe todo el aire de mis pulmones y apoyo el café en la mesa. No sé bien por dónde empezar a explicar lo que me pasa porque ni yo lo termino de entender.

—Está bien —comienzo—. Sinceramente fue bastante incómodo. Es decir, se notaba que ella tampoco estaba muy feliz de tener que estar ahí conmigo.

Theo me mira.

—Tal vez si hubieras puesto un poco de voluntad y la hubieras tratado bien, te hubieses dado cuenta de que estás totalmente

equivocado.

Frunzo las cejas ante la rotundidad de sus palabras.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —le pregunto.

—Porque te adora. —Pone los ojos en blanco—. Sos su debilidad y, siendo honesto, eras su favorito.

Cada palabra que sale de su boca me deja estupefacto. Nunca jamás había dicho nada parecido a lo que acaba de decir.

Dante mira a Theo como yo lo miré el domingo en mi departamento. ¿Por qué Dante querría matar a su novio?

Theo se da cuenta de la mirada asesina de su novio y levanta las manos.

—¿Qué? ¿Acaso no podemos decir lo obvio? Amelia nos amaba a los tres, pero cuando se trataba de Amadeus, era clara su preferencia.

Es verdad que entre nosotros dos existía esta especie de conexión. Con solo mirarle la cara podía saber lo que estaba pensando. Nos podíamos comunicar sin la necesidad de tener que decir algo. Esta complicidad que había hacía que ella fuera la primera persona a la que llamaba cuando tenía un problema o cuando algo genial me sucedía. Amelia era la persona a la que quería contarle cada cosa que me pasaba. Y cuando ella consiguió trabajo en otro restaurante y ya no compartimos tanto tiempo juntos, nos llamábamos por la noche para contarnos cómo había sido nuestro día. Pero de ahí a que yo fuera su preferido, había un abismo.

—Theo, no digas idioteces. Amelia no tenía preferencias, simplemente nos entendíamos mejor.

—Como digas. —Hace un gesto con la mano como quitándole importancia al asunto—. Nos desviamos del tema de conversación. —Le da un mordisco al budín y a medio tragar dice—: Acá lo que importa es que expreses tus sentimientos, este es un lugar seguro. Si no le podés contar a tus dos mejores amigos lo que te pasa, ¿a quién le vas a decir?

—Confío en ustedes, no pasa por eso.

—¿Entonces? —me pregunta Dante.

—El problema es que no sé qué sentir —admito. Hoy cuando la vi entrar elegí sentir lo más fácil: enojo. Y no hace falta aclarar que no pude controlarlo. Ninguno de los dos dice nada ante eso así que decido continuar—: Apenas la vi, mi parte más instintiva quería eliminar la distancia y abrazarla hasta que me pidiera que la soltara. Pero mi parte racional sentía un leve rechazo hacía ella. —Ahora que

empecé a hablar no puedo parar—. Es decir, tenía la pequeña esperanza de que cuando nos viéramos, las cosas mágicamente fueran como antes. Todo este tiempo tuve la ilusión de que todo el daño que nos hicimos, cada palabra que nos escupimos con odio se desvanecería cuando nos volviéramos a ver. Que al verla me olvidaría de todo. Pero me equivoqué. La herida sigue ahí, y no sé qué hacer. No sé qué hacer.

Se siente bien expulsar lo que estaba dando vueltas dentro de mí.

Theo tiene los ojos levemente agrandados, supongo que sorprendido por la avalancha de palabras que acaba de salir de mi boca. Dante se está esforzando en esconder una sonrisa. Y yo me llevo el café a los labios, un poco más liviano.

—Me parece que lo que tendrías que pensar es cuál querés que sea la relación que vas a tener con Amelia a partir de ahora.

—Estrictamente profesional.

Cuando Theo escucha eso, se empieza a reír, pero se olvidó de que tenía un pedazo de budín de limón en la boca, y en medio de la risa se atraganta. Dante le palmea la espalda y yo le alcanzo mi café para que tome.

—No… me… hagas… reír —dice cuando recupera el aliento. O bueno, casi, porque sigue tosiendo.

—No estoy bromeando.

—Es más probable que aprendas a caminar con las manos a que puedas mantener una relación solamente laboral con Amelia. —Gira la cabeza hacia su novio—. Amor, ayudame en esto.

—No sabemos eso, Theo —le dice Dante—. Pasaron demasiadas cosas entre ellos como para que no sea una posibilidad que a partir de ahora solo sean compañeros de trabajo. Es decir, ni siquiera pudieron hablar hoy.

Tiene razón. Pero no me gusta que haya dicho eso, aunque yo haya dicho lo mismo hace un minuto. Una cosa es que yo afirme que voy a mantener un vínculo meramente profesional y otra muy distinta es que los demás piensen que no podemos volver a llevarnos bien.

Dios, no tiene ningún sentido.

—Pero porque fue la primera vez, estaban los dos nerviosos —contraataca Theo—. Hay que darles tiempo y vas a ver que en una semana la vamos a tener acá tomando un café con nosotros, como en los viejos tiempos.

Entiendo el entusiasmo y la esperanza de Theo. Juro que lo entiendo. Es decir, yo estaba así a la mañana, lleno de ilusión. Lo que

pasa es que a Theo le costó superar la partida de Amelia. Creo que el problema fue que él pensaba que ella iba a venir a visitarnos, cosa que nunca sucedió. Otro de los motivos por los cuales me enojé con ella. Dante también se enfureció bastante ante su actitud de indiferencia, aunque fui yo el que estuvo enojado por más tiempo. Theo y Dante hablaron de lo sucedido, ella se disculpó, ellos la perdonaron y final feliz. En cambio, nosotros ya en ese entonces no teníamos contacto, así que nunca pudimos hablar de lo sucedido, ella no se disculpó y yo jamás la perdoné. Solamente sirvió para agrandar las razones por las cuales estaba furioso con ella.

—No quiero ser yo quien rompa con tus planes —dice Dante—, pero dudo que eso pase en un futuro cercano.

—Te juro que no entiendo por qué no pueden simplemente hablar. —Theo tiene un buen punto ahí. Yo tampoco lo entiendo—. Sería mucho más fácil si se sentaran a tener una conversación y aclararan las cosas de una vez por todas.

—Bueno, ahí sí que tenés razón —asiente Dante.

—Te equivocás. —Theo lo señala—. Siempre tengo razón. —Corona la oración dándole un mordisco gigante al budín de limón.

Dante se vuelve a mí con los ojos en blanco.

—Siendo ciento por ciento sincero, creo que encarar esta nueva etapa en su relación como compañeros de trabajo es algo muy acertado.

—Lo sé…

—No terminé —me interrumpe—. Pero coincido con Theo. Van a tener que comportarse como los adultos que son y poner las cartas sobre la mesa. Seguir evitando lo que sea que hay entre ustedes dos no va a funcionar para siempre.

—No sé a qué te referís…

—Por favor, Amadeus —ahora me interrumpe mi mejor amigo—. Hasta un nene de cinco años se da cuenta de que Amelia para vos siempre significó algo más.

—¡Theo! —Dante tiene cara de asesino de nuevo.

—De mi boca solo salen verdades.

—En primer lugar —empiezo—, no. Absolutamente no. —Theo me mira con cara de "¿en serio?", pero decido ignorarlo y seguir hablando —. Y, en segundo lugar, por más esclarecedor que fue este desayuno, tengo que irme.

—Antes de irte, acordate de que tenemos el viaje a Los Ángeles

para la apertura del nuevo restaurante de Lucio.

Dejo caer mi cabeza hacia atrás.

—Te habías olvidado, ¿no?

—Amelia tiene ese don de hacer que Amadeus se olvide de todo dejándola a ella como lo único digno de su atención —le murmura Dante a Theo.

—Tenés razón —le responde—. Debo tener más paciencia con él.

—Se me olvidó… por un instante.

—Esa es una forma muy elegante de decirlo —puntualiza Theo.

—¿Ya hiciste la reservación del hotel?

—Sip.

—¿Necesitás mi ayuda en algo?

—Nop.

—¿Soy libre de irme?

Theo asiente con la cabeza.

—Nos vemos a la noche, jefe. —Theo se lleva la mano a la frente e imita un saludo de soldado.

—Te dije mil veces que no me digas jefe.

—Lo sé, jefe —asiente totalmente serio—. Por eso lo digo, jefe. —Sonríe.

—Dante, cada día te admiro más. De grande quiero ser como vos —digo, y él niega con la cabeza, divertido.

Estoy por irme cuando la voz de Dante me frena en mis pasos.

—Amadeus, intentalo de nuevo. Esta noche probá volver a hablar con ella. Que quieras tener una relación donde solo sean compañeros de trabajo no significa que no puedan llevarse bien.

—Y no seas un completo imbécil —agrega Theo, apuntándome con el dedo índice.

Tiene razón. No hay necesidad de que tengamos que llevarnos mal o hacer como que el otro no existe. Podemos tener un buen vínculo de personas que trabajan juntas. Quién dice, a lo mejor renace la amistad.

No.

No estoy tan seguro de si voy a querer volver a ser su amigo.

Pero tener una relación cordial, eso sí puedo hacerlo. Hoy a la mañana me comporté como un idiota y si bien tengo mis motivos, no es justificación. No se merecía la forma en que la traté. En unas horas puedo reivindicarme. Solo tengo que averiguar cómo.

Capítulo 8

Amelia

La primera vez que puse un pie en una cocina fue en la casa de mi abuela Cecila. Ella estaba haciendo pastas caseras. Harina, huevo y nada más. La receta no tenía mucha complejidad y por eso fue la primera que me enseñó. Ese día, me paré en una silla para poder estar a la altura de la mesa y seguí con la mirada los movimientos de mi abuela. Estaba encantada.

—Lía. —Así me llamaba ella—. Lo primero que tenemos que hacer es colocar la harina en la mesa y ahuecarla en el medio. —Su puño presionaba en círculos para crear el agujero donde después iba a poner los huevos—. Ahora hay que poner un huevo por persona, ¿me los alcanzás?

Asentí con tanta energía que mi abuela soltó una carcajada. De la emoción me bajé rápido de la silla y salí corriendo en busca de esos huevos. Por dentro contaba cuántos éramos. Mi mamá, uno. Mi papá, dos. Mi abuela, tres. Yo, cuatro.

Volví a mi puesto de asistente/cocinera, como lo había nombrado mi abuela, y deposité los huevos en la mesa. Ahí venía mi parte favorita: romperlos. Ojo, no es tan sencillo. Si algún pedacito de cáscara cae dentro de la harina es bastante complicado sacarlo. Hay que partir el huevo, pero fijándote de no ejercer demasiada presión.

—¿Harías los honores? —Mi abuela me entregó el primer huevo y no dudé en darle unos golpecitos sobre la mesa para que se empezara a resquebrajarse y terminar de romperlo con mis manos sobre el volcán de harina. Repetí la misma acción cuatro veces más y después observé cómo las manos de la abuela Ceci amasaban la preparación para después estirarla y con un cuchillo hacer tiras anchas de masa. Por último, preparó una salsa que era para chuparse los dedos y yo fui la encargada de probar y dar mi veredicto, con mis dos pulgares hacia arriba.

Esa no fue solamente la primera receta que aprendí y la cual hoy en día sigo haciendo cada vez que extraño un poco a mi abuela, sino también que fue cuando entendí que me gustaba cocinar. Estaba maravillada con la manera en la que uno podía crear con un par de ollas. Para mí, la cocina es como un laboratorio donde puedo tomar distintos ingredientes y, a partir de ahí, realizar un plato que nunca antes haya existido. Inventar nuevos sabores. Jugar con los colores, texturas, aromas. Dulce, salado, amargo, ácido. Mezclar, revolver, batir.

Lo que más amo de cocinar es que si bien hay una receta que seguir, lo divertido es cuando me decido a arriesgarme y probar hacer algo contradictorio. Agregar un ingrediente, o sacarlo, o cambiarlo por otro. A ver, puede salir pésimo y que termine siendo algo incomible. Pero puede salir más que bien y que termine encontrando el plato estrella de mi restaurante.

Fue un cambio en la receta lo que posicionó al restaurante de Sebastiano en lo más alto. Decidí que el pescado quedaría mejor acompañado por una salsa de maracuyá. El contraste era exquisito y si bien al principio Sebastiano estaba un poco negado, solo bastó que una noche se lo cocinara en nuestro departamento para hacerlo cambiar de opinión.

—No podría tener una mejor chef. —Su pulgar realizaba un movimiento circular sobre el dorso de mi mano.

Le gustó tanto el plato que no llegamos al postre, ni a la cama. Arriba de la isla de la cocina y con la ropa puesta, me penetró una y otra y otra vez, mientras me decía en el oído que me amaba y que me amaba. Yo gemía su nombre y no podía estar más feliz. Lo tenía todo. Era una mejor exitosa que trabajaba de lo que quería y además estaba con el hombre de mis sueños. Era perfecto. No podía pedir más. Me sentía en la cima del mundo.

Por eso se pueden dar una idea de lo mucho que dolió la caída cuando Sebastiano me empujó por la espalda.

* * *

Veo el cartel de Nina´s y un leve cosquilleo se instala en mis manos. Tengo muchas ganas de volver a cocinar. No me di cuenta de lo mucho que lo extrañaba hasta ahora que estoy a punto de volver a entrar en una cocina. Pero la excitación se ve opacada por la

preocupación que siento desde que salí de este mismo lugar hace unas horas.

La reunión con Amadeus no resultó como esperaba y tengo que admitir que me encuentro bastante intranquila respecto a cómo va a ser nuestra relación a partir de ahora. Entiendo que muchas cosas pueden cambiar con el tiempo y que no tengo por qué pretender que él actúe como si fuéramos los mejores amigos del mundo, porque no lo somos, pero me dolió cómo se comportó. Como si mi mera existencia fuera un problema que por más que le dé vueltas y vueltas, no puede resolver. Como si me quisiera lo más lejos posible. No podía juzgarlo.

Me gusta ver el restaurante tranquilo, las luces apagadas, las mesas vacías, el silencio. Dentro de unas horas esto va a ser puro ruido y movimiento. Me dirijo al pequeño vestuario donde puedo dejar mis cosas y ponerme el uniforme. Pero antes de poder entrar al vestuario de mujeres, veo quién está parado en el medio de la cocina y me invaden tantas emociones a la vez que lo único que puedo hacer es soltar un grito. Más agudo de lo que pretendía. Pero es que la emoción me hizo estallar.

Su cabeza rubia se gira como un latigazo y sus ojos me encuentran al instante. Theo no duda ni un segundo antes de soltar la mochila y abrazarme hasta que los pies se me despegan del piso. Yo tampoco me resisto mucho antes de pasarle los brazos por el cuello. Siento mi sonrisa más grande del último tiempo. Y creo que hasta me duele un poco. Puede ser que al no usarlos muy seguido se me hayan atrofiado los músculos que se usan para sonreír. Dios, eso sonó tristísimo. Damos un par de vueltas, hasta que, entre risas, le golpeo el brazo y le pido que me baje porque, si no, voy a lanzar líquidos estomacales. Él se ríe también y me baja de golpe. Qué delicado es.

—Estás tan hermosa como siempre.

—Theo, nos conocemos, no hace falta que me endulces con palabras lindas.

—Me duele que pienses que estoy intentando comprar tu afecto. —Con un dramatismo totalmente exagerado para la situación, se lleva una mano al corazón. Dios, cómo lo extrañaba.

—No sabía que trabajabas acá. —Y es totalmente verdad. Nadie me avisó que iba a encontrarme con esta sorpresa. Mi tío se olvidó de este pequeño detalle. Una parte de mí se relaja al saber que, al menos, voy a tener una cara conocida dentro de la cocina. Es decir, también está

Amadeus, que es una cara conocida, pero no tan agradable, así que no cuenta.

—Sí. —Se acomoda la mochila sobre los hombros—. Amadeus y yo empezamos a trabajar al mismo tiempo en el restaurante de tu tío. Soy el *sous chef*.

—Se ve que siguen siendo como un combo inseparable, si va uno, va el otro —digo, divertida.

—No sé si lo que pretendés es burlarte o qué, pero sí. Donde vaya Amadeus, ahí estaré. —Y después de un silencio y con el rostro completamente imperturbable, agrega—: Para hacerle la vida imposible —lo dice con una sonrisa medio diabólica y bastante espeluznante en mi opinión.

No puedo evitar romper en risa en el medio del pasillo. Y de golpe aparece la angustia en el medio del pecho. Me siento culpable y soy consciente de por qué me siento así. Soy consciente de que, desde mi partida, no fui la mejor amiga del mundo y poco a poco nuestras llamadas se hicieron cada vez más espaciadas. No porque hubiera pasado algo en especial, sino porque Theo siempre fue de Amadeus y yo no quería sacarle a su mejor amigo. Y cuando las cosas se pusieron tensas entre nosotros, sentía que era un poco injusto para Theo tener que elegir un bando, así que decidí que lo mejor era que yo me hiciera a un lado. Jamás dije que fue una buena decisión, solo que en su momento me pareció lo correcto. Tiempo más tarde iba a aprender que no siempre van de la mano, no toda decisión buena es al mismo tiempo correcta.

Con Dante la situación fue otra completamente distinta. Hablábamos mucho más seguido, no sentía que le estaba robando a Amadeus y, además, yo necesitaba tener a alguien. Después de todo, yo también había formado parte de ese grupo. Creí que era lo más justo, Amadeus se quedaba con Theo y yo con Dante. Ahora que lo medito, no sé por qué traté mi ruptura amistosa con Amadeus como una especie de divorcio matrimonial y tampoco logro entender por qué transformé a nuestros amigos en una especie de hijos.

Repito, a veces hacemos elecciones pensando que son acertadas y luego nos damos cuenta de que eran sin sentido o una mierda.

Cuando me casé invité a Dante y a Theo a mi casamiento, aunque ellos jamás aceptaron del todo mi relación con Sebastiano. Las pocas veces que nos juntamos los cinco, pocas porque a mi exmarido no le interesaba demasiado conocerlos y porque mis amigos no soportaban

lo poco que conocían de él, apenas hablábamos y con suerte llegábamos al postre. Lamentablemente no pudieron asistir a mi boda por una cuestión de organización. Theo no podía pedirse más días en el restaurante y Dante recién comenzaba en su nuevo trabajo. Había dejado el mundo gastronómico para dar clases de yoga. El trabajo fue un impedimento para que pudieran asistir a la boda. Pero me enviaron un regalo de bodas. Bueno, en realidad fueron dos regalos: un hermoso juego de té de porcelana el cual solo sacaba en ocasiones especiales y dos pasajes de París a Nueva York, uno para mí y otro para Sebastiano.

No los usamos porque Sebastiano me dijo que la idea de volver le encantaba pero que había mucho trabajo por hacer todavía y no podía dejar el restaurante en manos de nadie. Y aunque nunca me lo dijo, yo sabía en el fondo que tampoco le entusiasmaba el objetivo del viaje, que en definitiva era que yo pudiera pasar unos días con mis amigos. ¿Qué iba a hacer él cuando yo no estuviera? Porque no era ni siquiera una posibilidad que Sebastiano se sumara a los planes que mis amigos habían preparado. Así que un poco desilusionada guardé los pasajes en un cajón y me prometí que apenas pudiera, iría de visita.

Viéndolo en retrospectiva, fui una amiga de mierda.

Y Sebastiano fue un marido de mierda.

Siento la mirada de Theo en el lado derecho de mi cara.

—Sea lo que sea que esté rondando por ahí arriba, podés decírmelo.

—Si insistís…

Pongo los ojos en blanco. Theo no necesita pedir permiso a la hora de hablar, es más bien como una manguera que saca las palabras a chorro.

—Quiero que sepas que estoy realmente muy feliz de que estés de nuevo acá. Hacías falta. Se siente bien verte la cara en persona y no cada seis meses por videollamada.

Debo estar haciendo tanta fuerza para no llorar que mi cara debe ser todo frunces. Y debo estar siendo bastante obvia porque Theo dice:

—No llores, porque si lo hacés, no puedo prometerte que no me largue a llorar yo también. —Sé que lo dice en serio, así que me esfuerzo por contener las lágrimas.

—Es que fui una amiga de mierda —admito. Necesito decirlo, necesito que él sepa que yo lo sé, que me doy cuenta de lo equivocada que estuve con las elecciones que hice. Quiero que sepa que si me

alejé no fue porque quería, sino porque no podía ver las cosas desde otra perspectiva. No podía visualizar cómo podíamos seguir siendo todos amigos cuando Amadeus y yo ni siquiera nos podíamos dirigir la palabra.

—Sí, la verdad es que lo fuiste. —Aprieta un poco los labios—. Pero yo también podría haber hecho un poco más, esforzarme un poco más.

—Me regalaste unos pasajes para que venga y nunca los usé —digo con un poco de vergüenza—. Si hay alguien de acá que lo hizo todo mal no sos vos —finalizo con una pequeña sonrisa que Theo me devuelve.

No tenía idea de cuánto lo había extrañado hasta hace cinco minutos.

En realidad, creo que me acabo de dar cuenta de que todos estos años, en los que pensé que no lo había extrañado, en realidad sí lo hice. Nunca dejé de extrañar nuestra amistad, pero creo que nunca me lo había admitido a mí misma. Es más fácil de esa forma, mentir y decir que no necesitás algo o a alguien duele menos que tener que decir lo contrario y enfrentar las consecuencias de no tenerlo a tu lado.

Pero ahora me pregunto cómo hice para sobrevivir todo este tiempo sin mi amigo Theo. Cómo hice para atravesar un divorcio sin él. Estoy segura de que me hubiera hecho un chiste demasiado pronto y que hubiera sido más gracioso y menos doloroso unos días después. Como también estoy segura de que me hubiera cocinado sus galletitas de miel que son la puta gloria, para que me sintiera un poco mejor. No miento, esas galletitas son la cura de muchos males.

Nos miramos y puedo notar cómo algo se acomodó. O se está empezando a acomodar. Me sonríe y yo le sonrío. Entonces me vuelve a abrazar y me aprieta un poco. Sé que él entiende las palabras que dan vueltas por mi cabeza y que no estoy diciendo.

El momento se rompe, y el abrazo también, cuando Amadeus sale del vestuario sin preocuparse por si había alguien. Si bien estoy enojada, no estoy ciega. No debería estar permitido que el uniforme le quede tan bien. El blanco hace que su pelo oscuro parezca aún más oscuro. Sus ojos marrones me miran con poca felicidad. No hay mucho espacio en donde estamos parados Theo y yo, es un pasillo que solo permite que haya dos personas a la vez. Así que el agregado de Amadeus hace que tengamos que pegarnos entre nosotros un poco

más.

Por algún motivo me siento como si me hubiesen agarrado haciendo algo malo. Como cuando era chica y me levantaba de madrugada e iba a buscar algo para comer y mi mamá me descubría en pleno acto. Me quería morir de vergüenza. La escena era yo atragantándome con lo que sea que hubiera encontrado y mi mamá parada con la decepción en su rostro. Aunque siendo sincera, ella siempre me juzgaba con el tema de la comida. Así que si bien me quería morir de vergüenza cuando me atrapaba de madrugada comiendo un chocolate escondida detrás de la heladera, también sentía vergüenza cuando estábamos almorzando y a mí se me ocurría la osadía de querer repetir y ella fruncía un poco las cejas y hacía ese gesto raro con la boca.

Por suerte, Theo no era como yo, al contrario, era el despreocupado del grupo. Era el que calmaba las cosas cuando se ponían muy intensas. Si había una pelea entre nosotros, Theo aparecía y en pocos minutos apaciguaba la situación. Ojo, también era el primero que cuando íbamos a una fiesta se descontrolaba. Theo era como una especie de Zen Fiestero, como él mismo se llamó una vez para que lo siguiéramos a una fiesta. Mi respuesta fue llorar de la risa. Quiero decir, Amadeus estaba borracho, Dante estaba borracho, yo estaba borracha y Theo no. Entonces, cuando él, con toda la seriedad que pudo reunir, nos dijo que teníamos que hacerle caso porque él era nada más ni nada menos que el Zen Fiestero del grupo, era bastante obvio que íbamos a empezar a reírnos. Dante empezó a disculparse y decirle que no nos estábamos riendo de él, sino con él, pero Theo se había ofendido y dijo que éramos los peores amigos del mundo y que ya lo íbamos a extrañar cuando no estuviese.

A los minutos íbamos en un taxi con dirección a la fiesta que Theo había propuesto y él iba feliz abrazado a Dante, como si no se hubiera enojado hacía veinte minutos. Así era Theo, liviano y sin rencores. Me gustaría ser un poco más como él.

—Amigo. —Su voz alegre me trae de nuevo al pasillo minúsculo—. ¿Cómo dormiste? ¿Desayunaste? ¿Saliste a correr? ¿Tenés planes para después? —Esas son demasiadas preguntas, trato de no reírme, pero me sale una especie de ruido al querer contener la risa. Amadeus desliza sus ojos hacía mí en una especie de interrogante y yo lo desafío manteniendo mis ojos pegados a los suyos.

A mí nadie me va a intimidar y menos Amadeus.

Sigue mirándome cuando comienza a hablar.

—Bien, sí, sí y no. —Lo último ya lo dice dirigiéndose completamente a Theo, pero yo sigo mirándolo mientras habla. Sigue siendo el Amadeus que conocí años atrás, pero puedo notar ligeros cambios y es ahí donde mi cerebro se traba. Quiere conocerlo en esta nueva versión. Lo admito, me intriga un poco. Me hipnotiza cómo la punta de su nariz se mueve casi imperceptiblemente cuando habla, cómo se acomoda su mandíbula con cada sílaba, la forma en que pasa su dedo gordo por sus cejas, que muestra lo incómodo que está. ¿O tal vez es cansancio? No lo sé. Ya no lo conozco tan bien como para poder jugar a las adivinanzas.

—Perfecto. —Theo aplaude—. Porque tengo una propuesta para hacerte. —Me pasa el brazo por los hombros y me apretuja contra él —. A vos también te lo iba a decir.

—Te escucho. —Puedo notar la alegría desprendiendo de la boca de Amadeus. Me pregunto cómo hace Theo para tolerar esta actitud, yo voy menos de dos días y ya quiero estamparle la cara contra algo.

—Se me ocurrió que podíamos ir a tomar algo después del trabajo, vos, Dante, Amelia y yo, obvio —enfatiza señalándose a sí mismo—. Como en los viejos tiempos. — Mala elección de palabras.

No hace falta que Amadeus diga lo que le parece el plan porque se puede ver con mucha claridad lo que piensa al respecto con solo prestarle atención a su cara. Parece como si alguien lo hubiera puesto en pausa, está congelado. Detesta la idea de tener que pasar más tiempo del debido conmigo.

¿Sabés qué, Amadeus? A mí me pasa exactamente lo mismo.

—Yo no voy a poder. —Se pasa la mano por la nuca. Está incómodo. A decir verdad, yo también. ¿Qué pretendía Theo? ¿Que solo nos iba a llevar dos segundos estar a los abrazos?

—Pero acabás de decir que no tenías planes —lo provoca un poco Theo a la vez que me suelta.

—Es que en realidad… bueno… es decir… —Es como ver un accidente de auto en cámara lenta. Doloroso de presenciar, pero el morbo no te permite apartar la vista. Muero por saber qué se va a inventar. Amadeus es un pésimo mentiroso, antes le adivinaba cada una de las mentiras. Porque, además, Amadeus no pestañea cuando miente. Seguro es porque está tan enfocado en la mentira que se le olvida que tiene que pestañear de vez en cuando. Ni siquiera Theo sabe esto.

—Como soy tu mejor amigo te voy a dar el beneficio de quince segundos para que pienses una excusa. Uno, dos…

—El hecho de no tener planes no significa que quiera tenerlos. —Buen punto—. Simplemente quiero ir a mi casa a descansar, no tengo ganas de salir por ahí y acostarme tarde y mañana tener que arrastrar todo el cansancio.

Elevo un poco las cejas. Es la primera vez desde mi vuelta que lo escucho hablar tanto de corrido. Pensaba que se había olvidado de cómo era formular oraciones largas. Su mejor amigo asiente con la cabeza y parece que lo va a dejar estar.

Error mío.

—Mirá, no sabía que era amigo de un señor de sesenta años. ¿Te puedo proponer ir a jugar al bingo el domingo a la mañana? —Intento no reírme, pero Theo me lo está poniendo difícil.

—Tengo que ir a trabajar. —Nos mira a Theo y a mí, todavía pegados en el mismo lugar. Nos enderezamos cuando nos dirige la mirada—. Y ustedes también deberían hacer lo mismo —finaliza mientras nos señala con el dedo.

Theo y yo nos separamos y le dejamos un espacio entre ambos para que pueda salir. Amadeus pone los ojos en blanco, o eso creo ver, y se pierde por la puerta que da a la cocina. Cuando ya se encuentra lo suficientemente lejos, Theo gira su cabeza y me dice:

—Amelia, no es personal, ni nada en tu contra. Amadeus simplemente no está pasando por una buena época.

Algo en mi interior se alarma al escuchar eso. Durante toda nuestra amistad, cada vez que él estaba mal, yo era la primera persona a la que corría a contárselo y hablábamos por horas. Hablábamos hasta que le encontrábamos una solución, si era de los problemas que tenían, como decía, o hasta que Amadeus sentía que había expulsado todo lo que tenía dentro. Entiendo que ahora no funcione de la misma manera, pero el cuerpo tiene memoria y en este instante quiere correr hacia Amadeus y decirle que todo está bien, que puede contármelo, que yo estoy para él. Pero ya no puedo hacer eso, no puedo simplemente ir y preguntarle. Así que decido calmar mi intriga y preocupación preguntándole a Theo.

—¿Amadeus está en un mal momento? —Me resulta imposible que no se note la preocupación en mi voz.

—No es nada grave. —Intenta frenar mis pensamientos negativos —. Pero casi no sale de su casa a menos que sea para trabajar, o ir a

correr, o ir a comer con nosotros. Digamos que su vida social está muerta. Supermuerta. Enterrada a metros bajo tierra. Los gusanos deben estar llegando a los huesos.

Eso me sorprende bastante. Amadeus es o, bueno, era una persona muy sociable. Solía tenerle un poco de envidia sobre la facilidad que tenía a la hora de desenvolverse en sociedad. Cada vez que íbamos a una reunión, todo el mundo quedaba enamorado de él. Era simpático, amable, gracioso y no vamos a mentir, era agradable a la vista. Más de una vez atrapé a mujeres con la mirada colgada en Amadeus como si no pudieran procesar lo que estaban viendo. Acaparaba toda la atención y lejos de sentirse cohibido o que fuera algo que le molestara, lo disfrutaba. Le gustaba salir y conocer gente nueva. Por eso me cuesta bastante creer que ahora se transformó en una persona casi ermitaña.

—Pero con ustedes sale. —Frunce un poco la boca cuando lo digo —. ¿No?

—A ver, sí. Con Dante y conmigo sale. Solemos ir a comer afuera o nos juntamos en la casa de él o la nuestra, pero… —Veo la duda en su cara, como si no estuviera del todo seguro de si quiere seguir hablando por miedo a que se le escape algo. Ya les dije que es como una manguera—. Solo somos nosotros dos y siempre que le propongo ir a algún lugar donde haya más gente, parece que le estuviera pidiendo que me chupe los pies. Por eso ya sabía que me iba a decir que no a mi propuesta de hoy a la noche, pero tal vez si ibas vos, cambiaba de opinión.

—No creo que eso lo haya motivado demasiado. —Río sin humor —. Al contrario, creo que terminó de hacer que descarte el plan.

—Dale tiempo, ya se va a acostumbrar a tenerte de nuevo por acá. Para él fue más difícil que para los demás. Es decir, Dante y yo te extrañamos y nos dolió lo que pasó, pero para Amadeus…

—A mí también me dolió su actitud. —No sé por qué tengo la sensación de que en esta situación Amadeus es la única víctima. De que lo ven como si él fuera el único de los dos que la pasó mal debido a lo que sucedió. Como si yo fuera la única culpable.

Lo sé y soy consciente de que mis acciones no fueron las mejores, que tal vez pude haberme esforzado un poco más. Intentar con más energía mantener nuestra amistad a pesar de la distancia. Intentar tener una conversación para aclarar nuestra discusión. Intentar no haber dejado nuestra pelea como la última interacción entre nosotros

dos. Pero creo que el hecho de que Amadeus no haya querido contactar conmigo durante cinco años le da una parte de responsabilidad, ¿no? Él también tiene la culpa de que ahora estemos como estemos. Él también me dijo cosas que me lastimaron. Y, además, ¿por qué tanto drama con que hayamos dejado de ser amigos? Las personas van y vienen, y las amistades no siempre son a prueba de tiempo. Es decir, no fue la mejor manera de terminar las cosas, pero tampoco es algo tan extraño, pasa todo el tiempo. Y a mí y a Amadeus, nos pasó. Fin de la historia.

—Es verdad, perdón —dice Theo. Se pasa la mano por el cuello—. Si te soy sincero, creo que ambos tienen la misma culpa. Pero al ser vos la que te fuiste, y bueno… —Hace una mueca como si le doliera lo que está a punto de decir—. No te fuiste de la mejor manera tampoco. Lo que le dijiste le dolió. Y que después no hicieras nada por mantener contacto o para intentar arreglar las cosas, bueno… no sé…

¿Esa es la idea que tienen sobre mí desde hace cinco años? ¿Acaso soy la mala de la película? ¿Todo es mi culpa por haber ido a cumplir mi sueño? ¿Mis amigos pensaron que simplemente tiraba nuestros años de amistad a la basura para irme a la ligera a mi nueva vida? Suena un poco injusto si me preguntan. Ellos no saben ni un tercio de las cosas por las que tuve que pasar. Y la mayoría de ellas las tuve que pasar sola, porque al menos Amadeus, Theo y Dante se tenían entre ellos, pero ¿yo?, yo solo tenía a Sebastiano, si es que alguna vez lo tuve realmente.

No lo puedo creer. Tengo el pecho duro, entumecido. Siento que la garganta me arde e intento disolver el nudo que la atraviesa. Quiero llorar, pero no puedo. Quiero gritar, pero no puedo. Quiero irme de acá, pero no puedo. Cierro los ojos con fuerza y respiro lentamente. Necesito concentrarme en mi respiración, lenta, densa. Siento cómo el aire entra y sale e intento concentrarme en eso y no en las palabras de Theo.

Siento una mano en mi hombro y abro los ojos de golpe. Theo me pide perdón con la mirada, sé que no quiso decir lo que dijo. Al menos no de manera tan cruda. Aunque sé que quería decirlo y puede ser que yo sabía que esto iba a pasar, que iba a tener que enfrentar las consecuencias de mis decisiones. El problema fue que no me lo esperaba, o sí, pero no de esta manera.

Fue como si me sacaran una muela sin anestesia. Sabía que estaban a punto de sacarla, intenté prepararme lo mejor posible para lo que

iba a venir. Pero sin anestesia es tortura pura. No importa cuánto me haya mentalizado, dolió como la mierda. Las palabras de Theo no vinieron con anestesia.

—Perdón, Amelia. No quería decir eso. —Me aprieta un poco el hombro, suave. Yo levanto un poco las comisuras de mis labios y apoyo mi mano sobre la de él, haciéndole entender que no pasa nada, que entiendo, a veces la lengua es más rápida que el cerebro. En mi interior sé que quiso decir exactamente eso, palabra por palabra. Los lastimé, a todos. Aunque no haya sido nunca mi intención, lo hice. Y va a ser algo con lo que voy a tener que aprender a lidiar.

Capítulo 9

Amadeus

Antes de entrar al restaurante le hago una llamada rápida a Ronald. Tengo un par de preguntas que hacerle sobre Amelia. Pero la respuesta que más me interesa en realidad es una sola. ¿Por qué regresó? Mentiría si no dijera que esa pregunta me la vengo haciendo desde ese sábado por la noche en el que me enteré de que Amelia estaba de vuelta en la ciudad.

¿Qué hacía de nuevo acá?

Lo último que supe era que le estaba yendo bien. Más que bien. Estaba siendo un éxito rotundo y a la vez sorpresivo por la edad que tenía Amelia, quien era considerada una pieza clave para todo el éxito de Valme. Destacaban de manera exhaustiva, y no me sorprende, porque Amelia tiene una manera muy particular a la hora de crear un plato. Todo lo que hacía era original y novedoso. Amelia tenía eso que muy pocas personas tienen. Ella destacaba hasta en lo más cotidiano. Era imposible de ignorar. Destacaba como una estrella fugaz. Porque a todos nos gusta elevar la cabeza y ver las estrellas, pero nos emocionamos y pedimos deseos solo con las estrellas fugaces.

No es que me la pasara leyendo artículos donde hablaban del restaurante, o de Amelia, pero algún que otro leí. No era mi intención, solo aparecían por ahí, y no le encontraba sentido a no leerlos. Como chef afirmé lo que antes pensaba como cocinero: seguir aprendiendo es la única manera de seguir avanzando. Y aquellos artículos y revistas eran informativos, contaban sobre las innovaciones, premios, investigaciones, nuevas técnicas, eventos. De todo. Así que leí con el objetivo de estar informado. ¿Desde cuándo es un pecado? ¿Existe el exceso de información? No lo creo.

En una entrevista que le hicieron le preguntaron qué es lo que ella deseaba que los comensales encontraran en sus platos: “Podría decir que me gustaría que se encuentren con comida rica, sabrosa, que les

haga soltar un suspiro de placer y quieran repetir el plato. Pero yo no quiero eso. Es decir, por supuesto que quiero que les guste mi comida, pero me parece conformarse con poco. Lo que realmente deseo es que, apenas terminen de comer, sientan que no van a encontrar ni siquiera algo similar a lo que acaban de probar. Diría que lo que yo deseo es que mis platos sean irreemplazables. Que las personas no puedan encontrarles un sustituto o nada que se les parezca. Porque si mis platos son irreemplazables, eso significa que yo también.

Apenas terminé de leer ese párrafo cerré la revista y la lancé lejos de mi alcance. Ese día decidí que no iba a seguir leyendo artículos o notas que estuvieran relacionados con ella. No podía continuar de esa manera, alimentándome de migajas en lo que se refería a saber un poco qué era de su vida en París. Prefería directamente no saber a tener que estar recolectando pedazos de información.

Por supuesto seguía comprando revistas y seguía leyendo foros sobre el mundo gastronómico, pero no me detenía en nada referido a Amelia. Y sinceramente fue una tarea ardua, porque parecía que el mundo entero quería saber cada vez más de la nueva promesa de la cocina.

Así que, por esa misma razón, no sé cómo es el presente de Valme; no tengo la menor idea de si dejó de funcionar y cerró o qué es lo que pasó como para que Amelia esté acá. Y eso nos lleva al principio.

Solo Ronald puede saciar todas mis dudas.

—¿Amadeus? —La voz de Ronald surge del otro lado del teléfono. La escucho levemente preocupada. A lo mejor en su cabeza Amelia y yo ya nos batimos a un duelo con cuchillos. Tal vez la parte de los cuchillos es un poco exagerada. O no.

—Ronald —sueno animado. Algo me dice que voy a tener que esforzarme para que responda mi pregunta.

—¿Pasó algo? ¿Necesitás algo?

—En realidad, solo te quiero hacer una pregunta rápida.

—Te escucho.

Bien, ahí voy.

—¿Cuál es el motivo por el que Amelia está en la cocina de Nina´s y no en la de Valme?

Pasan varios segundos sin que Ronald hable. Me despego el celular de la oreja y chequeo que no se haya cortado la llamada.

—¿Ronald? —pregunto.

—Amadeus, ¿es necesario que te dé una respuesta?

—Por supuesto que es necesario, Ronald. —Acepté todo este asunto sin decir absolutamente nada al respecto. Lo acepté cuando ni siquiera quería que sucediera. Lo mínimo que me merezco es saber el porqué estamos haciendo esto—. Si vamos a hacer esto, al menos quiero saber el motivo.

—No es algo que me corresponda decirte…

—Ronald, me debés al menos esto.

—Amelia está como en una especie de… —Puedo oír su respiración mientras piensa qué decirme o más bien cómo decírmelo —. Vacaciones.

Bueno, eso no sonó muy convincente que digamos. Sobre todo, porque Amelia está trabajando ahora mismo. La mentira se le nota en la voz y estoy completamente seguro de que, si lo tuviera enfrente de mí, estaría sudando un poco de los nervios.

—¿Vacaciones? —repito con desdén.

—Algo así —dice rápidamente, y antes de que pueda responder, agrega—: Mirá, Amadeus, sé que esto fue algo muy repentino, ni yo me lo esperaba y sé que tenés dudas y que querés entender un poco más lo que sucede. Pero no es a mí a quien tenés que hacerle estas preguntas.

—No le voy a preguntar nada a Amelia —respondo rotundamente.

—Entonces tendrás que pensar que estas son una especie de vacaciones y quedarte contento con esa respuesta porque es la única que vas a escuchar de mi boca.

Dejo caer la cabeza derrotado.

—Está bien. Me quedaré contento con tu respuesta.

Escucho una especie de bufido del otro lado.

—Increíble. Simplemente increíble. —Ronald no solía ser un señor sarcástico, hasta ahora—. Es increíble que sigan actuando como dos niños de cinco años y sigan jugando al juego de a ver quién pretende mejor que no le importa el otro. —Nunca lo había escuchado tan enojado—. Amadeus, quiero que me escuches y me escuches bien. — Nunca pensé que Ronald podía espantarme—. En mi restaurante trabajan personas adultas, no niños. No quiero que vos y Amelia sean los primeros porque te aseguro que también van a ser los últimos. No voy a aceptar que la cocina se transforme en un cuadrilátero de boxeo. ¿Fui claro?

Y sí que lo fue.

—Claro como el agua, mi querido Ronald. —Mis palabras salen a

través de una sonrisa que, por supuesto, no puede ver, pero espero que pueda oír y lo endulce un poco. Siento que es como si me acabaran de castigar por algo que todavía no sucedió.

—Bien, ahora voy a cortar la llamada y vos vas a trabajar con una sonrisa y la actitud que tendría un hada que cree en la magia y la bondad, y piensa que la existencia no es un castigo, sino un premio.

Ni tengo que responder porque apenas termina de decir eso, corta la llamada. Y como bien dijo Ronald, yo entro al restaurante con una sonrisa y como si fuera un hada que estaba demasiado drogada de felicidad. Hasta que surge un problema.

Ella.

O bueno, puede ser que también haya sido yo el problema. La cuestión es que mi sonrisa se deshace cuando la veo con Theo, hablando y riendo, como si nunca se hubiese ido. Esa nube de magia y bondad se rompe cuando mi mejor amigo hace la propuesta de salir los cuatro a tomar algo, como si hubiéramos hecho un viaje en el tiempo. Me parece intolerable que ella ande por ahí como si nada, como si no hubiera lastimado a personas, como si no se hubiera equivocado.

Como si con solo aparecer borrara tantos días, meses, años de vacío.

Como si le fuera fácil aparecer y fingir que todo está bien.

Además, puede ser que me irritara la facilidad con la que Theo se volvió a acercar a ella. Algo que por lo visto yo no puedo hacer. Theo cuenta con la posibilidad de recuperar a su amiga o al menos algo parecido. En mi caso no sé siquiera si tengo esa posibilidad. O si quiero usarla.

Estar en un limbo constante no es nada divertido.

* * *

La primera jornada en la cocina entre Amelia y yo fue una mierda, y una grande.

Verla en mi cocina borró todo rastro de la conversación previa que había tenido con Theo, Dante y Ronald. Todo eso sobre mantener una relación profesional se había quedado en el olvido. Aquello de no hacer que sea algo personal, también. Con Amelia cerca solo podía ser mi peor versión. No podía evitarlo. Me desesperaba su existencia. Me desesperaba lo que ella sin lugar a dudas pensaba de mí. Fui un iluso

al creer que iba a poder controlar mis sentimientos por ella, que iba a poder sepultar el rencor, el enojo. De verdad confié en que su presencia no iba a significar una alteración de ningún punto. Obviamente dejé de pensarlo cuando me di cuenta de que no la podía ni ver sin que una furia irracional apareciera.

No sé por qué volvió y a estas alturas tampoco me importa el motivo. Lo único que sí sé es que quiero que se vaya. Me equivoqué abruptamente porque no, no voy a poder soportar que esté en mi cocina.

Algo me dice en mi interior que verla regularmente no va a ser algo bueno.

Capítulo 10

Amelia

Octubre.

Mal. Mal. Mal. Mal. Mal. Para Amadeus todo lo que yo hago está *mal.*

No. No. No. No. No. Para Amadeus todo lo que yo diga es *no.*

¿Saben qué? Amadeus se puede ir a la mierda.

No me faltan ganas de lanzarle algo en medio de esa cabeza espantosa suya. Lo que sea. Le tiraría la salsa a punto de hervir si tuviera la oportunidad.

Hacía rato que alguien no me exasperaba con tanto desempeño dentro de una cocina. Mejor dicho, dentro o fuera de una cocina. Suelo ser la que tiene el control la mayoría de las veces. Por lo general, no me dicen qué debo o no hacer. A la única persona que le entregaba las riendas, o más bien con quien las compartía, era con mi exmarido, pero era el único.

Soy una persona a la que le gusta ser quien dicta hacia dónde ir y cómo hay que hacerlo. Son pocas las veces que mantengo mi boca cerrada y guardo mis opiniones. Soy esa amiga que, si me pedís una opinión, te la voy a dar, y sin pelos en la lengua. Porque, ¿qué es preferible, alguien que te mienta para cuidar tus sentimientos o alguien que te diga la verdad y te ayude a buscar una solución?

En fin, tengo una personalidad que, admito, no es tan sencilla de tratar. No me considero una persona fácil. Tampoco es que estuviera interesada en serlo. Pero el problema es que mi forma de ser choca constantemente con Amadeus. Una y otra vez.

Como dije antes, me gusta crear y seguir mis propias reglas. Me gusta que las cosas se hagan de la forma que yo pienso que es la mejor. Desde chica tuve una personalidad fuerte, que se hacía escuchar y notar. Y en el último tiempo, no siento que sea esa persona. Estas últimas semanas me siento como si mi esencia hubiera

dejado mi cuerpo y en cambio me hubieran metido la personalidad de alguien más. Alguien cuyo temperamento es muchísimo más tranquilo que el mío, alguien que no levanta la voz cuando algo no le gusta, alguien que no se queja y acepta las cosas como vienen. Alguien que llora más veces en el día de lo que se consideraría sano.

Así que puede ser que ese haya sido el motivo de lo que hice.

Hace un mes que estoy trabajando en la cocina de Amadeus, y estoy llevando mi salsa para terminar de emplatar por milésima vez esta noche. El chef es el último que ve el plato antes de salir, para darle el visto bueno y corroborar que todo se encuentre deslumbrante. La comida primero entra por los ojos y creemos en eso. La prolijidad en la presentación es vital. Y arruinarla segundos antes de que ese plato tenga que salir no es lo ideal.

Pero como les dije, lo ideal no estaría siendo algo ocurrente en mi día a día.

—Amelia —pronuncia mi nombre como si estuviera hastiado. Está siendo un mes desgraciadamente largo. No nos aguantamos—. La salsa.

—Sí, chef —respondo mientras deposito la salsa en los patrones que me explicaron en los primeros días.

El inconveniente es que, como dije, no suelo acatar muy bien las reglas. A veces. Tampoco soy una rebelde sin causa. Solo es que creo que hay reglas que son demasiado estructuradas de manera injustificada, tanto que casi que ni tienen sentido. Y pensé que si cambiaba ligeramente el patrón, no sería tan grave.

Qué equivocada estaba.

Otro concepto que se viene repitiendo frecuentemente en mi vida: el de equivocarme.

Me dejo llevar por la inspiración del momento y decido improvisar un poco sobre la marcha. Fue más fuerte que yo.

Cuando termino me doy cuenta de que no se parece en nada a lo que me habían dicho, pero que al mismo tiempo se ve hermoso. Es delicado y sutil. La salsa es de color naranja pero casi transparente, parece miel. Acompaña un cuadrado húmedo de chocolate con una bocha de helado de crema americana. El patrón original tenía que rodearlos en forma de espiral. Yo pensé que se vería mejor si hacía varios puntitos diminutos por todo el plato, sin que toquen el postre.

Sé que me equivoqué y por eso no quiero levantar la cabeza y tener que mirarlo para afrontar sus ojos queriendo prenderme fuego.

—Amelia, ¿no te habían enseñado el patrón para este plato el primer día que comenzaste a trabajar? —Él sabe y yo sé que él ya conoce la respuesta a su pregunta.

—Sí —contesté.

—¿Sí, qué?

Tengo que contar hasta diez para no decir una barbaridad.

—Sí, chef —digo apretando los dientes.

—Esto no fue lo que se te pidió. —Su voz es grave, lenta, su expresión estoica.

—Lo sé, pero… —No puedo terminar de hablar. Camina hasta acercarse a mí. Su cara está muy cerca de la mía. Tengo que alzar un poco la barbilla para que mis ojos puedan devolverle la mirada. Espero que mi expresión sea igual de intimidante que la de él.

—¿Pero? —Estaba enojado—. No me sirven los peros, Amelia. —Cada vez que dice mi nombre lo hace como si despreciara la idea de tener que nombrarme—. A mí lo que me sirve es que hagan lo que yo les pido. —No sé si me pone más nerviosa que no levante la voz o que me hable en ese tono denso, pausado, como si quisiera asegurarse de que cada palabra me quede bien clara.

—No soy un robot, Amadeus. —Espero que mi boca diciendo su nombre suene exactamente igual a mi nombre cuando sale la suya—. No soy algo que puedas controlar.

Eleva una de sus cejas, incrédulo ante mi respuesta.

Sé que mi respuesta no le gustó. Sé que llevarle la contra no es la solución. Pero qué puedo decir, estoy harta.

Amadeus es un chef estricto, pero no severo. A menos que sea conmigo; ahí la situación cambia. Por momentos tengo la sensación de que se excusa detrás de nuestra relación profesional para desquitarse conmigo por lo sucedido hace cinco años. Infantil de su parte si me preguntan.

Se acerca un poco más, baja un poco su cabeza para estar a mi altura, nuestras bocas están separadas por centímetros, nuestras narices separadas por una capa ínfima de aire, ambos respiramos agitados, nuestros pechos están cerca.

—Bien. —Su aliento golpea mis labios, y yo me estremezco. Entonces se aleja de mí y empieza a caminar nuevamente en dirección a la mesa, donde el postre sigue expectante. Como todo el resto de la cocina, que poco a poco se había detenido para poder ver el espectáculo.

—En mi cocina hay reglas, Amelia. —Siento cómo está intentando atravesarme con la mirada—. No existen para que las ignores, tienen un propósito. —Su voz es pausada pero no relajada; está tenso—. Tal vez a vos no te importe porque estás de paso. Hoy estás, mañana no. —Agarra el plato y ya sé lo que va a hacer antes de que lo haga—. Pero yo voy a seguir acá. —Y para cerrar su discurso, estrella el plato contra el piso.

Los pedazos de postre se esparcen por el piso de la cocina al igual que los pedazos rotos del plato, algunos más grandes que otros. Es un desastre.

Nunca estuve en una cocina tan silenciosa. Se pueden escuchar hasta los cubiertos chocando de los comensales. Nadie se anima a emitir ningún sonido, a decir ninguna palabra. Todos los ojos estaban puestos en la escena que acabamos de hacer y no puedo sentir más vergüenza. Siento que mis cachetes irradian calor. Me paso los nudillos por la cara y compruebo que mi piel está caliente. Intento calmarme. Me doy cuenta de que el corazón me late rápido, muy rápido. Me dejó paralizada su reacción. Quiero moverme y no puedo. Sigo repasando el momento en mi cabeza y sigo sin creer que estrellara el plato por la salsa.

Amadeus mira el plato como si lo hubiera estrellado en medio de un trance y no fuera consciente de lo que hizo.

Entonces, como si alguien externo lo hubiese activado, se pone de rodillas y empieza a recoger los fragmentos rotos con desesperación. Supongo que él también se siente avergonzado y quiere borrar el rastro de lo que hizo. Como si al juntarlo rápido pudiera eliminar el hecho de que lo hizo.

Junta todo casi sin mirar, y al no prestar atención, el filo de la porcelana le abre una herida en el pulgar. Maldice mientras se incorpora y hace presión en la herida para detener la sangre. Yo me acerco y quiero ver qué tan profunda es, pero antes de que pueda llegar, me da una última mirada y se aleja dejando un rastro de gotitas de sangre.

Agacho la cabeza; primero veo mis pies y luego escaneo la escena. El cuadrado húmedo de chocolate se explotó contra el suelo y ahora no es más que una mancha marrón. Hay trozos de plato por todos lados, vamos a tener que barrer. La salsa salpicó el piso y algo de las paredes. Y la sangre de Amadeus es un lago diminuto en esta escena catastrófica, que es una representación bastante acorde con las

consecuencias de que Amadeus y yo volvamos a interactuar.

El primer mes ha sido tal cual me había imaginado. Podría decir que me había tomado desprevenida lo mal que resultó todo, pero mentiría. Algo me decía que iba a ser un desastre nuestro reencuentro. Que iba a ser un desastre trabajar juntos. Finalmente tuve razón. Aunque no me sentí bien por tenerla. Era triste ver cómo no podíamos estar en un mismo lugar sin desprender odio por nuestros poros. Mirándonos como si quisiéramos hacerle entender al otro que las heridas seguían ahí, como si fueran recientes y no como si hubieran pasado años. Estaba todo demasiado fresco entre nosotros dos, supongo que, porque lo que no se habla, no es que desaparece, puede parecer que lo hace, pero en realidad lo que nunca llegamos a expresar, lo único que hace es esperar. Espera a que le den un mínimo espacio y momento para salir, para hacerse notar. Lo que nunca decimos no se esfuma, ni aunque nos esforcemos por contenerlo. Y todo eso que nunca nos dijimos, todas esas palabras que nunca soltamos, estaban luchando por escapar de nuestras bocas, como si supieran que su momento de ser dichas hubiera llegado.

Me agacho para limpiar los restos y para esconderme un poco de las miradas que siento en mi nunca. Tengo ganas de llorar, pero no voy a hacerlo en el trabajo, así que aprovecho mi postura para esconder un poco mi rostro y para que nadie pueda ver mis ojos llorosos.

¿Cómo llegamos a odiarnos así? ¿Cuándo empezamos a hacerlo? ¿Cuándo íbamos a dejar de hacerlo?

Mientras intento sacar las manchas de la salsa, veo cómo una mano entra en mi visión. Levanto la vista y me encuentro con Theo.

—De a dos es más rápido —dice con una pequeña sonrisa, mientras acerca una bolsa en la que empieza a tirar los pedazos de plato.

Le sonrío como agradecimiento y empezamos a limpiar hasta que no quedan rastros de lo sucedido minutos antes. Aunque yo no me voy a olvidar tan fácil. Y algo me dice que Amadeus tampoco.

Capítulo 11

Amadeus

No puedo creer lo que hice. Estrellé ese plato como si fuera un animal sin control alguno de sus emociones.

No puedo sentir más vergüenza de mí mismo.

Y cuando vi a Amelia caminando hacia mí, con algo parecido a la preocupación en su rostro, me dio aún más vergüenza. No quiero que se preocupe por una herida que es totalmente mi culpa. Tampoco quiero que me vea así y pretenda ayudarme. No me merezco su compasión, así que decidí irme a mi despacho y esconderme ahí.

El corte es más profundo de lo que pensé en un principio, me arde y no parece querer dejar de sangrar. Me pongo el dedo en la boca y lo mantengo ahí mientras busco algo con qué tapar la herida, alguna gasa, o cinta, o lo que sea.

Me digo que no es aceptable que no tenga un maldito botiquín. En una cocina los accidentes son algo que suele suceder. Tiene que haber alguna curita al menos. Revuelvo mis cajones con una sola mano hasta que al fin encuentro una. Sabía que había una dando vueltas por ahí.

Me saco el pulgar de la boca y con una sonrisa de triunfo empiezo a sacarle el envoltorio. A ver, es una curita. De la princesa Ariel. Pero es una curita y eso es todo lo que me interesa.

Me la estoy terminando de colocar cuando escucho que alguien toca a mi puerta. Dos golpes.

—Adelante —digo, mientras acomodo un poco el desorden que hice en la búsqueda de la curita.

—¿Cómo estás? —No sé quién esperaba que fuera ni por qué me decepciono un poco cuando veo que es Theo.

—Nada que una curita de princesa no pueda solucionar. —Alzo mi mano para mostrársela.

—Bueno, al menos el dedo se ve bien —dice mientras toma asiento en mi silla—. Ahora, voy a repetir la pregunta y quiero otra respuesta

que no esté involucrada con tu dedo. —Estoy parado, apoyado contra la pared y lo miro sentado, con los codos en sus muslos—. ¿Cómo estás?

—Si te referís a la discusión que tuve con Amelia, he tenido discusiones similares con varios de ustedes. Suelen exprimir mi paciencia hasta que la agotan.

—¿Similares? —Eleva las cejas—. Muy pocas veces te vi discutir con alguien al punto de que rompieras algo.

La vergüenza hace que deje de mirarlo para enfocar la mirada en mis zapatos. Repito, no me siento orgulloso de lo que hice, de haber reaccionado tan primitivamente. Y sé muy bien que el problema no era la maldita salsa. No. Solo fue un desencadenante que aproveché para descargar la ira que tenía dentro. El caso es que no era ni el lugar ni el momento para hacerlo. Aunque debo admitir que se sintió bien. A lo mejor debería comprarme un par de platos, ir a un espacio abierto y empezar a estrellarlos. No es una mala idea.

—Amadeus, si esto va a ser así todos los días…

—No —lo corto—. Esto no se va a volver a repetir.

—¿Cómo podés estar seguro de eso? —cuestiona Theo. Es una muy buena pregunta para la cual no tengo respuesta.

—Voy a intentar separar las cosas —digo—. Lo que hizo Amelia en su momento no debería interferir en el trabajo. Lo que a mí me pasa con ella tampoco.

Nos miramos serios por unos segundos, hasta que Theo rompe a carcajadas. Frunzo el ceño. No entiendo por qué nunca me toma en serio. Lo estoy diciendo de verdad.

—Amadeus, mi hermoso Amadeus, ¿no te das cuenta? —Mi silencio responde a esa pregunta retórica. Por supuesto que no me doy cuenta, sea lo que sea—. En todos estos años nunca pudiste lograr que tus sentimientos no interfirieran entre ustedes dos. Yo sé que vos pensás que sí lo hiciste, que pudiste separar las cosas, pero no fue así.

Theo se para y ahora los dos estamos apoyados en la pared con la vista enfrente.

—Que no se hayan besado o tenido sexo, no quiere decir que su relación fuese solo una amistad. Era más que eso y ambos lo saben. Por eso, cuando ella se alejó, fue distinto para vos. Por eso, cuando dejaron de hablarse, fue distinto para ella.

Giro mi cabeza y lo miro con mis cejas juntas y mis brazos cruzados a la altura del pecho. Él levanta un poco la comisura

izquierda.

—Aquel día no perdiste solo a tu mejor amiga, Amadeus. Perdiste algo más.

Mi cerebro se queda procesando sus palabras.

Enfoco mi vista más allá de Theo. Miro por la ventana de mi despacho y la encuentro a Amelia concentrada en su tarea, pero me doy cuenta de que, aunque su cuerpo esté ahí, en realidad se encuentra en otro lado. Me doy cuenta por su mirada medio ausente mientras revuelve con la cuchara.

—Amadeus, solo hay una manera de que esto salga medianamente bien. —Despego mi vista de Amelia y miro a mi amigo—. Tienen que sentarse y decirse absolutamente todo lo que callaron por años. Y no me refiero solamente a los últimos cinco.

Me imagino cómo sería eso.

Ella y yo, sentados uno frente al otro. Un silencio ensordecedor envolvería el ambiente. Nuestras miradas reacias a enfrentarse. Nuestros músculos estarían tensos, como el aire. Nuestras lenguas rígidas, negadas a formular ni una palabra. No sabría por dónde empezar. Si tuviera que ir ahora y hablar con ella, no podría prever qué le diría primero, qué sería lo primero que se me escapara. Me transformo en alguien impredecible cuando se trata de Amelia. Y no me gusta en absoluto.

—Voy a necesitar un poco más de tiempo para tener esa charla con ella —admito en voz alta.

—¿Ayudaría si saliéramos los cuatro a tomar algo? —Puedo ver la ilusión en su cara—. A lo mejor, si hay más personas que ustedes dos, no se matan.

—¿Por qué hacés esto? —No puedo evitar que se note la molestia en mi voz.

—¿Hacer qué? —Theo responde un poco a la defensiva.

—Pretender que las cosas son como antes, cuando es obvio que no pueden estar más alejadas de eso. Ella no es nuestra amiga.

Alza las cejas y al segundo las tiene fruncidas. Una pequeña arruga aparece en su entrecejo.

—A veces me pregunto cuándo te empezaste a convertir en un idiota, Amadeus.

No llego a responderle porque antes de que siquiera pudiera decirle que no estaba siendo ningún idiota, sino honesto, se había ido del despacho, no sin antes cerrar la puerta con la energía suficiente

para que quedara resonando.

Me quedo mirando el picaporte pensativo.

En menos de treinta minutos había discutido con dos personas diferentes por dos temas diferentes. Lo único que se repetía en las dos situaciones era yo. No hacía falta ser demasiado inteligente para darme cuenta de quién era el problema.

Me dejo caer en la silla y entierro mi cabeza entre mis manos. Estaba agotado. De repente todo lo que estaba mal en mi vida parecía mucho peor. Como si en vez de verlo con una luz diferente, lo estuviera viendo desde la oscuridad.

Ya no me parece tan bueno eso de llegar a mi departamento y que me esperara la soledad misma. No tener a nadie esperándome, que me preguntara cómo fue mi día y que yo le pudiera preguntar también. No veo como algo positivo eso de no tener que cocinar para dos y tener que sentarme a comer solo, mientras veo algo en la televisión.

Saco la cabeza de mis manos y cuando veo la humedad en ellas, noto que estoy llorando.

Estoy solo. Completamente solo. Y al final del día, es mi culpa.

Me cerré ante la posibilidad de conocer a alguien. Me rendí de cierta forma. No quiero saber nada con eso de que pueda venir una persona a mostrarte lo hermosa que puede ser la vida a su lado, lo feliz que se puede llegar a ser, a darte recuerdos que vas a querer atesorar, que te dé la esperanza de más tiempo juntos, para que un día decida llevarse todo eso.

No me di cuenta, por supuesto que no, pero se ve que hubo un punto en mi vida en que confié ciegamente en que la realidad era inmodificable. Es decir, es algo que todos creemos hasta que pasa algo y las cosas cambian. Nos aferramos a una rutina y nos hace creer en esa ilusión de que las cosas no cambian. O al menos no tanto. Porque si durante un año tenés el mismo trabajo, vas al mismo gimnasio, tomás el mismo subte, tenés la misma pareja, vas al mismo bar, tenés a tu mismo grupo de amigos, ¿cómo vas a pensar que un día algo de eso no va a existir?

Fácil, no lo hacés. A mí me pasó eso.

En un pasado, veía a Amelia riendo, hablando, cocinando, durmiendo, ordenando, viendo películas de terror, llorando, o lo que fuera, y ni por un segundo me planteé la idea de que un día podría irse de mi vida. Nunca pensé que eso, que para nosotros era lo normal, ser amigos, vernos casi todos los días, iba a desaparecer.

Por eso, cuando terminó pasando, algo dentro de mí cambió.

No fue de un día para otro, no es que Amelia se fue y mi forma de ver la vida cambió repentinamente. Fue algo progresivo.

Había llegado a la conclusión de que carecía de sentido preocuparse en formar vínculos, en tener relaciones, si un día todo se iba a terminar. En mi mente era una pérdida de tiempo abrirme ante alguien, conocer a esa persona en profundidad, si un día se iba a ir. Así que fui dejando de tener citas, y solo tenía sexo sin compromiso. Hasta que eso me terminó saturando porque la otra persona, a veces, esperaba algo de mí que no podía dar, o en mi caso, no quería.

Me enfoqué por completo en mi trabajo, en mi carrera. Me seguí perfeccionando, hice una cantidad indecente de cursos que seguramente no eran del todo necesarios, pero me mantenían ocupado. Cocinaba no solo en mi trabajo, sino también en mi casa. Me pasaba horas investigando recetas nuevas, técnicas vanguardistas, nuevas cosas que podía probar.

Creo que un muy buen resumen de mis últimos años sería que me pasé un tiempo exorbitante enfocado en la cocina.

De cierta manera me hacía sentir bien. Nunca fui talentoso por naturaleza, todo lo que hoy puedo hacer es porque me maté practicando. Si a la primera no salía, volvía a intentarlo hasta que lo hacía. Por eso me hacía sentir bien cocinar. Me hacía sentir que al menos estaba haciendo algo. Y no era malo en eso.

Ahora, solo en mi despacho, me puedo dar cuenta de lo triste que es.

Soy un hombre que está más cerca de los treinta que de los veinte y no tiene a nadie más que a sus dos mejores amigos que están a nada de mandarlo a la mierda. Siendo sincero, no puedo creer que todavía no lo hayan hecho.

Mi familia no cuenta. Mis padres son ese tipo de padres que ves solo una vez al año, para las fiestas, y desde que te sentás a la mesa, estás deseando que la cena pase lo más rápido posible para tomarte un avión e irte lejos de ahí.

Nunca tuve una relación muy buena con ellos, pero creo que haberles dicho que me iba a dedicar a la gastronomía solo hizo que empeoraran las cosas. Me dijeron que no era un trabajo que me fuera a dejar dinero, era un mundo difícil y a muy pocas personas les va lo suficientemente bien como para vivir de eso. En pocas palabras, iba a fracasar y tenía que ir por algo más seguro. Otra forma de decir que

me quedara con ellos y continuara con el negocio familiar: el taller mecánico que ya había pasado por tres generaciones. Le había pertenecido a mi bisabuelo, después a mi abuelo y este último se lo entregó a mi padre, quien esperaba ansioso que yo siguiera esa tradición familiar.

Les dije que no y que ya tenía arreglado el tema de cómo iba a pagarme la academia, así que era una decisión más que tomada. Creo que ellos esperaban que su negativa a querer ayudarme a pagar la carrera iba a hacer que desistiera. Lo que mis padres no sabían era lo mucho que me gustaba cocinar. No sé si alguna vez lo supieron realmente. Ese día me dijeron que yo me creía mejor que ellos y que claramente ese pueblo me quedaba chico. Nunca creí lo primero, pero lo segundo sí. A veces sentía que me ahogaba estando ahí. Quería salir y conocer qué había más allá, porque sabía que había más. Eso hice, me fui. Y no hay un solo día en que me arrepienta de mi decisión.

Veo la hora que marca el reloj. Ya llevo un rato largo acá dentro y debería salir de nuevo y hacer mi trabajo. Estoy casi seguro de que Theo me está dando una mano cubriendo mi puesto.

Apoyo las manos en el escritorio y dejo salir el aire en un suspiro. Me mentalizo para salir por esa puerta luego de mi despreciable actuación.

Lo que le dije a Theo antes era cierto. He tenido discusiones similares anteriormente con alguno de mis cocineros. Pero jamás había llegado a una situación tan límite como con Amelia.

Cierro la mano alrededor del picaporte y me digo que solo hay una cosa que hacer para intentar remediar lo que pasó.

Abro la puerta. La cocina se encuentra como si nadie hubiera explotado minutos antes. La concentración se puede ver en las caras. Concentración que se interrumpe cuando doy dos aplausos que suenan en todo el espacio.

Los movimientos se detienen y los ojos giran hacia mí.

Tomo aire y suelto lo que quería decirles.

—Quiero disculparme por el comportamiento de hace un rato. —Intento mirarlos a todos mientras hablo—. No es cómo quiero que nos tratemos acá dentro. Así que les pido perdón y tienen mi palabra de que es algo que no va a volver a pasar. —Me encuentro con Amelia cuando termino de hablar y quiero leer su cara, ver si está enojada o decepcionada, o algo, pero lo único que puedo ver es cómo me fulmina con la mirada antes de pasarme por al lado para dirigirse a los

vestuarios.

La sigo con la mirada hasta que se larga por la puerta. Cuando vuelvo mi cabeza, noto que todos me siguen mirando, por lo tanto, vieron cómo me quedé siguiendo los pasos de Amelia.

Carraspeo y digo:

—Bien, eso es todo, hora de volver al trabajo.

No fue solo para ellos.

Capítulo 12

Amelia

Vuelvo a probar una de las salsas y reafirmo que le falta un poco más de jugo de lima. Pruebo la otra, que es una reducción de ciruelas, y quedo satisfecha con el sabor. Es agridulce y tiene bastante cuerpo, y va a ir excelente con bistec. Aunque me cuesta admitirlo, Amadeus es envidiablemente bueno en su trabajo. Apago la hornalla de esa salsa y busco más limas para la otra. Cuando me doy vuelta, caigo en la locura que es la cocina. No me malinterpreten, es una locura, sí, pero completamente lógica.

Parece que cada persona que está en la cocina tiene algo para hacer. Y es así. Es imposible que un plato se lleve a cabo y sea un éxito si las partes que conforman una cocina de alto nivel no trabajan en sincronía. Se necesita velocidad, agilidad, delicadeza y mucho temperamento. Paciencia, eso también podemos agregarlo a la lista.

Tal vez dicho así pareciera que puede ser un trabajo simple. A ver, es cocinar y ya. Se sigue la receta paso a paso y listo, un plato de cinco estrellas. Bueno, no es así. Primero, uno no cocina solo y tiene que acomodarse a otras personas, a sus ritmos, a cómo hacen las cosas. Segundo, tener al chef respirándote en la nuca, observando, exigiendo, gritando, es un agregado que dificulta muchas veces las cosas. Tercero, ese plato no lo va a comer un familiar, o un amigo, o tu pareja. Ese plato va a ir a la mesa de un comensal, de una persona que no te conoce de nada y que le importan una mierda tus sentimientos, y si tiene que decir que la comida estaba asquerosa, lo va a hacer. Un ser querido nunca va a dañarte de esa forma, se lo va a comer intentando no vomitar sobre la mesa y con una sonrisa forzada te va a decir que está muy rico y que por favor le digas cómo lo hiciste para no cometer los mismos errores. Cuarto y, en mi opinión, lo que más acumula presión y nerviosismo en una cocina de alto nivel, existen los críticos. Ay, esas maravillosas personas que deciden el

futuro del restaurante. Pueden dejarte en lo más alto o directamente hacerte cerrar las puertas.

Lo que quiero decir es que ser cocinero en un restaurante no es fácil y no es algo que cualquiera pueda soportar. Se necesita vocación. A mí me encanta y no hay nada en este mundo que preferiría estar haciendo en lugar de esto. Pero no puedo negar que tiene un gran sacrificio. Aunque pensándolo bien, ¿qué trabajo no lo tiene?

En mi búsqueda por más limas tengo que esquivar sartenes, brazos, cuchillos, piernas, fuego, cucharas y decir algún que otro "voy a pasar".

Llego al cuarto que funciona como despensa con todas mis extremidades intactas y agarro dos, no, mejor tres limas. No sé cuánto jugo tienen y no puedo estar yendo y viniendo. Las aprieto con delicadeza y giro para regresar a mi puesto. Hago uno, dos, tres pasos y Amadeus se materializa justo frente a mí. No nos chocamos de casualidad, porque cuando levanto la vista, me doy cuenta de lo cerca que está.

Es el primer acercamiento que tengo con él desde la discusión que tuvimos. Me tenso porque no sé qué decir, no sé cómo reaccionar. Estoy enojada. En serio lo estoy. Pero no puedo evitar pensar que esto es lo más cerca que estuvimos en muchos años y su olor no es algo que pueda ignorar.

Me siento mareada.

—Amelia —dice con un tono de voz demasiado cordial. Suena como bastante forzado en mi opinión. Pero me acuerdo de que Amadeus es mi jefe y que así es como debería hablarme. Y aunque me gustaría que nuestro trato no fuera tan formal, tampoco sé si me gustaría que me hablara como si fuéramos amigos.

—Amadeus —lo digo de la misma forma que él, completamente seria y puede ser que haya puesto mi voz un poquito más grave. Por supuesto que se da cuenta porque junta un poco las cejas y achica un poco los ojos en señal de sospecha. Mi única respuesta es una sonrisa ridículamente grande. Eso hace que su cara se contraiga un poco más.

Nunca dije que no me gustara irritarlo.

Cuando no agrega nada más, decido que tengo que seguir mi camino, así que empiezo a moverme, pero unos dedos alrededor de mi codo me frenan. Sentir su piel sobre la mía me paraliza. Y podría decir que detengo mis pasos por eso y no por el hecho de que él me esté frenando con su agarre.

Mis ojos toman el punto donde estamos haciendo contacto y empiezan a subir poco a poco hasta que llegan a su pecho, suben un poco más y ahí está su cuello, van hasta su boca y se resisten a seguir hasta sus ojos, pero llegan. Cuando nuestras miradas entran en contacto, siento que podría estar mirándolo por más tiempo del que se consideraría normal mirar a alguien.

Su mirada es penetrante y puedo notar cómo se mueve delicadamente por mi rostro. Como si estuviera estudiándolo. Como si estuviera buscando algo. Como si estuviera intentando decir algo. Me gustaría saber qué.

Yo hago lo mismo y me doy cuenta de que tiene una nueva cicatriz en una de las cejas, la derecha. Es diminuta y casi no se percibe, pero ahora que su cara está a centímetros de la mía, no puedo evitar fijarme en ella y preguntarme cuál será la anécdota que se encuentra detrás de esa marca.

De repente, pero no de manera abrupta, sino más bien despacio, Amadeus empieza a soltarme, como dudando, y mi mirada vuelve a mi piel, ahora sin los dedos de él por encima. Me perturba sentir la necesidad de que me vuelva a tocar. Mi piel no sabía cuánto extrañaba su tacto. O tal vez fue el hecho de sentirme cerca de él por unos segundos. Sentirnos. Notarse después de tantos años sin hacerlo. Quiero decirle que lo haga, que vuelva a tocarme, que puede, que quiero, pero no sabría ni por dónde empezar. Tampoco sabría si está bien siquiera que yo quiera eso. A decir verdad, no podría ni siquiera decir por qué lo quiero.

Cuando levanto la cabeza veo cómo se aleja con pasos firmes y largos. Yo me quedo en el medio de la cocina con tres limas en la mano, con el corazón volviendo a latir con normalidad, con la cabeza con ideas que no tendrían que estar ahí, y seguramente con una de las salsas quemada.

Capítulo 13

Amadeus

¿Qué mierda fue eso?

Dios.

Ni siquiera pensé en tocarla, no fue mi intención. Solo vi que se alejaba y mi parte más instintiva no quería que lo hiciera, así que reaccionó antes de que pudiera usar la parte racional del cerebro y la agarró.

Se me complica bastante recordar cuándo fue la última vez que una parte de mí tocó una parte de ella, y si tuviera que explicar lo que sentí, creo que la palabra "chispas" funciona bastante bien. Sentí eso en la yema de cada uno de mis dedos. Me cosquilleaba por debajo de la piel. Pequeñas chispas que empezaban en mi mano y llegaban a todas las partes de mi cuerpo. Tocarla de nuevo era tan excitante como aterrador. Casi tan aterrador como cuando me di cuenta de que apenas la dejé ir, quería tomarla de nuevo, solo unos minutos más. Pero no podía estar sosteniéndole el codo como un idiota por mucho más tiempo y no sabía qué otra cosa se suponía que debía hacer, así que lo lógico era aflojar mi mano y que siguiera haciendo su trabajo.

Después de todo, esa es la razón por la cual está acá. No por mí. No porque extrañaba nuestra amistad. No porque quisiera arreglar las cosas. No.

Trabajo, ella volvió porque necesitaba trabajar. O la razón por la cual está acá. A lo mejor necesitaba un respiro. No me creo lo de las vacaciones que Ronald me dijo, pero a lo mejor es algo cercano a eso.

Y mi plan es interponerme lo menos posible en sus planes. Evitarla lo más que pueda. Aunque es casi imposible hacerlo cuando es una persona con la cual trabajás. Estoy al tanto de eso. Pero voy a intentarlo.

Abrumado, me paso los dedos por el pelo.

Debo admitir que las cosas con ella nunca fueron fáciles, al menos

no para mí. Cuando Amelia estaba implicada, me costaba saber qué sí y qué no.

Sé perfectamente que nuestra relación fue un vínculo de mejores amigos y que nunca fue más allá de eso. Jamás traspasamos esa línea invisible que sabíamos que estaba ahí, indicándonos que pasarla sería un antes y después, y que las cosas definitivamente no iban a ser iguales. Pero hubo una noche que estábamos solos en mi departamento que tuve ganas de pararme sobre esa línea y borrarla a patadas.

Era tarde. O, mejor dicho, era temprano. Habíamos regresado de una fiesta y podíamos ver cómo el sol aparecía poco a poco en un cielo cada vez más anaranjado. Ella estaba un poco borracha, yo estaba limpio de alcohol porque fui el conductor designado. Tampoco es que fuera un fanático del alcohol. A decir verdad, las pocas veces que estuve borracho fue porque mis sentimientos se desbordaron a tal nivel que necesitaba apagarlos, o encenderlos, con un poco de alcohol. No pasaba muy a menudo. Intento tener el control de mis emociones.

—Tengo hambre —dijo Amelia mientras se desplomaba en el sillón como si hubiera corrido una maratón—. Y sed. Podría bajarme una botella entera de agua sin hacer ninguna pausa.

Se me escapó una risa.

—Tus deseos son órdenes. —Se rio débilmente, como si requiriera un esfuerzo el simple hecho de tener que mover los músculos de su cara, y me dirigí a la cocina en busca de algo para comer y agua. Mucha agua. La botella entera iba a servir.

Una vez que había armado todo, encontré unas papas de paquete que podían funcionar perfectamente para absorber algo del alcohol en sangre, me di media vuelta y la encontré parada en el medio de la cocina.

Sin remera.

No quise mirar, pero mentiría si no dijera que no hubo un breve instante en el que vi sus tetas. Fue rápido, pero yo sé que existió y eso es lo único que importa. No era la primera vez. Se las había visto en esa ocasión que Theo nos invitó a pasar unos días en la casa de su familia en Los Hamptons. Pero usando una malla y para mi cerebro, Amelia en malla en una pileta era completamente distinto a una Amelia en corpiño en el medio de mi cocina.

Lo sé, no tiene mucho sentido, pero para mí sí.

—¿Qué estás haciendo? —Corrí a buscar una frazada que siempre

dejaba sobre el sillón. Volví a la cocina y la envolví con la manta por completo. En realidad, la lancé con miedo a tocarla, como si fuera algo tóxico.

—¿Cómo qué estoy haciendo? —Quería salir de la envoltura, pero no podía porque el alcohol en sangre no la dejaba con muchas habilidades motrices. Era una escena bastante graciosa a decir verdad. Y me hubiera reído si no hubiera estado tan nervioso—. Mi cuerpo tiene una temperatura de cuarenta grados o más, ¿y me enrollás en una frazada? ¿Me querés asesinar?

—¿Calor? —No podía estar hablando en serio, debía hacer como mucho quince grados—. Ponete la remera, Amelia. Lo único que falta es que te enfermes.

—No, gracias. —Logró liberarse de la frazada—. Estoy mucho mejor así.

Y si antes me había alarmado que se sacara la remera, no quieren saber cómo reaccioné cuando empezó a sacarse el pantalón. Ni siquiera era algo sensual. No. Fue de un tirón y sin mucha delicadeza.

—Mentí —dijo cuando al fin se había liberado de toda la ropa que tenía puesta, salvo su ropa interior, gracias a Dios—. Ahora sí que estoy mucho mejor. —Colocó sus manos en la cintura y sonrió con una inocencia que no correspondía a la situación en lo más mínimo.

Ella estaba tan tranquila, y yo estaba a punto de llamar una ambulancia porque no era normal lo rápido que me latía el corazón. Estaba seguro de que estaba a nada de tener un paro cardíaco. Me sentía horrible, obvio que lo hacía. No tenía por qué alterarme así por ver a mi mejor amiga en ropa interior. No tenía ninguna razón para hacerlo. No debía pensar en ella de esa forma ni permitir que removiera nada en mi interior.

Pero lo hacía, créanme que lo hacía. Y me sentía como la mierda más grande de todas.

—Amelia, te lo suplico. —Junté ambas manos como si estuviera a punto de rezar. Si alguien me preguntaba, estaba a nada de arrodillarme—. Ponete algo de ropa, lo que sea. Elegí, parte de arriba o de abajo, pero algo. Por favor.

Le cambió la cara, ladeó un poco la cabeza y se mordió los labios. Luego, empezó a caminar lentamente hacia donde estaba parado. Por inercia empecé a retroceder, quería mantener la distancia y terminé atrapado entre ella y la mesa. Puso sus manos sobre la mesa y eso hizo que sus pechos rozaran el mío. Cerré los ojos y empecé a contar.

Necesitaba distraerme. Si me concentraba en el hecho de que estábamos a menos de cinco centímetros de tirar todo a la mierda, lo iba a terminar haciendo. Y no podíamos hacer eso.

Control, Amadeus, control.

—Tenés miedo. —Su aliento en mi oreja me dio un cosquilleo. Uno, dos, tres, cuatro, cinco—. Te morís de miedo. —Su lengua hizo un recorrido ascendente por todo mi cuello, comenzando casi en mis clavículas y terminando nuevamente con su respiración en mi oído. Mierda. La agarré con fuerza de la cintura porque tenía que sostenerme de lo que sea. Mis piernas ya no eran tan confiables como dos minutos atrás.

Su boca abandonó mi cuello y aunque tenía los ojos cerrados, podía percibir su aliento sobre mis labios. Abrí los ojos y caí en lo cerca que estaba. Aire. Eso era lo único que estaba entre ella y yo, lo único que nos mantenía alejados. Tenía los labios ligeramente abiertos, Amelia deseaba ese beso. Cuando la vi a los ojos me gritaba que lo hiciera, me gritaba que la besara. Volví a cerrar los ojos y seguí contando. Cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. Mis dedos se cerraron con más fuerza alrededor de su cintura. Estaba esforzándome tanto por no levantarla del suelo, sentarla en la mesa y pasar mi boca por cada centímetro de su cuerpo.

No miento cuando digo que entre nosotros nunca había pasado algo parecido. Esa fue la primera vez, y última, que estuvimos tan cerca de cometer un error del que no íbamos a poder volver. Ella había perdido la razón, tal vez era el alcohol. Pero yo estaba a punto de perder el control y no tenía a qué echarle la culpa.

—Amelia, es tarde, estás borracha y lo mejor es que vayamos a dormir. —Su cara se tiñó de decepción. Tomó mis muñecas y me obligó a soltar su cintura. Dejó la cocina en segundos y cerró de un portazo la habitación de Theo, quien esa noche se había ido a dormir a la casa de Dante.

Solo en la cocina, me dejé caer en una de las sillas y me pasé las manos con frustración por el pelo.

Me quería decir a mí mismo que si ella hubiera presionado, insistido un poco más, igualmente nada hubiera pasado. Pero sería una mentira de un tamaño considerable. Porque estoy seguro de que, si se hubiera quedado apenas unos segundos más, mi cuerpo se hubiera rendido ante ella. Le hubiera dejado hacer lo que quisiera conmigo. Hubiera hecho de todo con ella.

El pánico llegó como una ola ante ese pensamiento. Era mi mejor amiga.

Me quedé despierto hasta que el sol salió por completo. Intenté dormir, pero cada vez que cerraba los ojos, podía volver a sentir la piel suave de su cintura sobre mis dedos, el aire que dejaba su boca con la respiración un poco agitada y que golpeaba mis labios, su lengua recorriendo mi cuello y haciendo que me dé escalofríos, su cuerpo casi desnudo ante mí. Sus ojos llenos de decepción y enojo antes de alejarse.

“Tenés miedo”, me dijo. Lo que ella no tenía idea era de cuánto.

Capítulo 14

Amelia

—No seas aburrida vos también. —Era como un nene chiquito que le dijeron en la fila del supermercado que no podía llevarse esas galletitas, que las dejara en la góndola de nuevo—. ¿Me vas a rechazar la primera salida formal que te propongo?

Le quería decir que sí. En serio. Pero al mismo tiempo no tenía ganas de ir a ningún lado más que a mi cama. Estas semanas han sido agotadoras.

—Está bien. —Trato de poner mi mejor cara y que no se noten las pocas ganas que tengo. Estoy esforzándome. Recuperar la amistad con Theo y Dante también requiere que me esmere en volver a formar un vínculo—. Pero cuando digo que solo va a ser un rato, lo digo totalmente en serio. No pienso quedarme hasta muy tarde. Hoy fue un día… agitado. —No sé si esa es la palabra que mejor engloba lo que fue este día para mí, pero no puedo pensar en otra. Vamos a quedarnos con esa por ahora.

Para ser sincera, estoy negada a salir y tener que estar rodeada de personas y socializar. No estoy saltando de alegría. Aunque tampoco es que tuviera nada mejor que hacer en mi casa. Salir a tomar unos tragos no puede ser tan terrible. O sí. No lo sé. Esperemos que no. Hace bastante que no hago algo así.

—Excelente, excelente —lo dice despacio mientras frota sus palmas, como si estuviera ideando un plan malvado. Me da un poco de recelo no saber qué está pasando allá arriba en su cabeza. Theo suele tener ideas… especiales, por decirlo de alguna manera—. Ya sé adónde podemos ir. —Antes de poder agregar algo, agarra sus cosas y se dirige a la salida. Supongo que esa es su manera de pedirme que lo siga.

Voy detrás de él cuando noto que la luz del despacho de Amadeus sigue encendida. Pensé que se había ido hacía rato. Golpeo la puerta

con los nudillos y abro cuando escucho un “adelante” que me invita a pasar.

Aparezco primero asomando la cabeza, por las dudas, y lo veo sentado en su silla comiendo un rejunte de sobras. Sobras de un restaurante de dos estrellas, pero sobras en fin. Está comiendo solo y si no es lo más triste que vi en mis veintisiete años de mi vida, se acerca bastante. Sigue pinchando la comida, absorto en la tarea. Una vez adentro, cierro la puerta. El ruido hace que levante la cabeza y me cuesta comprender la expresión de su cara cuando me ve. Tal vez esperaba que fuera otra persona. Theo, tal vez.

—¿Pasó algo? —Se limpia las comisuras de los labios con una servilleta de tela y comienza a levantar la mesa. Técnicamente está comiendo en su escritorio, así que tal vez la palabra “mesa” no sea la correcta.

Su pregunta me toma un poco desprevenida porque no sé cómo responder. ¿Pasó algo? En realidad, no. Tampoco tengo ningún tipo de excusa del porqué entré a su oficina, solamente lo hice y ya. A veces suelo tener estos instantes donde mi lado impulsivo toma el control.

Ahora está parado con un plato y cubiertos en una mano y con el vaso en la otra. La servilleta de tela se la colocó sobre su hombro izquierdo. Me mira expectante y a la vez ansioso. Su mirada va de la puerta a mí y de mí a la puerta. Es como un animal salvaje encerrado en una jaula.

¿Acaso este hombre vive en un estado de nervios permanente? Pongo los ojos en blanco internamente.

—No. —Niego con la cabeza—. Vi la luz encendida y se me ocurrió pasar. —Sus cejas se fruncen—. Pensaba que ya te habías ido.

—A veces es más práctico comer acá. —Señala con la cabeza el escritorio—. La comida ya está lista y no tengo que llegar a casa y fijarme qué hay y ponerme a cocinar. Práctico.

Por supuesto, vive y muere por la practicidad. Se ve que eso no cambió.

—Tenés un muy buen punto ahí —admito. Amadeus asiente con la cabeza y cambia el peso de un lado a otro. Ninguno de los dos agrega nada más y el silencio empieza a ser bastante irritante. Como si fuera polvo que se te mete en la nariz, te empieza a picar y de la nada estás estornudando sin poder parar.

A decir verdad, no sé por qué me esfuerzo en tener una conversación con Amadeus cuando claramente no está ni un poco

interesado. No es que hayamos tenido muchas oportunidades de hablar durante el trabajo, pero después del desastre de hace unos días y del encuentro que tuvimos hoy, por un segundo pensé que tal vez podríamos intentar conversar.

Ahora me doy cuenta de que me equivoqué. Se ve que esa es mi nueva cosa. Equivocarme.

Dios, odio esta persona negativa en la que me transformé después del divorcio.

—En fin —comienzo a decir—, veo que estás bien, así que mejor me voy que Theo me debe estar esperando. —¿Qué más puedo decir? Una conversación es bidireccional. No vamos a llegar muy lejos si la única que habla soy yo.

—¿Me querías decir algo? —lo dice tan bajito que me tengo que esforzar para escucharlo.

Tomé aire y me dije que mis siguientes palabras se iban a sumar a la lista de cosas que me arrepiento de decir.

—¿Querés venir con Theo y conmigo a tomar algo?

Me mira con la definición de perplejidad en el rostro. Parece una estatua. Definitivamente lo dejé sin palabras. Es un placer irracional ver lo confundido que está.

—¿Van a salir? —pregunta bastante desconcertado. Como si le costara formar la imagen donde Theo y yo podemos salir a tomar algo juntos. Como si le costara digerir la idea de que Theo está intentando recuperar la amistad, dejando en evidencia que Amadeus tiene la nula intención en hacer lo mismo—. ¿Adónde van?

No puedo negar que la última parte hace que me emocione sin explicación alguna. La minúscula idea de que se plantee venir me emociona. Patética.

—Sip. —Exploto la “p”—. Dijo que conocía un bar, pero no me dio más información que eso. Pero estamos hablando de Theo, seguro que el lugar está bueno. —Amadeus asiente con una pequeña sonrisa en sus labios y yo se la devuelvo. No sé qué es lo que me lleva a insistir, pero seguro que es lo mismo que hizo que tocara su puerta. Mi ausencia de coherencia.

—¿Por qué no nos acompañás? —insisto. Mala, mala idea. Es como si de repente le hubieran achicado la jaula y se sintiera aún más atrapado. Ahora ya no pasa su peso de una pierna a la otra, sino que se detiene por completo ante mi pregunta. Los hombros tan tensos que se elevan unos centímetros.

—Theo vino hace un rato y le dije que no tenía ganas de salir a ningún lado. No sé si te mandó a vos para que insistieras, pero si ese el caso, te podés ir. —Y eso es todo lo que puedo soportar. Estoy bastante segura de que ya he llenado mi cupo de conversaciones con Amadeus mínimo por una semana. A partir de ahora voy a tener que dirigirme a él a través de un intermediario, porque no creo tener las fuerzas necesarias para tener que volver a hablar en un futuro cercano.

O nunca.

Eso suena muchísimo mejor.

Se da cuenta de mi cambio de actitud. Por supuesto que lo hace.

—Amelia, yo… —Alzo mi mano para frenarlo justo ahí. No puede interesarme menos lo que va a salir de su boca. ¿Perdón? Sería lindo escucharlo, pero más que un perdón me gustaría un cambio de actitud.

Yo me había equivocado, dije cosas horribles y lo había lastimado. Lo supe en el instante en que se había ido del baño y me había dejado sola con todos mis pensamientos. Pero no fui la única. Y, además, con el tiempo me di cuenta de que él tampoco tenía la intención de arreglar las cosas. Nunca se lo conté a nadie, pero hubo una noche, semanas antes de que me casara, que lo había llamado, en un arrebato por querer solucionar nuestra situación. No soportaba más estar peleada, distanciada con Amadeus. Me dije que el casamiento era una excusa para remediar nuestra relación. Lo llamé. No me atendió. Lo intenté unas diez veces y nada. En un futuro me iba a enterar de que había cambiado de número y el anterior ya no existía. Pero yo no sabía eso en ese momento. Sentí que él no tenía la intención de arreglar absolutamente nada. Me plantee la posibilidad de que a lo mejor él prefería esa distancia y que no quería saber nada de mí nunca más.

Y ahí arrancó un tornado de emociones. La tristeza dio paso al enojo. Un sentimiento que anula la racionalidad y te hace actuar de manera inmadura. Dicen que el enojo consume. Y no podría estar más de acuerdo. Porque cuando me quise dar cuenta, lo único que podía sentir cuando pensaba en Amadeus era una furia fulminante. Como si cien caballos estuvieran galopando dentro de mí y no pudiera frenarlos. Si sus últimas palabras habían funcionado como un fuego que lo quemaba todo, que me ignorara había sido como una bomba que lo destruyó todo. Porque sí, yo llamé a un número que ya no

existía. Pero yo no había cambiado el mío y en cinco años jamás recibí ni un mensaje.

—Amadeus, no te hagas drama. —Hago un gesto despreocupado con la mano—. Es mi culpa. No debí tocar la puerta.

Y con eso último decido que es momento de dejar esa oficina y a Amadeus dentro.

Cuando salgo me encuentro con Theo esperándome afuera.

—Me imagino que estabas hablando con Amadeus —dice con un tono divertido. No hubo nada de divertido en nuestra conversación, y algo en mi cara debe decírselo porque cambia de tema—. El bar es prácticamente nuevo. —Caminamos en dirección a su auto—. Es de una conocida, así que no tenemos que preocuparnos por hacer fila ni nada.

—¿Cómo se llama? —pregunto mientras abro la puerta del acompañante y me meto en el auto.

—¿Mi amiga o el bar?

—¿Ambas?

—Jazmín y Puma. —Me regala una sonrisa antes de abrocharse el cinturón. Espera a que haga lo mismo y recién ahí arranca el auto.

Dejo salir un leve suspiro.

Esta noche puede salir o muy bien o muy mal.

Capítulo 15

Amadeus

No quiero que me pregunten por qué estoy enfrente de la puerta del bar. Pero acá estoy. No tenía intenciones de venir. Pero luego de que Amelia se fuera de mi despacho, un mensaje de Theo hizo brillar la pantalla de mi celular.

Theo: Vení. No estoy dándote alternativa.

Me dije que a lo mejor tenía que hacerle caso a mi mejor amigo e intentar llevarme un poco mejor con Amelia. Destensar. Puede ser que el trabajo no sea el ámbito ideal para que eso suceda, y un bar podría ser un buen territorio en el que poder relajarnos y probar eso de comunicarnos sin mordidas. En mi cerebro tenía todo el sentido del mundo y me convencí de que era una excelente idea si quería empezar a tener un vínculo aceptable con Amelia.

Lo único que no tuve en cuenta fue un solo factor: el alcohol. Más específicamente: el alcohol en el torrente sanguíneo de Amelia.

—Viniste. —El brazo de Theo se acomodó sobre mis hombros.

—Tu mensaje fue persuasivo.

—Me alegra saber que tengo cierto poder sobre vos.

Había demasiadas personas apretadas, sudadas, borrachas, bailando, riendo, cantando. Miraba esa masa de gente buscándola. Nada.

—¿Amelia? —le pregunté a Theo, quien ahora estaba apoyado sobre la barra pidiendo un trago. Se giró con media sonrisa.

—¿Amelia? —repite—. ¿Qué pasa con Amelia?

¿De verdad?

—¿Dónde está?

—Está en una de las mesas cerca de los baños.

—¿La dejaste sola?

Theo frunce las cejas.

—Es una mujer adulta, Amadeus. Pero no, por supuesto que no la

dejé sola. Está con unos amigos míos.

Estiré lo más posible el cuello en un intento de poder visualizarla.

Theo se ríe un poco.

—Ahora vamos para allá, estoy esperando que me den el trago. ¿Vos querés algo?

Niego con la cabeza. Mis ojos vuelven a mirar hacia donde están los baños.

—Bien, bien. Ahora vamos. Tranquilo, está acompañada.

No estaba preocupado, ni nada por el estilo. Solo… ¿intrigado? Sí, puede ser. Y un poco ansioso. ¿Cómo se tomará que al final haya decidido ir? ¿Bien? ¿Mal? Estoy a punto de reír porque es increíble cómo me vuelvo un hombre inseguro y lleno de dudas cuando se trata de Amelia. Parezco un nene de trece años a punto de dar su primer beso.

—Listo. —Theo tiene dos vasos, el que está en su mano izquierda supongo que es un *gin-tonic*, y el de la mano derecha no puedo descifrar qué trago es, pero el líquido es oscuro con una espuma *beige*.

—Fernet —dice ante mi mirada curiosa—. Es una bebida argentina. Te encantaría.

Avanzamos por los espacios reducidos que nos dejan los cuerpos. Empujo sin querer a más de una persona, y Theo tiene que alzar los brazos por encima de la cabeza para que no se derrame el contenido de los vasos.

Nos cuesta llegar a nuestro destino, pero lo logramos. Estamos a una distancia donde se me permite verla sin que ella note que estoy ahí, y menos mal, porque lo que veo me deja recalculando. La escena que estoy presenciando me invita a que no siga avanzando. Me quedo ahí, parado, como espectador, mientras Amelia baila y se ríe y baila y se ríe. Canta con los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás, las luces le pintan el cuerpo de colores. Azul, rosa, violeta. Danzan sobre sobre ella y ella danza sobre la música.

Parece libre de preocupaciones. Se la ve feliz y relajada. Me gusta verla así. La sigo mirando por unos segundos más hasta que Theo me mira sin entender por qué había dejado de caminar. Lo sigo hasta la mesa, donde había un grupo grande de gente.

—¿Toda esta gente es tu amiga? —le susurro en el oído a Theo. Había como diez personas, o trece, o quince.

—En realidad, amigos lo que se dice amigos, son esos dos de allá. —Apunta a un chico alto, muy alto y delgado, abrazado de un hombre

robusto—. Los demás son conocidos, amigos de mis amigos.

No me sorprende, Theo siempre fue el más sociable del grupo. Aunque Amelia decía que yo le seguía. Pero mi mejor amigo me gana por lejos, tiene un talento innato para hacerse amigos adonde sea que vaya.

Amelia sigue en su mundo. Llego a la conclusión de que estuvo tomando. No sabría decir si mucho o poco, pero está… alegre, eso sí lo puedo notar.

—Sentite cómodo de tomar lo que quieras de la mesa. —Una voz femenina que no reconozco. Me doy vuelta para verla. Su pelo es rojo como el fuego, el pintalabios hace juego, tiene los ojos delineados y me miran seductores—. Carolina, un placer. —Extiende su mano para que se la estreche. Lo hago. Sonríe—. ¿Tu nombre es…?

—Amadeus. —Nuestras manos siguen subiendo y bajando en ese saludo un tanto formal teniendo en cuenta el contexto—. Soy Amadeus.

—Interesante nombre.

Encojo los hombros como respuesta.

—Bueno, como te decía, lo nuestro es tuyo. —Me guiña un ojo—. Tomá lo que gustes.

La veo mientras se aleja para hablar con alguien del grupo y es entonces cuando escucho un golpe. Busco a Amelia con la vista a toda velocidad.

Y ahí está.

Está bien. Solo que está parada encima de la mesa, su rostro medio contorsionado debido a que claramente está concentrada. ¿En qué? No lo sé. Pero está meditando algo. No dejo de mirarla ni un segundo, un poco intrigado, un poco divertido. Quiero saber qué pretende ahí parada. Nadie parece prestarle atención y ella tampoco parece prestarle atención a nadie.

Nunca me hubiera imaginado cuáles eran sus intenciones.

Capítulo 16

Amelia

¡Esta es la mejor noche de toda mi vida!

Las luces cambian de color constantemente. Violeta, azul, rosa, violeta, azul, rosa, violeta, azul, rosa. Sin parar. Las personas aparecen y desaparecen con destellos de luz. Mis movimientos son lentos y pesados, como si estuviera en cámara lenta. Eso es, me siento en cámara lenta. Mi alrededor también se siente así.

Me llevo el *gin-tonic* a los labios y casi que ya no percibo el gusto a alcohol. Eso puede ser una mala señal. Pero si me preguntan, depende de con quién estés hablando. Y si me están preguntando a mí, ¡no me parece una mala señal en absoluto!

Quiero encontrar a Theo entre el mar de gente. Lo perdí hace horas. O bueno, a lo mejor solo fueron unos minutos y para mí fueron horas, no sabría con exactitud. Ese es el poder del *gin*. Mis ojos se esfuerzan y escanean el lugar de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, pero los resultados se repiten. No hay Theo a la vista. Que quede constancia que lo intenté. Ya va a llegar a mí.

Si lo amas, déjalo ir, si regresa… si regresa…

¿Cómo seguía?

Empieza a sonar mi canción favorita y con una sonrisa y los ojos cerrados y mis brazos extendidos, tiro mi cabeza hacia atrás y comienzo a girar y a girar.

Estoy tan feliz y… liviana. Feliz y liviana. Eso es.

Es más, me siento tan ligera que de repente me invade una idea. Estoy totalmente segura de que, si me subo a una mesa y salto, no voy a estamparme contra el suelo y partirme las paletas. No. Flotaría.

Lo voy a intentar. ¿Qué tan difícil puede ser flotar? No nos enseñan a hacerlo, pero no creo que sea muy complicado. Debe ser como nadar. Sí, seguro es igual que estar bajo el agua. Me siento como si estuviera sumergida. A lo mejor por eso mis movimientos no son tan

rápidos.

Lo decidí, voy a hacerlo. Voy a flotar.

¿Me mirarán muy mal las otras personas en el bar?

Bueno, que lo hagan si quieren. No me importa. ¿Ellos pueden flotar? No lo creo.

Empujo a un par de personas para hacer mi camino de la barra hasta la mesa. Pongo un pie en la silla para impulsarme, y pongo el otro en la mesa. Subo el pie que tenía en la silla y ¡lo logré! Ahora solo me falta saltar lo suficientemente alto. Me imagino que necesito tomar algo de altura para que pueda flotar.

Cierro los ojos con fuerzas, flexiono las piernas y empiezo a contar.

Uno.

Dos.

¡Tres!

Pero no me despego de la mesa, sigo en el mismo lugar. Vuelvo a intentarlo y nada. Pero qué carajo…

—Amelia. —Conozco esa voz—. Bajate de la mesa. —Giro la cabeza en dirección a esa voz y cuando enfoco bien la vista, me doy cuenta de quién es la persona que me está agarrando de la muñeca, tirando para abajo.

Así que esta es la razón que me impide flotar.

¡Me están cortando las alas! ¡No metafóricamente!

—¡Amadeus! —Intento soltarme de su agarre, aunque tampoco me esfuerzo demasiado. Me cuesta hacer fuerza porque mi cuerpo se siente como gelatina—. ¿Alguna vez flotaste?

Mi pregunta lo descoloca un poco y me doy cuenta por la forma en que sus ojos se agrandan ante la sorpresa y sus cejas se juntan en el medio.

En mi opinión es una pregunta bastante lógica.

—Vamos, Amelia, poné esos pies en el suelo. Es hora de irnos.

—¿Qué? —grito—. No quiero irme. La estoy pasando bien. Muy bien. Hacía muchísimo que no la pasaba así de bien. Por favor, Amadeus —insisto.

—Querés saltar desde una mesa —dice mitad divertido, mitad preocupado—. Me parece que es hora de terminar la fiesta e irnos a nuestras casas.

—Pero…

—Amelia, por favor, no hagas que tenga que hacerte upa y sacarte del bar como si fueras una borracha problemática. —Me suelta la

muñeca y me ofrece su palma para que la tome y baje de una vez por todas.

Suspiro exageradamente y le tomo la mano. Mi piel parece reírse al entrar en contacto con la de él, pero lo ignoro y bajo de la mesa en un salto bruto y torpe. Cuando caigo con los dos pies, me trastabillo un poco, pero me enderezo al instante. Acá no pasó nada. Nadie vio nada. Shhhh.

Salgo del bar un poco resignada. Nunca sabré si podía flotar o no. El aire fresco de fines de octubre me golpea en el rostro. Amadeus me pasa las mangas del abrigo por los brazos y no puedo decir si el escalofrío que siento se debe al viento o a sus dedos rozando mi piel.

—Dejé el auto a dos calles —me dice mientras dejamos atrás la puerta de Puma. Debo admitir que el bar es una locura. La decoración y la ambientación te hacían sentir como si estuvieras dentro de una selva. Todo en el bar gritaba salvaje. Cuando se lo comenté a Theo, se rio y me dijo algo así que por eso se llamaba Puma. Y también me dijo que el nombre se debía a que la dueña era argentina y quería poner un pedacito de su país en Nueva York. Me pareció uno de los bares más originales que visité en mucho tiempo. También le dije esto a Theo y despreocupado me contestó que podíamos ir las veces que quisiéramos. A su conocida le encantaba que fuera a visitar el lugar y más que llevara a sus amigos. Theo dijo que la próxima podíamos venir con Dante. Me sorprendí a mí misma pensando en que tal vez también podría venir Amadeus.

—Bien. —Llegamos al auto y nos subimos. Amadeus cierra la puerta y prende la calefacción. Lo veo frotar las manos para entrar en calor—. ¿Dónde estás viviendo?

Abro por completo los ojos y me llevo con mucha fuerza la mano a la boca. Mierda. La dirección se esfumó completamente de mi memoria. Cierro los ojos e intento hacer presión con mi cerebro para que vuelva a mí la maldita dirección. Dios, ¿cómo era?

—Amelia, ¿estás bien?

—Amadeus, no vas a creerme, pero no puedo acordarme la dirección —lo digo ciento por ciento apenada.

—Tranquila. —Su voz es tranquila y pausada—. ¿No te estaba prestando tu tío un departamento?

¡Sí! ¡Amadeus sos un ángel caído del cielo!

—¡Sí! Sí. —Pero el entusiasmo se esfuma un poco cuando me doy cuenta de que esa información no cambia el hecho de que sigo sin

recordar dónde queda.

—Pero sigo sin saber la dirección exacta. —Puede ser que los últimos *shots* de vodka hayan estado un poco de más. Estoy más estúpida de lo habitual. Aunque no poder acordarme dónde vivo es un montón. Incluso para mi versión alcoholizada.

Voy a defenderme a mí misma, porque nadie más va a hacerlo y decir que estoy pasando por un mal momento porque mi marido, que en realidad es mi exmarido, me engañó con mi *sous chef* durante meses y solamente me enteré porque los atrapé un día en nuestra casa. En nuestra cama. Pero, en realidad, todo fue culpa mía porque no se suponía que iba a regresar tan temprano. Oh, disculpen, terminen tranquilos, voy a dar una vuelta y regreso, ¿quince minutos les alcanza o quieren más? Me mordí la lengua para no decirles eso. En cambio, cerré la puerta de un portazo y no me detuve hasta salir de ese lugar que hasta ese día había sido nuestro hogar.

Uno pensaría que Sebastiano salió detrás de mí, corriendo solo con unos calzoncillos puestos, intentando alcanzarme para decirme que no era lo que parecía, que en realidad ella no significaba nada, que fue solo un error, que yo era la mujer de su vida, que me amaba y que lo perdonara. Y eso último quizás lo decía mientras se arrodillaba y me suplicaba sin parar que no lo dejara, humillándose un poco.

La verdad es que eso no sucedió. Logré llegar sin obstáculos a mi auto. No saltó sobre el capó pidiéndome que me bajara del auto, que no me fuera. Así que tampoco tuve complicaciones al momento de arrancar el auto e irme de ahí.

Siento que Sebastiano estaba esperando que lo descubriera para que fuera yo la que terminara la relación. En el momento no me di cuenta, pero ahora puedo decirlo con total seguridad que él nunca tuvo planeado dejarme. No porque me amara, sino porque era un cobarde que no sabía cómo enfrentarme. Misma razón por la cual jamás tuvo los huevos de decirme que me estaba engañando.

Así que sí, tengo derecho a estar borracha un jueves por la noche y no acordarme de la dirección de un departamento que ni siquiera es mío y en el cual estoy viviendo hace solo dos meses

—¿No te acordás de algún local que esté cerca? A lo mejor si me das un par de referencias me puedo ubicar —pregunta Amadeus. Yo quiero ser de ayuda, pero no me creo capaz de rebuscar en mi cerebro nadando en alcohol nada que sea de ayuda.

—No, perdón —digo apenada. ¿Esto es a lo que denominan tocar

fondo? Porque siento que es lo que me está pasando. Acá estoy, borracha en el auto con una persona con la que no hablo hace años, la cual apenas me tolera y sin poder acordarme dónde vivo. Quiero ponerme a llorar.

—Tranquila. —Su voz suena calma. Eso me relaja un poco. No quiero hacerle perder tiempo. No quiero que se enoje más conmigo. Hago el amague de abrir la puerta, pero Amadeus me frena antes de que pueda alcanzar la manija.

—¿Adónde vas?

—A… tomar un taxi.

—¿Y qué dirección le vas a dar?

Bien pensado.

—No te quiero hacer perder el tiempo.

—¿Perder el tiempo?

—No puedo acordarme dónde vivo, no vas a poder llevarme a ningún lado, y vamos a quedarnos acá durante horas encerrados en el auto.

—Repito, ¿qué dirección le vas a dar al taxi? No cambia mucho la situación de que no te acordás dónde vivís. —Abro la boca para decir otra incoherencia, pero él me gana—. Además, es mucho más seguro que estés acá conmigo. Fin del tema. Yo te voy a llevar a tu casa.

—Pero…

—Y si no hay manera de que la dirección vuelva a tu cabeza, vendrás a mi casa.

—Pero…

—Fin de la discusión.

Lo dijo con un tono que no invitaba a discutir.

—No puedo llamar a Theo, porque sigue adentro y no hay señal, así que…

A lo mejor son los *shots* de vodka, pero Amadeus se ve incoherentemente hermoso mientras piensa. No sé si tiene mucho sentido, pero seamos honestos, hace un rato que vengo siendo una incoherencia con patas. Se pasa la mano por el mentón, por la boca, mira hacia arriba y piensa en cómo solucionar el inconveniente de la dirección perdida.

—Si llamo a tu tío, ¿cuántas probabilidades hay de que me atienda? —Me cuesta unos segundos entender que me está hablando. Me obligo a concentrarme.

—Muy pocas. —Sonrío con inocencia.

—Bien, bien.

—Amadeus…

Pone el auto en marcha.

—Amadeus.

Ni se inmuta.

—Ponete el cinturón, Amelia.

Le hago caso.

—Amadeus, podemos ir adentro y buscar a Theo. No tendría problema en que me quede con él y Dante.

Está a punto de poner primera, pero no lo hace. Me mira como si estuviera masticando las palabras que acabo de decir.

—Amelia, ¿no te sentís cómoda quedándote en mi departamento?

—No es eso.

No miento. No me incomoda tener que dormir en su casa. Lo que me hace resistirme es que siento que lo estoy obligando a tomar ese camino, de abrirme las puertas de su hogar, cuando a lo mejor es lo último que quiere hacer. Eso me parece un poco injusto.

—Entiendo si después de este mes un poco tenso entre nosotros dos, preferís que entremos a buscar a Theo…

—No quiero que te sientas obligado. Justamente, estos últimos treinta días no fueron los mejores entre nosotros. Discutimos más que otra cosa. Siento que te estoy presionando.

—Amelia, olvídate de eso. —Su mirada es sincera, amable—. Te lo estoy ofreciendo yo. Estás borracha, no sabés dónde vivís y aunque nosotros no seamos los amigos que solíamos ser, te quiero cuidar. Dejame llevarte a mi casa. —Sonríe y mi corazón salta.

—Está bien.

—Cinturón —eso fue lo último que dijo antes de poner el auto en marcha.

La ciudad pasaba a toda velocidad a través de la ventana del auto. Miro la cantidad de luces, de colores, de personas, que se mueven por las calles de Nueva York. Tan viva. Siempre sentí fascinación por esta ciudad. Me invita a que la conozca, a que la recorra. Mi boca me sorprende con una sonrisa amplia y brillante, que puedo ver en el reflejo. Estoy muy feliz de estar acá de nuevo. Me siento más yo estando acá. Cierro los ojos.

—No te duermas, ya llegamos.

Estoy muy muy feliz. Quiero abrazar el sentimiento y estrujarlo, y poder hacer que permanezca conmigo por unas horas más. Pero ya

saben lo que dicen, lo bueno dura poco.

Cuando algo malo nos sucede, el tiempo se encapricha en ir lento, hacia atrás, los días tienen más horas. Como si fuera una broma de mal gusto. En cambio, cuando algo bueno nos pasa, nos subimos a esa nube de felicidad, volamos lejos de la tierra, y allá en el cielo, tal vez, las reglas del tiempo son otras y eso hace que lo bueno se nos escape de los dedos, sin tener la oportunidad de hacerlo durar más de lo que tiene que hacerlo.

La cuestión es que esa calma que sentía al lado de Amadeus, viendo la ciudad que me gritaba que pertenecía ahí, esa calma se iba a ir por la mañana. Solo que yo todavía no lo sabía. Me hubiera gustado saberlo. Estar preparada.

Capítulo 17

Amadeus

Pongo las llaves en la cerradura y la invito a pasar. Se tambalea un poco, pero puede caminar sola. Deja su cartera en el sillón y literalmente se desploma sobre él. Me acerco hasta la cocina y le sirvo un vaso con agua. Los recuerdos me asaltan debido a la similitud entre el presente y el pasado, cuando había hecho exactamente lo mismo. Cuando habíamos hecho exactamente lo mismo. Ella borracha, en mi departamento, yo llevando un vaso con agua y ella respondiendo sacándose la ropa poco a poco, tentándome y yo reprimiendo, con un esfuerzo doloroso, mis ganas de tomar lo que me ofrecía.

Me doy unos segundos para calmarme. Los vasos con agua esperan en la mesada de la cocina. Yo los miro, pero sin mirar. Respiro, lleno de aire mis pulmones, intento que el oxígeno abundante llegue a mi cerebro y me ayude a pensar mejor. Que no me haga cometer ningún error estúpido.

Cuando me siento preparado, vuelvo al *living* donde Amelia está con los ojos cerrados y un brazo sobre ellos, haciendo de antifaz. Está muy quieta. Se debe haber quedado dormida. Me debato entre despertarla o dejarla ahí, durmiendo en el sillón.

—Te siento mirándome.

Pongo los ojos en blanco.

—Te siento poniendo los ojos en blanco.

Resoplo divertido.

—Eso es imposible —digo.

Corre el brazo lo suficiente para que me pueda ver.

—Te conozco demasiado a lo mejor.

Me hace bien ese comentario. Es una sensación extraña, desconocida, que hace que me cosquillee el cuerpo entero.

—Puede ser. —Me acerco y apoyo los vasos sobre la mesa ratona que está enfrente del sillón—. Deberías tomar un poco de agua.

Hace un ruido extraño con la boca que me da a entender que no se muere de ganas de tomar algo. Parece un animal lastimado sufriendo.

—No seas exagerada.

—No soy exagerada.

—Sí, sos.

—No, no soy.

—Entonces, agarrá ese vaso e hidratate un poco, Amelia.

—No me digas qué hacer.

Se incorpora del respaldo del sillón, se inclina para agarrar el vaso y se lo toma de un solo trago.

—No me mires así —me dice.

—¿Así cómo?

—Con esa cara de suficiencia.

—Yo también te conozco, Amelia. —Ahora es su turno de revolear los ojos—. Cuando estás ebria te entra una sed descomunal. Te he visto bajarte dos litros de agua en diez minutos.

Se ríe y yo sonrío al escucharla. De golpe abre los ojos con temor.

—¿Y Theo? —pregunta, alarmada.

—Theo está en el bar, Amelia.

—Pero ¿no se va a preocupar porque me haya ido?

Niego con la cabeza.

—Amelia, antes de irnos lo saludamos. Le diste un beso en la frente y le susurraste un gracias y después le tiraste un beso cuando te alejabas, que él se guardó en el bolsillo. ¿En serio no te acordás?

Uno, dos, tres, cuatro, cinco segundos.

Se ve que el recuerdo la azota de repente.

—¡Sí! Es verdad, es verdad. —No agrega nada más. Se acerca al que era mi vaso de agua y con la mirada me pregunta si puede agarrarlo, sonrío divertido y asiento. Me levanto para traer la botella de agua directamente. La va a necesitar.

Abro la heladera y cuando la cierro, Amelia está parada ahí. Cerca. Me pone el vaso delante de mis ojos, pidiéndome que le sirva más agua. Lo hago y me agradece. Después de terminarse el vaso, un silencio extremadamente incómodo se suma a la cocina haciendo que fuéramos tres.

Quiero decir algo para que deje ser tan tenso el aire.

—¿Preferís dormir en mi cama o en el sillón?

Me gusta que la descoloque la pregunta. Sabía que, si yo me ofrecía a dormir en el sillón, íbamos a entrar en una discusión infinita

donde ella me diría que no hacía falta, que ella estaba más que bien durmiendo ahí, que no me quería sacar la cama. Yo le respondería que el sillón era muy cómodo y que no era ningún problema para mí, que ella era mi invitada.

Nos ahorró unos veinte minutos de una conversación sin sentido.

—El sillón es mío —dice con una sonrisa que muestra todos sus dientes.

—Perfecto, el sillón tuyo, la cama mía. Dejame que vaya a buscar unas sábanas y frazadas.

—¿Puedo…?

—Sí, podés servirte más agua.

—Bueno, gracias, me iba a servir igual. En realidad, lo que te quería pedir era ropa para dormir.

—Te puedo ofrecer una remera y un *jogging*.

—Voy a hacerlo funcionar.

—Acompañame. —Inclina la cabeza como un cachorro—. Así elegís lo que mejor te parezca.

Caminamos por el pasillo, que de repente me parece más angosto, y llegamos a mi habitación. Primero entro yo, Amelia se queda parada en el umbral; parece estar pidiendo un permiso silencioso.

—Desde ahí no creo que puedas elegir nada.

Cuando Amelia entra en mi habitación es un acto tan mundano pero que a la vez está envuelto por una neblina de intimidad. Mi cama está ahí. Mi mesita de luz con el libro que hace un mes estoy intentando avanzar, un vaso con un cuarto de agua, y el velador. Abre el placar donde, obviamente, se encuentra mi ropa. También estoy yo en la habitación, y Amelia está absorbiendo todo. De la nada quiero que salga de mi espacio personal. Me siento expuesto mientras revuelve en el cajón de las remeras. Mis manos empiezan a transpirar y las seco en mis pantalones.

—¿Encontraste algo que te sirva?

Se da vuelta con una remera y un pantalón azul oscuro.

—Evidentemente me va a quedar algo grande, pero no estoy en posición de ponerme exquisita. —Alza ambas prendas—. Paso al baño a cambiarme.

—Andá, yo mientras te preparo el sillón.

—Amadeus, esto es hacer trampa —dice parada en el medio del *living* con mi ropa puesta. Me recorre un calor por las venas con esa imagen. Su pelo corto está atado, pero se le escapan unos mechones

castaños. Tiene las manos en la cintura y me da un poco de risa y ternura verla así de enojada. Ebria y enojada, no nos olvidemos de lo primero.

Me paso el brazo por debajo de la cabeza y me acomodo mejor en el sillón. Estoy contento de haberme salido con la mía, lo admito.

—Estuviste lenta.

—Estoy ebria.

—Puede ser que me haya aprovechado un poco de eso.

Sus párpados se juntan hasta casi cerrarse.

—Amadeus Deslak.

—¿Pensás que decir mi nombre completo me va a hacer cambiar de opinión? —La miro divertido. Puedo ver cómo se enoja cada vez más.

—Hablo en serio. Bastante con que me hayas dejado quedarme en tu casa, haceme el favor de poder sentirme mejor conmigo misma y dormir yo en el sillón.

—No.

—Amadeuuuuuuus. —Me hace un puchero y yo contengo la risa.

—No, Amelia.

Algo cambia en su rostro.

—Perfecto. No me dejás otra opción.

No llego a intentar comprender a qué se refiere porque se tira encima de mí.

—¡Amelia! ¿Qué hacés? Salí.

—Nop.

—Amelia, lo digo en serio. —Necesito que salga ya mismo, porque quiero evitar sentir eso que está empujando por acercarse a la superficie.

—Nop. —Explota la “p” final.

Me remuevo un poco, pero la única forma de sacarla es tirándola al piso y si bien puedo hacerlo, tengo ciertos límites.

—Por favor, Amelia.

—Sos vos el que está en mi sillón. Así que el que se tiene que ir sos vos.

—¿Tú sillón?

—Sí, mi sillón.

—Amelia, movete.

—No.

—Amelia, Amelia, Amelia… —digo decepcionado—. Te seguís

olvidando de que te conozco muy bien.

Despega la cabeza de mi pecho y me mira con total confusión.

—No me olvidé de que tenés cosquillas.

—Amadeus, ni se te ocurra… —No llega a terminar la oración porque se empieza a reír nerviosa por las cosquillas.

—Amadeus, pará, en serio. —Su cuerpo se sacude sin control. Amelia intenta apartar mis manos sin éxito, y le empieza a faltar el aire por la risa—. En serio. Pará. Me voy a hacer pis.

—Entonces salí —digo, también entre risas. Amelia tiene la facilidad de contagiar la risa, una vez que empieza, no para.

—Jamás —me desafió.

Y entonces ella empieza a hacerme cosquillas.

—Amelia. —Ahora sí que no puedo parar de reírme. No podemos parar de reírnos. Nuestras manos buscan las partes más sensibles de nuestros cuerpos y atacan sin piedad. Estamos agotados de tanto reír y de tanto luchar para evitar las cosquillas. Nuestra respiración es agitada y de vez en cuando se ve interrumpida por una carcajada estruendosa. Estamos en guerra, y ninguno de los dos se va a rendir primero, eso era seguro.

—¡Tregua, tregua! —grita Amelia al mismo tiempo que se sienta arriba de mi panza. Sus rodillas presionan mis costillas. Está ligeramente colorada y sus pulmones intentan recuperar el aire.

Es la primera vez desde su regreso que me dan unas ganas inentendibles e incontrolables de besarla. Y eso mismo fue lo que quería evitar hacía unos minutos, porque me parece peligroso. Mi cuerpo se pone en alerta. Tengo que alejarla lo más posible de mí.

—Está bien. Ganaste.

—¿Gané? —Está feliz de haber escuchado esas palabras salir de mi boca.

—Sí.

Levanta los brazos por encima de su cabeza en una pose triunfal.

—Ahora, si me dejás salir…

Asiente con cierta solemnidad y se para para que me pueda incorporar. Apenas me paro, ella se acuesta rápido, como si tuviera miedo de que la engañe a último minuto. No se equivoca, pensé en hacerlo.

Se tapa hasta que solo es visible su cara, la cual por cierto es el equivalente al de una nena a la que le dijeron que podía comer todos los dulces que quisiera, y me desea buenas noches.

—Descansá, Amelia.

—Descansá, perdedor. —Sonríe con malicia.

Le saco la lengua y ella me muestra su dedo del miedo.

Camino hasta mi cuarto, me encierro y me tiro en la cama. Me quedo dormido con una sonrisa discreta en la cara.

Capítulo 18

Amelia

La luz que entra por la ventana me despierta. Y antes de que esté del todo espabilada, me doy cuenta de que la cantidad de alcohol que ingerí ayer hace que hoy tenga que amanecer con una resaca espantosa.

Odio las resacas y suelo tener las peores de todas.

Intento abrir los ojos, pero apenas lo hago, los vuelvo a cerrar. No creo poder soportar otra cosa que no sea la oscuridad absoluta. Y el silencio absoluto, dicho sea de paso. De fondo suena una melodía. Una muy molesta.

¿Ese fue el timbre? ¿Siempre fue tan sonoro e irritable? Puedo sentir cómo me derrite el cerebro.

De nuevo el sonido irritante que no puedo descifrar de dónde proviene. Lo único que sé es que necesito que pare. Ya.

No creo que sea el timbre. No lo reconozco. Así que es otra cosa. ¿Mi celular?

Agh. Sí, es mi celular.

¿Pero dónde está? ¿Dónde lo dejé ayer a la noche? No puedo acordarme cómo llegué a mi departamento. ¿Me trajo Theo?

La melodía para de sonar. Lo agradezco por dentro.

Gracias quien sea que esté allá arriba…

Por supuesto que empieza a sonar de nuevo. Me destapo de un tirón y abro los ojos con ganas de asesinar a quien sea que esté del otro lado llamando con tanta insistencia. Ni bien me levanto, siento como si alguien me estuviera pateando la cabeza. Está bien, es mi culpa. La resaca es responsabilidad mía y solo mía.

Tengo la intención de pararme y buscar el celular, pero me congelo porque… ¿Dónde mierda estoy? Este no es mi departamento. No. Entonces, ¿de quién es? Mi cerebro intenta coleccionar cada imagen de ayer a la noche para poder armar una secuencia que tenga sentido

y que me pueda dar algo de información sobre dónde estoy.

Obvio mis pensamientos son interrumpidos porque mi celular vuelve a sonar. Me paso las manos por la cara y me dedico a encontrarlo antes de que me ponga a llorar.

¡Bingo!

—¿Sí? —No es mi tono más amable.

—Alguien se despertó de buen humor. —El sarcasmo empapa sus palabras.

—¿Matilda? —Si hubiera apostado por quién era la persona que estaba llamándome, hubiera perdido, porque no hubiera dicho Matilda. Ella odia hablar por celular.

—La misma.

—No entiendo —digo.

—Matilda, tu mejor amiga…

—Sí, hasta ahí entiendo. —Empiezo a moverme por el departamento en busca de pistas que me digan dónde estoy—. Estoy un poco pérdida porque me estás llamando…

—Lo sé, ¡yo también estoy sorprendida! —Hay dos vasos de agua en la mesa ratona; al lado, una botella de agua vacía. Seguro que fui la responsable. —Pero la ocasión lo ameritaba.

—¿La ocasión? —pregunto, tan confundida como me siento.

—¿Dónde está mi hermosa Amelia? —lo dice como si yo lo supiera, pero se lo estuviera ocultando a propósito.

—Siendo sincera… no lo sé. —Ahora estoy parada en la cocina. Es amplia. Por lo poco que pude ver el departamento, la cocina creo que es la parte no solo más grande, sino más… ¿cuidada? Como si la persona que viviera acá pasara mucho tiempo en este espacio de la casa.

Cosas que sí sé: no me desperté en la cama de nadie y la persona que vive acá es muy prolija, pero muy impersonal. No veo una sola foto, ni un solo objeto que me diga de quién es este departamento. Sin duda, no es la casa de Theo y Dante, que está llena de cosas y cositas que fueron recolectando en sus años de relación.

Lo que no sé, aparte del asunto de la casa desconocida, es cómo puedo estar tan tranquila. No sé dónde estoy, no sé cómo llegué acá. Pero, por alguna razón, Matilda me tranquiliza, porque algo me dice que ella sabe en dónde estoy y no solo lo sabe, sino que le parece divertido. Así que claramente en el departamento de un asesino no estoy.

—¿Amelia? —La voz de mi mejor amiga suena del otro lado del celular—. ¿Seguís ahí?

—Sí. —Cierro la puerta de la alacena. Acá hay comida para un ejército quizás.

—¿Me estás mintiendo, verdad? Es imposible que no sepas dónde estás.

—No te estoy mintiendo, y sí es posible porque ayer me pasé de mi límite de alcohol y se ve que afectó directamente a la parte de mi cerebro que se ocupa de almacenar información y poder reproducirla horas después. No me acuerdo muy bien del todo de ayer a la noche.

—Oh, lo decís en serio.

—Sip.

—Amelia, ¿estás parada? —dice lentamente.

—Eh, sí…

—Sentate.

—Matilda, estás toda misteriosa, ¿qué te pasa? —Empiezo a impacientarme.

—Amelia, estás en el departamento de Amadeus.

Por segunda vez en menos de media hora mi cuerpo se congela como si cada músculo estuviera hecho de hielo. Macizo, pesado, imposible de mover. Los recuerdos se presentan como un huracán. Yo en el bar con Theo, yo bailando con los amigos de Theo, mi mejor amigo diciéndome que iba a la barra por unos tragos, yo arriba de la mesa con la absoluta intención de saltar, Amadeus frenándome y diciéndome que era una pésima idea, el auto de él, el problema de que no me pudiera acordar de la dirección del departamento de mi tío, Amadeus decidiendo que lo mejor era que fuera a su casa. Yo no quería, me acuerdo, pero él no me dio más opción. Y acá estoy, en su departamento.

—¿Amiga? —Se escucha lejana, como si hubiera bajado el volumen.

Escucho el correr del agua. Alguien debe estar en el baño. Bueno, alguien no. Amadeus. Ya está despierto, y yo sigo parada en la cocina como si me diera la habilidad de la invisibilidad. No sé qué me preocupa exactamente. Amadeus sabe que estoy acá, él no tomó y seguramente tenía la memoria clara, nítida. No como yo. Eso no me dejaba para nada tranquila. ¿Habré hecho algo vergonzoso? ¿Dije algo que no debería? ¿Me habrá tenido que sostener el pelo mientras vomitaba? Abro los ojos del horror.

Dejo de escuchar la ducha. Espero unos segundos, atenta, y la puerta se abre. Asomo la cabeza al pasillo y lo veo saliendo del baño. Está tan solo con unos bóxers. Sus piernas largas, grandes, musculosas. El pecho definido, pero no tanto. El abdomen se flexiona a causa de la respiración. Su brazo derecho se tensiona cuando cierra la puerta del baño. Levanta la cabeza apenas hace clic la puerta y me ve.

Para alguien que ya sabía que estaba ahí, no se ve muy feliz. Parece más bien como si hubiera entrado a la fuerza en el medio de la noche. Frunzo el ceño. No entiendo su actitud. Por lo poco que recuerdo, él me ofreció que me quedara en su departamento. Se mete en su dormitorio sin decirme ni hola, y a los minutos vuelve a salir ya vestido con unos *jeans* y una remera negra.

—Buenos días —digo, porque no sé qué decir o hacer y el silencio me está ahogando.

Recorre mi cuerpo con sus ojos y yo lo imito. De alguna manera me hace sentir un poco más incómoda que él ya esté cambiado y yo siga con su ropa puesta. Se la quiero devolver lo antes posible.

—Amadeus, gracias por dejarme dormir acá. —Avanza hasta alcanzarme, pero no se frena frente a mí, sino que entra a la cocina, directo hacia la heladera. Los músculos de su espalda se acomodan mientras busca algo dentro de ella. Agarra un par de cosas que no llego a ver y cierra la puerta con fuerza. Apoya todo en la mesada sin intención de responderme—. Amadeus.

Frena los movimientos de sus manos y las apoya en la mesada, su cabeza baja ligeramente y puedo jurar que tiene los ojos cerrados y que lo escucho tomar mucho aire, como si estuviera intentando juntar paciencia. Como si yo lo estuviera desesperando. Eso me molesta. Él me había ofrecido dormir acá, fue su idea, no mía. No podía enojarse conmigo por sus decisiones.

—¿Se puede saber cuál es tu problema?

Espero unos segundos hasta que al final se gira. Ahora sí estamos enfrentados. Cruza los brazos a la altura del pecho y se apoya sobre la mesada. Pongo las manos en mi cintura, claramente molesta.

—Seguís acá.

—Sí, soy consciente de que sigo acá…

—Ese es mi problema —señala, pisando mis palabras.

Levanto las cejas, incrédula.

—¿Ese es tu problema? ¿Que yo siga acá?

—Pensé que te habías ido. —No agrega nada más y se da vuelta

para seguir preparando su desayuno, como si yo no estuviera ahí.

—Lamento informarte que te equivocaste.

—Sí, me di cuenta —dice mordaz y sin mirarme.

No puedo creer a este hombre. Ayer a la noche era una persona y hoy por la mañana es este ser humano desagradable y que me genera toneladas de violencia.

—¿Qué te hice? La idea de que durmiera acá fue tuya, no mía. Si estoy acá es porque vos lo quisiste así.

Eso último provoca que se dé vuelta de nuevo.

—¿Porque yo lo quise así? —escupe—. Dejame refrescarte la memoria. La que no sabía dónde vivía y estaba borracha un día de semana eras vos, no yo. De lo único que me puedo hacer cargo es de haber sido el único en actuar como un adulto responsable. Por eso te ofrecí dormir en mi departamento.

—Amadeus, no sos mi papá. No estabas obligado a absolutamente nada, ni tampoco eras la única persona que podía ayudarme, también estaba Theo. Si lo ofreciste fue porque quisiste. Hacete cargo de eso, ya que tan adulto sos. Dios, esto es insoportable —susurro esto último, pero con la intención de que escuche.

—¿Qué, Amelia? ¿Qué es insoportable? —pregunta.

—Esto. —Abrí los brazos y englobé toda la cocina—. Vos, yo. Que solo sepamos discutir. Es insoportable.

Se pasa la lengua por la parte interna de la boca y corre su vista de mí. Su mandíbula está tensionada.

—No te entiendo. Ayer a la noche parecía que todo estaba… no sé… bien.

—Amelia. —Sus ojos vuelven a mí, me mira como si estuviera a punto de romperme, y eso es lo que va a hace—. ¿Qué es lo que no entendés? Las cosas entre nosotros no están bien. Te fuiste hace cinco años, pero las palabras que me dijiste permanecieron acá conmigo. Me hiciste daño. Te fuiste y no volviste. Y no volvimos a hablar. Y ahora estás acá, como si nada y yo…

Es evidente que le cuesta pronunciar cada sílaba de esas palabras.

—Amadeus… —Quiero que hablemos. Nos merecemos una conversación para aclararnos. Le quiero pedir perdón. Quiero decirle que yo intenté llamarlo, no me había olvidado de él ni descartado nuestros años de amistad como si no hubieran significado nada. Quería decirle que me escocía el pecho por nunca haber recibido ni un mensaje de su parte. Quería explicarle lo que me dolió no haber

escuchado su voz por cinco años, cuando antes era la primera voz que escuchaba felicitándome cuando iba con buenas noticias o diciéndome que "qué cagada" cuando iba con malas noticias.

—Tu ropa está en mi habitación. Sobre la cómoda.

Vuelve a darse vuelta, pero algo me dice que la conversación terminó, que no va a volver a mirarme ni a dirigirme la palabra.

Asiento un par de veces. Genial, simplemente genial. Me doy cuenta de que tengo los músculos de la cara tensos porque estoy aguantando el llanto. No voy a llorar frente a él.

Casi corro a la habitación. Casi corro al baño. Y casi corro para dejar ese departamento una vez que ya tengo puesta mi ropa. Me dañaron sus palabras y cómo se comportó conmigo. Pero no puedo decir que no me lo merecía. Yo había hecho todo lo que él dijo, tenía razón. No podemos escapar de la verdad. Y esa es la mía. Lo había lastimado, me había ido. Un poco por vergüenza, un poco porque sentía que le estaba haciendo un favor, un poco porque mi vida de repente era el trabajo y Sebastiano, y no tenía lugar para nada más. Las razones no importaban. Lo había hecho, y no sabía si me merecía su perdón.

Capítulo 19

Amadeus

No me gustó lo que sentí al verla recién levantada, con mi ropa, parada en el medio de mi departamento.

No me gustó ni un poco.

La tengo que alejar.

No tengo otra opción.

No hay otra opción entre nosotros.

Es mejor así.

Capítulo 20

Amelia

A la noche me acuesto con el cuerpo cansado. Siento la sangre densa recorriendo por mis venas, el cerebro hinchado de tanto pensar, los ojos rojos de llorar, me duelen las cutículas porque de los nervios me las lastimé. Aunque quiero evitarlo, el recuerdo de *ese* día se reproduce sin pedir permiso. Puedo verme a mí misma entrando al baño, viendo la angustia de Amadeus escapando por los poros, llenándolo todo de un aire denso. Me había dicho que no entrara, pero fue fiel a mi forma de ser y decidí hacer lo que quería.

—Explicame qué te pasa —dije.

—Me impactó la noticia.

—Sabías que existía la posibilidad de que me fuera con él. Te lo comenté la semana pasada.

—Sí, pero…

—¿Pero?

—No pensé que ibas a aceptarlo. —No lo decía enojado, lo decía decepcionado. Y eso movió una tecla en mí.

—¿Pensás que me estoy equivocando? —Mi postura cambió, encuadré los hombros.

—Pienso que te estás apresurando.

Una risa sin humor brotó de mis labios. No podía creer lo que escuchaba. Estaba yendo a cumplir mi sueño, y me enojaba que me dijera todo eso como si él no hubiera hecho lo mismo que yo de tener la oportunidad. Estaba siendo un hipócrita.

—Sos mi mejor amigo, creo que lo que deberías hacer es apoyarme —sentencié.

Me miró entre confundido e incrédulo.

—También tengo que decirte cuando estás tomando una mala decisión. —A estas alturas estábamos parados, gritándonos enfrentados—. Y dejame decirte, Amelia, esta es una pésima decisión.

—¿Por qué? —Agité los brazos—. No dejás de repetir lo equivocada que estoy, pero no me estás diciendo el porqué.

Agachó la cabeza para romper el contacto visual. Pero cuando sus ojos volvieron a encontrarme, pude ver solo dolor.

—Me sorprende lo descuidada, impulsiva e infantil que sos, agarrándote de la mano del primer hombre que aparece y te compra con la promesa de que seas chef en su restaurante. Apenas lo conocés, Amelia. —Camina de un lado a otro pasándose la mano por el pelo. Veo cómo le tiembla ligeramente la mano. Es un baño chico, así que llega un momento en que no tiene adónde ir y se detiene para mirarme de frente—. No sabés nada de él, o al menos no lo necesario como para hacer la locura de irte del país. A veces me pregunto hasta dónde llega tu ingenuidad. Porque dejame decirte algo, Amelia, esto no va a terminar bien, y se nota a la distancia que solo estás diciendo que sí porque no tenés la madurez suficiente para darte cuenta de que esto está mal.

Por mis venas ya no corría sangre. Corría ira.

—¿Sabés lo que te pasa? —Sus ojos quemaban los míos—. Me tenés envidia. Te morís de celos al saber que yo voy a ser la primera de los dos en poder dirigir un restaurante. Yo voy a ser chef y vos no. Vas a seguir acá, sin animarte nunca a nada, siguiendo de la misma manera porque te da terror probar algo nuevo, intentar hacer algo distinto. —Mis palabras eran como disparos—. Entiendo que vos veas toda esta situación como una locura y que me veas a mí como una impulsiva irracional. —No podía parar—. Pero esa es la principal razón por la cual yo voy a ser alguien y vos no.

Me mantuvo la mirada, nuestros pechos subían y bajaban, nuestras narices rozándose. Ni siquiera me había dado cuenta de que nos habíamos acercado. Hasta que se dio media vuelta, dándome la espalda. Lo sentí como una victoria, dejarlo sin palabras, que en realidad el equivocado era él y yo tenía razón. Pero cuando se dio vuelta y vi cómo me miraba, supe que en realidad había perdido.

—Tenés razón, me matan los celos. —No supe decir si era sarcasmo o no.

—Amadeus…

—Por mí te podés ir, Amelia, y nunca más volver.

El estruendo del portazo fue el único sonido que llenó el espacio que dejó cuando se fue.

Me quedé unos minutos parada en el baño. Repasé cada palabra

que dije y cada palabra que él dijo. Me tapé la cara con las manos y grité con todas mis fuerzas. Estaba enojada. Con él por no apoyarme, conmigo por lo que dije. Toda la situación había escalado demasiado y muy rápido. Lloré, me sequé las lágrimas y me enfrenté al espejo. Mi vida estaba a punto de cambiar drásticamente y no existía lugar para dudas ni cuestionamientos. Estaba con Sebastiano y más que feliz con él. Nos íbamos a vivir juntos a París para que él comprara un restaurante, del que yo me convertiría en chef. Era un sueño. Sentía que flotaba de la excitación que me provocaba cada vez que me acordaba de lo que estaba a punto de hacer. Tenía un buen presentimiento, sentía en cada parte de mi cuerpo que ese viaje iba a ser un antes y un después en mi vida y en mi carrera.

Amadeus no tenía derecho a pasarme sus propios miedos a mí.

Cuando salí del baño ya se había ido. Theo y Dante me miraron con pena en sus rostros y yo fingí que no pasaba nada, que todo estaba más que bien y que ya se le iba a pasar.

No me llamó, no lo llamé.

Ignoré el malestar que me provocaba estar peleada con mi mejor amigo y decidí armar una valija e irme del país de la mano de Sebastiano. Tal vez fui una cobarde, pero fue lo que me salió en el momento.

Lamentablemente nunca tuve en cuenta que iban a existir noches en las que antes de cerrar los ojos, iba a repasar mi lista de "cosas que hice mal en mi vida" y en el puesto número uno iba a encontrarme con ese día, con esa discusión, con la última mirada que me dio antes de dejarme sola en el baño, con la ausencia de él luego de eso. Porque por supuesto que me arrepentí de no haberme esforzado un poco más en arreglar la situación, de haber sido claramente una cobarde y no haber llamado a su puerta para tener una conversación antes de irme.

Esas noches eran las peores porque estaban llenas de *que hubiera pasado si…*

Cierro los ojos y me juro que esta va a ser la última noche que voy a permitir que los errores del pasado me castiguen.

Capítulo 21

Amadeus

—Pasame la pimienta negra.

—Un “por favor” no te va a matar, ¿sabés?

—Queridísimo Amadeus, ¿serías tan amable de facilitarme esa pimienta negra que se encuentra a escasos centímetros de donde estás parado? —Theo a veces puede ser una mierda.

Podría decir que así es como pretendía pasar mi miércoles al mediodía, pero no. Mis planes no tenían nada que ver con venir a almorzar a lo de Theo y Dante. Mi día iba a transcurrir de la siguiente manera: ir a hacer las compras, actividad que disfrutaba demasiado; limpiar el departamento; probar recetas nuevas, para ver qué puede ser añadido al menú; entrenar; ir a trabajar; y fin. Ese era mi miércoles.

Ahora tengo uno muy distinto, y odio que me hayan roto la rutina.

Theo me llamó para decirme, más bien para exigirme, que fuera a almorzar a su casa. ¿La excusa? Hacía mucho que no almorzábamos juntos. Lo sé, nos vemos todos los días. Por supuesto que se lo dije. Me dijo que era un insensible y que no es lo mismo verse en el trabajo que pasar tiempo de calidad en un amable e inocente almuerzo en su departamento. Antes de que pudiera replicar, agregó que a Dante no lo veo todos los días en el trabajo y que deseaba saber qué excusa iba a inventarme para eso. No hubo ninguna y por eso estoy acá, de asistente mientras Theo cocina pasta a la carbonara.

No, no pasé por alto que es la favorita de Amelia ni que Dante se fue hace una hora sin decir adónde.

—Tomá —me dice Theo—, poné la mesa.

Cuatro platos, cuatro tenedores, cuatro vasos. Si antes tenía dudas, ahora ya no. Theo piensa que soy estúpido.

Mientras termino de acomodar la mesa, escucho las llaves en la cerradura. Es Dante, claro, y atrás de él está Amelia, con quien no

hablo desde esa noche cuando prácticamente la eché de mi departamento por miedo a lo que me generaba. Toda la situación Amelia está siendo difícil de manejar. En el trabajo nos ignoramos, reducimos nuestras interacciones a algunos monosílabos y asentimientos al momento de presentar un plato. Nada más.

Cuando me desperté ese día y la vi todavía dormida en el sillón… no sé. Se sintió como antes, y creo que eso fue lo que me molestó, que nada era como antes y no tenía sentido siquiera fingir que podía serlo. Todo el escenario se sintió tan familiar que fue como una puñalada en el medio del pecho. Fue como un espejismo de lo que una vez supimos tener, de una amistad que significaba el mundo para mí, pero que ya no existía. Por supuesto que no necesitaba que Amelia regresara para saber que no había ningún tipo de vínculo entre nosotros dos. Los últimos años lo gritaban por nosotros. Pero una cosa es saberlo y otra muy distinta es verlo, presenciar cómo se desgastó nuestra relación, cómo no podía encontrar nada que pudiera rescatar. Absolutamente nada. Tal vez ese fue otro de los motivos por el cual esa mañana quería que Amelia se fuera lo más rápido posible. No podía soportar un minuto más sabiendo que éramos dos extraños cuando en mis últimos recuerdos con Amelia la realidad era muy distinta. Me lastimaba.

Cuando escuché el portazo que dio Amelia al salir de mi departamento, me sentí capaz de respirar de nuevo. Su presencia ya no me sacaba el aire.

Un almuerzo con ella tiene todos los ingredientes para que sea un desastre abismal. Hay altas probabilidades de que terminemos gritándonos mientras Dante y Theo nos miran como si nos faltaran un par de neuronas mientras se llevan el tenedor cargado de pastas muy lentamente a la boca.

Sin embargo, aunque esa escena parezca pintoresca, luego del incidente de hace unas semanas donde estrellé un plato contra el suelo, no me parece la mejor idea volver a dejarme llevar por mi temperamento. Suelo ser alguien bastante tranquilo. O al menos solía serlo.

Dante pasa por la puerta y no la cierra para que entre Amelia.

Bien, es momento en que sea completa y crudamente honesto porque no lo estuve siendo: Amelia es hermosa. Tan hermosa.

Cuando la conocí me quedé como un idiota mirándola como si nunca hubiera visto una mujer en mi vida. Me parece deslumbrante.

Llamativa. Una trampa, porque una vez que la ves, no podés escapar y lo único que se puede hacer es mirarla y mirarla. Mirar esos dos ojos grandes de color marrón oscuro, en los que es casi imposible saber dónde termina la pupila y empieza el iris. Su pelo nunca se pudo decidir por una sola tonalidad de marrón y eligió varias, desde la más oscura hasta la más clara, y ahora le llega hasta los hombros, apenas los acaricia. Cuando la conocí, lo llevaba por la cintura y la hacía verse más pequeña por alguna razón. Y lo que se convirtió en una perdición es ese lunar que tiene cerca del labio. Siempre me costó despegar mi vista de él. Está bien, dije que iba a ser completa y crudamente honesto: la realidad es que no puedo despegar mis ojos de sus labios.

Desde el día uno siempre la vi como si no quisiera perderme un segundo de ella.

Y ahora, mientras la veo saludar a Theo y veo cómo se ríe con una carcajada de algo que le dice mi mejor amigo, me siento de nuevo como la primera vez que la vi. Me encuentro a mí mismo mirándola hipnotizado. Mierda.

Estoy tan ensimismado observándola que ni siquiera noto que Dante está a mi lado hasta que habla.

—Amigo, si la seguís mirando de esa manera le van a quedar tus ojos marcados en el cuerpo.

Me giro para mirar a Dante, quien está conteniendo una sonrisa.

—Qué gracioso. —No sueno para nada divertido.

—Tengo mis días. —Se encoge de hombros y sonríe.

—No sabía que Amelia venía a almorzar —digo, a ver si pica el anzuelo.

—Fue algo de último momento. —Se vuelve a encoger de hombros, como si se hubiera tildado en el movimiento. Algo de último momento, dice. Fue totalmente intencionado y planeado.

Entonces me doy cuenta y no puedo creer que no lo hice antes.

—¿Esto es una especie de intervención? —pregunto, aunque no hace falta que me responda. Por supuesto que lo es.

—¿Una intervención? —repite y finge estar ofendido por mi pregunta—. No seríamos capaces de hacer algo así. Debo decir que me decepciona que pienses así de nosotros. —Resopla y niega con la cabeza. Actuación. Todo es actuación.

Me quedo mirándolo serio y él se queda mirándome divertido. Nuestra guerra de miradas hubiera seguido eternamente si no

hubieran llegado Theo y Amelia.

—Hola —saluda ella, porque yo soy un imbécil que no puede dar el primer paso y hacer algo tan mundano como saludarla.

—Hola. —Nunca una palabra me costó tanto.

Se puede tocar la incomodidad.

—Bueno. —Theo corta el silencio raro que se estaba empezando a formar—. Pueden ir sentándose en la mesa, la comida va a estar lista en diez minutos.

¿Diez minutos? Esos son muchos minutos que llenar con palabras. Palabras que no estaría pudiendo encontrar. No tengo la menor idea de qué conversación puedo sostener con Amelia. Tampoco es que tuviera cosas interesantes que contar de mí mismo. A decir verdad, podría resumir los últimos años muy rápidamente, con una sola palabra incluso: trabajo. Tomé la decisión de enfocarme en eso y en nada más. Así que si iniciamos una conversación trivial sobre qué fue de nuestras vidas este último tiempo, yo solo necesitaría tres segundos. Lo encuentro bastante triste.

Pero no me preocupo demasiado, seguro que Amelia nos va a deleitar contándonos los detalles de su maravillosa y espléndida vida, y cómo el haberse ido fue la mejor decisión que pudo tomar.

Theo está en la cocina ultimando la comida mientras Dante, Amelia y yo nos encaminamos a la mesa. Dante se sienta en la cabecera, Amelia a su derecha y yo a su izquierda, por lo que quedamos enfrentados. Aprovecho la posición en la que estamos para verla sin parecer un loco. Ahora que la tengo cerca me doy cuenta de las ojeras que tiene debajo de los ojos y su cara grita que le faltan horas de sueño. Los ojos de Amelia me atrapan observándola y me mira extrañada por unos segundos, hasta que alza las cejas preguntándome de forma silenciosa si se me perdió algo en su cara. Pongo los ojos en blanco como respuesta.

Gracias a Dios, en ese momento veo a mi mejor amigo terminando de llenar los platos. Me levanto con la excusa de ayudarlo a traerlos a la mesa. Una excusa totalmente válida. Cuando entro en la cocina, Theo se da vuelta con dos de los platos y es un milagro que no nos chocáramos.

—¡Amadeus! —grita, enojado—. Casi me hacés tirar todo, ¿te tienta la idea de que te atraviese el esternón con un cuchillo?

Es una amenaza alarmantemente gráfica y precisa.

—Me gusta mi esternón como está. Gracias.

—Entonces procurá nunca más entrar en mi cocina a menos que te lo pida. —Deja salir un suspiro y en un tono más abajo agrega—: Por el amor a Dios, estos platos eran de mi abuela.

—Perdón —digo, porque sé lo mucho que amaba a su abuela y si estos platos se llegaran a romper, creo que estaría justificada su amenaza de hacerle una intervención a mi esternón.

—Tomá —me dice de mala gana, y me extiende los platos que tiene en las manos—. Ahora llevo los otros dos.

—En realidad… —empiezo a decir antes de arrepentirme—. Quería hacerte una breve pregunta antes de sentarnos a comer.

La cara de fastidio de Theo en estos momentos es mágica. Quiero reírme. Sé que no debo, pero quiero. Theo cuando cocina se transforma en alguien completamente diferente.

—Rápido, que se enfría la comida y sabés cuánto me molesta tener que recalentarla en el microondas.

—Bien. —Tomo aire y largo de una lo que le pregunté antes a Dante—: ¿Esto es una intervención? —Necesito saber en qué me estoy metiendo cuando vuelva a sentarme en esa silla.

Mi mejor amigo pone los ojos en blanco y suspira hastiado.

—Por supuesto que es una intervención —suelta como si nada—. Ahora que ya dejamos en claro la razón de este almuerzo, te pido que te muevas porque tengo hambre.

Y así como si nada sale de la cocina y me deja ahí parado pensando en lo que acaba de decir. Me doy cuenta de que estoy en una trampa sin escapatoria y no me queda otra que afrontar este almuerzo.

Dios.

Este día está siendo una sorpresa absoluta sin duda.

Entro al comedor justo atrás de Theo, y ni bien pongo un pie en la habitación, escucho la voz de Amelia.

—Theo, eso huele riquísimo. —Tiene una sonrisa en la cara que no me cuesta mucho darme cuenta de que se tiene que esforzar para dar.

—Y sabe mejor —sentencia mi humilde amigo.

Nos sentamos en silencio y nadie dice nada hasta que todos probamos las pastas. Porque después de llevarnos un bocado a la boca es imposible callarnos. El primero en hablar es Dante.

—Te quiero pedir el divorcio así me puedo casar con este plato. Olvidate, no puedo esperar, voy a tener una aventura. Amor, estás informado, te voy a engañar con este plato de fideos.

—Oh, por Dios. —Puedo jurar que un gemido salió de la boca de Amelia. Totalmente justificado porque este plato es un manjar. A ver, no me sorprende ni en lo más mínimo. Theo tiene este talento, esta facilidad para la cocina que más de una vez envidié un poco. Me hace acordar a Amelia en ese sentido. Para ambos cocinar es como si fuera parte de su ADN, lo tienen incorporado en sus sistemas, les sale sin procesarlo. En cambio, yo necesito esforzarme y practicar y esforzarme y practicar, todo el tiempo. Obvio que hay cosas que ya me salen de manera automática y las cuales no suponen un trabajo para mí, pero solo se debe a la cantidad de veces que las realicé. El músculo tiene memoria y todo eso.

No voy a negar que la receta es algo simple en cuanto a ingredientes. Espaguetis, queso parmesano, yema de huevo, pimienta negra molida al gusto y panceta. Pero el hecho de que los espaguetis sean caseros cambia absolutamente todo. Además, creo que le agregó un poco de miel, porque tienen un toque dulzón que con el gusto salado de la panceta queda espectacular.

—Theo, esto es una maravilla —digo, porque realmente lo es.

—Gracias, gracias. Solo lo mejor para lo mejor. —Y con eso se lleva un bocado a la boca.

Es obvio que ninguno de los cuatro sabe sobre qué hablar. Ninguno se anima a ser el primero. Es decir, hay tantos temas que es mejor no tocarlos que el repertorio se empieza a achicar y la única salida es tener una conversación lo más superficial posible, que no toque ningún nervio peligroso. Es algo extraño si me pongo a pensar que estoy sentado junto a tres personas que conozco hace tantos años y que con al menos dos de esas tres, tengo una amistad tan cercana que es como si fueran familia.

Supongo que esta situación es el claro ejemplo de lo que puede hacer el tiempo. A veces hace daño.

Amelia come con el ceño ligeramente fruncido. Hace ese gesto cuando está pensando profundamente en algo. A lo mejor dentro de su cabeza ronda el mismo pensamiento que el mío: esto es una mierda.

¿Cómo dejamos que esto nos suceda a nosotros?

No puedo ni mirarla a la cara porque cuando lo hago es doloroso y frustrante. Hay tantos sentimientos que despierta en mí que me es imposible asimilarlos, me es imposible soportarlos.

—Amelia. —Dante es el primer valiente en romper el hielo y lo aprecio porque dejarme solo con mis pensamientos durante mucho

tiempo no es una buena idea—. No sé si Amadeus tuvo la oportunidad de decirte sobre el evento del fin de semana que viene.

Hijo de puta.

—No tuvo oportunidad —dice, y me mira. Apoya su barbilla en el dorso de la mano, y no sé por qué me siento de golpe como un pájaro enjaulado. Seguro se le pasó por alto. —Se vuelve hacia Dante—. ¿Qué evento?

—El sábado es la inauguración de un nuevo restaurante y como es costumbre, van a abrir las puertas solamente para personas exclusivas del ambiente y brindar una degustación —le explica Dante, aunque ella ya lo sabe. Si habremos ido juntos a algunas de esas inauguraciones antes de que todo se fuera a la mierda—. Y ya sabés que es obligatorio ir cuando te invitan. Theo es el que acompaña a Amadeus en estos eventos, pero estaba pensando que a lo mejor podrías acompañarlo esta vez —añade mi ahora examigo.

Amelia deja el tenedor sobre el plato y abre y cierra la boca un par de veces, como si no pudiera encontrar la respuesta.

—Yo… —empieza a decir dubitativa.

—No tenés que venir si no querés —la interrumpo, nervioso.

Sus manos se transforman en puños sobre la mesa.

—Nunca dije que no quisiera ir.

—Bueno, tampoco te noto muy segura de querer hacerlo —replico.

—A lo mejor porque me tomó por sorpresa y estoy asimilando la propuesta.

—Tampoco es algo sobre lo que haya que hacer mucho análisis, es un evento como tantos otros a los que fuimos mil veces. —Puedo notar cómo aprieta la servilleta, la está estrangulando—. ¿Qué tiene este de distinto?

—Bueno —empieza a decir con una sonrisa sarcástica—. A lo mejor que voy a tener que pasar tiempo a solas con vos. Creo que es entendible que piense antes de aceptarlo.

Puedo sentir cómo la ira burbujea debajo de mi piel. ¿Quién se cree que es?

—No te olvides de que yo no propuse esto —le digo entre dientes —. Por mí que venga Theo, como lo viene haciendo desde que te fuiste. —Debería callarme, pero no puedo. Me dolió su comentario, como si pasar tiempo conmigo fuese una tortura para ella—. Supimos arreglarnos bien sin vos estos últimos años.

Su expresión se suaviza un poco y puedo ver cómo mis palabras le

afectan, puedo ver las comisuras de sus labios ligeramente curvadas hacia abajo. Suelta la servilleta y se para de golpe, arrastrando la silla hacia atrás. Ya parada apoya los puños sobre la mesa y se inclina todo lo que puede para estar lo más cerca de mí.

Dante y Theo parecen congelados. No los escucho ni respirar.

—Como podrás ver, yo también sobreviví sin vos. —Puedo notar la ira en su voz. Está enojada. Corrección. Está enojada conmigo. Bien, yo también. Y me pregunto si alguna vez voy a dejar de estarlo.

Una risa sin humor se escapa de mis labios.

—Pero algo pasó, ¿no? y por eso estás de nuevo acá.

Su semblante tambalea un poco, pero se asegura de seguir en la misma postura, con la misma expresión en su cara. Pero lo vi, aunque haya sido mínimo, lo vi. Algo pasó. Algo importante.

—¿Por qué estás acá, Amelia?

—Vacaciones.

—Y una mierda. ¿Por qué estás acá?

—Ya te dije que…

—¿Por qué estás acá? —Puede ser que empiece a sonar como un nene caprichoso, pero no me importa.

—Si dejaras de interrumpirme…

—¿Por qué estás acá?

—Amadeus…

Escuchar mi nombre con su voz me paraliza por un microsegundo, pero insisto.

—¿Por qué estás acá? —A estas alturas yo también estoy parado, imitando su postura. Nuestras caras están demasiado cerca.

—Amigo, creo que es mejor si… —empieza a decir Theo. Cuando lo veo me doy cuenta de que me dice que no con la cabeza. ¿Que lo deje estar? No quiero dejarlo estar. Me merezco respuestas. Nadie me dice nada y tengo el leve presentimiento de que soy el único al que le falta información. No voy a dejarlo estar. Al menos merezco saber por qué regresó.

—¿Por qué estás acá, Amelia? —Mi voz sale como un susurro, pero eso no significa que no esté llena de veneno.

La veo dudar, está pensando en si contármelo o no. Mi corazón se agrieta un poco. Antes nos contábamos todo, éramos los primeros en saber algo sobre el otro. No había dudas. Bueno, claramente no somos lo que solíamos ser. Y con ese pensamiento, mi corazón se agrieta un poco más.

—No tengo por qué darte explicaciones, Amadeus.

—Lo voy a preguntar una última vez y quiero que pienses bien tu respuesta, porque me merezco una, y una sincera.

El miedo en sus ojos hace que una parte de mí se arrepienta y prefiera no saber la respuesta. De alguna manera me está diciendo que no quiero saberlo, que es mejor no abrir esa puerta, que si no me lo dijo es por algo. Me está suplicando que no haga la pregunta. Dudo un poco, pero la hago igual.

—¿Por qué estás acá, Amelia?

Despega los puños de la mesa y se endereza. Puedo contar tres respiraciones suyas antes de que despegue los labios y salgan de ellos cuatro palabras que me toman completamente por sorpresa. Hubiera esperado cualquier otra respuesta menos la que me da.

—Me divorcié de Sebastiano.

A mi cerebro le cuesta terminar de comprender lo que mis oídos acaban de escuchar.

—¿Qué? Pero…

—Y ya que estás lleno de dudas y no podés saciarte —me interrumpe—, lo dejé porque lo encontré en la cama con mi *sous chef*.

Me tengo que sentar para asimilar lo que me está diciendo.

¿Qué carajo?

Me giro para ver a mis amigos. Dante no luce para nada sorprendido, lo que me da a entender que ya sabía. No es el caso de Theo, cuya cara grita “no lo puedo creer”. De seguro la mía grita lo mismo.

Sé que no tengo ningún derecho en pensar lo que estoy pensando, pero tengo unas ganas abismales de tomarme el primer avión que salga hacia Francia y buscar a Sebastiano para golpearlo. ¿Cómo se atreve a lastimar a Amelia?

Sé que no soy el mejor ejemplo, que no fui la persona más amable y dulce del mundo desde que regresó y alguien debería golpearme a mí también. Pero lo que hizo Sebastiano es imperdonable.

Pueden pensar que son los celos hablando por mí, pero para ser honesto, nunca lo soporté. En realidad, ninguno de los tres lo soportábamos. Tenía ciertos aires de grandeza que lo hacían ser una persona de la que no querías estar cerca. Sebastiano intentaba todo el tiempo hacerte saber que él sabía más, que él sabía mejor que vos. Al principio lo adjudicamos a que es seis años mayor que todos nosotros y que podía llegar a ser esa la razón de su arrogancia constante. Pero

no nos costó demasiado darnos cuenta de que simplemente era un imbécil. Obviamente nunca le dijimos nuestra opinión sobre Sebastiano a Amelia porque ella estaba tan feliz que no queríamos arruinárselo con un "tu novio cree que es Dios". Pero era un secreto a voces que a nosotros Sebastiano no nos caía bien y que, dicho sea de paso, nosotros tampoco éramos su grupo de personas favoritas. Aunque de los tres, yo era al que peor cara le ponía al verlo. Theo decía que era porque estaba celoso de mí. Me acuerdo de haberle dicho que sus celos no tenían sentido alguno. Y él me respondió con un:

—Sos la primera persona a la que Amelia recurre para contarle algo bueno o malo. Seguís siendo su persona, Amadeus.

Me acuerdo de reírme como respuesta porque si Sebastiano sentía celos por eso, ¿qué me quedaba a mí? Hervía de celos cada vez que veía sus manos viajando con total libertad por el cuerpo de Amelia, cada vez que veía que su boca no tenía que dudar ni pedir permiso para besarla. Cuando veía la manera en que ella lo miraba, como si fuera la única persona en todo el mundo. Y ni quiero hablar de los "te quiero" que eran para él y solo para él. Sentía celos de todo lo que él tenía y yo no podía ni soñar porque era mi mejor amiga y odiaba sentirme de esa forma hacia ella.

Por eso quiero estampar mi puño contra su cara. Porque Sebastiano tuvo lo que yo más de una vez anhelé y lo regaló así como si nada. Tuvo la oportunidad de tener una vida junto a ella. Amelia le dio todos estos años que yo no pude tenerla cerca. Siempre me pareció un estúpido, pero no sabía que lo era tanto.

—Theo, Dante, gracias por el almuerzo. Pero creo que es mejor que me vaya. —Amelia baja los hombros en señal de derrota. Se siente como un puñal directo para mí y sé que me lo merezco. Pero eso no significa que no me escueza un poco saber que soy el motivo por el cual se quiere ir. Me encuentro tan frustrado conmigo mismo por arruinar cada momento que estoy con ella. Y como si fuera poco, arruiné este almuerzo para todos.

—Amelia —empiezo a decir—. No hace falta que te vayas, puedo irme yo. —No quiero arruinarle esto. Aunque ya lo haya hecho, a lo mejor si me voy es lo mejor para todos.

Estoy dirigiéndome a la puerta cuando escucho la voz de mi mejor amigo.

—No.

Y es la forma en la que lo dice lo que hace que no siga avanzando.

—¿No? —No entiendo a qué se refiere.

—No —repite, esta vez un poco más rotundo, así que giro para verle la cara, que combina perfectamente con el tono de voz que está usando. Está enojado. Y muy.

—Amadeus, sentate en la mesa —no lo dice como si fuera una opción.

Me acerco lentamente, con un poco de miedo debo admitir, y me siento en la silla que estaba usando hasta hace cinco minutos.

—Amelia, vos también.

Sin que nadie le diga nada, Dante también se sienta. Ni me había dado cuenta de que se había parado. Theo es el último que se sienta, y lo hace a la velocidad de un caracol y con los ojos fijos en mí y Amelia.

—Estoy harto de ustedes. Harto. ¿Cuánto tiempo más van a seguir tratándose de esta manera? ¿Eh?

Con Amelia nos quedamos helados. Abro la boca para responder, pero mi lengua no llega ni a formar ninguna palabra que Theo me chista.

—Jamás en mi vida hice una pregunta tan retórica.

Bien, sin hablar. Entendido.

—Esto no puede seguir así —continúa mi mejor amigo—. Estas discusiones sin sentido tienen que parar. Parece que disfrutan las peleas y buscan lo que sea para generarlas. Son exasperantes.

Amelia amaga con decir algo, pero Theo la frena antes de que pueda continuar. Tener que tragarse lo que iba a decir no debe ser fácil para ella. No es el tipo de persona a la que le gusta callarse.

—Ya tuvieron su oportunidad de hablar y la desaprovecharon peleándose como dos niños de no más de cinco años. —Me mira a mí y después la mira a Amelia, y toma mucho aire, y tengo el leve presentimiento de que lo que está a punto de decirnos no nos va a gustar a ninguno de los dos.

El que la está pasando genial sin lugar a dudas es mi queridísimo amigo Dante, quien está con una sonrisa gigante observando el espectáculo.

—Es evidente que no pueden pasar ni dos segundos sin discutir por algo, así que la solución más lógica que se me ocurrió es que pasen más tiempo juntos. —No puedo ser el único que encuentra una falla gigantesca en su plan. No tiene ningún sentido y va a lograr que

terminemos matándonos entre los dos. A lo mejor es lo que quiere, de esa manera no tendría que soportarnos más.

Tengo la vista fija en Theo y seguro mi cara grita "¿qué carajo?", pero por el rabillo del ojo veo cómo Amelia alza la mano, como si estuviéramos en la escuela y le tuviera que pedir permiso al profesor antes de hablar.

—Sí, Amelia —concede Theo.

—¿Cómo el hecho de pasar más tiempo juntos va a hacer que peleemos menos? Yo creo que, al contrario, vamos a pelear el doble. —Una muy buena observación teniendo en cuenta nuestros últimos encuentros.

—Muy buena pregunta. —¿Por qué me siento en el medio de una clase?—. Es fácil. Claramente necesitan limar algunas asperezas del pasado y si no resuelven eso, no van a poder avanzar. ¿De qué manera van a pensar en el futuro si no pueden soltar el pasado? —Bueno, oficialmente, mi mejor amigo está delirando.

—Muy bien dicho, amor —le responde Dante, que está disfrutando cada segundo. Les juro, nunca lo vi tan feliz.

—Así que… —continúa Theo, guiñándole un ojo a Dante—: Necesitan pasar tiempo juntos y hablar. Pero hablar de verdad. Puedo ver que ni siquiera lo intentaron, ni una vez. —No puedo negar que tiene absoluta razón en lo que está diciendo.

Ninguno tuvo la intención de hablar sobre lo sucedido. Aunque debo admitir que Amelia al menos tuvo la intención de tener una conversación adulta, decente, mientras que yo solo fui un ser malhumorado y necio desde que volvió.

—Por eso, Amelia, vas a ser la acompañante de Amadeus en la apertura del restaurante de Lucio. Ya reservé la habitación con sus nombres y apellidos. Al igual que los pasajes, porque como bien sabés, Amadeus, el evento es en Los Ángeles. Así que, como podrán darse cuenta, no hay posibilidad de que vaya yo.

El rostro de Amelia empalidece, deja caer las manos en su regazo y lo mira a Theo entre atónita y con ganas de saltar sobre él y ahorcarlo.

Dante sonríe un poco más, si es posible, y se relaja contra el respaldo de la silla mientras se complace con la situación de la cual creo que es tan partícipe como su novio, quien tiene una sonrisa de suficiencia, orgulloso de su idea.

Y yo, bueno, digamos que menos mal que no me terminé el plato y que tampoco llegamos al postre porque hubiera sido un desperdicio,

teniendo en cuenta que estoy a punto de vomitar todo lo que contiene mi estómago.

Un viaje. Con Amelia. Me voy a ir a Los Ángeles todo un fin de semana con ella. Desde el viernes hasta el domingo. No quiero ni pensar cuántas horas son. Cuánto tiempo vamos a tener que estar juntos, sin alternativa. Puede ser que suene un poco catastrófico, pero estamos hablando de irme de viaje con una persona con la cual no puedo hablar más de dos minutos sin que saltemos sobre la yugular del otro.

¿Cómo vamos a sobrevivir en el avión?

Mi mirada se encuentra con Amelia mirándome y puedo percibir su pánico también. Está furiosa, como yo. Está asustada, como yo. Tengo que decir que es algo que me deja tranquilo, saber que ambos estamos iguales ante esta situación en la que quedamos metidos.

Aparto la mirada para volver a ver a Theo y me doy cuenta de que esto no era una simple e inocente intervención. Dios, no pensé que iba a decir esto, pero extraño cuando pensaba que esto era una intervención.

Porque esto… Esto es una trampa. Una trampa bien pensada, no hay cabos sueltos, ningún vacío legal que podamos usar a nuestro favor. Nada de nada. Esto es una trampa con todas las letras, y Amelia y yo estamos atrapados hasta la mierda.

Capítulo 22

Amelia

Me parece surreal encontrarme en un aeropuerto con Amadeus, a punto de subirnos a un avión. Juntos. Vamos a irnos de viaje. Juntos.

Qué carajo está pasando.

Por más que me lo repita, mi cerebro se niega a creer lo que está a punto de suceder. Porque no es posible. No tiene ninguna lógica. Y como si la situación no fuera ya de por sí ridícula, ni siquiera tuve elección. Gracias al ingenio de Theo, quien decidió elaborar esta especie de *plan* que, dicho sea de paso, carece de total cordura, ahora voy a tener que pasar tres días con una persona que no tolero. Siendo honesta, no me gustó cómo, de alguna manera, decidió por nosotros, sin dejarnos la posibilidad de arreglar las cosas a nuestro modo. Aunque no puedo negar que con Amadeus no estábamos llegando a ningún lado. Estábamos estancados en tanto rencor. Y de más está decir lo desgastante que es discutir con él. No podemos seguir así, como si nos odiáramos. Porque no nos odiábamos. ¿O sí? Por mi parte, no lo tengo del todo claro. No puedo contestar con un no rotundo a esa pregunta. Si me tengo que basar en mis últimos encuentros con Amadeus, puedo decir que fueron varias las veces que me dieron ganas de pegarle una trompada en el medio de su hermosa nariz. He tenido visiones donde eso sucedía y veía cómo le chorreaba sangre por la barbilla. Jamás me consideré una persona violenta, pero Amadeus me enloquecía. ¿A lo mejor sí lo odio? Pero es que tampoco podría decir que sí de forma rotunda porque hay algo que no me lo permite. Una parte de mí se resiste ante la idea de que yo alguna vez pueda odiar por completo a Amadeus.

Ya sé, no estoy sonando coherente ahora mismo. Pero es lo que hay. Estos sentimientos poco definidos y bastantes difusos, son todo lo que puedo ofrecer.

Giro mi cabeza para mirarlo. Está sentado a mi izquierda leyendo

un libro con el ceño un poco fruncido debido a la concentración, tiene una pierna cruzada por encima de la otra, su mandíbula se apoya en su dedo índice y el gordo de la mano derecha, mientras con la izquierda sostiene el libro. Tiene puestos los mismos *jeans* holgados que usó el primer día que lo vi en el restaurante y un buzo de tejido grueso de color bordó.

Es injustamente hermoso.

Antes de que pueda concentrarme en otra cosa, mi celular vibra y lo agarro para ver quién me habló.

Es un mensaje de mi abogada/amiga.

Denis es una de las tantas personas que conforman el amplio círculo de amigos de Matilda. Cuando le conté a mi mejor amiga que me iba a divorciar de Sebastiano, me dijo muy entusiasmada que conocía a la persona ideal para ayudarme con el trámite. Y ahí fue cuando me presentó a Denis. Al instante nos dimos cuenta de que ya nos conocíamos de alguna de las fiestas que organizó Matilda en el pasado, así que fue sencillo entrar en confianza con ella. En la primera reunión que tuvimos, donde le conté absolutamente todo con lujo de detalles, Denis terminó consolándome y pasándome pañuelitos para que me limpiara los mocos. Yo no paraba de llorar y ella no paraba de decirme que todo iba a estar bien. A partir de ahí, nuestra relación fue un poco más que la de una abogada y su clienta. Me vio atravesar por todas las etapas del duelo.

La primera fue la etapa de la negación.

Me costaba creer o, mejor dicho, no quería creer lo que estaba pasando. ¿Cómo podía ser siquiera real? A lo mejor me lo había imaginado y en realidad nunca sucedió nada de lo que vi ese día cuando entré por última vez a lo que era nuestro hogar. Tal vez mi mente me había jugado una mala pasada. Era difícil admitir que el hombre al que amaba más que a nada en este mundo estaba acostándose con otra mujer en nuestra cama.

No.

Me negaba a creerlo.

Como así me negué a creer también que el daño que él me había provocado, uno del que hoy en día sigo recuperándome y del que no sé si alguna vez lograré sanar por completo, no le movió ni un pelo. No se esforzó por arreglar las cosas. Ni siquiera lo intentó. Le dio exactamente igual perderme. No le importó que yo me fuera por esa puerta, como tampoco le importó que le llegaran los papeles del

divorcio.

Y fue ahí cuando comenzó la segunda etapa. La ira.

Me ahogaba la rabia que me invadía, tenía ganas de prender fuego todo lo que encontraba. La vida me parecía una mierda y el amor el peor invento del mundo, y pensaba que yo era una estúpida por creer que existía. Eso era lo peor de todo. No estaba solamente enojada con Sebastiano, estaba enojada conmigo también. Con él era obvio el motivo. Me había arrancado el corazón del pecho, jugó con él, lo abrió con ambas manos, desgarrándolo a la mitad, y para finalizar, lo estampó contra el piso para poder pisotearlo, para que no quedara nada por salvar. ¿Conmigo? Bueno, por ser tan ingenua. Por haber confiado ciegamente durante meses. Por haber permitido que se riera a mis espaldas. Por haber dejado que me amaran mal. Y sobre todo porque iba a tener que dejar atrás todo lo que me había costado tanto trabajo. Tenía que irme de París, no tenía motivos para quedarme. No quería estar cerca de él y eso significaba que tampoco podía seguir trabajando en el restaurante, al menos no con Sebastiano como dueño. Y él no iba a irse, así que la que tenía que irse era yo.

Tenía que abandonar mi casa, mi trabajo y comenzar de cero.

Después pasé a la etapa de la negociación.

Empecé a pensar en cada mínima cosa que me llevó hasta esa situación y en qué distinto pudo haber resultado todo si algunas de ellas nunca hubieran sucedido. ¿Qué hubiera pasado si no iba a ese evento y por consecuencia no terminaba conociendo a Sebastiano? O a lo mejor iba al evento, pero antes de cruzarme con él, me podría haberme cruzado con otro hombre y enamorarme de él en vez de Sebastiano, y a lo mejor el final de la historia era otro. O no. Tal vez me terminaba engañando también.

Por supuesto no podía parar de pensar en qué hubiera sucedido si no tomaba ese avión y en vez de decirle que sí a Sebastiano, me quedaba en Nueva York.

Me torturaba pensando en todas las cosas que podrían haber sido diferentes, pero que al final no fueron y ya era demasiado tarde para remediarlo.

Fue ahí cuando me sumergí en la cuarta etapa del duelo, la depresión.

Sentía un vacío inmenso y no podía llenarlo. Por más que quisiera, no tenía con qué. Me sentía tan pero tan sola. Todo me costaba el doble de esfuerzo. Levantarme, lavarme los dientes, cambiarme la

ropa, limpiar el departamento, regar las plantas de mi tío, comer, ducharme, salir del departamento. No tenía la energía ni física ni mental para realizar las actividades más cotidianas. Y eso me hacía sentir peor, porque me frustraba y odiaba sentirme inútil.

Finn y Matilda me acompañaron mucho las primeras semanas en Nueva York. Hacían las compras por mí, venían y me ayudaban a limpiar, corroboraban que comiera y, sobre todo, me obligaban a salir un poco.

Ese es el problema con la depresión.

No te das cuenta de qué tan en la mierda estás. Y yo estaba tapada de mierda.

La última etapa del duelo es la aceptación.

Como bien lo dice su nombre, es cuando terminás de aceptar lo que pasó. Aceptar tu pérdida. Podría decirse que estoy a mitad de camino. Estoy cerca, lo puedo sentir. Ya hay cosas que no me cuestan tanto como antes. Ya no me paseo como si mi cuerpo pesara toneladas y no pudiera moverlo. Ya no me castigo por mis decisiones. Es un proceso largo pero lo importante es que sigo avanzando, de a poco, pero avanzando a fin de cuentas.

Y empiezo a pensar que a lo mejor haber regresado a Nueva York fue una buena decisión. Me siento más yo en esta ciudad. Y eso me gusta. Me gusta saber que sigo ahí, que no me fui del todo. Solo tengo que traerme de vuelta.

—Amelia, ¿estás bien?

Amadeus me mira con preocupación y con determinación, como si quisiera adentrarse en mí y ver la razón por la cual me cambió la cara.

—No es nada —digo mientras intento sonreír y hacer como si nada. Me mentalizo para dejar ir el recuerdo de Sebastiano.

—Yo creo que sí lo es. —Cierra el libro y se acomoda para que su cuerpo quede enfrentado al mío. Me mira con una intensidad que hace estragos en mi interior. Estoy luchando para mantener la boca cerrada y no soltar todo lo que me está pasando—. Amelia —insiste—. Sé más que nadie que no soy tu persona favorita en estos momentos. —Agacha la cabeza, pero la vuelve a levantar para decir a continuación —: Pero sea lo que sea, podés contármelo.

Y sé que puedo, que si decido abrirme y contárselo me va a escuchar. Pero decido empujar lo que me pasa y hacer como si nada. A veces está bien elegir el camino más fácil.

—No pasa nada, en serio —le respondo.

—Amelia…

—Dejalo así, Amadeus —digo tajante.

—Bien —dice, no tan contento con mi respuesta y vuelve a abrir el libro. Perfecto, si quiere volver a ignorarme, por mí, genial. Dos pueden jugar a ese juego.

Es entonces cuando me doy cuenta de que no abrí nunca el mensaje de Denis.

Denis: Primero que nada, buen viaje, intentá disfrutarlo. Segundo, cuando vuelvas tengo que comentarte algo sobre lo que estuve pensando.

Le respondo el mensaje automáticamente.

Amelia: Necesito un adelanto, si no, me va a matar la ansiedad, Denis.

Y es verdad, no puede soltarme eso y pensar que puedo esperar tres días para saber en lo que estuvo pensando.

Pasan unos minutos antes de que reciba una respuesta.

Denis: Estuve analizando nuestras opciones y creo que existe la posibilidad de que el restaurante sea tuyo.

Lo leo unas cuatro veces. Puede que cinco.

Cuando hablé una de las primeras veces con Denis, le dije que una de las cosas que más me dolía era haberle entregado el restaurante. Gracias a mí estaba en la cima. Y me hacía ebullición la sangre cada vez que pensaba que se lo había regalado con moño y todo a Sebastiano. En su momento no luché por quedármelo, pero la verdad es que los papeles no están firmados todavía.

Sí, técnicamente hablando no estoy divorciada de Sebastiano, pero todo porque él se niega a firmarlos. Increíble, lo sé. Él es el que me engaña, no lucha por lo nuestro y luego no quiere firmar los papeles del divorcio. Eso solo confirma lo mierda que es.

Pero ahora sí encuentro las fuerzas para pelear por lo que me corresponde y sin lugar a dudas, ese restaurante es tan mío como suyo. O más.

Una sonrisa tan diminuta que podría pasar desapercibida aparece en mis labios y siento una leve esperanza que me dice que no todo es una mierda.

Capítulo 23

Amadeus

Si hay algo que me gustaría no tener que volver a presenciar en mi vida es a Amelia triste. Algo claramente le había pasado porque su rostro se había transformado en uno lleno de pena. Nunca había sentido tanta desesperación. Me sentía completamente inútil. No sabía qué hacer para que dejara de estarlo y me estaba volviendo loco verla así. Encima me dijo que no era nada, que no me preocupara. Bueno, un poco tarde.

—Amelia… —insistí una vez más.

—Dejalo así, Amadeus. —Sus palabras son como dagas.

—Bien —dije frustrado y abrí mi libro nuevamente.

Si no quería decírmelo, no podía obligarla. Ya me sentía lo suficientemente mal por haberla forzado a que me cuente lo de Sebastiano como para volver a hacerle lo mismo. Si no confiaba en mí como para contarme la razón por la cual su rostro se teñía de angustia, lo entiendo. Me molesta, pero lo entiendo. Fuimos mejores amigos, pero es más que evidente que estamos bastante lejos de eso.

Media hora después, nos dirigimos a la fila para embarcar en total silencio. Estoy cansado de la falta de palabras entre nosotros, pero lo prefiero antes que las peleas, y como eso es lo único que nos sale hacer bien, elijo seguir un rato más en silencio.

Llegamos a nuestros asientos y la ayudo para guardar el equipaje. Me devuelve una sonrisa diminuta como agradecimiento y se sienta en su lugar. Segundos después estamos los dos sentados y jodidamente incómodos.

Van a ser unas seis horas bastante largas.

Me acomodo en mi asiento y agradezco haber traído un libro. Mientras lo abro veo que Amelia tuvo el mismo pensamiento que yo cuando de su bolso de mano saca uno. Es mi oportunidad para romper el silencio que no hace otra cosa que crecer. Además, ¿no es ese el

motivo de toda esta locura? ¿Que hablemos e intentemos llevarnos un poco mejor?

Dudo que podamos tener avances en nuestra relación si no nos hablamos. No es que esté buscando ser su amigo ni nada por el estilo. Siendo honesto, no estoy interesado en tener una relación demasiado cercana. Puede ser que Theo y Dante sí quieran hacer renacer la amistad y todo eso, pero yo paso, gracias.

El problema es que no vamos a poder trabajar si nos queremos asesinar con la mirada cada vez que estamos cerca. Así que dejo salir un suspiro, y hablo.

—¿De qué trata? —Hago un gesto con la cabeza señalándole el libro.

Veo cómo le sorprende que le esté hablando y no puedo mentir, me hace sentir vergüenza de mí mismo.

—No tengo la menor idea —responde—. Lo compré por la portada y no leí la sinopsis.

—¿Así que no tenés la menor idea de qué va? —pregunto

—Me gusta que los libros me sorprendan. —Por supuesto que sí. Tiene todo el sentido del mundo que Amelia decida adentrarse de lleno en algo que no conoce. Tiene tendencia a dejarse llevar, a ir con los ojos cerrados y tentar a la suerte.

Ella arriesga, siempre arriesga.

Como esa noche que la invadió la duda, la intriga. Y se hizo la pregunta que alguna que otra vez también me hice yo más de una vez: ¿a qué sabe el otro?

La diferencia estuvo en que, si bien yo también me lo pregunté más de una vez, jamás hice nada con eso. Me pareció que era un terreno que no estaba permitido explorar, que no debía darle mucha importancia a lo que mi cuerpo pedía porque lo que quería era peligroso. Peligroso e imprudente. Ah, pero esas eran las palabras favoritas de Amelia. Y ella prefería probar el peligro y arrepentirse luego, a tener que irse a dormir todas las noches con la duda de qué hubiera pasado si se hubiera animado. Había veces que lo veía como un acto puro de valentía, y me odiaba por no ser un poco más como ella. Pero después estaban los días en los que no podía creer que fuera tan descuidada e insensata.

Como esa noche en que estuvimos tan pero tan cerca de cometer un error del que no había retorno. La noche en la que me aprisionó contra la mesada de la cocina y me ofreció algo que yo había deseado

sin evitar sentir culpa por hacerlo. La había deseado en mis noches más oscuras y ella estaba ahí, ofreciéndose. Dispuesta a correr el riesgo. Y yo dije que no, porque no estaba preparado para afrontar lo que sentía por ella y lo que hubiera significado decir que sí.

El recuerdo de esa noche me seca la boca, es como si tuviera arena. Giro la cabeza en busca de una azafata. De repente necesito agua. Mucha.

El pensamiento de qué hubiera pasado si no hubiera puesto un freno vive constante en mi cabeza. Si hubiera cerrado los ojos y le hubiera dicho "sí, sí a todo, Amelia, con vos siempre quiero decir sí".

Sacudo la cabeza con la esperanza de que ese pensamiento se borre de una vez por todas y no me vuelva a atormentar, aunque sé que las probabilidades son bajas. Lo que me reconforta es que no hace falta ser un genio para saber que el resultado hubiera sido un desastre absoluto. En ese momento lo pensaba porque éramos mejores amigos, la adoraba como a pocas personas y daba terror que una noche tirara a la mierda años de amistad. Era más lo que teníamos para perder que para ganar. Y yo no estaba dispuesto a hacerlo, no estaba dispuesto a lanzarme ante las posibilidades de que las cosas salieran bien, porque eran mínimas.

Los motivos por los cuales me sigue pareciendo una pésima idea es porque cuando la veo, lo único que mis ojos pueden ver es la persona que tanto daño me hizo. La persona que supuestamente era mi mejor amiga pero que cinco años atrás se fue y no volvió a mirar atrás. La herida late cada vez que la veo y no puedo impedirlo.

—¿Desea tomar algo? —La azafata me saca de mis pensamientos y me devuelve al mundo real. El mundo real en el cual estoy sentado en el asiento de un avión, junto a Amelia, a punto de volar a Los Ángeles, donde vamos a pasar tres días juntos. No puedo creer que este sea el mundo real.

—Agua, por favor —le respondo con una sonrisa, y no puedo obviar la repentina tensión sexual que hay en el aire.

Es linda, muy bonita. Alta, morocha, tiene una mirada intensa que penetra en mí y claramente me está coqueteando un poco cuando me entrega el vaso con agua.

—¿Necesita algo más? —pregunta con un tono que oculta otras intenciones que nada tienen que ver con ofrecerme algo del carrito.

—No, gracias —le digo amablemente—. Estoy más que bien.

Su sonrisa decae un poco, pero la recompone tan rápido que, si

hubiera pestañeado, me lo hubiera perdido.

—¿Usted desea algo? —le ofrece a Amelia. Quien, cuando me doy vuelta para mirarla, me doy cuenta de que encuentra toda esta situación extremadamente divertida.

—Un café. —Le cuesta contener la risa—. Gracias.

Cuando la azafata se va por el pasillo, Amelia estalla en carcajadas. Algunas cabezas se giran ante el sonido y la miran, algunas molestas, otras divertidas.

Yo hago lo mismo, solo que la observo como maravillado.

Hacía años que no escuchaba su risa y ahora que de a poco se va calmando y el sonido se empieza a esfumar, quiero hacerla reír para poder escucharla de nuevo.

—Me había olvidado lo que era estar cerca de vos —dice mientras intenta recuperar el aire.

—¿Perdón?

—Que me había olvidado de cómo las mujeres parecen levitar a tu alrededor. Como si ellas fueran abejas y vos fueras una flor rebosante de polen. Inevitablemente tentadora.

A ver, no soy idiota ni ciego. Me doy cuenta de cuándo una mujer está interesada en mí. Y puedo decir que pasa bastante seguido. Lo de recién es un claro ejemplo.

Pero no tenía la menor idea de que Amelia me veía de esa forma. O, mejor dicho, que pensaba de esa forma, porque estoy segurísimo de que para ella no soy una flor llena de polen, como dijo. Dios, ¿qué clase de analogía era esa?

—Era una tortura salir con vos. —Pone los ojos en blanco ante lo que sea que esté recordando de nuestras viejas salidas—. Menos mal que no te gustan los hombres, porque si no… —Se calla de golpe y me mira muy seria. Cuando vuelve a hablar, lo hace a una velocidad inhumana—. Perdón, asumí eso y no tuve que haberlo hecho. En cinco años pueden cambiar muchas cosas. —A estas alturas ya está roja de vergüenza o por falta de aire. Abro la boca para responder, pero me frena con la mano—. No tenés por qué responder, Amadeus. En serio.

—Pero quiero hacerlo. —Le tomo la mano que todavía está en el aire y la bajo—. Sigo siendo heterosexual.

—¡Qué bien! —medio grita. Ahora definitivamente algunos pasajeros la miran molestos—. Es decir, si fueras gay o bisexual también estaría bien. No importa quién te gusta, o sea, importa, pero a lo que voy es que…

Ahora es mi turno de interrumpirla antes de que siga balbuceando y enredándose con sus propias palabras. Cosa que también hace cuando está extremadamente nerviosa y avergonzada.

—Amelia. —Mi voz es tranquila, casi como un susurro—. Tranquila, respirá. —Puedo ver cómo suelta el aire con lentitud—. Estabas diciendo algo antes —le recuerdo.

Chasquea los dedos y abre los ojos cuando se acuerda de lo que estaba hablando antes de que se desviara del tema.

—A lo que quería ir —retoma—, es a que menos mal que no te gustan los hombres, serías un rival difícil de derrotar. La competencia sería letal.

Puede ser que sea nuestro primer momento desde su vuelta en el que siento que ambos estamos un poco más relajados, menos a la defensiva. A lo mejor sí podamos volver a ser lo que éramos antes, pero tampoco tenemos que serlo y está bien. Puede ser algo nuevo, para bien o para mal.

Aparece una sonrisa delicada en su rostro y es una sincera. De esas que le achinan los ojos, haciendo que le aparezcan un par de arruguitas, y mi corazón se revoluciona, se enloquece, al darse cuenta de que es para mí.

Mierda.

Mierda.

¿Acaso no eran estos todos los sentimientos que siempre quise evitar?

Capítulo 24

Amelia

El hotel es hermoso. Elegante. Demasiado. Grita lujo por donde lo mire. Y creo haber visto una pileta. Si logramos organizarnos con los tiempos a lo mejor puedo probarla antes de que tengamos que irnos. No me vendría nada mal.

—Bienvenidos a Flower, mi nombre es Sasha. —La recepcionista nos deslumbra con una sonrisa extremadamente amplia y su voz un poco demasiado alegre. Me imagino que al final del día le deben quedar las mejillas entumecidas de tanto sonreír—. ¿En qué puedo ayudarlos?

Amadeus se acerca y apoya los antebrazos en el mostrador. Veo cómo los músculos de su espalda se acomodan con el movimiento. No sé siquiera por qué me estoy fijando en eso ni por qué siento que es algo prohibido. Veo su pelo, tan intensamente negro, caerle alborotado en todas las direcciones. Se pasa la mano en un intento de peinarlo y controlarlo un poco, pero es imposible. Me reconforta de manera extraña que Amadeus no sea inmune al típico aspecto que te da viajar en avión.

—Tenemos una reserva a nombre de Deslak, Amadeus. Dos habitaciones.

Por unos instantes, lo único que se escucha es el sonido de los dedos de la recepcionista mientras tipea en el teclado.

—Deslak, Amadeus —murmura mientras sus ojos recorren la pantalla de la computadora—. Deslak, Amadeus… —Pasan un par de segundos más, que se hacen eternos—. ¡Acá! —Mira a Amadeus—. Perdón, hubo un cambio a último momento y por eso no podía encontrar la reserva.

Dios, o quien sea que esté mirando, por favor, por favor, que haya dos habitaciones y no una. Por favor, lo suplico. Si tengo que arrodillarme lo hago.

—Por lo visto —dice la recepcionista, mientras lee atentamente los datos de la reserva—, hubo una modificación en la segunda habitación.

Por fuera estoy tranquila, pero por dentro estoy de rodillas, rezando.

—En vez de Kooper, Theodore, la habitación está a nombre de Riez. —Sasha nos mira a ambos, como intentando ver si está en lo correcto. Pero se ve que nuestras caras no dicen mucho, por lo que lo termina preguntando—. ¿Estoy en lo correcto?

Al fin me relajo. Hay dos habitaciones, todo está bien.

—Sí —responde al fin Amadeus—. ¿Hay algún inconveniente?

—No, para nada. Se cobra un adicional en estos casos, pero el señor Kooper ya se encargó de eso. —Nos dirige una sonrisa amable y yo se la devuelvo—. Su habitación es la número trescientos seis —dice, y le entrega la tarjeta de la habitación a Amadeus—. Y la suya es la número trescientos siete, justo enfrente.

Tomo la tarjeta que me extiende.

No me importa que estén enfrentadas. Lo único que quería es no tener que compartir una habitación con él. Mientras cada uno tenga la suya, no me interesa que tan cerca estén.

Amadeus le agradece a la recepcionista, y yo también. La sonrisa de ella crece aún más, como si eso fuera posible, y nos vamos a nuestras respectivas habitaciones.

Mientras camino, no puedo parar de ver la infraestructura de este lugar. Es hipnotizante. Cuando se hacen los eventos de inauguración, el dueño del restaurante se hace cargo de los gastos de todos los invitados a dicho evento. Pasajes y estadía. Y debo decir que el dueño de Momish se portó más que bien con el hotel cinco estrellas que eligió. No me molestaría tener que pasar unos días encerrada acá. Lamentablemente, no vamos a pasar mucho tiempo dentro del hotel.

Según me contó Amadeus en el viaje en avión, tenemos una agenda bastante ocupada. El día de hoy lo tenemos libre o, mejor dicho, las pocas horas que quedan del día de hoy. Planeo entrar a mi habitación, desarmar la valija, pedir la cena para que me la lleven e irme a dormir. Mañana sí tenemos un día un poco más agitado, porque mañana es el día del evento. Si bien es a la noche, el chef del restaurante es amigo de Amadeus, una de las razones por la que fue invitado, y al mediodía tenemos un almuerzo con él y su mujer. Por la tarde tenemos un rato libre, pero después tenemos que prepararnos

para el evento. Un auto va a pasar a buscarnos para luego llevarnos al restaurante. Estos tipos de eventos suelen durar un par de horas, así que supongo que terminaremos tarde. Y el domingo solamente tenemos la mañana libre, antes de que tengamos que armar las valijas y dirigirnos al aeropuerto por la tarde. Tal vez el domingo por la mañana sea mi única oportunidad de probar la pileta del hotel. A lo mejor lo logre si no me despierto muy tarde.

—Por un momento pensé que… —La voz de Amadeus me recuerda que no estoy sola.

—Lo sé. —Suspiro, porque sé a lo que se refiere—. Ya nos veía a los dos compartiendo una habitación.

Sonríe divertido.

—Con nuestra suerte seguro había una sola cama. Me imagino durmiendo en el piso. O en la bañera.

El comentario me hace reír y la sorpresa atraviesa la cara de Amadeus. Como si no pudiera creer que me hizo reír.

—Estoy ciento por ciento segura de que eso podría habernos pasado sin lugar a dudas.

Nos detenemos cuando llegamos a nuestras habitaciones. Él está parado delante de su puerta y yo delante de la mía. Enfrentados, separados por un pasillo. Ninguno de los dos dice nada, pero tampoco ninguno hace el amague de entrar. Como es usual, no sabemos cómo actuar, cómo comportarnos cuando el otro está cerca.

Amadeus mira el piso, me mira a mí y vuelve a mirar el piso. Se pasa la mano por el cuello y habla sin levantar la vista.

—Estaba pensando que podríamos cenar juntos. Si querés, claro.

¿Cenar juntos?

Mi cerebro está haciendo un gran esfuerzo por entender la propuesta que acaba de salir de sus labios. Una cena juntos era lo último que imaginé que me iba a decir. Pensé que me iba a decir algo más parecido a un: “Bueno, mañana a las doce te espero en la recepción para ir a almorzar con Lucio y su mujer. Hasta entonces”, y luego abriría la puerta y no lo volvería a ver hasta mañana.

En cambio, lo que en realidad me está diciendo es que quiere cenar conmigo. Pasar juntos más tiempo del que nos corresponde.

Claramente estuve mucho tiempo en silencio porque entonces Amadeus vuelve a hablar.

—Si no querés, lo entiendo perfectamente —dice rápido, de forma atropellada.

—No es no quiera, es que… —No lo entiendo. No puedo asimilar el cambio abrupto de actitud. Se siente como si alguien me hubiera sacado de golpe el suelo en el que estoy parada, dejándome caer en la incertidumbre. Además, tampoco me gustaba cómo mi corazón había dado una especie de brinco ante el plan de cenar juntos. No me gustó para nada—. Debería descansar un poco, mañana tenemos un día bastante largo —señalo con el pulgar detrás de mí, hacia la puerta. que necesito cruzar ya mismo, antes de que cambie de opinión y le diga que sí a esa cena que me está ofreciendo. Que le diga que sí a pasar más tiempo con él. Porque hay una parte mía que quiere hacerlo, que se muere de ganas.

Pero ya no soy la Amelia que Amadeus conoce. Ya no digo que sí a todo con los ojos cerrados, sin esperar garantías. Ahora soy más precavida, pienso antes de actuar y no me zambullo sin conocer las profundidades. Me cuido más y, sobre todo, lo que más cuido es mi corazón. Y si de algo estoy segura es de que, de lo primero que tengo que cuidarlo, es de Amadeus.

—Claro, lo entiendo. —Su sonrisa débil se me incrusta en el pecho y la culpa aparece—. Yo debería hacer lo mismo.

Nos miramos por un instante y no entiendo cómo nos equivocamos tanto, hasta el punto de ser dos desconocidos. Mi pecho arde de dolor. No creo que exista algo peor que sentir cómo alguien que lo era todo para vos pasa a ser alguien con quien apenas podés hablar.

—Buenas noches, Amadeus.

—Buenas noches, Amelia.

Y ambos cruzamos las puertas de nuestras habitaciones.

Pero dejamos otra bien cerrada, con muchos candados y muchas trabas, una puerta que ninguno de los dos está preparado para cruzar. Y la cual nunca creo que crucemos porque a lo mejor nuestro momento para hacerlo ya pasó y ahora simplemente es demasiado tarde. Tal vez esa puerta no está destinada a ser cruzada y esta noche le pusimos un candado más, porque nos da miedo que un día se abra un poco y nos seduzca la idea de ver qué hay más allá. Tenemos que asegurarnos de no atravesar esa puerta. Jamás.

Capítulo 25

Amadeus

A la mañana siguiente me despierto con la intención de invitar a Amelia a desayunar juntos. Me digo que, si quiero que esto mejore, tengo que esforzarme. Y principalmente tengo que, de alguna manera, dejar de atormentarme con el recordatorio de que Amelia básicamente desapareció durante cinco eternos años. Tengo que parar de pensar en lo mucho que me dolió no saber de ella durante tanto tiempo, cuánto me dolió que ella no quisiera saber de mí. Si nuestra relación tiene que mejorar, yo no puedo continuar con este rencor que ya roza lo absurdo. Y lo más importante: tengo que hacerme cargo de mi parte. Yo tampoco tuve la intención de llamarla, de saber cómo estaba, de mandarle un mensaje diciéndole lo mucho que la extrañaba. Creo que nunca tuve el valor de tomar el teléfono y llamarla por dos razones. La primera era que estaba herido. Y mi orgullo crecía a pasos agigantados, haciendo que nadie que no fuera yo me importara. Me dije que, si a ella no le interesaba, a mí menos. Como si fuera una competencia para ver a quién le importaba menos el otro. Quién podía aprender más rápido a vivir sin el otro. Competía por ser el primero en superar su partida, ser el primero al que le dejara de doler su ausencia. Y la segunda razón era el terror descomunal que me daba llamar y confirmar que ella había ganado la competencia que ocurría solo en mi mente. No estaba seguro si iba a poder soportar escuchar su voz diciéndome que estaba perfecta allá, que había encontrado su lugar en el mundo. Mi parte más cobarde prefirió no volver a saber de ella, por lo que me pareció una amarga eternidad que confirmara mis peores miedos. Pero tenía que aceptar que la culpa fue de ambos y que, así como yo cumplí un papel en nuestra distancia, no podía seguir quedándome de brazos cruzados viendo cómo el espacio crecía entre nosotros aun teniéndonos enfrente.

Así que me levanto de la cama más cómoda que probé en mi vida,

voy al baño, me lavo los dientes, busco entre la valija un *jean* y una remera verde oscuro. Hace calor, no agobiante, pero no hace falta abrigo. Me gusta este clima. Intento peinarme como puedo, agarro la billetera, el celular, la tarjeta y salgo de la habitación directo a la puerta de enfrente.

Toco la puerta tres veces. Toc, toc, toc. Espero dos, cinco, siete segundos. Nada. Toc, toc. Esta vez mis nudillos solo golpean la madera dos veces. Diez segundos. Nada. Cinco segundos más. Nada.

No quiero tocar de vuelta. Si está durmiendo, no quiero despertarla. Si me está ignorando, no quiero seguir insistiendo. Y si no está, no tiene sentido llamar a una puerta que no te va a responder.

Me molesta haberme decepcionado porque no me abriera la puerta, porque eso significaba que estaba ilusionado con que lo hiciera. Estaba ilusionado con la idea de que desayunáramos juntos. Es algo peligroso permitirme ilusionarme. Y lo más inteligente que puedo hacer es prohibir cualquier indicio de esperanza. Porque una cosa es llevarnos mejor, pero otra muy distinta es volver a desear lo que no me corresponde.

¿Por qué se me pasa por la cabeza que Amelia hubiese aceptado el desayuno, cuando ayer no aceptó mi invitación a cenar? Quiero decir, entendí por qué lo hizo y comprendo cada una de sus razones. Por eso no tendría sentido que, en caso de que hubiera abierto la puerta, hubiese aceptado.

Un poco frustrado y bastante hambriento, me dirijo a la parte exterior del hotel. Quiero estar al aire libre y poder disfrutar del sol sobre mi piel. El clima helado de Nueva York no es algo que extrañe mucho. Encuentro una mesa vacía, me siento y pido un café.

Lo primero que veo es la playa. El mar besa una y otra vez la orilla. Me parece hipnotizante y me quedo mirándolo unos segundos. El océano me abstrae. En lo único que puedo pensar es en su inmensidad, en cómo no puedo siquiera dimensionar sus límites, en cómo parece eterno. Mis ojos quieren alcanzar su final, pero no pueden. Me hace sentir insignificante, minúsculo, ante tanta vastedad. Y de alguna manera eso me relaja. Saber que soy insignificante, que soy solo un humano sobre una piedra gigante flotante es liberador. Que como yo hay miles alrededor del mundo. Que no soy tan importante como pienso que soy. Que, si hago algo bien, a nadie le va a importar, al igual que a nadie le va a importar si hago algo mal.

Me obligo a despegar mis ojos del agua y es entonces cuando la

veo.

Se encuentra sentada a una distancia de cuatro mesas. Ella no me puede ver, pero yo sí a ella. Mi cerebro se acelera, intentando absorber lo que mis ojos ven.

Tiene las piernas cruzadas, un vestido suelto, pero corto, que es del color de las profundidades del océano. Casi negro. Pero no es el vestido lo que produce en mí lo mismo que produjo el mar hace un instante. Es Amelia quien me distrae. Su pelo color chocolate parece brillar bajo el sol y puedo vislumbrar unos mechones más claros, como si fueran caramelo. Los lentes de sol descansan sobre su cabeza, lo que hace que tenga que entrecerrar un poco los ojos. Sus manos cobijan la taza de café, que justo ahora está viajando hacia sus labios. Y puedo ver cómo cierra los ojos cuando el líquido caliente recorre su garganta y cómo la reconforta.

Se ve en paz. Relajada. Liviana. Es la primera vez que la veo de esta manera desde que regresó. Y la puedo ver, a esa niebla negra que parece seguirla, que parece querer engullirla por completo. Se ve menos densa, más dispersa. Ahora puedo verla a ella con más claridad.

Quiero ir y hablar con ella. Sé que tendríamos que tener una conversación sobre lo que pasó, por qué dejamos de hablar, por qué no regresó hasta que se vio obligada a hacerlo. Quiero preguntarle si ella me extrañó tanto como yo lo hice. Si tuvo que buscar en otras personas lo que había encontrado en mí. Yo tuve que hacerlo. Me moría de ganas de saber cada mínima e insignificante cosa que hizo durante todo este tiempo. Me moría de ganas de hacerle un centenar de preguntas. ¿Le seguía gustando ABBA? ¿Veía esas horrorosas películas de terror que a mí me hacían temblar de impresión? ¿Seguía siendo tan dura de convencer? ¿Seguía siendo el helado su postre favorito?

Y tenía preguntas que poco tenían que ver con el pasado y mucho tenían que ver con el presente. ¿Con el futuro? Sí, con el futuro también. Quería preguntarle si se iba a ir, y si pensaba hacerlo, cuándo. ¿Qué tipo de vínculo quería tener conmigo? Tal vez me detestaba y no soportaba la idea de que volviéramos a ser amigos. ¿Me odiaba? Sería hipócrita de mi parte preguntarle eso. Si Amelia me lo hubiese preguntado, no hubiera sabido qué responderle.

Preguntas que se acumulan, que se aplastan entre sí porque ya no hay más espacio para tanta duda, tanta incertidumbre. Preguntas que

no sé cuándo voy a poder hacerlas, cuándo voy a encontrar el mejor momento. ¿Cómo hacer que no suene como un reproche? No quería castigarla por sus decisiones, solo necesitaba calmar mi hambre de saber.

Amelia y yo tenemos una conversación pendiente. Lo sé y sé que ella también lo sabe. No sé cuándo, no sé dónde, ni cómo, pero la vamos a tener. Pero no ahora, cuando parece que los rayos del sol le hacen agujeros a la niebla y Amelia parece respirar un poco mejor.

Capítulo 26

Amelia

¿Qué se pone una para un almuerzo con tu ex mejor amigo, su amigo y la esposa de su amigo? Porque yo no tengo la menor idea.

No desarmé la valija porque solo nos quedamos tres días. Me gusta poder encontrar mi ropa rápido y fácil. Y cuando está dentro de una valija, eso no funciona bastante bien. Pero no valía la pena desarmar algo que iba a tener que ser armado en menos de tres días. Así que termino sacando todo porque no encuentro nada. Pero, aun así, no sé qué ponerme. Tampoco sé por qué le estoy dando tanta importancia a este almuerzo. Debería ser insignificante para mí. Corrección, lo es.

Me paso los dedos por los ojos y dejo salir un gruñido.

Odio tener que pensar qué ponerme. Pagaría lo que no tengo para que alguien me diga cómo vestirme de acá a que me muera.

Me ayudaría un poco saber al menos cómo es el lugar al que vamos a comer, pero cuando agarro el celular para mandarle un mensaje a Amadeus y preguntarle, me doy cuenta de que no tengo su número. Hace años. Y que no se lo pedí y él no me lo ofreció, así que eso de mandarle un mensaje no va a funcionar.

Podría cruzar y tocarle la puerta, pero no quiero molestarlo.

Bueno, tal vez y solo tal vez, puede ser que esté evitándolo.

Dije tal vez.

Cansada de estar perdiendo tanto tiempo de mi vida en algo tan básico como vestirme, decido usar mi comodín, un vestido negro. Es largo, ajustado arriba y suelto al final y hermosamente cómodo. Me gusta comer sin sentir que la ropa me va a asfixiar los intestinos.

Me seco un poco el pelo con la toalla y me fijo la hora. En quince minutos tengo que estar en la recepción para encontrarme con Amadeus. Sé que no tiene mucha lógica que usemos la recepción como punto de encuentro cuando literalmente estamos a dos pasos de distancia, pero nunca dije que la tuviera.

Me siento en la cama para terminar de abrocharme las sandalias cuando escucho que alguien llama a la puerta. Tres golpecitos suaves, tímidos.

—¿Quién es? —le pregunto a la puerta.

—Soy yo.

—¿Amadeus?

—Amadeus.

—¿Pasó algo?

—¿Por qué debería pasar algo? —Casi puedo ver su cara de confusión del otro lado de la puerta.

—No, nada. Preguntaba porque dijimos que nos íbamos a encontrar en la recepción.

Y no sé por qué seguimos hablándonos a través de la puerta.

Me levanto y la abro.

Amadeus tiene una camisa blanca que contrasta con su piel bronceada. Contrasta con su pelo oscuro. Los pantalones, porque no tiene puestos unos *jeans*, se aprietan ligeramente sobre sus muslos. Y lleva puesto zapatos.

Mi mano ahorca el picaporte.

—Pensaba que podía pasar a buscarte. —Su voz me obliga a prestarle atención a lo que dice y no a cómo se ve. Y lo agradezco porque si sigo pensando en lo lindo que está, voy a gritar de frustración—. Pero si todavía no terminaste, puedo esperarte en la recepción.

—¿Terminar? —Cada palabra sale lenta, pausada—. Ya terminé de arreglarme.

Amadeus no sabe dónde meterse. Abre y cierra la boca como un pez intentando sobrevivir fuera del agua. Y si bien podría torturarlo un poco más, me digo que el día es largo y ya voy a tener otros momentos donde pueda atormentarlo. Ahora tenemos un almuerzo al que ir.

Le palmeo el pecho y se mueve lo suficiente como para que pueda pasar por la puerta.

—Vamos —le digo cuando veo que sigue parado en la puerta—. No queremos llegar tarde.

No me vuelvo a girar, pero siento la mirada de Amadeus sobre mí mientras nos dirigimos al ascensor.

—Me gusta tu vestido.

Ahora lo tengo a mi lado.

Las puertas del ascensor se abren y entramos. Toco el cero.

—Me gusta tu camisa.

Sonríe.

Odio que sonría.

Me dan ganas de comerle la sonrisa y lo detesto.

—Es blanca. —Se mira la camisa como si tuviera que corroborar que efectivamente es blanca—. Nada del otro mundo. Común y corriente.

Me aseguro que me esté mirando a mí y no la camisa cuando vuelvo a hablar.

—Creeme, no tiene nada de común y corriente.

La tensión aumenta, como si fuera agua. Empieza a taparme los tobillos, la siento llegar hasta mis rodillas, sigue subiendo hasta tocarme el ombligo y llega hasta mis omóplatos, crece hasta acariciarme el cuello. Y si las puertas de este ascensor no se abren ya mismo, nos vamos a ahogar.

Pero las puertas se vuelven a abrir y el ascensor nos escupe a la vorágine de la recepción, que está llena de gente. El contraste del clima del ascensor con el de la recepción corta el momento que tuvimos hace unos segundos y nos obliga a volver a la realidad a la que estamos acostumbrados, donde yo parezco ser la enemiga número uno en la vida de Amadeus.

Amadeus se adelanta y va hasta donde está la recepcionista de ayer. Sasha, si mal no recuerdo. No logro escuchar qué están hablando, pero Amadeus dice algo que la hace reír. Se tapa la boca con la mano y niega divertida. Amadeus sonríe cómplice. Se ve que es simpático con cualquiera que no sea yo. Perfecto.

Se me ocurre que lo mejor será que lo espere afuera, así que voy a la entrada. Hace calor. Hay algo de viento, pero apenas el sol toca mi piel puedo sentir cómo se calienta y me reconforta. Cierro los ojos y dejo que mi cuerpo reciba el calor.

—Listo. —La voz de Amadeus me sobresalta.

—Te voy a tener que poner un cascabel o algo que me avise cuando estés cerca. Me vas a terminar matando del susto.

No clasifica como risa lo que emite Amadeus, pero se le parece. Al menos su pecho vibra un poco. Vamos a decir que fue una risa a medias.

—¿Qué estabas haciendo allá? —Señalo con mi mentón la recepción.

—Esto —responde, y hace bailar unas llaves de auto entre sus dedos.

—¿Alquilaste un auto?

—Sí.

—¿Puedo manejar yo?

—¿Sabés manejar? —pregunta un poco asombrado. Y tiene sentido. Cuando me fui de Nueva York no sabía ni dónde estaba el volante del auto. Pero ahora me considero una muy buena conductora. Por encima de la media diría.

—Sí —respondo—. Sebast… mi exmarido me enseñó apenas nos mudamos a París. —No sé por qué me parece el triple de incómodo hablar de Sebastiano con Amadeus, pero lo es. Muy incómodo—. En fin —cambio de tema—. ¿Puedo manejar?

—Todo tuyo. —Amadeus me lanza las llaves y yo las atrapo en el aire.

Antes no manejaba porque en una ciudad como Nueva York tener un auto es prácticamente innecesario. El tráfico es asqueroso, se hace mucho más rápido si tomás el subte. Además, Theo y Amadeus sí manejaban, así que, si necesitaba ir a algún lugar en auto, les pedía a ellos o en su defecto me tomaba un taxi.

París sigue siendo una ciudad, pero Sebastiano me dijo que sería mucho más práctico si sabía manejar. Así que me enseñó. Soy de aprender bastante rápido y manejar no fue la excepción. Me sorprendí de lo mucho que lo disfrutaba. Me gustaba la sensación de control que me daba ser yo la que hacía los cambios, la que tenía las manos en el volante y la que decidía adónde ir. Más de una vez no tenía adónde ir, pero me sentaba, cerraba los ojos, ponía música y arrancaba el auto sin ningún destino en mente. Además, fue increíblemente satisfactorio el día que lo vi con otra en la cama poder agarrar las llaves de nuestro auto e irme a toda velocidad de lo que era nuestra casa.

Caminamos hasta el auto. Es un descapotable negro.

Cuando pongo el auto en marcha, siento que vuelvo a tener un poco de ese control que perdí en los últimos meses. Y me gusta, porque en todos los aspectos de mi vida escapa de mí. Es como si quisiera atraparlo y no pudiera, como si mi única opción fuera sentarme y ver cómo se aleja de mí, ver cómo no puedo hacer nada para volver a tomar el control.

Acelero a medida que avanzamos, el viento me despeina y me golpea en la cara. Acelero solo un poco más. Amadeus voltea a verme.

Yo volteo a verlo. Tiene los anteojos de sol puestos y el viento parece que se estuviera peleando con su pelo. Uno de sus hoyuelos aparece. El viento le infla un poco la camisa y la sacude. Vuelvo a ver la ruta, porque por más que sea una imagen digna de ver, prefiero seguir viva.

Siento sus ojos en mi piel.

Queman más que el sol.

Capítulo 27

Amadeus

Es oficial, no puedo dejar de mirarla.

Es como si mi cerebro percibiera cada vez que hace un movimiento o dice una palabra y mis ojos, mis oídos, mi todo no quisieran perdérselo. Ya me atrapó un par de veces mirándola y la verdad es que ya se está tornando algo incómodo. Pero es que no puedo parar.

Lucio y Marlo le están contando sobre uno de sus últimos viajes, que fue a Grecia. Yo escucho por momentos, porque estoy más concentrado en Amelia sonriendo y haciendo preguntas y hablando y riendo y…

Basta.

No sé qué es lo que me pasa, pero esto tiene que parar. Por mi salud física y mental.

—¿Cuántas personas están invitadas a la inauguración? —pregunta Amelia una vez que cambian de tema y Lucio le cuenta algunos detalles sobre la recepción del evento de la noche, como qué tipo de bocadillos van a servir y el nombre del champán.

—Bueno —empieza Lucio—. Quise que fuera lo más exclusivo posible. Intenté mantener la lista de invitados lo más corta posible, pero soy un hombre demasiado social y bueno, no quería que nadie se quedara afuera. Así que diría que hay unas… ¿cien personas? —Mira de reojo a su esposa que le dice que sí con la cabeza—. Sí, cien invitados.

—Esos son muchos amigos.

Lucio se ríe.

—Amigos lo que se dice amigos tengo pocos. —Lucio agarra su copa de vino y lo revuelve un poco antes de tomarlo—. El que está sentado a tu lado es de los privilegiados que pueden decir que son mis amigos. Pero en este mundo los contactos lo son todo y había ciertas personas a las que no podía dejar afuera.

—Lo entiendo. Cuando fue la apertura de mi restaurante no conocía a ninguna de las personas que estaban ahí.

—¿Tu restaurante? No sabía que tenías un restaurante. Amadeus no me dijo nada sobre eso. —Por supuesto, Lucio sabe poco y nada de Amelia. Nos hicimos amigos cuando ella ya no existía en mi vida, y nunca fue un tema de conversación. Hasta ayer, cuando me invitó a almorzar con Marlo y tuve que decirle que en vez de Theo, iba a ir con Amelia. Al principio pensó que se trataba de una novia o algo por el estilo. Incluso gritó de emoción y dijo algo como "al fin", cosa que decidí pasar por alto. Le dije que era una vieja amiga y aunque eso no pareció saciar sus ganas de saber más sobre la "misteriosa chica", como la llamó él, no lo dejé hacerme más preguntas y di el tema por terminado.

—Sí. No era mío, sino que soy la chef —dice con una sonrisa y una emoción que al instante se desvanecen—. Bueno, era. —La tristeza moja esas dos palabras. Amelia se desinfla un poco, la neblina se condensa. Quiero decir algo, lo que sea, pero no sé qué. En mi cabeza están todas las letras, pero cuando me esfuerzo por armar palabras que la hagan sentir mejor, nada aparece.

Lucio lo nota también y cambia de tema rápidamente y de forma poco sutil.

—Entonces, Amelia, ¿en dónde estás trabajando ahora? —Se lleva el tenedor a la boca y mastica esperando que Amelia responda.

No me molesta que Amelia sea el centro del almuerzo y que solo hablemos de ella por dos razones. La primera es porque no hay nada de mi aburrida vida que Lucio no sepa, la segunda es que me gusta escuchar a Amelia. Me gusta escuchar su voz. Me gusta ver todos los gestos que hace con las manos para decir solo dos palabras. Me gusta cómo se le mueve la cara cuando habla.

Sigo sin entender qué mierda me pasa. Lo único que sé es que estoy en una especie de trance y no puedo salir.

—Ahora estoy bajo las órdenes de tu amigo. —Los ojos de Lucio se abren de par en par. Sí, tampoco le conté eso—. Estoy en el puesto de salsas. —Ahora mi amigo parece realmente confundido.

—¿Dejaste un puesto de chef para trabajar en un puesto inferior? —pregunta Lucio. Y ahora me siento como la mierda porque me acabo de dar cuenta de que tuve que haberle advertido de ciertos temas que era mejor no tocar. Como este, por ejemplo.

Estoy a punto de decir algo cuando Amelia comienza a hablar.

—En realidad, no lo dejé por elección. —Marlo y Lucio la miran expectantes—. Mi exmarido era el dueño, bueno, sigue siendo en realidad, y me engañó. Así que agarré mis cosas y me fui.

Lucio y Marlo no dicen nada. Yo tampoco. Amelia toma un trago de vino.

—¡Que ovarios, mujer! —exclama Marlo, y rompe la tensión que se estaba empezando a formar—. Te admiro. Hacer algo así… no cualquiera. —Niega con la cabeza—. Se requiere de mucho valor para tirar todo a la mierda y arrancar de cero. Brindo por eso —dice alzando su copa. Amelia la imita.

Lucio y yo nos miramos.

—¡Ustedes dos también agarren sus copas! —No dudamos en hacerlo.

—Por Amelia —dice Marlo, y todos la imitamos, incluso la misma Amelia. Cuando lo digo yo, me aseguro de estar mirándola a los ojos. No sé qué mensaje le quiero transmitir, pero necesito que sepa que estoy acá para ella.

Chocamos las copas. Ella me devuelve la mirada. Nos miramos cómplices, con una sonrisa escondida, antes de que el vino nos empape la boca.

* * *

El almuerzo finaliza sin ningún otro comentario desafortunado. Gracias a Dios.

—Los veo a la noche —nos grita Lucio mientras nos alejamos.

Yo me doy vuelta y lo saludo, por segunda vez, con la mano. Amelia hace lo mismo.

—Tu amigo es… —empieza una vez que ya no hay posibilidades de que nos escuche.

—Intenso, lo sé.

—Iba a decir divertido —dice Amelia—. Me hace acordar un poco a Theo.

—Deberías ver lo que es cuando esos dos se juntan. —Sonrío cuando me acuerdo de esa noche en que salimos Theo, Dante, Lucio y yo a cenar. Terminamos con el postre gratis, ni siquiera me acuerdo cómo, pero fue obra de mis amigos. Puede ser que también haya influido que la mesera estaba enamorada de Lucio. Para las mujeres y los hombres, el hijo de puta parecía ser la última botella de agua en el

medio de un desierto.

—No pega mucho con vos. —Amelia no me mira cuando dice esto; tiene la vista fija en la nada, o en algo que no veo.

—¿Por?

—Vos sos un poco más… —Para de caminar y se lleva el dedo al mentón como si estuviera buscando la palabra correcta.

—Más… —insisto.

—Más aburrido —dice mostrándome todos los dientes con una sonrisa enorme.

Yo no muevo un músculo de mi cara.

—Yo soy divertido —digo mientras retomo el camino hacia el auto. Amelia me sigue.

—Divertido lo que se dice divertido, no sos.

—Solías reírte bastante conmigo. —Estamos caminando a la par, casi pegados.

—Exacto —señala—. Solía.

Cuando llegamos al auto no tengo tiempo de darle las llaves porque ya me las arrancó de la mano. Y casi me arranca la mano de paso. No me quejo. La última revelación es que me fascina verla manejar. No sé qué es lo que me atrae tanto de ver cómo pone los cambios y gira el volante, pero no importa. La cuestión es que me gusta.

Se atrapa el labio inferior entre los dientes mientras coloca la llave y arranca el motor. Me mira una vez antes de poner primera, soltar el embrague y acelerar.

Mi corazón le hace competencia al motor, a ver quién de los dos va más rápido, quién se acelera más.

Pierde el motor. Por mucho.

Capítulo 28

Amelia

Por suerte, esta vez no tengo que preocuparme por la ropa. Antes de viajar tuve una videollamada con Matilda, quien me ayudó a elegir el vestido para esta noche. Según mi mejor amiga, el verde es mi color. Me explicó sobre algo llamado colorimetría y que te ayuda para saber qué colores te favorecen más. Llegó a la conclusión de que a mí me quedaban mejor los colores fríos, y esa es la razón por la cual nos decidimos por este vestido verde oscuro de seda. Matilda no paraba de decir que me quedaba espectacular y que vestida así iba a darle un infarto a Amadeus, que por las dudas tuviera el teléfono de los paramédicos a mano.

Me acuerdo de haber puesto los ojos en blanco. Mi mejor amiga tiene esta especie de fantasía donde Amadeus está, en secreto, perdidamente enamorado de mí.

Debo decir que su imaginación no conoce límites.

Estoy repasando el labial cuando mi celular empieza a sonar. Hablando de amigos. Es Finn.

—¡Finn! —digo mientras paso la llamada a una videollamada. Necesito terminar de retocarme y de paso ver qué hago con mi pelo que es un desastre.

—Amelia —me saluda con una sonrisa deslumbrante—. ¿Cómo estuvo ese primer día?

En realidad, está preguntando por Amadeus.

Finn y Matilda me escucharon hablar por dos horas eternas sobre este maravilloso y espléndido viaje, aunque mi descontento no era sobre el viaje en sí. ¿A quién no le gusta viajar gratis? Mis quejas tenían nombre y apellido. No paraba de hablar sobre la tortura que iba a ser y cómo prefería comer clavos antes que estar obligada a pasar tres días con Amadeus.

Por supuesto, mis amigos me dijeron que no me adelantara a los

hechos. Que sí, que el último mes y medio con Amadeus no fue de lo mejor y tuvieron que admitir que yo tenía razón cuando les dije que iba a ser un desastre nuestro reencuentro y que no iba a ser uno lleno de besos y abrazos. Pero esta vez podía ser distinto. Básicamente me dijeron que dejara de ser tan pesimista y que tenga un poco de fe. Tampoco dejaban de repetirme que a lo mejor este viaje era la oportunidad que ambos necesitábamos para hablar de lo sucedido y hacer borrón y cuenta nueva. A decir verdad, estaban encantados con la idea de este viaje, en especial Finn, por alguna razón.

—Estuvo bien —respondo.

—Y eso quiere decir…

—Quiere decir que no lo asesiné ni nada por el estilo. Está muy vivo en la habitación de enfrente.

Eso parece aliviar a mi amigo.

—Así que, ¿ninguna discusión o pelea para reportar?

Pongo mi máscara de pestañas en pausa.

Ahora que me lo pregunta, me doy cuenta de que no tuvimos ni una discusión en todo el día. A ver, solo estuvimos juntos en el almuerzo, pero fueron unas buenas tres horas. Eso es tiempo suficiente para mínimo tres peleas. Cuatro si estábamos en una buena racha. Pero nos comportamos de forma civilizada. No nos gruñimos ni quisimos atacarnos. Un aplauso para nosotros. Hasta podría decirse que fuimos amables con el otro.

Y luego están todas esas veces que atrapé a Amadeus con sus ojos sobre mí. Me gustaría saber qué significaban esas miradas y al mismo tiempo prefiero quedarme con la incertidumbre.

—¿Amelia? —Pestañeo dos veces y vuelvo a la habitación del hotel.

—No, para mi sorpresa y la de todos, no discutimos. Ni una sola vez —digo sin poder creerlo.

—A eso yo lo llamo progreso.

—A eso yo lo llamo fallo en la *matrix*.

—Ojo, no vayas a ser muy optimista.

—Soy realista —aclaro con un gesto de hombros.

—Podrías ser un poco más… —Finn no llega a terminar la oración porque alguien está tocando a la puerta. Veo la hora. Debe ser Amadeus. Me parece un lindo detalle que me pase a buscar. No es que le implique un gran esfuerzo, es decir, está a dos pasos de mi habitación. Pero me parece lindo igual. Algo tierno.

—Te tengo que dejar —le digo a mi amigo. Amadeus me vino a buscar para ir al evento.

Finn tiene una sonrisa pícara en el rostro.

—Vaya, vaya —dice, y hace un gesto con la mano como si estuviera espantando un bicho—. No hagas esperar ni un segundo más a ese hombre.

—Sea lo que sea que te estés imaginando ahí arriba… —Hago un círculo con el dedo, apuntando a su cabeza—: Frenalo. Frenalo ahora mismo.

Una carcajada. Su respuesta es una carcajada.

—Querida Amelia, no proyectes en mí lo que te pasa a vos. A lo mejor es tu cerebro el que está imaginando cosas.

—Chau, Finn —digo completamente seria.

—Chau. —Mi amigo parece estar pasando el mejor momento de su vida por cómo sonríe. —Pasalo bien y cuídate. —Finaliza con un guiño.

Corto la llamada sin poder creer el nivel de descaro de este hombre. Increíble.

Cuando abro la puerta, atrapo a Amadeus con el puño en alto, a punto de tocar de nuevo. Y verlo parado ahí, en traje, se siente como recibir una patada en el medio del pecho.

Me quedo sin aire en este preciso instante. Mis pulmones suplican oxígeno, y yo quiero dárselo, pero no puedo.

Está vestido de negro. Absolutamente todo es negro. La camisa. El saco. Los pantalones de vestir. Los zapatos. Todo.

Es como un agujero negro, listo para atraer todo lo que tiene a su alrededor y engullirlo, imposible escapar de su fuerza gravitatoria. Debería ser más rápida que la luz si quisiera escapar de él.

Amadeus vestido así es peligroso.

Tan peligroso como la mirada que me está dando ahora, recorriendo todo mi cuerpo. Cuando sus ojos llegan a los míos, puedo ver algo salvaje.

—Amelia…

—¿Vamos? No quiero hacer esperar al chofer.

Y tampoco quiero escuchar lo que estabas a punto de decir, porque me estoy esforzando mucho para calmar la revolución que es mi cuerpo ahora, la revolución que acaba de provocar en mí.

Capítulo 29

Amadeus

Sin lugar a dudas, había cien personas en el evento. O incluso puede ser que más. Era un mar de gente bien vestida. Sin embargo, mis ojos estaban encaprichados con una persona específica.

Sus piernas eran infinitas, eternas. Parecían no tener final. El vestido le dejaba la espalda descubierta y a mí completamente enloquecido. Había contado al menos cinco lunares y ahora quería descubrirlos todos, que no se me escapara ninguno.

Amelia está hablando con un hombre. No sé quién es, solo que están hablando hace ya un rato largo. ¿Es atractivo? Sí, y mucho. ¿Me siento intimidado? Un poco.

Aprieto un poco más el agarre de la copa de champán que me dieron hace unos minutos. Es la tercera que me tomo desde que Amelia está hablando con ese hombre.

Amelia se ríe. Tira su cabeza hacia atrás y se lleva la mano que no está sosteniendo su copa a la panza. Se tapa la boca para apaciguar un poco el sonido de su risa. El hombre tiene una sonrisita orgullosa, feliz de haberla hecho reír.

Como si fuera posible, aprieto más la copa y me la llevo a los labios, lentamente y con mi vista fija en la escena.

Él se acerca un poco más a ella y le dice algo en el oído. No encuentro necesario que se le pegue tanto para hablarle. Amelia no tiene ningún problema de audición que le obligue a tener que hablarle tan cerca para que lo escuche. No tengo ni idea de qué le pudo haber dicho, pero debe haber sido algo extremadamente gracioso porque Amelia se vuelve a reír. Ese hombre no puede ser tan gracioso.

Quiero aclarar, no estoy celoso. Solamente la estoy cuidando, no sé nada sobre ese hombre, solo que es demasiado lindo y por alguna razón irresistiblemente gracioso. No me transmite lo que se dice confianza.

Me estoy acercando cuando Amelia vuelve a reírse. Por el amor a Dios, no puede ser. ¿En serio? ¿Otra vez?

—Te juro, había vomitado por todas partes —dice el comediante del año. Amelia lo escucha como si fuera la mejor anécdota jamás contada.

—Hola —digo mientras estiro mi mano para estrecharla con Don Comedia—. Amadeus, un gusto.

—Reed —responde, y alcanza mi mano. ¿Qué clase de nombre es ese?—. Y vos sos…

Su mirada va de Amelia hasta donde estoy yo. Que muy estratégicamente me puse atrás de ella, con mi mano derecha sobre su hombro.

Mentiría si dijera que no se me cruzó por la cabeza decir que era el novio de la chica con la que se había pasado los últimos veinticinco minutos coqueteando. Sí, los conté. De nuevo, solo estoy cuidándola. Hay mucha gente rara hoy en día, uno nunca sabe. Hay que estar siempre alerta.

Me imagino la cara que hubiese puesto Amelia si esas palabras hubieran salido de mi boca. ¿Qué haría si dijera que era su novio?

Bueno, nunca lo sabremos porque Amelia respondió por mí antes de que pudiera abrir la boca y decir una estupidez.

—Es mi jefe.

Tengo que contener una risa. Somos mucho más que eso y ella lo sabe. Nuestra relación no puede basarse en lo meramente laboral. Aunque quisiéramos, es imposible. Tenemos un pasado bastante pesado.

Además, ¿en serio piensa que no me di cuenta de cómo me miró unas horas atrás, cuando la fui a buscar?

A lo mejor para ella soy solamente el chef para el que trabaja y está más que claro que no me soporta la mayor parte del tiempo, pero su cuerpo dice cosas completamente distintas. Y lo sé porque me pasa lo mismo.

Desde el segundo en que abrió la puerta, mi piel quiere hundirse en la de ella. Me está matando lenta y tortuosamente. Ese vestido se convirtió en mi enemigo número uno. Bueno, si sacamos a Señor Gracioso.

—Ah —exclamó el payaso—. ¿Sos chef?

—Sí. —Mi respuesta es agria y él no sabe qué responder a eso. Tampoco quiero que lo haga. Lo que menos me interesa es tener una

conversación con este tipo. Lo único que quiero es que se vaya. Cosa que no está haciendo.

Vuelve a mirar a Amelia, más específicamente donde mi mano está apoyada.

—Bueno —se dirige a Amelia; a mí ni me mira—: Tenés mi número. —Señala el celular de Amelia—. Cuando te aburras de estar acá, podés llamarme. —Y tiene la valentía de guiñar un ojo.

—Muchas gracias, Reed. No creo que lo vayamos a necesitar, pero gracias igualmente —digo, y le sonrío mostrándole todos los dientes.

Abre la boca con la intención de decir algo más, pero yo ya estoy arrastrando a Amelia en la dirección contraria.

—Amadeus, ¿qué fue eso?

—¿Querés bailar? —No sé de dónde salió eso. Pero espero que sirva para distraerla y que deje de hacer preguntas porque yo tampoco sé qué mierda fue eso. No sé ni por qué lo hice. Perdí un poco el control al final. Crucé una línea que no tendría que haber cruzado.

—Amadeus… —insiste Amelia.

—Bailemos. —Tiro de su brazo delicadamente y la pego a mí. Ella se deja, e incluso se relaja. ¿Se podía sentir pánico y alivio a la vez?

Amelia me mira como si intentara descifrar lo que está haciendo, lo que está pensando. Ojalá pueda descifrarlo, así me lo explica, porque estoy bastante perdido yo también.

Solo estoy seguro de una cosa, y es que quiero tenerla más cerca de mí. Huele a coco y vainilla. Quiero tenerla tan cerca y por tanto tiempo que yo también terminaría oliendo a coco y vainilla.

Mis manos están sobre su cintura y mis dedos acarician la piel descubierta de su espalda. Sus manos me rodean el cuello. Su mentón está ligeramente elevado, sus ojos fijos en mí. Con esos tacos solo nos llevamos un par de centímetros, pero sigo siendo más alto que ella.

La miro como si ella pudiera tener respuestas que yo no tengo. No las encuentro en sus ojos. Está tan perdida como yo. Es como si estuviéramos naufragando en la incertidumbre. Nos sumergimos en el no entender qué es lo que estamos sintiendo. Lo único que puedo afirmar es que algo está sucediendo, hay una tensión, tensa, tirante, que no para de crecer y crecer.

Es como si hubiera estática entre nosotros, que parece aumentar mientras más cerca estamos el uno del otro. Y si nos seguimos acercando, corremos el peligro de crear un cortocircuito y que vuele todo por los aires.

Me acerco más. Siento descargas eléctricas. No me importa.
Si tiene que explotar todo, que lo haga.

Capítulo 30

Amelia

Si hace un mes me decían que iba a bailar con Amadeus, lo primero que hubiera hecho hubiese sido reírme, fuerte y alto. Después les pediría que me convidaran lo que estaban fumando, porque solo alguien drogado podía decir algo así. ¿Amadeus y yo bailando? ¿Tocándonos? ¿Amadeus y yo sin querer matarnos? Sí, claro.

Pero acá estamos, bailando.

La primera parte del evento fue una recepción, seguida por la degustación de los platos. El menú se basó en un tentempié, luego hubo una entrada a la que le siguió el plato principal, y por supuesto cerró con un postre. Todo acompañado con el vino ideal para cada comida.

Mis papilas gustativas siguen felices, extasiadas. Lucio tiene lo que se tiene que tener para que un restaurante triunfe. Si yo fuera su competencia, me preocuparía un poco.

La segunda parte del evento es mucho más descontracturada. Los invitados, e incluso Lucio y el resto de los cocineros, estamos dispersos en la terraza del restaurante. En una esquina hay un DJ y los mozos no paran de repartir tragos y copas con champán. El ambiente es divertido y relajado.

Si soy sincera, el único motivo por el cual estoy bailando con Amadeus es porque los dos tragos que me tomé, sumado al vino de la cena, están haciendo su tarea y ya puedo empezar a sentir los efectos del alcohol. Las burbujas se me subieron a la cabeza y puede ser que haya perdido un poco el foco de lo que está bien y lo que está mal, como si hubiera perdido la poca resistencia que tenía. Mi cerebro no está en condiciones para luchar con lo que mi cuerpo parece pedir a gritos.

Más cerca. Solo un poco más. Y luego más cerca. Tan cerca que nos cueste distinguir dónde empieza uno y dónde termina el otro.

La música que suena de fondo no presta para que estemos bailando como si fuera un lento. Creo que solo es una excusa para poder tocarnos, para estar así de pegados. Yo lo sé y él también. La canción que está sonando es como si estuviera a kilómetros de distancia de nosotros. O a lo mejor somos Amadeus y yo los que estamos a kilómetros de distancia. Lejos, muy lejos. Tan lejos que llegamos a otra realidad. Una en la que nos olvidamos de los últimos años. Nos olvidamos de que nos lastimamos. Nos olvidamos de que, en realidad, no confiamos en el otro y que no queremos involucrarnos mucho, por miedo a volver a lastimarnos. Nos olvidamos de la distancia que tanto nos empeñamos en poner estas últimas semanas.

Un poco más cerca.

Parece que Amadeus me lee la mirada, porque sus dedos presionan alrededor de mi cintura y me empuja hacia él. La fibra de la tela de mi vestido está en contacto con la fibra de la tela de su traje. Una de sus manos suelta mi cintura para acomodar un mechón de pelo detrás de la oreja. Contengo el aliento, un poco sorprendida por la delicadeza del gesto y por la dulzura en sus ojos mientras recorre con la mirada su propio movimiento.

—Amelia. —Si no estuviéramos tan cerca, no hubiera podido escucharlo.

Apoya su mano detrás de mi cuello, su pulgar acariciándome la mandíbula con suavidad. Sus ojos ahora miran los míos, inamovibles. Cuando no me está mirando a los ojos es porque me está mirando la boca.

¿Quiero que me bese? Sí.

¿Quiero que no me bese? También.

¿Sé lo que quiero? Absolutamente no.

Le tomo la muñeca y eso hace que frene sus caricias. Ya me estoy arrepintiendo de lo que estoy a punto de decir, pero creo que no estamos en el mejor estado para tomar decisiones de las cuales podemos arrepentirnos a la luz del día, cuando el alcohol no esté más y todo se vea con una claridad que ahora no tenemos.

—Me parece que es hora de irnos. —Amadeus reacciona como si lo hubiera despertado de una ensoñación y me suelta, tomando distancia de mi cuerpo, casi como si quemara. Pestañea un par de veces, quizás intentando despejar los pensamientos que tenía en su mente segundos atrás. Nos sonreímos con cierta incomodidad antes de empezar a caminar en dirección a la salida.

Debería estar aliviada porque no pasó nada, pero no me siento así. Siento como si me faltara algo, como si me hubieran dado algo y me lo hubiesen quitado cuando más lo necesitaba.

Amadeus camina delante de mí, con las manos en los bolsillos del pantalón. No puedo creer que una espalda me parezca tan atractiva. Es solo una espalda. Sí, puede ser que sea una muy linda, pero sigue siendo una espalda.

Estoy tan concentrada en su espalda que me doy cuenta de que algo no está bien porque de golpe, Amadeus se tensa por completo. Deja de caminar, no hace ni el más mínimo movimiento. Quiero ver qué es lo que causó su reacción, pero sea lo que sea que haya visto, me lo está tapando y no llego a ver.

Llego a su lado, le apoyo una mano en el hombro y noto que los músculos de su mandíbula están rígidos como una piedra. Sus ojos miran como si quisieran matar. Eso último me hace fruncir el ceño y despegar la vista de Amadeus para seguir su mirada y ver qué es lo que está mirando. O más bien, a quién está mirando.

Cuando encuentro qué fue lo que le causó semejante reacción, la mano que tenía apoyada sobre Amadeus cae inerte al costado de mi cuerpo.

Cierro los ojos y solamente puedo pensar en que me gustaría tener el poder de manejar las agujas del reloj, así podría volver el tiempo atrás, cuando Amadeus y yo estábamos tan lejos que estábamos en otra realidad.

Una realidad donde la persona que teníamos a metros de distancia no existía y, por lo tanto, nunca me habría hecho daño.

Capítulo 31

Amadeus

Me molesta su postura despreocupada, con una mano en el bolsillo y la otra sosteniendo la copa. Me molesta cómo el grupo de hombres con el que está hablando lo miran como si fuera alguien digno de admiración, cómo se ríen y le festejan cada palabra que sale de su boca. Me molesta que esté acá y que Amelia lo haya visto. Pero lo que más me molesta es que no puedo acercarme y partirle la cara. Sí, eso me está molestando bastante.

¿Cuáles eran las probabilidades de que nos crucemos a Sebastiano?

Ahora que me hago la pregunta, me doy cuenta de que tiene algo de sentido que lo hayan invitado. Es decir, pertenece a este mundo y es alguien bastante influyente. Pero claramente no sabíamos que estaba hasta recién, lo que quiere decir que pudimos haber terminado la noche tranquilamente sin saber que estábamos los tres en el mismo lugar.

¿Él sabrá que estamos acá? ¿Nos habrá visto? Ojalá me haya visto bailar con Amelia. Es un pensamiento infantil, pero yo lo vi tantas veces con ella en sus brazos que una parte mía desea que él me haya visto con mis manos en su cintura, en su cuello, con mi boca deseosa de tocar sus labios.

Dejo de mirar al idiota para fijarme en Amelia. Su cara es como si hubiera visto un fantasma. Aunque creo que hubiera preferido que efectivamente fuera un fantasma y no su exmarido. Al menos yo lo hubiera preferido.

—Amelia —susurro. No me escucha. Le paso la mano por la espalda y la llamo de nuevo.

Su cuerpo reacciona esta vez y antes de que pueda frenarla, se aleja a toda velocidad, casi corriendo, en dirección a los baños. Así que yo también empiezo a caminar hacia allá, detrás de ella.

Técnicamente no puedo entrar al baño de mujeres. Técnicamente me importa una mierda.

Justo cuando empujo la puerta para entrar, sale una señora con un peinado elegante y un vestido largo de color granate. Me mira con

desaprobación mientras pongo un pie adentro. Yo le muestro mi sonrisa más carismática, la que más de una vez me salvó, pero se ve que no funciona porque lo único que me gano es una negación con la cabeza mientras la señora se aleja. Por suerte no parece haber nadie más en el baño.

—¿Amelia? —No recibo respuesta.

Dejo salir un suspiro algo frustrado por no saber cómo manejar la situación. ¿Qué hago? Debo confesar que soy pésimo al momento de consolar personas. Pienso que a lo mejor quiere estar sola y yo estando acá lo único que logro es molestarla. Podría volverme al hotel en un taxi y que ella se vuelva en el auto que nos trajo. Aunque pensándolo un poco mejor, tal vez necesita todo lo contrario. Tal vez necesita estar con alguien. Y puede ser que yo no sea la mejor opción, pero soy la única. El problema es que yo no sé ser ese alguien.

—Amelia, por favor —suplico.

Nada. Silencio absoluto.

Estoy entrando en desesperación, no sé qué decir para que hable conmigo.

—¿Querés que vaya y le pegue?

Una risa.

Bueno, puedo trabajar con eso. Sonrío un poco.

—No es necesario —dice bajito—. Gracias igual por ofrecerte.

Sigo la voz y me doy cuenta de que está en el tercer cubículo. Me siento con la espalda apoyada contra la puerta.

—¿Estás bien? —Sé que no lo está, pero ya lo dije, soy un asco para estas cosas.

—No sé. —Su voz suena minúscula. Odio escucharla así, como si Sebastiano tuviera el poder de hacerla más pequeña—. Creo que fue más el impacto de volver a verlo después de tanto tiempo.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

Se toma unos segundos antes de responder.

—Cuando estaba en la cama con mi *sous chef*.

Ahora es mi turno de tomarme unos segundos antes de contestar.

Podría haber dicho cualquier otra cosa, como un comentario sobre lo horrible que debió haber sido presenciar esa escena. Quizás podría preguntarle cómo se siente ahora que lo volvió a ver. Pero en vez de eso, digo:

—Sebastiano nunca te mereció. Jamás mereció que le dedicaras ni diez segundos de tu tiempo. Tendría que haber agradecido cada día

que se despertaba a tu lado y preguntarse cada noche qué había hecho bien en su miserable y triste vida para que vos decidieras irte a dormir con él cada noche. Sebastiano fue un hombre con suerte de que lo hayas elegido.

Sinceramente no sé de dónde salieron esas palabras, solo… salieron. Las vomité, una por una. Y ahora están en el suelo, formando un charco asqueroso de letras desparramadas por el suelo del baño.

El pestillo se mueve, la puerta se abre y yo caigo en los pies de Amelia, quien sonríe divertida cuando me ve en el piso.

Le sonrío desde abajo. Me da la mano y me ayuda a pararme.

—Perdón si me pasé con lo que dije. —Me acomodo el traje con las manos, evitando mirarla.

—Gracias, Amadeus.

Sus manos se cierran en mi espalda, su mejilla está en mi pecho. Estoy seguro de que puede escuchar los latidos de mi corazón, descontrolados. Extasiados. Siento que me va a explotar. Mi corazón no estaba preparado para que Amelia me abrazara.

Poco a poco, con delicadeza, empiezo a cerrar mis brazos alrededor de ella. La estrecho contra mí. Una vez que ambos estamos abrazando al otro y que estoy seguro de que no se va a ir, la aprieto un poco más contra mí, con decisión, con fuerza, con ganas de prolongar el momento lo más que pueda. Amelia agarra mi saco y lo arruga con sus puños. Apoyo mi mejilla en su cabeza y respiro. Huele a coco y vainilla.

Se siente como si hubiera respirado luego de haber pasado unos largos minutos sumergido bajo del mar, luchando por querer sacar mi cabeza para conseguir algo de aire, pero con las olas que me empujaban hacia abajo. Este abrazo es como si al fin pudiera dar esa bocanada de aire. Mis pulmones, que sentían fuego, al fin sienten algo de alivio, agradecidos.

De repente, todo es calma. Una calma de la cual no suelo estar rodeado. Quiero quedarme en este estado de tranquilidad hasta que me asquee.

Pero todo lo bueno termina y nuestra pequeña burbuja se rompe cuando dos mujeres entran al baño. Es ahí cuando me acuerdo de dónde estamos. Me había ido muy lejos.

Las mujeres venían riendo y charlando sobre algo, y el sonido llena el silencio cómodo e íntimo que estábamos compartiendo con Amelia. Se callan cuando nos ven, y se dirigen al lavamanos.

Mi cuerpo anhela a Amelia al segundo en el que el suyo se aleja.

Me paso la mano por el pelo. Necesito con urgencia ordenar mi cabeza. Es hora de que afronte lo que sea que me esté sucediendo con ella. No comprendo de dónde viene esta necesidad imperiosa por quererla cerca de mí, cuando un mes atrás apenas soportaba mirarla sin sentir dolor, rencor. ¿Ya la habré perdonado sin darme cuenta? A lo mejor mi lado más racional se niega rotundamente a perdonarla, encaprichado por seguir con mi decisión de odiarla, de continuar con un resentimiento que ya se está tornando algo absurdo si soy honesto. Ah, pero la parte que no se rige por lo racional, sino por lo emocional, es otra historia. Esa parte quiere perdonarla, olvidarse de todo.

Soy un hombre débil.

—Vamos al hotel —digo mientras Amelia se mira en el espejo del baño. Intenta corregir un poco su maquillaje, que es como un río negro que surca su piel. Me destroza verla así.

Termina de sacarse la mayor cantidad de máscara de pestañas de la cara y se gira para verme de frente.

—Vamos —dice con una sonrisa triste.

Le abro la puerta del baño dejándola pasar primero. Ese vestido corto me está torturando. No puedo dejar de admirar cómo sus piernas avanzan. Una necesidad animal se despierta dentro de mí. Quiero esas piernas rodeando mi cintura, apretando. Mis ojos se dirigen a su culo y cierro los puños intentando controlar las ganas que tengo de enterrar mis dedos en su carne. Subo la mirada hasta su espalda y me pregunto cuántos besos tardaría en recorrerla completa. Se gira para verme, y me sonríe con todo el maquillaje corrido y me pregunto cuánto tiempo más voy a poder aguantar sin saber a qué saben los labios de Amelia.

Capítulo 32

Amelia

Tengo la mente nublada. Me descolocó por completo ver a Sebastiano luego de tanto tiempo. No esperaba encontrarme con él, aunque ahora que me detengo a pensar, tiene sentido que fuese invitado. Intento borrar la imagen de él riéndose, despreocupado, siendo festejado por sus pares. Sebastiano salió ileso de nuestro divorcio, no sufrió ni medio rasguño, pero mi realidad fue totalmente opuesta. Yo tenía poder, pero al parecer él tenía más, y decidió usarlo para destruirme, para borrarme del mapa. Una oleada de odio intenso me recorre la espina dorsal, llega hasta cada extremo de mi cuerpo. No entiendo cómo pude estar enamorada de una persona tan cruel.

Amadeus camina a mi lado con la mirada dura y la postura rígida. Cuando se voltea para mirarme, su expresión se derrite un poco y me ofrece una sonrisa minúscula que se entremezcla con preocupación y ternura. Quiero agradecerle por lo que acaba de hacer, quiero decirle que no sabía cuánto necesitaba un abrazo hasta que me lo dio. Estoy a punto de hacerlo cuando de la nada aparece Sebastiano ante nosotros.

—Amelia. —Hay burla en su tono, y hasta un poco de asombro, como si hubiese pensando que nunca más iba a ser invitada a un evento de esta índole—. No esperaba verte acá.

—Hola, Sebastiano —respondo cortés, pero dejando en claro que a mí tampoco me hace feliz tener que compartir el oxígeno con él.

—No sé qué me sorprende más, si encontrarte acá o tu compañía. Me enteré de que sos la chef de Nina´s. Felicitaciones. —Amadeus no dice nada. Tiene la mirada de un animal listo para matar. Sebastiano sonríe reluciente, como si encontrara esta situación de lo más encantadora. Lo odio. Peor. Me repugna.

—Nos estábamos por ir —digo con la intención de seguir caminando, pero Sebastiano no tiene la intención de dejarnos ir.

—¿Ahora estás saliendo con él? —Me mira incrédulo mientras le

lanza una mirada despectiva a Amadeus.

—Lo que yo haga con mi vida no es problema tuyo. Además, sería bastante hipócrita de tu parte venir a hacerme reclamos.

—Solo fue una observación, no hace falta que te alteres.

—Chau, Sebastiano.

Tomo a Amadeus del brazo y tengo que tirar un poco para hacer que me siga. No tiene sentido que sigamos perdiendo tiempo con él. Solo quiero llegar al hotel, sacarme el maquillaje y olvidarme de esta noche. Sebastiano se mueve para dejarnos pasar y yo lo fulmino con la mirada cuando nuestros ojos se cruzan. Pero solo llegamos a dar un par de pasos cuando su voz nos vuelve a detener.

—Me alegra saber que todo sigue igual que siempre y vos seguís colgándote de los hombres para tener éxito. Debo admitir que siempre supiste chupar la correcta.

Me quedo petrificada en el lugar. Roja de la vergüenza porque es evidente que todo el mundo lo escuchó. Quiero escapar, pero mis piernas no responden. Me gustaría darme vuelta y partirle la boca de una trompada. Me gustaría poder reaccionar. Pero sus palabras llenas de asco y odio me congelan cada músculo. El corazón me late desbocado. Mis ojos se humedecen. Siento que algo se mueve a mi lado. Cuando me doy cuenta de lo que está a punto de pasar, ya es muy tarde para que pueda frenarlo y el puño de Amadeus choca con fuerza y decisión la nariz de Sebastiano. La gente a nuestro alrededor ahoga un grito cuando la sangre comienza a teñir la camisa de mi exmarido de rojo. Sebastiano se agarra la nariz con la intención de parar el sangrado y aliviar el dolor.

Yo estoy atónita intentando procesar el hecho de que Amadeus le haya partido la nariz a Sebastiano en medio de la inauguración del restaurante de su amigo. Pestañeo rápido y me obligo a actuar. Tengo que llevarme a Amadeus antes de que la situación empeore.

Antes de que pueda dar siquiera un paso, la cabeza de Amadeus sale disparada hacia un costado cuando Sebastiano le pega un golpe contundente en la mandíbula. Y a partir de eso, yo pierdo cualquier especie de oportunidad para tomar a Amadeus del brazo y arrastrarlo lejos de ahí.

—Te voy a matar —dice Amadeus antes de lanzarse hacia Sebastiano.

No van a parar, no sin que nadie los obligue a hacerlo. Nadie se anima a meterse en ese enjambre, hasta que dos hombres de

contextura considerable se hacen paso entre la multitud que observa entre asqueada y divertida el espectáculo. Cuando logran separarlos, me llevo una mano a la boca y tengo que cerrar los ojos por un mínimo instante.

Amadeus tiene sangre en la boca, la camisa manchada, el ojo hinchado y en la mandíbula claramente le va a aparecer un moretón importante. Está siendo agarrado por uno de los hombres, su pecho sube y baja con violencia y sus ojos siguen fulminando a Sebastiano, como si el resultado de sus manos no hubiese sido suficiente.

—Amadeus —susurro a su lado. Mi voz tiene el mismo efecto que un balde de agua fría. Se gira para verme y noto que está avergonzando. Acerco mi pulgar hacia el costado de su boca y le seco la sangre. Intento ser delicada pero igual aspira el aire por los dientes cuando mi dedo toca la zona afectada.

—Vamos —le digo y él asiente. El hombre que lo está agarrando como si Amadeus fuera un toro, lo suelta despacio, con miedo de que vuelva a atacar.

Sebastiano nos observa con odio en su mirada. Y yo no voy a negar que siento una pizca de satisfacción.

—Nunca más vuelvas a hablar así de Amelia, porque la próxima te vas a tener que ir en ambulancia.

Sebastiano lo mira como si se lo quisiera comer vivo. Si hay algo que detesta más que nada en el mundo es que le digan lo que tiene que hacer.

—¿Me escuchaste? —pregunta Amadeus.

Mi exmarido luce como si estuviera a nada de vomitar. Sonrío un poco.

—Sí —confirma seco, cortante.

—Ahora quiero que le pidas perdón a Amelia.

La cara que pone es impagable.

—¿Estás sordo? —demanda Amadeus a mi lado. Me cruzo de brazos a la espera de un perdón que no me interesa porque no espero absolutamente nada de él.

—Perdón, Amelia.

Amadeus niega con la cabeza mientras un suspiro de decepción llena el silencio. Nadie se permite emitir sonido, todos atentos a lo que vendrá después. Nosotros somos el espectáculo ahora.

—Pésima disculpa. Sos horrible para pedir perdón. Repetí después de mí.

Puedo notar que estamos llegando a su límite. Tengo la sensación de que en cualquier momento Sebastiano es capaz de estallar, incluso peor que Amadeus hace unos minutos.

—Amelia —comienza Amadeus.

—Amelia —repite Sebastiano, la mandíbula apretada.

Mis ojos suben hasta encontrar el rostro de Amadeus y puedo ver una sonrisa engreída en sus labios.

—Te pido perdón por no haber sido el hombre que te merecías.

Pienso que no lo va a decir. No lo creo capaz de admitirlo. No enfrente de toda esta gente.

Dejo salir un suspiro que denota cansancio.

—Te pido perdón por no haber sido el hombre que te merecías —dice mirándome a los ojos. Quiero creer que lo dice desde un lugar de remordimiento y que realmente cree esas palabras, pero dudo que lo haga. Si no fuese porque Amadeus lo está obligando a decírmelo, nunca hubiese escuchado esas palabras salir de los labios de Sebastiano.

No le respondo. No se lo merece.

En cambio, me abrazo al brazo del hombre que tengo a mi lado y le suplico con la mirada que nos vayamos de una vez por todas. Él se inclina para darme un beso en la cabeza.

—Perdón —susurra sobre mi pelo.

Damos media vuelta, ignorando los susurros de la gente, y con mis manos aferradas a su bíceps, salimos del restaurante y una noche oscura con el cielo casi negro nos envuelve.

Capítulo 33

Amadeus

Había bajado bastante la temperatura, así que apenas pusimos un pie en la calle, le di mi saco a Amelia para que se cubra.

—Tiene un poco de sangre, perdón —digo sumido en la vergüenza por lo que hice.

No sé qué fue lo que me pasó ahí adentro. Lo único que tenía claro era que necesitaba que Sebastiano sufriera, que se retorciera de agonía, que pudiera experimentar un poco de todo el dolor que le provocó a Amelia. Cuando era chico evitaba las peleas. Eso no significaba que siempre saliera victorioso, me encontré más de una vez envuelto en un intercambio de golpes. La mayoría de las veces ganaba. Pero siempre me llevaba un *souvenir* a casa. El problema era que a mis padres no les importaba demasiado si volvía con un moretón en el ojo. Trabajaban todo el día y cuando llegaban a casa, estaban muy cansados para preocuparse por su hijo de quince años que se metió en una pelea seguramente estúpida por una razón aún más estúpida. Así que no, no suelo irme a los golpes a menudo. Pero si alguien me pregunta, creo que Sebastiano se lo merecía.

—Ahora cuando lleguemos al hotel quiero verte esas heridas asquerosas que tenés como decoración en la cara.

El chofer nos ve, ve su reloj de muñeca y vuelve a mirarnos. Abre los ojos con sorpresa cuando ve mi cara llena de golpes y mi boca chorreando sangre.

—Se ve que la noche terminó antes de lo planeado —dice mientras abre la puerta de los asientos de atrás.

Amelia entra primero, colocándose en el asiento del medio. Yo me siento a su lado. Bajo un poco la ventanilla para que el aire me dé en la cara. Siento algunas partes de mi rostro calientes. Mis nudillos están rojos y mis manos duelen. Dejo que el viento me relaje. Siento todavía la adrenalina corriendo por mis venas. Respiro profundo. Uno, dos,

tres. La cabeza de Amelia se inclina hasta encontrarse con mi hombro y un tornado nace en mi estómago. Cada vez que la tengo cerca siento que estoy a punto de vomitar. Pero cuando nuestros cuerpos entran en contacto, siento que me voy a desmayar.

Está con los ojos cerrados y el ceño un poco fruncido. El saco le queda algo grande, y sus manos vuelven a envolver mi brazo. Cuando me acuerdo de las palabras que salieron de la boca del inservible y patético intento de hombre que tuvo como marido, me dan ganas de volver y sacarle todos los dientes. Uno por uno. Pude ver en cámara lenta el efecto que tuvieron esas palabras sobre Amelia y creo que ese fue el detonante que me hizo actuar como un animal salvaje. De nuevo, no me arrepiento, aunque me haya dado vergüenza que ella me viera en ese estado.

Aunque el viaje del restaurante al hotel no duró más de quince minutos, tengo que despertarla.

—Amelia —digo mientras la sacudo con delicadeza. Sus párpados revolotean y sus enormes ojos marrones me miran de lleno. Me sumergiría en esos hermosos ojos.

—Ya llegamos.

Mueve su cabeza hacia la ventanilla derecha y ahí se encuentra el hotel. Bosteza y nos bajamos del auto en silencio. No sé qué decir, no sé qué hacer. Quiero estirar cada segundo porque no me quiero despedir de ella esta noche. No quiero tenerla lejos, aunque mañana nos tengamos que volver a ver, aunque después tengamos que pasar horas pegados uno al lado del otro dentro de un avión. Deseo estar tanto tiempo cerca de ella, hasta que el aire a mi alrededor huela a coco y vainilla.

Antes de entrar al hotel me detengo y me giro para mirarla de frente. Sus cejas se juntan en el medio, su cabeza se inclina hacia un costado levemente.

—Quiero que me escuches y que me escuches bien. —Coloco mis manos sobre sus hombros y la observo fijo—. Sebastiano es una persona horrible y ni por un segundo tenés que darle importancia a las palabras que salen de su boca. Amelia, sos una mujer increíble. Sos fuerte, inteligente, envidiablemente talentosa y con un corazón que merece ser apreciado, cuidado y amado.

Los ojos de Amelia están húmedos, pero su sonrisa me deja tranquilo porque mis palabras llegaron a su cerebro y están burbujeando, haciendo efecto. La abrazo y suelto el aire en señal de

alivio.

—Y si algún día te olvidás de lo asombrosa que sos, yo voy a estar acá para recordártelo las veces que sean necesarias. —Su rostro se hunde más en mi pecho, yo afianzo mi abrazo.

Pasamos la puerta del hotel y no sé si ella se da cuenta de que busca mi mano. Así que tomados de las manos llegamos hasta el ascensor y uso la que tengo libre para tocar el piso. Llegamos a nuestro piso y yo estoy negado a dejarla ir. Estoy buscando en mi mente alguna excusa que no fuese lo suficientemente patética.

Amelia suelta el agarre y comienza a caminar, yo apenas salí del ascensor cuando ella llega a su puerta. Está buscando la tarjeta dentro de su bolso. Sus manos se frenan cuando la encuentran y es ahí cuando levanta la mirada hacia mí.

—¿Qué hacés parado ahí? —Apoyo la tarjeta y la cerradura se destraba—. Pasá, quiero verte esas heridas —dice desde adentro de la habitación.

Dentro de mí hay dos hombres. El primero quiere entrar corriendo, casi saltando de la alegría, quiere tomar su insoportablemente hermosa cara y besarla hasta que se haga de día sin importar las consecuencias que vendrán luego. El segundo es un poco más recatado, hasta tiene miedo de entrar en una habitación donde solo esté Amelia, no cree poder estar a solas sin tener la intención de besarla. Y ahí está el único factor que comparten ambos hombres, las ganas desesperadas de besarla y el terror innegable de hacerlo.

—¿Amadeus?

Solo eso necesitaba para que mi cuerpo reaccionara y mis pies entraran en esa habitación.

—No encontré un botiquín de primeros auxilios, pero tengo agua y algodón. Lo vamos a hacer funcionar. Sentate en la cama. —Señala la cama con el mentón mientras sale del baño con las manos ocupadas.

Obedezco dejándome caer sobre el borde de la cama. Amelia coloca una silla frente a mí, entre mis piernas, y se inclina para limpiarme las heridas. Tiene su cara peligrosamente cerca, puedo sentir su olor mezclado con el mío porque sigue con mi saco puesto, el calor que despide su boca con cada respiración. Me está comenzando a marear. El escote de su vestido verde no ayuda ni un poco. Me esfuerzo por mantener los ojos arriba.

Mi cara se arruga de dolor cuando pasa el algodón húmedo por el corte de mi labio.

—Perdón —dice bajito. Sus ojos en mi boca. Mis ojos en su boca. Ella sube la mirada y yo la imito. Tomo su muñeca cuando nuestros ojos se ven. Uno, dos, tres. No sé cuánto más voy a poder aguantar el martirio de no saber a qué saben sus labios. Ya no estoy dispuesto a interponer mis temores ante mis deseos. Y yo deseo a Amelia con cada centímetro de mi ser. Solo necesito estar lo más seguro posible de que ella también quiera lo mismo que yo.

Mi mano sigue sosteniendo su muñeca, su mano sigue con el algodón entre sus dedos. Sus rodillas juntas, la silla entre mis piernas abiertas. Estamos tan cerca. Su mirada cae por un instante tan breve a mi boca que por un segundo pienso que fue mi mente jugando conmigo. Cuando sus ojos vuelven a verme, lo que veo en ellos hace que todas mis dudas se esfumen de la misma forma que un diente de león en el viento cuando es soplado.

—Amadeus —susurra Amelia sobre mis labios.

Estamos tan pero tan cerca. Y por primera vez siento que puedo aplastar al miedo con mi pulgar como si fuera una hormiga. La emoción me recorre entero. Solo necesito inclinar mi cabeza un poco más y voy a poder terminar con mi sufrimiento.

Pero cuando mis manos se apoyan en sus muslos y mi torso se deja caer hacia adelante, el cuerpo de Amelia hace todo lo contrario y se aleja de mí.

—Hielo. Necesitás ponerte hielo. Voy a ir a pedir a la recepción. —No dice ni una de esas palabras mirándome a los ojos. Se levanta nerviosa de la silla y podría decirse que se escapa de la habitación. Sus ojos nunca encontrándose con los míos.

Me dejo caer en la cama y dejo salir un gruñido de frustración. Me digo que soy un idiota unas doscientas veces, que por supuesto que no tenía que besarla. Amelia tuvo una noche de mierda y yo intentando comerle la boca. Hizo bien en alejarse. En poner una barrera entre nosotros.

Agarré un papel y le escribí una nota diciéndole que le agradecía por haberme limpiado las heridas pero que se me partía la cabeza, que nos veríamos mañana. Sabía que el hielo había sido una excusa. No tenía sentido que me quedara esperando, pero tampoco quería hacerla sentir mal. Dejé la nota sobre la cama y me dirigí a mi habitación.

Pero las ganas de besarla no se me fueron.

Capítulo 34

Amelia

Lo primero que veo apenas me despierto es la almohada que tengo pegada a mi cara. Duermo boca abajo, en la posición que todo quiropráctico recomienda no dormir porque hace mal, aunque sea cómoda. Dios, la cantidad de cosas que son placenteras y al mismo tiempo hacen daño. Qué injusta es la vida.

Lo segundo que veo es mi reflejo en el espejo mientras me lavo los dientes, la mirada algo perdida porque soy una persona a la que las mañanas le cuestan un poco, y suelo irme lejos, lejos. Escupo, me enjuago, me lavo la cara, me seco con la toalla con golpecitos porque si no, daño la piel, y me visto. Lo tercero que veo es el saco de Amadeus sobre la silla.

Lo cuarto que veo es a Amadeus, parado en la puerta de mi habitación.

—¿Querés desayunar conmigo? —pregunta.

Diez minutos después estamos sentados en la misma mesa que elegí ayer para desayunar. No hablamos de lo que pasó anoche. Aunque es difícil ignorar los moretones en su rostro y el corte en su labio. Ayer volví con una bolsa con hielos en mi mano para descubrir la nota que me había dejado sobre la cama. Me decepcionó un poco que se haya ido, pero al mismo tiempo tenía todo el sentido del mundo. Desde su perspectiva había parecido que me hubiera escapado, corriendo como si el edificio estuviera en llamas. No fui muy sutil. Pero en mi defensa entré en pánico. Estaba a centímetros de mi cara, su boca flotando sobre la mía. Estaba pasando. Nos íbamos a besar. Y me asusté. Así que sí, la excusa del hielo fue patética, pero no podía pensar con su cara tan cerca de la mía.

Amadeus está tomando un café, ahora sin tanta azúcar; antes le ponía más de la mitad. En la mesa hay más comida de la que dos personas podrían comer. Amadeus trajo un plato con frutas, quesos,

pancakes, huevos revueltos con panceta, tostadas con sus respectivos acompañantes, *croissants* y pan de queso.

—No sabía qué tenías ganas de comer —dice mientras apoya el último plato y estudia mi cara al ver esa cantidad de comida.

Es agradable. El viento hace revolotear mi pelo y el borde de mi vestido. El olor salado del mar se mezcla con el aroma amargo del café, que a su vez se mezcla con el olor dulce de mi plato lleno de frutas, lleno de color.

—Esto es lindo.

—No me acuerdo de cuándo fue la última vez que tuve tres días libres. —Amadeus está armando un plato con huevos revueltos, panceta y tostadas. Seguro haré lo mismo cuando termine con mi plato de frutas. Sigo el movimiento de sus manos mientras unta sobre una tostada la mermelada de frutilla con una precisión que me recuerda a las series de cirujanos. Me detengo en sus dedos largos, en sus manos estructuradas. Le veo la marca que le hice años atrás y una melancolía se instala entre mis costillas.

Me obligo a correr la mirada y dejarla fija en el celeste del mar.

—Creeme —digo sin mirarlo—, tener tiempo libre está sobrevalorado.

—¿Sobrevalorado? —repite incrédulo.

Pincho una rodaja de durazno. La mastico y digo:

—Tuve una especie de minivacaciones, claramente forzadas, y los primeros dos días estuvieron bien. Al quinto ya caminaba por las paredes y agonizaba de aburrimiento. No sabía qué hacer con las manos. Soy una persona que necesita mantenerse activa, que su cerebro no se relaje demasiado, ya lo sabés. Y cuando te aburrís, pensás. Pensás mucho. Nunca es bueno pensar mucho. No sabés dónde podés terminar una vez que empezás.

Me giro para ver su reacción ante mis palabras. Su mirada es estoica.

—Me gusta mi trabajo. —Agarro el recipiente de huevos revueltos y me sirvo un poco. También una tostada—. No me da vergüenza decir que lo amo y que la mitad del tiempo prefiero estar dentro de una cocina que en mi casa. Sé que desde afuera se puede ver como si fuera una adicta al trabajo y que no tengo vida, pero yo lo veo más como una persona que está enamorada de lo que hace.

Amadeus asiente lentamente. Apoya sus codos sobre la mesa y se acerca a mí. Como si me quisiera contar un secreto que nadie más

tiene que oír.

—¿Te puedo decir algo sin que me juzgues? —Asiento—. Estoy disfrutando de estos días. No voy a negar que me vino bien descansar un poco. Estoy… Sigo acostumbrándome a mi puesto. Me gusta tener el control, pero como bien sabés, las responsabilidades tienen un peso abominable. —Entiendo lo que dice. Ser la persona que está al mando es más que gritar órdenes. Es permitir que cualquier error lleve tu nombre—. Así que sí, me gustó que por tres días mis decisiones no afectaran a nadie más que a mí. —Gira la cabeza y por un segundo mira el mar. Toma aire y lo suelta. Vuelve a mirarme con una media sonrisa—. Pero, así y todo, quiero volver ya mismo.

Una risa sube por mi garganta.

—Dijiste que no me ibas a juzgar —dice con una media sonrisa.

—¡Y no lo hago!

Entrecierra los párpados y suelta un sonido como de gato encerrado.

—En serio. Te entiendo. Para mí no es solo un trabajo. Es lo que soy. Y aunque hay días en que la presión me aplasta los pulmones y me estruja los huesos, porque no existen las jornadas tranquilas y es un trabajo que exige, exige y exige, no podría hacer otra cosa. Creeme que me lo planteé, el dejarlo atrás, pero me costaba verme a mí misma dedicándome a algo que no fuera dentro de una cocina. Nací para esto. Así que sí, te entiendo.

La gastronomía es un ambiente hostil, ácido, insoportable, exigente, agobiante, frustrante, dañino. Es una necesidad que amemos lo que hacemos, de otra manera no podríamos hacerlo directamente. Lo hubiéramos abandonado al primer grito de alguien diciéndonos que éramos inservibles, que damos asco, que lo más inteligente sería renunciar. Ahí es cuando uno se pregunta cuánto desea vivir de eso y cuánto daría para conseguirlo. Porque esta profesión te consume, te demanda, te quita horas y horas de tu vida, te hacer perder momentos, te hace llorar, te hace gritar, te hace sentir como si fueras una mierda. Pero la elegiría otra vez por esos escasos momentos donde me hace sentir invencible, donde puedo llegar a acariciar la excelencia.

Continuamos el desayuno hablando de diferentes temas, aunque nada demasiado profundo, nada que toque ningún aspecto muy personal. No nos animamos a sumergirnos en una conversación íntima. Pensamos antes de hablar y esa es la gran diferencia entre

nuestra relación ahora y nuestra relación cuando éramos amigos.

Existe algo peculiar en hablar con una persona como si fuera alguien que apenas conocés cuando en realidad sabés que le gusta cuando los días están soleados, que disfruta de cocinarle a las personas que ama. Que le gustan los perros, pero nunca pudo tener uno porque sus padres no querían mascotas en la casa, que cuando le crece el pelo se le arman rulos en las puntas, que le gusta coleccionar vinilos, aunque no tenga un tocadiscos, que detesta a las personas con paraguas que caminan por debajo del techo cuando llueve, ¿no tienen suficiente protección? Que llora desconsoladamente cuando un perro muere en las películas, que una vez intentó dedicarse al arte, pero tuvo que abandonarlo porque su familia no lo podía pagar. Que no se siente merecedor de lo que tiene, que cuando se ríe con ganas suele quedarse sin aire, que cada cosa que hace lo hace con una pasión y dedicación admirable, y que es de las personas que intentan, aunque le hayan dicho que no era lo suficientemente bueno.

Y ahora lo miro y esa persona sigue ahí. Sé que está ahí. Pero es difícil ignorar los años que abrieron una brecha entre nosotros. Hay un acantilado entre nosotros, Amadeus está en un extremo, yo en el otro, y un agujero formidable nos divide. Nos vemos borrosos, sin poder definirnos bien, sabemos que el otro está ahí, pero la distancia no nos permite vernos con claridad. Aunque nos esforcemos, nuestros ojos tienen un límite y si queremos vernos mejor, no queda otra opción que dar un paso adelante, dos, tres, y acercarnos. El problema es que el acantilado sigue ahí, como también sigue ahí el miedo de saltar y caer, lastimarse. Uno de los dos tendría que tomar el impulso y lanzarse, atravesar el aire y caer enfrente del otro. Así podríamos conocernos de nuevo. Entremezclar lo viejo con lo nuevo. Poder vernos de cerca, sin nada en el medio. Pero no estoy segura de que alguno de los dos sea lo suficientemente valiente como para dar ese salto.

—Hay un mercado a un par de cuadras. —Regreso a la mesa, al hotel, a la voz de Amadeus—. Podemos ir a visitarlo, si querés. —Noto que hace mucho eso, agregar un “si querés” al final de sus propuestas —. Me gusta eso de probar la comida de cada ciudad o país que visito. Podemos visitar el mercado primero y luego buscar algún lugar para almorzar. —La duda empapa su voz.

Termino mi plato, apuro mi café y digo:

—Me parece un excelente plan.

Un paso adelante.

Ignoro lo que me hace sentir la mirada de Amadeus. Su sonrisa cuando le digo que sí.

Capítulo 35

Amadeus

El sol baña cada rincón. El viento es ligero, nos acaricia la piel mientras caminamos por el mercado Fishew. Las personas caminan y se detienen donde algo les llama la atención. Hay una cantidad abundante de colores y aromas y texturas. Mis ojos quieren alcanzarlo todo, mis manos también.

Amelia se frena en un puesto que tiene frutas. Presiona un melocotón con los dedos y lo vuelve a dejar. Toma una ciruela, el señor la invita a probarla con un gesto con la mano. Cierra los ojos mientras el sabor explota en su boca. Estoy algo lejos así que no puedo oír lo que el señor le dice, que la hace reír.

Vuelvo a concentrarme en los cortes de carne que tengo enfrente. Los analizo y luego le hago preguntas al vendedor, desde el nombre de cada corte hasta cuál es el porcentaje de grasa.

Cocinar no se basa solamente en la actividad en sí. Para que un plato sea lo más cercano a la perfección es importante hasta el más minúsculo detalle. El agua no es igual en todos lados y aunque suene exagerado, que el agua sea distinta cambia el gusto, por más que los ingredientes sean los mismos y sigas los pasos de la receta al pie de la letra. Los detalles lo son todo. Por eso a mí me gusta ver, inspeccionar, estudiar la materia prima que se va a utilizar en mi cocina. Nada es elegido al azar y se busca constantemente la mejor calidad.

Más temprano, mientras hablábamos con Amelia, casi le digo lo que anda ocupando espacio en mi cabeza. Quiero conseguir mi primera estrella. Es apuntar alto, es aspirar a demasiado, pero quiero intentarlo. Y para eso voy a tener que hacer ciertas modificaciones, estudiar nuevas recetas, incorporar nuevos platos al menú, experimentar un poco más. Lo que existe ahora funciona y funciona bien, pero no te dan una estrella por simplemente funcionar.

—Compré el postre. —Amelia ahora está a mi lado y me muestra

una bolsa de madera llena hasta el tope de unas frutillas grandes y de un rojo chillón.

—Vi un puesto que venden sándwiches. —Mueve su cabeza para buscarlo con la vista—. Podemos comprar ahí e ir a la playa a comerlos.

Lo que sucede cada vez que le propongo un plan es que me da miedo de que me vaya a rechazar. De que yo esté interpretando mal esta paz entre nosotros y que en realidad ella no quiera pasar tiempo conmigo. No somos amigos, no sé si volveremos a serlo. Pero es que estos días que pasamos juntos se movieron algunos engranajes y las cosas ya no se sienten tan rígidas, fluyen un poco menos tensas. Yo me siento menos tenso.

Puedo sentir mis músculos relajarse ante ella, casi como antes. Puedo darme cuenta de que disfruto de solo escucharla hablar, de lo que sea. Puedo percibir el calor que me produce cuando nuestros cuerpos se rozan sin querer. O queriendo, como ayer a la noche mientras bailábamos. Puedo notar mis ganas de hacerla reír, sonreír. Puedo notar mi piel queriendo volar hacia la de ella.

Me aterroriza volver a sentir como antes. Porque tener que obligarme a no sentir, suprimir, pisotear, ocultar, ignorar lo que me pasaba me consumió. Y no me había dado cuenta de qué tan reprimido tenía lo que sentía por Amelia hasta que un día lo dejé salir y me percaté de su inmensidad. Lo llenaba todo. No sé si puedo volver a hacerlo. No sé si quiero pasar por lo mismo, el estar cerca de ella, pero en realidad estar a kilómetros y kilómetros de distancia. Porque cuando uno siente lo que no debe por quien no debe, nunca pero nunca logra estar tan cerca como desea.

Caminamos uno al lado del otro con el almuerzo en nuestras manos. Ella tiene la mirada fija en la playa, yo la miro de reojo. Lleva puesto un vestido amarillo con unas flores minúsculas. Nota mi mirada y me atrapa. No dice nada, pero alza las cejas y me sonríe. Niego con la cabeza. Ella señala con el dedo un lugar para sentarnos, se me adelanta y la sigo. La seguiría sin dudarlo adonde ella me dijera. Y es un pensamiento que me paraliza de terror.

* * *

—Dios, esto es injustamente rico. —Amelia pidió un sándwich de pan integral, tofu marinado, palta, queso, tomate secos y rúcula. El mío es

de pollo agridulce cortado en cubos, cebolla morada caramelizada y salsa de tomate.

—Tomá, probá —dice mientras me pone el sándwich en la cara.

—No te quiero sacar un trozo de felicidad.

—Callate y comé.

No le discuto dos veces. Amelia nunca fue de las que cambian de opinión fácilmente. En realidad, no recuerdo alguna vez que lo haya hecho. Cuando algo se le mete en la cabeza, no hay manera de sacárselo. Y la admiro por eso. Es una persona fiel a sus instintos, ideas y decisiones. Da los primeros pasos con convicción, pero también los terceros y los cuartos. Avanza sin mirar para atrás, sin querer volver corriendo al inicio e intentarlo de una manera diferente. A veces me gustaría ser un poco más como ella.

Puedo entender por qué es tan exitosa. Por qué logró lo que logró.

En los últimos días me pregunté si a lo mejor no debería dejar que Amelia se involucre más en la toma de decisiones dentro de la cocina, que tenga voz y voto. Darle un poco más de libertad y dejarla que improvise un poco. Me lo planteé reiteradas veces, pero al final la conclusión es siempre la misma: es peligroso que Amelia deje rastros, detalles de ella. Volvería más dolorosa su partida inminente.

Mi cerebro no puede asimilar otro escenario que no sea el de ella yéndose. Sé que su estadía en mi cocina es solo temporal. Es como si un gigante quisiera vivir en una casa para muñecas. Nunca se va a sentir a gusto, al poco tiempo va a notar que no entra, que no está cómoda, que necesita más lugar. Amelia es enorme para que se conforme con el puesto que tiene en mi cocina. Nació para lograr lo extraordinario. Y eso no lo puede hacer si se queda en donde está. Soy consciente de que tarde o temprano se va a ir y eso es lo que me retiene a darle un poco más de lugar, porque después ella se va, pero queda su fantasma y la cocina es de los pocos lugares en los que siento paz y no quiero que deje de serlo.

Le doy un mordisco al sándwich de Amelia.

—Increíblemente rico —admito. Es excelente el contraste entre el tofu marinado y los tomates secos, hace que el sándwich sea una fiesta de sabores.

—Te dije.

—Ahora no te lo quiero devolver.

—Te doy la mitad si me das la mitad del tuyo.

Ambos partimos nuestros sándwiches y le damos la mitad al otro.

Terminamos de comer en silencio. Supongo que cada uno está teniendo una conversación interna. No sé dónde estará su mente, pero la mía viajó al pasado.

* * *

—¿Estás enojado? —Era la décima vez que Amelia repetía eso y no había forma de hacerle entender que no, no estaba enojado.

—Ya te dije que no.

—Es que… ¿quién va a ver una película de terror si no le gusta? —Alzó los brazos indignada.

Habíamos ido al cine a ver una película de terror que estaba de estreno. No era mi plan favorito, pero había perdido una apuesta. Los primeros diez minutos de la película transcurrieron sin inconvenientes. Hasta que un hombre, cada vez que había una secuencia donde reinaba la tensión y era evidente que algo malo iba a suceder, gritaba. Con intensidad. El hombre parecía estar sufriendo, agonizando. Y llegó un punto en el que Amelia le pidió que se callara o se fuera. ¿Pudo haberlo dicho de alguna manera más amable? Posiblemente. Nos terminaron echando de la sala después de que Amelia y el hombre se metieran en una discusión que finalizó con Amelia revoleando pochoclos.

Así que ahí estábamos, en mi departamento, comiendo los pochoclos que habían sobrado una hora antes de lo esperado.

—A mí —puntualicé señalándome el pecho—. No me gustan y fui igual.

—Perdiste una apuesta y no estuviste llorando como si fueras un bebé adulto durante los primeros treinta minutos. Es una película de terror, ¿adivina qué? ¡Te vas a asustar!

—Admito que exageró un poco.

—¿Un poco?

—Bueno, un poco bastante.

Asintió y se dirigió a la cocina.

—Igual me siento algo culpable por arruinar nuestra noche así que voy a preparar la cena.

—No hace falta. —Cocinamos todo el tiempo, no era necesario que en nuestra noche libre lo hiciera.

—Shh, voy a hacer fideos gratinados con queso. Los que te gustan.

Me puse a su lado y cocinamos juntos. Abrimos una botella de

vino. De nuestros labios salían carcajadas y entraban pedazos de queso parmesano, *mozzarella* y sorbos de vino.

Terminamos tumbados en el sillón, nuestras panzas llenas de comida, nuestras lenguas densas, un poco por el vino, un poco porque no parábamos de hablar. Con ella era así, hablar era nuestra actividad favorita. Podíamos pasar horas debatiendo sobre absolutamente cualquier cosa.

—¿Me puedo quedar a dormir?

—Sí, Theo está en lo de Dante. Podés dormir en su habitación.

—Perfecto. —Se levantó del sillón y me miró—. Te robo una remera para dormir. —No esperó que respondiera antes de ir a buscarla.

La miré desde la puerta mientras rebuscaba en el cajón.

—Esta es la elegida para esta noche.

—Que vuelva —supliqué.

—¡Las devuelvo sanas y salvas siempre!

Puse los ojos en blanco.

—Dejame dudar sobre la afirmación que acabás de hacer.

Ignorando mi comentario pasó por la puerta y se dirigió a la habitación de Theo. Antes de entrar giró para verme.

—Solo me quedo con las que me gustan. —Y cerró la oración con un guiño.

Abrí la boca para responder, pero ya había cerrado la puerta.

Lo que ella no sabía es que por mí se podía quedar con cada una de mis prendas de ropa. Lo que me pidiera, lo que sea, se lo hubiera dado. No me importaba.

Pero nunca se lo dije y ella nunca supo que le hubiera dado cualquier cosa que me hubiese pedido. Y mientras volvemos caminando al hotel pienso que a lo mejor fue un error nunca decir ciertas cosas en voz alta. ¿Qué tan distinto sería el presente si hubiera sido un poco menos cobarde? ¿Seguiríamos siendo la versión de nosotros que se gasta los minutos hablando sobre lo primero que se nos cruza por la cabeza? ¿O seríamos una versión de nosotros que cuando el semáforo está en rojo se dan un beso? Aprovechando cada segundo.

Nunca lo sabré.

Pero nunca es tarde para dejar de hacerse preguntas e intentar ver qué sucede cuando el corazón toma las riendas y está al mando.

A lo mejor ahora puedo ser lo suficientemente valiente como para

decirle lo hermosa que se ve bajo el sol, con la neblina menos abrumadora, con su vestido amarillo, con la mirada un poco más en paz, con la brisa haciendo que tenga que correrse el pelo de la cara, con sus piernas infinitas caminando a la par de las mías.

Escupo las palabras antes de que pueda tragarlas.

—Estás hermosa, Amelia.

Oh, si pudiera tener el poder de guardarme la sonrisa que me da. La guardaría en un lugar especial y solamente la sacaría para esos días donde la vida se siente un poco triste y complicada. Ahí abriría el cajón y con cuidado sacaría la sonrisa de Amelia y recordaría que no todo es una mierda.

Capítulo 36

Amelia

Existen pequeñas acciones que hacemos sin pensar. Son cotidianas. Decir “buenos días” cuando nos despertamos y “buenas noches” cuando nos vamos a dormir. Soplar la comida cuando está muy caliente. Cuando alguien estornuda, decirle “salud”. Frenar cuando el semáforo está en rojo. Pedir tres deseos antes de soplar las velas. Hacer dos pasos y volver a tu auto para fijarte si activaste la alarma o no. Contestar “estoy bien” cuando te preguntan cómo estás.

No sé por qué pienso en eso cuando veo a dos mujeres caminando tomadas de las manos. Se me viene a la cabeza que a lo mejor para ellas ese gesto es uno que entra en el catálogo de acciones que salen de manera natural. No lo tienen que pensar porque sus manos corresponden ahí, una junta a la otra. Unidas. No se lo deben cuestionar, simplemente lo hacen.

Una sonrisa crece en mi rostro al mirarlas mientras ellas, ajenas a mis pensamientos, se alejan con el atardecer en el fondo.

Amadeus camina a mi lado. Nos dirigimos al hotel, nuestro vuelo sale en un par de horas. A lo mejor cenemos algo en el aeropuerto.

Bajo la mirada hacia su mano. Se balancea ligeramente. Adelante, atrás. Un minúsculo impulso irracional me dice que se la agarre y entrelace nuestros dedos. ¿Cómo se sentirá el roce de su piel contra la mía? Quiero no querer soltarla. Quiero poder sentir algo.

Me doy cuenta de que jamás experimenté ese amor del que muchas personas hablan, escriben libros y hacen películas. Con Sebastiano fue un amor intenso, eso sí. Pero no del bueno. Fue ese tipo de amor que te consume poco a poco, te va sacando pedacitos tuyos casi sin que te des cuenta. Hasta que llega un día que te parás frente al espejo y apenas podés reconocerte. Te acercás a tu reflejo, te buscás con tus ojos y te llenás de miedo cuando no te podés encontrar. Te das cuenta de que te fueron moldeando, desarmando, modificando, y vos ni

siquiera pudiste notarlo hasta que ya era muy tarde. ¿Cómo renunciás al único amor que tenés? No es fácil cuando es lo único que conocés. A veces nos quedamos con lo feo porque no tenemos otra cosa. Yo estaba sola en esa vida con Sebastiano. No tenía amigos, no tenía familia. Solo lo tenía a él y creo que en ese momento era mejor que la alternativa, que era no tener a nadie.

Hasta que no regresé no me había dado cuenta de la soledad que me seguía.

Ahora me toca ayudarme a mí misma a recuperar lo que él me quitó. Pedazo por pedazo. Y, aunque no es tan sencillo, poco a poco me empiezo a sentir un poco más yo. La Amelia que era antes de irme mezclada con la nueva Amelia.

Seguimos caminando, cada uno está encapsulado en sus propios pensamientos. Amadeus camina con los ojos al frente, el ceño ligeramente fruncido. De vez en cuando mira al mar que está a nuestra derecha. De vez en cuando me mira de reojo, disimuladamente. Yo hago lo mismo.

El sol del atardecer le pinta el rostro, la brisa danza entre los mechones de su pelo. Eso hace que se pase la mano para acomodarlo. Me gusta cuando hace ese gesto, uno que estoy segura de que para él es algo normal e insignificante, pero yo me encuentro hipnotizada por el movimiento, por cómo su mano recorre su pelo oscuro, por cómo su brazo se tensa, por cómo al final enrosca un mechón entre sus dedos para ondularlo.

Vuelvo la vista al frente. Espero unos segundos. Intento no volver a mirarlo. Fallo.

Me fijo en su nariz, grande, recta, masculina. Recuerdo que cuando habla se mueve un poco la punta. Pensar en él hablando hace que le vea la boca. Algo se asienta en mi estómago cuando fugazmente pienso en cómo se sentirá presionar mis labios contra los suyos. No es la primera vez que lo pienso, pero hacía demasiado tiempo que no lo hacía. Me sorprendo a mí misma cuando me doy cuenta de que mi cuerpo reacciona exactamente igual que antes ante la idea de besarlo. Como si mi atracción por Amadeus fuera inalterable. Una constante en el tiempo.

Intento poner mi mente en otra cosa que no sea él.

A veces los pensamientos son como la etiqueta de una remera que cortaste mal y te roza el cuello cada vez que te la ponés. No te deja de molestar. La única solución es sacarte la remera, agarrar una tijera y

cortarla del todo.

Eso siento cuando pienso que por más que intente enfocarme en mi presente y en lo que tengo hoy en día, me es imposible no mirar hacia el futuro.

Desde que mi abogada me dijo que era una posibilidad recuperar el restaurante, la esperanza se instaló en mí. El poder recuperarlo sería como conseguir el último pedazo del rompecabezas que tanto me está costando armar. Podría volver a sentirme completa de nuevo. Mi mejor versión. A pesar de todo lo que pasó con Sebastiano, no le tengo rencor a todo lo que logré en Francia. Sigue siendo mi mayor orgullo. Hay noches que me hierve la sangre saber que se lo entregué sin luchar, que ganó mi parte impulsiva y me fui sin pensar en lo que estaba dejando atrás. Algo me dice que eso es todo lo que necesito, recuperar mi restaurante. Mi puesto. Mi trabajo. Mi lugar. No necesito nada más, a nadie más.

Después de lo que experimenté con Sebastiano, uno pensaría que mi concepto sobre el amor se pudriría y yo no querría saber nada al respecto, y es así. Tiene sentido que yo no tenga ganas de entregarle mi corazón a alguien de nuevo. Pero no solo por lo que pasó, sino porque me di cuenta de que lo más inteligente es dedicarme a mi carrera, no sé si tiene sentido perder el tiempo en el amor, algo tan frágil, tan efímero.

El hotel aparece ante nosotros.

—Tenemos unas tres horas antes de tener que irnos.

Podría preguntarle si quiere venir a mi habitación. Podríamos ver una película para hacer tiempo. Podríamos pedir servicio a la habitación. Podríamos liberar esta tensión que sentimos desde ayer a la noche y que solamente crece y crece. Podríamos, podríamos, podríamos. Pero no deberíamos. Menos sabiendo que no estoy para enfocarme en nadie más que en mí misma.

Sería irresponsable dejarme llevar. Estoy luchando contra mi naturaleza. Estoy luchando desde hace días. No sé cuánto más pueda aguantar. Me tengo que recordar eso cuando estamos subiendo al ascensor, porque su cercanía me afecta, su aroma me marea, su cuerpo es como un imán, su voz me hace cosquillas en el estómago.

—¿Amelia?

Cierro los ojos. Reprimo la tentación. Los vuelvo a abrir y sonrío, aunque por dentro soy una tormenta.

—Perdón, estaba haciendo un repaso mental de las cosas que

guardé en la valija. Creo que no me olvido de nada. —Amadeus asiente lentamente, aunque estoy segura de que detecta la mentira. Me pregunto si sabe las ganas que tengo de presionarlo contra la pared. Dios, necesito salir de acá.

—Podríamos pedir algo para comer en la habitación. —Estudia mi rostro para ver qué pienso. Espero que no se me noten las ganas de decir que sí—. La comida en el aeropuerto es cara.

—No creo que sea una buena idea. —Eso llama su atención. Se para más recto, me mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—Porque… —Pienso a toda velocidad una respuesta que tenga sentido. Hace tres días que pasamos casi todo el tiempo juntos, así que decir eso ahora no tendría mucha lógica. Podría decirle que tengo que armar la valija, pero le acabo de decir que ya la había hecho. Pensá, Amelia. Y rápido porque te está mirando como si estuvieras por tener un derrame cerebral—. Porque suelo meditar antes de subirme a un avión. —Jamás en mi vida pude estar más de veinte minutos quieta sin hacer algo o decir algo.

—No sabía que meditabas.

—Sí, es algo que empecé a hacer hace poco.

—¿Qué tipo de meditación prácticas?

¿Hay distintos tipos de meditación?

—Eh… esa que… bueno, no sé el nombre, pero la que…

La risa de Amadeus me toma por sorpresa, me paraliza.

—Amelia. —Se le escucha la sonrisa en la voz—. No hace falta que intentes mentir, ambos sabemos que se te da fatal.

—No estoy mintiendo…

Me detiene antes de que pueda seguir mintiendo.

—Entiendo que quieras pasar un rato a solas. —No es eso, es que me da terror estar a solas con él durante tres horas en una habitación, pero no puedo decírselo—. Últimamente no te estoy dejando más opción que estar conmigo con todos los planes a los que te invito.

—Amadeus, no es que no quiera pasar tiempo con vos.

—En serio, lo entiendo —lo dice de verdad, no hay rastro de reproche.

Las puertas del ascensor se abren, él pone un pie afuera, yo me demoro unos segundos antes de seguirlo.

No sé muy bien por qué, pero no quiero que piense que no tengo ganas de estar con él. En realidad, tengo ganas de estirar un poco más

las horas, de retrasar nuestro regreso.

Lo que sucede con las burbujas es que son delicadas, frágiles. Lo más mínimo puede hacerlas explotar. Están ahí, flotando, absorbiendo la luz, brillantes, y de la nada, pum, ya no están más. Algo me dice que Amadeus y yo estamos justamente flotando dentro de una burbuja. Y que apenas volvamos va a pasar lo que les pasa a todas las burbujas sin excepción, va a estallar.

La realidad que nos espera afuera no es tan linda. Quiero seguir dentro de la burbuja un poco más, aunque soy consciente de que se va a terminar tarde o temprano. Más temprano que tarde, no tiene sentido mentirme.

—Amadeus. —Se da vuelta para mirarme. Alza las cejas a modo de pregunta.

—¿Tu habitación o la mía? —pregunto antes de arrepentirme.

Puedo ver por su expresión que no entiende qué estoy queriendo decir.

—Para comer.

Su sorpresa dura un instante, antes de darle paso a la seriedad.

—No hace falta. No quiero que te sientas con la obligación de decirme que sí a todo lo que te propongo.

—Mirá —digo mientras me acerco—, ambos vamos a hacer exactamente lo mismo, no tiene mucho sentido que lo hagamos por separado.

—Pero recién me dijiste…

—Recién fui estúpida.

No me cree. Sigue pensando que se lo digo por compromiso. No lo puedo culpar. Hace un minuto le dije que no.

Dejo salir un suspiro.

—Te dije que no porque no me parece una idea muy inteligente vos y yo en una habitación. Solos. Por horas. —Espero que mis palabras se asienten en el aire. Que Amadeus las procese. A los segundos, sus facciones se iluminan de compresión.

—Amelia, somos adultos. —Puedo notar cómo intenta reprimir una sonrisa—. Podemos controlarnos, si es eso lo que te preocupa. —Pienso que ayer estuvimos a punto de tirarlo todo a la mierda. No sé si voy a poder volver a alejarme si él se acerca. Dios. Ni siquiera sé si soy capaz de mantenerme alejada de él por mi cuenta.

Ambos acabamos de admitir en voz alta que somos plenamente conscientes de la tensión que nos viene envolviendo desde hace días, y

eso me relaja y asusta en partes iguales.

—Igualmente, si no te sentís cómoda, lo entiendo.

Niego con la cabeza.

—Tenés razón —digo mientras me dirijo a mi habitación, paso la tarjeta y abro la puerta—, somos adultos.

Lo miro, invitándolo a entrar. Él sigue estático en el pasillo. Hay algo en su cara, pero no puedo descifrar qué. Trago antes de hablar.

—Somos adultos —repito, y como si mi voz lo llamara, avanza lentamente.

Es un momento bisagra, de esos que marcan de forma inevitable un antes y un después. El problema con los momentos bisagra es que uno nunca sabe que está a punto de vivir uno hasta que ya sucedió. Y este no fue la excepción. Muchas cosas pasaron a partir de ahí, tan pegadas, que podrían clasificarse como una misma.

Amadeus avanza hacia mí, atraviesa la puerta de la habitación. La cierro y me apoyo contra ella. Miro su boca, él mira la mía. Sus ojos más oscuros que nunca me miran con una intensidad que me hace agitar el pecho. Acorta un poco más la distancia que nos separa, yo no me alejo. Su boca se entreabre y yo me quedo viéndola como si fuera un regalo que estuve esperando durante años. Él me mira con miedo, con hambre. Yo lo miro con duda, con ferocidad.

El silencio nos invita a que lo llenemos como sea, pero no con palabras.

Su respiración está agitada, mi pecho inquieto. Acorta más y más la distancia entre nuestros cuerpos. Lo permito. Roza mis labios con sus dedos, una caricia casi imperceptible. Lucho por resistirme, lucho por no rendirme ante su tacto, ante el deseo. Él parece estar haciendo lo mismo.

Pierdo sus ojos por unos segundos, cuando cierran los párpados. Le observo la cara, llena de preocupación, llena de ganas.

Quiero gritarle que me bese; y un lado de mí, quizás el racional, quiere que se aleje.

Abre los ojos de nuevo. Los tiene dilatados, llenos de deseo. Me queman. Mi estómago es un revoltijo de nervios. Su mano izquierda me acuna la cara, sucumbo ante el tacto, cierro los ojos.

—Amelia. —Está tan cerca que puedo sentir el aire salir de sus pulmones. Mi cuerpo quiere acercarse aún más a él, compartir ese aire.

—Amadeus. —Mis labios rozan los suyos.

—Decime que pare. Pedime que me aleje —me suplica. Es lo más sensato, pero mi cuerpo ya abandonó cualquier gota de cordura.

Quiero probar a Amadeus.

—¿Tenés miedo? —susurro sobre su cuello. Puedo ver cómo se mueve su nuez de Adán.

Sus manos agarran los costados de mi cadera con ímpetu, pero no se mueve ni un centímetro más.

Me alejo para volver a mirarlo a la cara. No es miedo lo que me encuentro. Siento como si magma me recorriera las venas cuando mis ojos ven los suyos, casi animales.

Acerca su boca a mi oído. Un escalofrío me sacudió por completo.

—Estoy aterrorizado.

Estamos a tiempo, todavía no cruzamos la línea. Podemos parar. Sigue existiendo la posibilidad de frenar.

Sus labios dejan un beso en mi mandíbula y hacen su recorrido hasta quedar frente a mi boca. Sus labios la acarician con timidez. Piden permiso sin palabras.

No necesitamos más.

Nuestras bocas hacen combustión y entonces nos estamos besando.

Mis labios se incendian sobre los suyos, su lengua se enreda con la mía. Suelto un gemido que hace que me alce y rodeo su cintura con mis piernas. Me aprieta contra la puerta.

—Dios —suelta mientras despega su boca de la mía y me recorre el cuello. Tiro la cabeza hacía atrás para darle más acceso—. Dios mío.

Me siento extasiada. Quiero más. Lo quiero todo.

Sus labios siguen bajando hasta el borde de mis pechos, uno de los breteles de mi vestido se rindió dejándose caer, mis manos se hunden entre los mechones de su pelo.

—Amadeus —digo entre jadeos—. Amadeus —repito mientras le tiro de la remera para llamar su atención.

Nada. Tiene su boca sobre mis clavículas, lame y besa.

Me va a volver loca.

—Amadeus. —Tomo su rostro con mis manos.

—Perdón, no te escuché. —Su sonrisa es maliciosa, traviesa.

La imagen de Amadeus con los labios hinchados y el pelo despeinado solo me da más ganas de besarlo de nuevo y de nuevo, hasta que se me cansen los labios.

—Deberíamos ir al aeropuerto.

Frunce el ceño.

—Si seguimos así no vamos a poder parar y no podemos perder el vuelo.

Hay peligro en la manera que Amadeus me mira.

Asiente con la cabeza, descruzo mis piernas de su cintura y me bajo lentamente hasta que mis pies alcanzan el piso. Me acomoda el pelo detrás de la oreja y me da un beso en la frente, un gesto lleno de delicadeza, que me hace cerrar los ojos y sonreír.

Lo siguiente que dice retumba en mi cabeza como si fuera un eco y hace que me tiemble cada fragmento del cuerpo.

—Una noche. No te pido más que una noche.

Hay incendios a los que se llega demasiado tarde como para querer intentar apagarlos. La única opción es aceptar la realidad y sentarse a ver cómo se va prendiendo fuego todo a tu alrededor. Y este es uno de ellos.

Capítulo 37

Amadeus

Es la tercera vez que se me quema la base de la tarta. La tercera. Frustrado, abro la puerta del horno y saco la masa quemada. La tiro con fuerza sobre la mesa junto a las otras dos.

Por más que intente, no puedo concentrarme. Mi mente viaja a unos días atrás, a Amelia gimiendo ante mi tacto. Su sabor en mi lengua. Nuestras manos recorriéndonos con desesperación.

Al parecer no tengo la habilidad para pensar en otra cosa que no sea ese momento.

La cocina del restaurante está vacía. Y con razón, porque son las seis de la mañana. Salí a correr a la madrugada, pensando que así iba a poder descargar un poco de adrenalina e iba a lograr dormir, aunque sea un par de horas.

No funcionó.

Así que acá estoy, hace dos horas intentando hacer una mísera tarta. El relleno iba a ser un *mousse* de maracuyá. La masa de la base decidí que sería de chocolate amargo. Y para decorarla había pensado en una mermelada también de maracuyá y unas flores comestibles. Sonaba bastante bien, si tan solo pudiera tener la capacidad de hacerlo.

Me tomo el puente de la nariz, cierro los ojos y dejo salir el aire de mis pulmones.

¿Saben los efectos que pueden tener para una persona seis noches durmiendo mal? Ayer en el desayuno no pude encontrar mi celular por ningún lado. Lo busqué en cada rincón del departamento. Saqué los almohadones del sillón. Me fijé debajo de la cama. Di vuelta todo mi placar. Nada. No estaba por ningún lado. Efectivamente se había esfumado de la faz de la tierra. No había otra explicación.

Resignado abrí la puerta de la heladera para guardar la leche que había usado para el café y ahí fue cuando lo vi. Mi celular, apoyado en

la parte donde van los huevos. Claro, había sacado un par de huevos para el *omelette* que me había preparado y mi cerebro me ordenó que dejara mi celular ahí. ¿Por qué no?

En otras noticias, hoy casi me pisa un auto por cruzar distraído.

Básicamente si no consigo una noche donde pueda dormir ocho horas de corrido me voy a morir. Y no lo digo metafóricamente.

El recuerdo de lo sucedido hace una semana influye en mi falta de sueño. Pero no es solo eso, sino también que no entiendo por qué Amelia apenas me habla desde que regresamos. Me ignora cada vez que tiene oportunidad y me gustaría saber cuál es la razón.

No voy a negar que tengo una teoría y es que a lo mejor se arrepiente de lo que pasó entre nosotros. La entendería si fuera ese el motivo. De verdad. Si viniera y me dijera que se arrepiente, lo comprendería. Tendría lógica que haya recapacitado y con la mente en frío se haya dado cuenta de que ese beso fue un completo error.

Porque lo fue, ¿no?

Con el paso de los días le di mil vueltas a todo este asunto y aunque no me guste admitirlo, puede ser que nos hayamos equivocado. Que en realidad solo conseguimos arruinar la extraña alianza que se había instaurado entre nosotros dos. Tal vez no tuve que haber incitado a que se dé ese beso. Porque es evidente que lo hice. Lo provoqué. Desde el segundo en el que elegí acercarme, cuando pude haber hecho lo contrario y alejarme hasta el otro extremo de la habitación. Comportarme como se suponía que tenía que hacerlo. Pero no pude. No tenía las fuerzas para seguir comportándome, aguantando. Me quemaba por dentro. Y se sintió tan pero tan liberador cuando mis manos la tocaron, cuando sus piernas me abrazaron, la manera en la que jadeaba, sus manos tirándome del pelo, Amelia moviéndose en busca de fricción, mi lengua lamiendo su piel.

Así y todo, si ella me dijera que se arrepiente, que quiere olvidarse de lo que sucedió y hacer como si nunca hubiera existido ese beso, lo entendería. Pero apenas me mira y sinceramente no sé cómo afrontar la situación, no sé qué decirle, no busco hacerla sentir incómoda o bajo presión, ni quiero exigirle nada. Sé qué lugar ocupo en su vida y sé que no soy merecedor de explicaciones.

Los ruidos de la calle aparecen cuando alguien abre la puerta de entrada. Escucho que un par de pasos se acercan a la cocina, y la puerta para ingresar chirría. Giro la cabeza para ver quién acaba de

entrar, porque es raro que alguien esté a esta hora de la mañana. Muy pocos de nosotros tenemos llaves.

Amelia. Mi corazón se detiene. Se está quitando la bufanda con la mirada en el piso. Todavía no notó que estoy acá.

—Buenos días —la saludo casi sin aire.

Amelia suelta un grito y se lleva la mano al pecho.

—¡Amadeus! —Sigue con la mano en el pecho y tiene el terror impreso en el rostro.

Me cuesta no sonreír.

—Perdón —digo—. No era mi intención asustarte.

Termina de sacarse todo el abrigo que llevaba puesto y me fulmina con los ojos mientras va al vestuario.

Veo la hora en el reloj que está sobre la pared.

Me doy cuenta de que sigue siendo demasiado temprano para que ella esté acá.

Tenemos que venir por la mañana para dejar ya preparados ciertos pasos de algunos platos. A veces es necesario que dejemos ingredientes reposando, marinando, cocinando o enfriando por horas y venimos por la mañana, así cuando a la noche es momento de usarlos, ya están listos. Intentamos ahorrar lo más posible de tiempo y ser lo más expeditivos y prácticos.

—Llegaste temprano —digo cuando regresa ya cambiada.

Sus ojos se frenan en el desastre que hay sobre la mesa.

—Por lo que veo, no tan temprano como vos. —Sigo el movimiento de sus brazos mientras se ata el delantal.

Lleva su pelo corto atado y le caen unos mechones por el rostro. Me dan ganas de colocarlos detrás de su oreja. Haría lo que fuera como excusa para volver a tocarla, para poder estar así de cerca de nuevo.

—No podía dormirme, así que decidí aprovechar y mejorar mi receta de tarta de maracuyá. —Señalo las tres tartas carbonizadas—. Podría decirse que fue todo un éxito.

Amelia asintió.

—¿Y vos? —pregunto mientras levanto la catástrofe que provoqué en el intento de cocinar—. ¿Qué te trajo tan temprano a la cocina?

Duda antes de responder.

—Tampoco podía dormir.

Lo tomo como una invitación. Si quiere hablar del tema, esta podría ser la única oportunidad.

—Amelia, sobre lo que pasó hace unos días, yo…

—Te quería pedir perdón —dice arriba de mis palabras.

—¿Perdón?

Me doy cuenta de que está un poco incómoda y que está analizando si seguir hablando o no. Como ella no dice nada, decido hacerlo yo.

—No sé por qué me estás pidiendo perdón, pero si es por lo del beso, quiero que sepas que no hay nada por lo que te tengas que disculpar. —Hago una pausa—. En todo caso, el que se tendría que disculpar soy yo.

—Fuimos los dos.

—Sí, pero yo lo empecé.

—No es que yo hiciera mucho por evitarlo, Amadeus —dice con cierta resignación, y me hace pensar que a lo mejor ella hubiera querido evitarlo. Avanza hacia donde estoy y me ayuda a ordenar.

—¿Te arrepentís? —La pregunta llama su atención, se detiene unos segundos para mirarme, pestañea y retoma lo que estaba haciendo.

—No sé si usaría esa palabra.

—Entiendo si ese es el caso.

—Es complicado. —Asiento con la cabeza. Dejo en la bacha lo que es para lavar. Amelia hace lo mismo. Estamos cerca cuando vuelve a hablar.

—¿Vos te arrepentís?

—No —digo con una seguridad que me sorprende hasta a mí.

—¿No? —Por la expresión en su cara le cuesta creerlo.

—No —repito y mis ojos viajan a su boca. Los de ella hacen lo mismo.

—Amadeus…

Sé que es una advertencia. Sin embargo, el recuerdo me nubla la cabeza y pierdo la razón. Solo sé que quiero besarla otra vez. Quiero que ella quiera besarme otra vez. Podría hacerlo, solo tengo que inclinarme, tomarla del cuello y besarla. Así de fácil, así de sencillo. Lo único que me frena es que no siento que ella desee lo mismo que yo. Y por más que muera por besarla de nuevo, no quiero complicar más las cosas entre nosotros.

—¿Por qué me evitaste durante toda la semana? —Pongo un poco de distancia entre nosotros.

Amelia se apoya contra el borde de la mesa y se cruza de brazos. Juega con los pies mientras busca una respuesta.

—Me puse a pensar que a lo mejor hubieras preferido que ese beso nunca hubiera ocurrido y no sé si quería escucharlo. Y además necesitaba un poco de espacio para procesar mis emociones y entender qué pensaba yo al respecto.

Asiento.

—Te entiendo.

Después de eso ninguno de los dos dice nada por unos minutos. Yo friego lo que usé para cocinar y Amelia me ayuda secando. Nos asentamos en un silencio cómodo hasta que dejamos todo limpio y ordenado. Me fijo la hora de nuevo, todavía queda una hora hasta que vengan los demás.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Siempre. —Me termino de secar las manos con el repasador y lo dejo sobre la mesa.

—¿Sabías que iba a pasar?

—¿Qué cosa? ¿El beso? —Asiente con la cabeza—. La verdad es que no. Durante el viaje varias veces me dieron ganas de besarte, pero nunca tuve la intención de hacer nada con eso. Hasta la noche anterior al beso. En ese momento me dolían los músculos del esfuerzo que estaba haciendo para no moverme, para no inclinarme y tomar tu boca. Pero cuando te fuiste, me dejaste un mensaje claro y lo respeté. Así que cuando me invitaste a tu habitación, ni por un segundo lo tomé con segundas intenciones. No lo planeé, simplemente… pasó.

—Entiendo. —Es su turno de secarse las manos con el repasador. Ya terminamos de limpiar, secar y acomodar todo. Apoya su cadera contra la encimera y me mira con una sonrisa atrevida—. Así que, varias veces ¿eh?

Pongo los ojos en blanco y me acomodo para quedar en la misma posición que ella. Cruzo los brazos y con mi mirada fija en ella, agrego:

—Lo decís como si no hubieras tenido los mismos pensamientos. —Abre la boca, entrecierra los ojos y se lleva una mano al pecho como si estuviera indignada—. Te olvidás de que te conozco, Amelia. Te conozco muy bien. —Me mira con una mezcla de diversión, pero también hay algo más, algo más cercano al fuego.

Sin decir nada se endereza y se saca el delantal. La remera de Amelia tiene un oso sosteniendo una rama, la cual está apuntando a… ¿eso es mierda? Sí, eso es caca, efectivamente. Y arriba del oso la palabra "*bullshit*" se lee sin problemas. Amelia tiene una fascinación

por las remeras con estampas divertidas, diferentes. Más de una vez me reí por algo que llevaba puesto. Ella se lo toma como un halago.

—¿Estás viendo mi remera?

—Sí.

—¿Te gusta?

Me río.

—Es divertida.

Me responde con una sonrisa amplia como una casa.

—Misión cumplida entonces.

La veo mientras dobla el delantal con una lentitud innecesaria. Sigo esperando una respuesta a lo que le dije antes. Pienso que no me va a responder cuando de repente dice:

—Yo también te quise besar. Más veces de las que me gustaría admitir.

Cuando me vuelve a mirar puedo ver lo difícil que es para ella haber confesado eso. Como si hubiera perdido una batalla interna que estaba obligada a ganar. Amelia no quiere querer besarme, sino todo lo opuesto. No quiere sentir absolutamente nada hacia mí, ningún tipo de deseo. En su cabeza ve toda esta situación como algo que está mal, algo que no debería suceder. Puedo entenderla, por supuesto que puedo entenderla. Pero eso no quita que me lastime. No quiero ser un inconveniente para ella, algo que se suma a su lista de problemas. Está lidiando con su divorcio, con su carrera, y no tengo la intención de complicarle más las cosas.

Me doy cuenta de que no hay lugar para ni siquiera tener la ilusión de un nosotros.

—Amadeus.

El tren de pensamientos se detiene cuando su voz dulce, lenta, dice mi nombre. Y mi corazón se detiene cuando mis ojos la miran.

—Te quiero besar ahora.

Y lo sé, apenas nuestras bocas colisionan, lo sé. No hay vuelta atrás. Me rendí.

El problema con los desastres es que a veces contienen cierta belleza que te prohíbe evitarlos, te atraen, te seducen. Se disfrazan de algo bonito que te encandila con su esplendor. Pero tarde o temprano ese brillo se apaga y te permite ver lo que hay detrás de toda esa luz. Amelia y yo somos una catástrofe en construcción. No tenemos ni idea del daño que nos vamos a hacer. O sí. Pero hay errores que estamos destinados a cometer.

Capítulo 38

Amelia

Amadeus es un hombre al que le gusta besar. Quiero decir, claramente a todo el mundo le gusta besar, pero en varias ocasiones el beso es el inicio de otra cosa. Muchas personas toman a los besos como la llave para el sexo. Bueno, Amadeus no es ese tipo de persona.

Su boca besa la mía como si la hubiera estado esperando por años. Se toma su tiempo, como si no quisiera estar haciendo otra cosa. Su boca posee la mía como si no existiera duda de a quién le pertenece. Puedo sentir su urgencia, su hambre.

El beso lo inicié yo, con mis brazos le rodeé el cuello y estampé mis labios contra los suyos. Él tardó un microsegundo en responderme. Apenas su cuerpo reaccionó, me aprisionó contra la encimera. Nuestros cuerpos estaban pegados, mi cintura me dolía porque tenía a Amadeus prácticamente encima. No me importó. Nada me importa. Ignoro la alarma que suena en mi cabeza, que grita que esto es una pésima, terrible, espantosa idea. Que lo último que debería estar haciendo es besar a Amadeus.

A lo mejor no tendría que ignorarme.

A lo mejor…

Amadeus gime dentro de mi boca y me olvido de lo que estaba pensando.

Los brazos de Amadeus me alzan y me recuestan sobre la mesada. Él me observa parado entre mis piernas. Tiene los labios hinchados y el pelo despeinado. Me está mirando como si estuviera a punto de comerme.

—Amadeus.

—No tenés ni la menor idea de todas las cosas que quiero hacerte. —Quiero decir algo, pero no puedo hilar los pensamientos, así que lo dejo hablar—. Necesito días, semanas. —Su boca se acerca a la mía—. Pero por ahora voy a besarte.

Quiero decirle que yo también quiero más que besarlo. Que mi cuerpo exige más. Pero no lo logro. Sus besos tienen un efecto similar al de las drogas. Me siento eufórica, mi ritmo cardíaco se aceleró, tengo calor en todo el cuerpo y si me mirara a un espejo seguro encontraría mis pupilas dilatadas de la excitación.

Mi espalda se eleva y mis tetas chocan su pecho. El roce es mínimo, pero es suficiente para que un gemido, casi parecido a un sollozo, escape de mi boca.

—Amadeus, por favor.

—¿Qué? —pregunta mientras su boca desciende por mi cuello.

—Por favor. —Mi mano va en busca del botón de mi *jean,* pero Amadeus toma mi muñeca y coloca mi mano por encima de mi cabeza.

Lo escucho chistar mientras niega con la cabeza.

El calor de su cuerpo abandona el mío y me dan ganas de llorar. Apoyo mis codos sobre la mesada y lo veo caminar hacia su despacho. Agarra una silla y la apoya en donde estaba parado antes. Lo miro confundida mientras acerca su rostro al mío.

—Acostate.

Le hago caso.

—Muy bien. Ahora, necesito que te quedes quieta.

No digo nada.

Sus manos me desabrochan el *jean*. Mi cuerpo reacciona instintivamente.

—Quieta.

Me baja con una lentitud tortuosa el pantalón. Se agacha para sacarme las zapatillas y finalmente me quedo solo con la ropa interior. Dobla el *jean* y junto a las zapatillas acomoda todo en un costado. Me encuentro en una cocina semidesnuda con Amadeus. No era así como esperaba que comenzara mi día, pienso mientras sus dedos recorren mi vientre en círculos. Me está matando la ansiedad. Quiero que me toque. Lo necesito.

—Amadeus… —suplico.

—¿Sí? —dice como si no supiera lo que me está haciendo.

—Amadeus, te necesito. Por favor.

Fue como si hubiera presionado un interruptor al decir eso.

Antes de darme cuenta, sus dedos están por debajo de mi ropa interior. Me acaricia despacio, como si estuviera estudiando mis reacciones para saber si me gusta lo que hace. No tarda mucho en

encontrar el lugar correcto. Siento que me desarma sobre la superficie, mi cuerpo es líquido puro.

—Dios, Amelia. Sos la mujer más hermosa de este mundo.

Abro los ojos para verlo y tengo que volver a cerrarlos porque no puedo soportar la forma en la que me mira mientras me toca.

Mis caderas se mueven en busca de más.

—Quieta.

Saca su mano de mi interior y un "no" bajito sale de mi boca. Amadeus se ríe y yo lo quiero asesinar.

Entonces agarra el borde de mi ropa interior y la desliza por mis piernas.

Vuelve a acariciarme de nuevo y lo veo llevarse los dedos a la boca. Los lame mientras nuestras miradas están enredadas en un calor agobiante. Cierra los ojos mientras me degusta y el muy hijo de puta gime.

—Te odio.

—No, no me odiás.

Se sienta en la silla y con una delicadeza que no corresponde al momento, me toma las piernas y se las coloca en los hombros.

—Sé buena y no te muevas.

Antes de que pueda reaccionar, su boca se hunde en mí. Su lengua se mueve sobre mi clítoris y en lo único que puedo pensar es en que se siente muy bien. Necesito sostenerme de algo, así que lo agarro del pelo. Le gusta porque suelta como una especie de gruñido apenas le tiro del pelo. Lo repito una vez más.

—Amelia, quieta —dice divertido mientras me pasa un brazo por arriba de la cintura para mantenerme pegada a la mesada. Ni me había dado cuenta de que me estaba moviendo.

Lo único que se escucha es su boca en mí, nuestros gemidos, palabras sin sentido que él dice y palabras sin sentido que yo digo. En un momento creo escuchar que dice que podría vivir entre mis piernas sin ningún tipo de problema.

Su boca lame, chupa, muerde, mientras sus ojos casi animales me miran. Es demasiado. Mi cuerpo empieza a sacudirse y Amadeus empieza a acariciarme también con los dedos y ahí es cuando no puedo contenerme más. Estoy cerca, muy cerca.

—Dios, Amadeus.

Su boca se mueve casi frenética. Sus dedos se hunden en mí tocándome en el lugar justo. Siento que estoy a punto de explotar.

Solo basta que me acaricie con la lengua una vez más para que mi cuerpo sucumba al placer. Acabo mientras su boca sigue lamiendo. Le tiro del pelo para que salga y lo atraigo hacia mí. Lo beso con hambre.

—Podría hacer esto todos los días —susurra sobre mis labios. Lo dice con la cara tan seria que me río. Su barbilla húmeda. Sus labios hinchados. Su pelo desprolijo. Sus ojos salvajes.

—Callate —digo entre risas.

—Lo digo en serio. Creo que encontré mi nueva actividad favorita. —Me vuelvo a reír.

Me da un beso corto en los labios, y después en la frente, y en el mentón, y en los párpados y en los cachetes. Deposita muchos besos chiquitos por toda mi cara. Siento que me vuelvo a derretir. Me da un último beso en los labios antes de alejarse y volver con mi ropa interior, el pantalón y las zapatillas.

—Podría estar todo el día encima de vos llenándote de besos. Pero lo más sensato es que te vistas antes de que llegue alguien.

Asiento con la cabeza y cuando estiro la mano para que me pase mis cosas, me hace un gesto para que me levante. Lo hago. Me pide que levante un pie. Lo hago. No sé en qué momento me volví tan obediente, será el efecto de Amadeus.

Hay algo igual de íntimo a lo que acaba de pasar en Amadeus vistiéndome. Me sube la ropa interior por las piernas, sin perder la oportunidad de dejarme un par de besos en el camino. Me roza la panza con los labios y me hace reír. Después es el turno del pantalón. Se para para subir la cremallera y abrochar el botón y me da un beso en la frente.

—Sentate en la silla.

Lo hago.

Se arrodilla sobre una pierna y me pone las zapatillas con la misma pulcritud. Estoy hipnotizada mirando sus dedos. Esos mismos dedos que, minutos atrás, se enterraron en mí llevándome al orgasmo, ahora me ata los cordones, algo tan mundano, una acción que no es erótica pero que igual hace retorcer mis tripas y acelerar mi corazón.

—Listo —dice mientras toma mi tobillo y apoya mi pie derecho en el suelo.

—Listo —repito.

Se para primero y yo después.

—Voy a buscar los productos para limpiar la mesada.

—Sí, habría que limpiarla.

No agrega más nada y fue al cuarto donde están los productos de limpieza.

No sé cómo actuar, porque no sé dónde nos deja esto que recién pasó entre nosotros. ¿Fue algo eventual? ¿Va a volver a pasar? Yo quiero que vuelva a pasar, no solo eso, yo quiero hacer más con él. Lo quiero todo, como también sé que no está bien que quiera eso. Pero ahora que probé una pizca, no creo tener las fuerzas suficientes para detenerme. Una duda se instala en mi cerebro: ¿él querrá que se vuelva a repetir? Tal vez sí, tal vez no.

Su voz resuena por la cocina cuando vuelve a hablar.

—Amelia.

—¿Sí?

Se gira para asegurarse de que nos veamos cuando dice las siguientes palabras.

—No creo poder parar. No sé si quiero hacerlo.

Se da vuelta y cruza la puerta del cuarto de limpieza.

Me quedo parada en el medio de la cocina con las últimas palabras de Amadeus resonando en mi cabeza. Me acaba de dejar en claro que no va a detenerse. Y yo tengo que decidir si eso es algo bueno o algo malo. De lo único que estoy segura es de que yo tampoco creo poder parar ahora que probé un poco.

Quiero más.

Amadeus también.

¿Quién nos va a parar?

* * *

Ojalá hubiéramos sabido dónde nos estábamos metiendo en ese momento. Pero algo me dice que, aunque hubiéramos sabido, ya era demasiado tarde para retroceder.

Capítulo 39

Amadeus

—Podría fingir sorpresa o podría decir que ya sabía que esto iba a pasar.

—A nadie le gusta una persona engreída, Theodoro.

—No es de engreído. —Llama a la camarera con un gesto—. Era obvio que iba a pasar algo entre ustedes dos.

La camarera llega a la mesa con una sonrisa amable y nos pregunta qué queremos.

—Te pido otra cerveza, ¿vos querés? —Niego con la cabeza—. Entonces sería solo eso, una cerveza para mí. Rubia. Gracias.

Estamos en la terraza de un bar al que solemos venir de vez en cuando. No suelo salir mucho de casa y prefiero que Theo y Dante vengan a yo tener que dejar las comodidades de mi departamento. Pero hoy necesitaba tomar un poco de aire y sobre todo despejarme. La cabeza me va a mil desde lo que pasó ayer con Amelia en la cocina.

Fue como si una fuerza hubiera invadido mi cuerpo. Había perdido por completo el juicio. Lo único en lo que podía pensar era en que quería pasarle la boca por cada centímetro de su cuerpo, quería escucharla gemir mi nombre, quería llenarla de placer y saber que yo era el responsable. Ni lo pensé cuando la subí a la encimera, tampoco cuando la empecé a desvestir y menos que menos cuando empecé a saborearla con la lengua, ahí, en el medio de la cocina del restaurante. Si Ronald se enterara, me asesinaría con uno de mis propios cuchillos.

Fue una tortura tener que trabajar al lado de ella como si horas atrás no hubiera tenido mi boca en ella, mis dedos dentro de ella. Tenía este impulso peligroso de querer besarla constantemente, como si hubiera descubierto lo que eran los besos y quisiera dárselos todos a ella.

Apenas terminó la noche, se dirigió al vestuario y sin decirme ni una palabra, se fue. Una parte de mí se relajó; si hubiéramos tenido

que hablar de lo sucedido no sé qué le hubiera dicho. Mi cerebro era como un globo gigante que se inflaba a cada minuto y que se tentaba con la idea de estallar. Y tampoco estaba seguro de que nosotros dos encerrados en mi despacho, a solas, fuera una buena idea.

Hoy fue distinto. Me saludó con una sonrisa y me preguntó cómo estaba. Cruzamos un par de palabras antes de que el resto de nuestros compañeros terminara de llegar. Una vez que las puertas del restaurante abrieron y los comensales empezaron a llenar las mesas, lo único que se escuchaba en la cocina eran mis órdenes y sus "sí, chef". No existía tiempo ni lugar para nada más. Solo podía enfocarme en que cada plato que saliera de esa cocina, de mi cocina, fuera impecable.

Estaba terminando de dejar la cocina en condiciones cuando la voz de Amelia se hizo presente. Suponía que ya se había ido. Me equivoqué.

—¿Necesitás ayuda en algo? —Estaba ya lista para irse. Tenía su campera verde inglés que la hacía ver minúscula de lo grande que era.

—No hace falta. Andá a casa a descansar.

Agarró las correas de la mochila y se balanceó sobre sus talones. Tenía algo en la mente que le daba vueltas. Lo sabía. Como también sabía que no iba a poder irse hasta que me lo dijera.

Me detuve y me apoyé sobre el palo del trapo de piso. La miré con mi barbilla apoyada sobre mis manos.

—Decilo.

—¿Qué? —Me miró como si no supiera de qué le estaba hablando.

—Lo que sea que te esté atormentando.

—No sé de qué hablás.

—Amelia…

Dejó salir un suspiro exagerado.

—Tenemos que hablar.

Pude sentir cómo se me tensaron los músculos.

—¿Hablar?

—Hablar.

—Sobre…

—Amadeus, vos sabés sobre qué.

Apoyé el palo del trapo de piso sobre la mesada de la cocina y me acerqué hasta donde estaba ella parada. Tomé una banqueta y una silla, me senté y le hice un gesto con la cabeza para que ella también tomara asiento. Dejó la mochila apoyada en la mesada y se sentó.

Conté dos segundos hasta que subió los pies y los cruzó por debajo de sus muslos. Era más fuerte que ella. Intenté no sonreír, pero fallé.

—¿De qué te reís?

—De nada.

Me miró con sospecha, pero lo dejó pasar.

—Querías hablar.

—Sí.

—Yo también quiero hablar —admití. No me gustó que se haya sorprendido, como si ella ya se hubiera hecho la idea de que a mí no me interesaba tener una conversación al respecto. Por supuesto que quería, lo necesitaba. No podía seguir hablando conmigo mismo sobre todo este asunto extraño y retorcido y complicado y hermoso y peligroso. Necesitaba saber qué pensaba ella, qué quería, qué esperaba, qué sentía.

Vi cómo sus pulmones se hincharon, buscando aire y supongo que también buscando tiempo para poder encontrar las palabras adecuadas.

—Lo de ayer… —Hizo una pausa demasiada larga como para tranquilizarme.

—¿Lo del otro día? —pregunté, impaciente.

—Estuvo bien.

—¿Bien?

Soltó una risita.

—Estuvo muy bien.

—Sí, estuvo muy bien. —Me humedecí los labios. El recuerdo de ella arqueándose de placer me atormentaba.

—Sí. —Posiblemente ella también estaba pensando en ese momento, porque me miraba fijo los labios—. Pero no era eso de lo que quería hablar.

Asentí, me podía dar una idea de adónde se dirigía la conversación.

—Nos merecemos una conversación. Sobre lo que pasó la noche anterior a que me fuera. Sobre los cinco años en los que no hablamos. Sobre lo que nos ocultamos.

—Tenés razón.

—No sé qué es… esto. —Su dedo índice viajó de ella a mí y de mí a ella—. Pero no puedo ni pensar en definir lo que sea que está pasando acá, si no nos sentamos a hablar sobre lo que por tanto tiempo nos esmeramos en evitar. No podemos seguir corriendo y

escapando de nuestro pasado, Amadeus.

Entrelacé los dedos y saboreé sus palabras. Tenía razón, por supuesto que la tenía. No podíamos fingir que estuvimos sin dirigirnos la palabra por cinco años, que cuando ella volvió, el primer mes fue caótico, apenas podíamos soportarnos. Que, si bien ahora estamos mejor, eso no significa que no hayan quedado restos del veneno que dejaron nuestras palabras.

Muy dentro de mí sé que todavía sigo sin perdonarla. Pero ¿cómo podría? Nunca nos dimos la oportunidad de hacerlo. Esta conversación es nuestra chance de solucionar los problemas del pasado. De que los fantasmas de nuestros errores dejen de seguirnos.

—Sí, creo que nos merecemos respuestas.

Dijo que sí con la cabeza. Dirigió su mirada hacia la puerta. Estaba pensando. Yo también. Esperé a que dijera algo, pero no salieron palabras de su boca. Así que lo hice yo.

—¿Te parece una cena mañana en mi departamento? —No estaba seguro de que quisiera que fuera en mi casa, pero fue el primer lugar que se me ocurrió.

Volvió a mirarme, tenía una sonrisa discreta.

—Me parece bien.

Se paró y fue en busca de su mochila. Yo la observaba sentado en la silla mientras ella se la colocaba sobre los hombros. Antes de irse hizo una pausa, su mano sobre el picaporte de la puerta.

—Ah, casi me olvido. —Me miró sobre su hombro con una mirada que rozaba el atrevimiento. Sensual. La miré extrañado—. Yo tampoco sé si voy a poder controlarme, Amadeus.

* * *

Abrió la puerta y una ráfaga de viento frío invadió la cocina hasta que Amelia cerró la puerta y ambas desaparecieron. Solamente el calor y yo permanecimos estáticos en esa cocina.

Dejé pasar unos minutos y llamé a Theo. No podía volver solo a mi hogar luego de la conversación que había tenido con Amelia, necesitaba contárselo a alguien. Más que nada escuchar la opinión de alguien.

La camarera vuelve con la cerveza de Theo, él le agradece, ella le dice que no es nada, que cualquier cosa que necesite que le avise, y nos deja solos de nuevo.

—Lo único que voy a decir, además de que sabía que algo había pasado entre ustedes dos en el viaje, es que no va a servir de nada si se sientan a hablar sin ser sinceros con el otro. Es su oportunidad de decirse todo lo que alguna vez decidieron ocultarse. Tenés que ser honesto, Amadeus. Ella también. Se deben eso. Háganlo bien.

—¿A qué te referís con que sea honesto? Jamás le mentí.

—No, jamás le mentiste, pero sí le ocultaste cosas.

—Si te referís a mis sentimientos por ella, creo que es bastante entendible que nunca le hubiera dicho nada. En mi defensa me enteré un poco tarde de lo que me pasaba con Amelia. La situación no era la ideal, nosotros peleados, ella en la otra punta del mundo a punto de casarse. Simplemente no podía hacer nada con lo que sentía.

—Lo sé, lo sé. Tenés un buen punto ahí. —Me señala con el vaso antes de llevárselo a la boca y darle un trago a la cerveza.

—Además, ¿serviría de algo que se lo diga ahora?

Theo alza las cejas, todavía tiene la boca ocupada así que no puede responder.

—No me parece una buena idea.

Theo traga apurado y se limpia con el dorso de la mano los restos de cerveza.

—Amadeus, ahí es donde te estás equivocando. No hace falta ser muy inteligente para saber que en realidad vos sentías algo por Amelia desde antes de que se fuera. —Quiero objetar, pero no me deja—. No sé si vos no los querías ver o qué, pero los sentimientos estaban ahí. Y por eso te dolió tanto que ella decidiera irse. Me di cuenta porque a Dante y a mí también nos dolió, pero para vos fue distinto. Para vos fue como tener que aceptar la realidad de que nunca nada iba a pasar entre ustedes dos, que esa mínima esperanza que tenías oculta ya no iba a poder ser. Ella se iba y no solo eso, se iba a casar con otro hombre. Ya no tenías nada a lo que aferrarte. Eso te destruyó. ¿La discusión que tuvieron esa noche? En parte fue porque vos no pudiste poner en palabras la verdadera razón por la cual no querías que ella se fuera. Le mentiste, inventaste excusas porque no querías afrontar lo que verdaderamente te pasaba. —Hace una pausa, mis manos juegan con una servilleta—. Ella también se equivocó con sus palabras, fue cruel, de eso no hay dudas. Pero estoy casi seguro de que la conversación pudo haber sido diferente si vos hubieras sido más sincero respecto a lo que sentías.

Suelto la servilleta, que se convirtió en un bollo arrugado, y miro

el cielo nocturno. Me cuesta encontrar las estrellas. En esta ciudad es casi imposible verlas debido a la contaminación lumínica.

—Amigo. —Bajo la cabeza y lo miro—. No te hagas la cabeza. Es Amelia. Va a salir bien.

—Sí… —digo no muy seguro. Porque la verdad es que no lo estoy.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Que todo termine en una discusión. Estoy agotado de pelear con ella. No lo soporto. No sabés lo difícil que fue para mí el primer mes luego de su regreso. Tener que odiarla cuando era lo último que quería hacer. Y ahora que pasaron cosas entre nosotros, no soportaría volver al inicio, volver a lo que fueron los últimos años. No creo soportar distanciarnos otra vez. —Tomo aire y digo en voz alta lo que vengo pensando en las últimas semanas—. No sé si voy a poder volver a estar lejos de ella.

Me da terror que ella se vuelva a ir. Pero lo que más me asusta es enamorarme de ella, saborear lo que podríamos ser y que ella se dé cuenta de que en realidad fue un error el haber regresado.

Tengo miedo. Mucho. Hay más probabilidades de que todo termine mal incluso antes de poder pensar en un comienzo.

Así y todo, a la noche me voy a dormir pensando que no hay miedo que tape las ganas que tengo de verla, de besarla de nuevo. De intentar, aunque no tenga un final feliz, o el final que a mí me gustaría. Esperé tanto tiempo que no me veo capaz de ceder ante mis temores. Lo que mi cuerpo, lo que mi corazón siente por Amelia es ruidoso, no hay manera de que pueda tapar el sonido que hace. Ignorarlo ya no es una posibilidad.

Capítulo 40

Amelia

Amadeus me invitó a cenar. Ayer acordamos que teníamos, que nos merecíamos, tener una conversación. Es absurdo continuar de esta manera.

Y ahora estamos a punto de tenerla.

¿Nerviosa? Sí, demasiado. Aunque al mismo tiempo estoy ansiosa; siento que estuve esperando durante años poder sentarme y hablar de lo sucedido con Amadeus. Tengo tanta energía dentro de mí que si agarro una bombilla y hago contacto con mi dedo índice, la podría encender.

Hoy tenemos la noche libre los dos, por eso elegimos este día. Pero la verdad es que tanto tiempo libre no estaría ayudando. Ya limpié en profundidad el departamento. Cambié las sábanas de la cama, que ahora uso. Revisé la heladera y las alacenas, y me di cuenta de que apenas tenía comida. Agarré un papel y un lápiz e hice una lista con todo lo que necesitaba comprar. Almorcé algo improvisado y me obligué a ponerme ropa deportiva. Me miré con determinación en el espejo del baño y me dije que iba a salir a correr, era un hecho, iba a suceder. Me abrigué, agarré las llaves y bajé por las escaleras.

Hice menos kilómetros de los que me hubiera gustado, pero intenté no presionarme demasiado. Me iba a llevar un tiempo volver a conseguir el ritmo que tenía antes. Aunque no había conseguido mi objetivo, igual volví feliz. Satisfecha. No solamente por el hecho de haber ejercitado después de meses, sino porque pude proponerme algo y cumplirlo. A lo mejor no como esperaba, pero lo hice. Tenía una sonrisa en la cara y el pecho lleno de orgullo. Volví casi en el aire.

Cuando llegué al departamento me di una ducha larga. Me depilé las axilas y las piernas, me pasé crema humectante por el cuerpo. Me vi de cerca y me di cuenta de que tenía un poco de bozo, saqué las tiras de cera y con mucho dolor y preguntándome por qué me hacía

eso a mí misma y, culpando a los estereotipos que nos inculcan, arranqué las tiras, que me dejaron irritada la zona por unos segundos. Ya que estaba agarré el gel de limpieza y me lo pasé por el rostro, me puse unas gotitas de ácido hialurónico, crema humectante y protector solar. Era lo máximo que podía hacer.

Cuando terminé, me sentí bien.

No lo hacía por Amadeus, no lo hacía por nadie en realidad. Era por y para mí.

Todavía con la toalla atada fui a mi habitación. Agarré el celular y me di cuenta de que todavía tenía un par de horas hasta que me tuviera que ir. Suspiré sin saber cómo llenar el tiempo. Necesitaba mantenerme enfocada para que mi cabeza no tuviera la oportunidad de pensar en situaciones que ya no tenía mucho sentido que siguiera pensando. Además, el reloj se movía más rápido y podía apaciguar mi ansiedad.

Me paré en el miedo del *living*, mojando un poco el piso, puse las manos al costado de mi cintura y miré cada rincón del departamento. Tenía que haber algo que pudiera hacer. Busqué, busqué, busqué, hasta que vi la lista que había hecho a la mañana.

—Bingo.

Con aire triunfante me acerqué hasta la heladera y la saqué de un tirón.

* * *

Mis pies caminan por calles conocidas. Si bien es una ciudad viva y que está en constante cambio, puedo reconocer algún que otro local. Me duele saber que uno de los locales que vendían mi café favorito cerró, pero Nueva York no te invita a que te encariñes mucho con nada. Acá todo está en un movimiento constante.

Estoy esperando que el semáforo se ponga en verde cuando me doy cuenta de en dónde estoy. En la esquina está uno de nuestros restaurantes favoritos. De Amadeus y mío.

Me acuerdo que cuando salíamos a comer, jugábamos a adivinar lo que el otro iba a ordenar. Hubo una vez que con el único objetivo de llevarme la contra y decirme que me había equivocado, se pidió otro plato. Si bien Amadeus tiene un paladar bastante amplio, y hay que tenerlo para ser chef, hay dos cosas que no tolera: los alcauciles y la menta granizada.

—Acá tiene, señor.

Tuve que taparme la boca con la mano para ocultar la sonrisa que luchaba por salir. El plato eran unos tallarines de huevo con una salsa verde que efectivamente llevaba alcaucil. Me sentí gloriosa.

Amadeus me fulminó con sus ojos marrones antes de que pudiera soltar cualquier comentario mordaz que estuviera picando en mi lengua y se llevó con resistencia el tenedor a la boca.

—¿Rico? —pregunté, intentando no reírme en su cara.

Su mandíbula se movía con lentitud mientras masticaba.

—Callate.

No pude contenerme más y estallé en carcajadas. Amadeus me miraba con un brillo en sus ojos que ojalá hubiera entendido en su momento.

Un golpe en el hombro me sacude y me regresa a la realidad.

—Turistas —dice por lo bajo el señor que me acaba de empujar. El semáforo ya está en verde y yo estoy viajando despierta. Pestañeo dos veces y cruzo la calle.

Con la lista en la mano, voy llenando de a poco el carrito. Otra meta que me había puesto era la de cocinar más. Yo ya cocinaba todos los días, pero no es lo mismo por trabajo que por placer. No es que no disfrute de mi trabajo, pero quiero volver a encontrarme con el disfrute que me daba cocinar. Poder volver a tener un momento del día donde la cocina sea un espacio de libertad y tranquilidad, algo que en la cocina de un restaurante de dos estrellas no existe. Cocinar con el tiempo y la oportunidad de poder cometer errores, de poder experimentar, de poder jugar.

En algún punto del camino me fui olvidando de por qué amo cocinar, por qué hago lo que hago. Quiero volver a conectarme con esa parte mía.

Salgo con dos bolsas repletas y me dirijo al departamento. Mientras hago mi camino de regreso, otra vez me invade en el pecho un sentimiento similar a la paz. Tal vez es paz. No lo sé. Pero estuve todo el día con la cabeza focalizada en mí, haciendo cosas para mí. Sonrío ante el pensamiento.

Paso por un edificio que me refleja. Freno y me miro. Y como hacía mucho tiempo no me pasaba, me gusta lo que veo. Sonrío aún más. Siento cómo se me humedecen los ojos. Los cierro, todavía con mis comisuras elevadas, mostrando todos mis dientes en una sonrisa amplia. Las lágrimas empiezan a recorrer la piel de mi rostro,

lentamente. Una llega a mi boca y puedo saborear la sal.

Abro los ojos. Las personas me esquivan mientras yo sigo ahí, petrificada, con las plantas de mis pies ancladas al suelo. El mundo sigue girando, pero para mí el tiempo se congeló. No puedo despegar los ojos de mi reflejo, y veo cómo el viento sopla mi pelo castaño, cómo mis brazos hacen fuerza para sostener las bolsas, lo mojada que está mi cara, mis dientes todavía a la vista. Tengo desatados los cordones de una de mis zapatillas y me gusta cómo me queda el verde de la campera.

Entonces me doy cuenta.

Eso que estoy sintiendo es felicidad.

No me di cuenta de que estaba volviendo a encontrar las partes mías que pensaba que había perdido para siempre. Comienzo a ser una mezcla de lo que alguna vez fui, de lo que soy ahora, de lo que voy a ser. Y me gusta. Me gusta mucho.

Me seco las lágrimas con delicadeza y sin dejar de sonreír, camino de regreso a casa.

Capítulo 41

Amadeus

Recorro la cocina con los ojos y corroboro que tenga todo lo que necesito. Por algún motivo estoy nervioso. Extremadamente nervioso. Siendo sincero, está rozando lo absurdo.

Respiro, uno, dos, tres…

—Todo va a estar bien —me digo a mí mismo con un falso optimismo y una sonrisa ridícula en la cara, intentando darme la mayor seguridad posible.

Me pongo el delantal, tomo todo el aire posible, y comienzo a cocinar.

Desde que agarro el cuchillo hasta que llevo la fuente al horno, me sumerjo en un mar de tranquilidad donde los pensamientos no pueden alcanzarme. Cocinar tiene ese efecto en mí. Nada me tranquiliza tanto.

Me pasé todo el día meditando qué plato cocinarle a Amelia esta noche. Tenía tantas ideas y por algún motivo que desconozco quería sorprenderla, que estuviera orgullosa cuando probara mi comida. En un momento estuve apoyado sobre la isla de mi cocina, la cual estaba repleta de libros de recetas abiertos. Había tantas opciones, algunas altamente sofisticadas, otras más simples, pero ninguna me parecía la correcta.

Después de estar una hora pasando páginas y descartando, me puse de acuerdo con algo: iba a ser una receta simple, nada muy elaborado. A ver, ¿tenía la intención de impresionarla? Sí, pero tampoco podía ser tan evidente.

Decidí que le iba a preparar una receta que su abuela me había enseñado en una ocasión: *pizza* margarita. La favorita de Amelia.

Dejo la masa preparada para que se termine de levar. Es una *pizza* que se hace en poco tiempo y que es más rica recién salida del horno, así que voy a terminar de prepararla cuando Amelia ya esté acá.

Siento una sorpresiva ansiedad por verla. Y para mi suerte las

horas están pasando tortuosamente lentas. Me encuentro varias veces viendo el reloj de la cocina, la hora en mi celular. Me fijo compulsivamente.

Mientras la levadura hace lo suyo, aprovecho para tomar una ducha e intentar que las manecillas del reloj se muevan con más velocidad.

Cuando salgo todavía falta una hora entera para que Amelia llegue. Y yo no tengo más nada por hacer. La cocina está limpia, la masa de la *pizza* todavía no está lista para que la estire y ya ordené todo el departamento. Yo estoy listo también, me puse un *jean* y una remera bordó. Estoy sentado en el sillón, atándome los cordones de mis Converse, cuando se me ocurre una idea. Una maravillosa idea que va a calmar mi ansiedad.

Tomo mi celular de la mesa y mando un mensaje rápido. Tuvimos que pasarnos nuestros números para organizar la cena.

Yo: Te paso a buscar en treinta minutos.

No espero mucho para recibir una respuesta.

Amelia: Gracias, pero no hace falta. Voy a pedir un Uber.

Yo: En treinta minutos estoy ahí, Amelia.

Casi que puedo verla poner los ojos en blanco. Acto seguido, me llega su dirección.

Todavía tengo veinte minutos, así que corto la *mozzarella*, limpio la albahaca y dejo la salsa de tomate preparada. Solo queda separar la masa, estirarla y darle forma.

Me lavo las manos, tomo las llaves del auto y mi abrigo, y salgo a buscarla. Siento como si hormigas caminaran sobre mi piel. Un cosquilleo que se incrementa mientras más me acerco a su departamento.

Yo: Estoy abajo.

Amelia: Voy.

Bien. Dejo el celular en el salpicadero y me concentro en las personas que caminan. Me pregunto cuáles serán sus planes, adónde estarán yendo o de dónde estarán regresando. Veo una pareja cruzando la calle, ella tiene su brazo rodeando la cintura de él, mientras que él descansa su brazo sobre los hombros de ella. Van hablando y de vez en cuando él suelta risas que hacen que ella deje de mirar al frente para elevar su cabeza y mirarlo a él, y es ahí cuando él baja la mirada y los ojos de ambos se enredan por un instante, antes de que sus bocas se encuentren en un beso corto. Siguen hablando

cuando llegan a la esquina y lo único que puedo ver son sus espaldas.

Jamás compartí esa especie de intimidad con alguien. Nunca tuve la necesidad de ir abrazado por la calle con alguien, ni la impaciencia de no poder esperar a estar dentro de cuatro paredes para robarle un beso. Supongo que todavía no conocí a la persona con la que detalles como esos me saldrían naturales.

Dos golpecitos me sobresaltan y giro la cabeza hacia la derecha para ver la sonrisa de Amelia del otro lado de la ventana del auto. Toco un botón y desactivo las trabas de las puertas.

—Hola, perdón por hacerte esperar —dice mientras se sube al auto y se pone el cinturón de seguridad.

—Recién llegaba, tranquila.

Suelta un "ja" gigante.

—Sos la persona más puntual que conozco, podría apostar lo que sea a que llegaste inclusive unos minutos antes.

Presiono mis labios para no sonreír.

—¿Lo que sea? —digo. Puedo sentir sus ojos en mi perfil—. ¿Apostarías lo que sea?

—Ah, sí, porque sé que ganaría.

—*Okay*, hagámoslo.

—¿Y cómo voy a saber que no me estás mintiendo?

—Fácil. —Pongo el giro para doblar a la derecha—. Le mandé un mensaje a Dante cuando llegué.

Muevo mi cabeza para verla y puedo ver que está pensando la propuesta.

Uno, dos, tres…

—Bien, acepto, pero —dice, y levanta un dedo para hacer énfasis —, no vale quejarse cuando pierdas.

—Acepto. —El semáforo rojo nos detiene y aprovecho para girar mi torso y ofrecerle mi mano para cerrar el trato. Ella acepta y me sonríe con maldad. No quiero ni imaginarme qué está tramando dentro de esa cabeza suya.

—Bien —dice mientras el semáforo cambia a verde y arranco el auto—. Para mí llegaste ocho menos seis minutos, cuando la hora exacta era a las ocho. —La miro incrédulo por la exactitud y ella me devuelve una mirada que dice que se lo está tomando en serio—. Yo bajé ocho y cinco minutos, así que eso me da un total de que esperaste once minutos. No diez, no nueve, once.

—No esperé once minutos.

—Solo confiaré en las pruebas —termina la frase estirando la mano con la palma hacia arriba.

—Antes de dártelo, ¿qué gano si yo tengo razón?

—¿Qué querés? —Y no hay nada sugerente en su tono, pero me hace sentir calor la posibilidad de poder pedirle cualquier cosa.

Finjo estar pensando, golpeándome el mentón con mi dedo índice.

—Si yo gano, que es lo que va a pasar cuando te entregue el celular y veas la hora en la que mandé el mensaje, vas a tener que… —Suprimo cualquier escenario que implique nuestras bocas—. Enseñarme una receta nueva.

—¿Eso querés? —Alza una ceja.

—Sip. —Sostengo la "p".

—¿Solo una?

—Solo una.

—Está bien, puedo hacerlo.

Desbloqueo el celular, abro la conversación con Dante y borro el mensaje donde digo que estoy pasado de nervios y que me preocupa que todo termine siendo un desastre. No tiene que leer eso.

—Gracias. —Toma el celular y antes de corroborar la evidencia, me mira con la boca torcida en una mueca y los ojos entrecerrados—. La pregunta es: qué voy a querer yo. —Nos bajamos del auto y caminamos hasta la puerta del edificio. Amelia sigue con su cara de estoy pensando el castigo más tortuoso posible, mientras yo pongo la llave y abro la puerta.

—¿Y? ¿Nada? —pregunto mientras entramos en el ascensor.

—Sh —me chista—. Estoy pensando.

Estoy por girar la llave de la puerta del departamento cuando Amelia pega un grito que me hace pegar el susto de mi vida.

—¡Ya sé! —Y por la expresión de felicidad en su rostro no puede ser nada bueno.

—Te escucho —digo, y apoyo mi espalda contra la puerta.

—Si yo gano, vas a tener que comerte un plato lleno de alcauciles.

—Amelia, sabés que no soporto el sabor…

—No terminé —canturrea—. Y helado de menta granizada de postre. —Nunca la vi tan entusiasmada. Creo que se está conteniendo de pegar saltitos de alegría.

—¿Se puede ser más cruel? —Entramos al apartamento y me doy cuenta de que es la segunda vez que Amelia lo pisa.

—Me contuve bastante. —Cuelga su abrigo y me entrega el celular

para que se lo desbloquee. La sonrisa gigante empieza a achicarse a medida que se da cuenta de que perdió.

Amadeus: Acabo de llegar, hablamos mañana.

—Enviado… a las ocho menos dos minutos. —Me entrega derrotada el celular.

—¿Ya sabés qué receta me vas a enseñar? —Me fulmina con la mirada y yo le tiro un beso. Me muestra su dedo del miedo.

—¿Quién es la mala perdedora?

Hay unos segundos en los que ninguno de los dos se mueve. Su mirada es de hielo, yo la miro divertido y espero su reacción, que sé que está conteniendo. Y entonces, antes de que pueda hacer algo, un almohadón vuela en mi dirección.

—Ups, perdón.

Tomo el almohadón y se lo tiro.

Se da vuelta y me mira como si no pudiera creer lo que acabo de hacer. Está enojada. Me encanta cuando se enoja.

—Amadeus, no sabés en lo que te acabás de meter.

—¿No? —pregunto con inocencia.

—No. —Y puedo notarlo. Estamos en guerra.

Diez minutos después, mi departamento es un completo desastre. Cuando nos quedamos sin almohadones para tirarnos, fuimos por los de mi cama y por los del cuarto de invitados. Eventualmente nos quedamos sin almohadones, así que empezamos a tirarnos lo que encontrábamos que no implicara abrirnos la cabeza en caso de que nuestra puntería fuera excelente y nuestros reflejos un asco. Toallas, los cojines del sillón, una zapatilla (la suya), papel higiénico, medias (las mías), una revista (no sé de dónde salió), una banana, otra zapatilla (esta vez la mía), el rollo de cocina, dos naranjas y su otra zapatilla. Corríamos por el departamento, nos escondíamos en las habitaciones o detrás de los muebles, mientras esperábamos que el otro se descuide para atacar.

Amelia está detrás de la isla apuntando con una zanahoria. Yo estoy detrás del sillón con un par de medias que hice bolita.

—Rendite.

—Jamás —declaro.

—Yo no me pienso rendir —dice orgullosa.

—¿Qué te hace pensar que yo sí? —Saco la cabeza para verla y puedo notar la determinación en su postura y sobre todo en el agarre de la zanahoria. No se va a rendir bajo ningún punto de vista. Bajo la

cabeza rápido, antes de que me lance su misil.

Tiene una sonrisa en la cara cuando ve volar la zanahoria por arriba de mi cabeza y estrellarse contra la pared.

—Casi.

—Amelia, Amelia… ¿Qué pasa? No me acordaba que tuvieras tan mala puntería.

El silencio me hace incorporar, lentamente, con precaución. Lo primero que veo es que Amelia ya no está en la cocina. Abro los ojos al darme cuenta de que ahora no tengo ni idea de dónde puede estar metida. Ni qué misil pudo haber agarrado. ¿Cómo puede ser que no la escuché moverse?

Me paro y empiezo a caminar casi en cámara lenta, escondiéndome tras las paredes, con todos mis sentidos en alerta y aferrado a mi par de medias.

—¿Amelia?

Nada.

Escucho un ruido seguido de un insulto.

Bingo.

Abro la puerta del baño listo para lanzarle la bola compuesta por mis medias.

—¡Ajá! —grito con mi brazo en alto y una sonrisa de triunfo.

Pero Amelia no está en el baño.

Y cuando algo me golpea la espalda, lo termino de confirmar. Me giro lentamente para verla apoyada en el marco de la puerta de mi habitación. Finge que se está puliendo las uñas sobre su hombro y las sopla.

—¿Qué habías dicho sobre mi puntería? —dice sin ni siquiera mirarme, como si sus uñas fueran lo más interesante del mundo.

Su expresión engreída se esfuma en cuanto mis medias tocan su cachete.

—Ups, perdón —digo devolviéndole sus propias palabras.

Entrecerramos los ojos y volvemos a salir corriendo para buscar municiones y escondites. Nuestras risas rebotan por las paredes de mi departamento. Su risa rebota directo en mis costillas. Ahora estoy escondido en el baño y ella está del otro lado de la puerta. Claramente estoy atrapado. No sé cuántos minutos pasan antes de que Amelia hable.

—¿Amadeus?

—¿Mm?

—Tengo hambre.

Abro la puerta y me hace reír que está sacudiendo un pedazo de papel higiénico simulando ser una bandera blanca.

—Paz.

—Paz.

Empezamos a juntar todo lo que habíamos tirado y a ordenar un poco el desastre que ni nos dimos cuenta que habíamos provocado.

Y yo no puedo evitar mirarla y ella no puede evitar mirarme, y nuestros ojos saben algo que nosotros todavía estamos lejos de admitir.

Capítulo 42

Amelia

El departamento de Amadeus quedó bastante bien luego de nuestra batalla campal. Lo único que indica que pasó algo son las arrugas en las almohadas del sillón.

No puedo acordarme de cuándo fue la última vez que me divertí tanto con alguien. Hacía tiempo que no me dolía la panza de tanto reírme.

—Así que básicamente me trajiste para cocinar —digo con las manos en mi cintura. Estamos los dos parados, uno al lado del otro, mirando la masa de *pizza* sobre la mesada de la cocina. Giro para verlo. Me sonríe el muy idiota.

—Dos chefs son mejores que uno. —Le doy un golpecito en el hombro y se ríe.

Me gusta hacerlo reír. Me gusta ser la que lo provoca.

—Bueno, empecemos entonces. —Me arremango las mangas.

Amadeus es de las pocas personas con las cuales disfruto cocinar. Nos entendemos, nos sincronizamos, sabemos lo que va a necesitar el otro antes de que lo pida. Supongo que la conexión que siempre tuvimos en nuestra amistad también la tenemos a la hora de cocinar.

Amadeus separa la masa en cuatro bollos. Me da dos, él se queda con los demás. Mis manos trabajan al lado de las suyas, mientras amasamos y estiramos. Mis ojos se pierden en sus movimientos, en cómo sus dedos se hunden en la masa, cómo sus brazos se tensionan cuando amasa, cuando empieza a darle forma con sus manos.

¿Cómo se sentirán esas manos sobre mi piel? Recorriéndome de la misma manera, presionándome así.

—¿Amelia?

—¿Sí? —digo con la voz más angelical que puedo. Tengo que dejar de pensar en Amadeus de esa forma. No estamos acá para eso. Tenemos que hablar. Eso es para lo único que vamos a usar nuestras

bocas hoy. Hablar.

—¿Todo bien? —pregunta—. Te tildaste. Como si estuvieras en otro lado.

—Sip, todo más que bien. —Sonrío—. Todo espectacular.

Asiente con la cabeza y me espera mientras yo termino de darle forma a mi pedazo de masa, un poco más consciente de mi elección de pensamientos cuando estoy cerca de Amadeus. ¿Se habrá dado cuenta de que me quedé como estúpida viéndole las manos? Por el amor de Dios, espero que no.

Salsa, *mozzarella* y se va al horno. Amadeus pone el temporizador. Son solo unos minutos. Mientras esperamos vamos poniendo la mesa.

—¿Comemos en la mesa o en la isla?

—En la isla me parece bien —digo.

Cuando terminamos de acomodar todo, me doy cuenta de que llevamos una hora juntos. Sin gritarnos, sin pelear, sin discutir. Simplemente nosotros, jugando, cocinando y disfrutando de la compañía del otro. Hasta nuestros silencios son cómodos. Casi se puede sentir como era todo antes de que lo arruinara para ambos. Sé que nada va a volver a ser exactamente igual. Tampoco quiero eso. Amadeus y yo somos dos personas diferentes. Cambiamos, crecimos, tenemos cicatrices nuevas.

—La *pizza* está lista —dice Amadeus cuando el temporizador suena. Apenas abre la puerta del horno, el aroma llena el departamento. Me acerco hasta él para ayudarlo.

—¿Sacás las cervezas de la heladera?

Apoyo las latas de cerveza en la isla y me siento. Tengo en primera plana la espalda de Amadeus moviéndose mientras corta las porciones. Tomo un sorbo e intento concentrarme en cualquier otra cosa que no sea él, pero es difícil hacerlo cuando se acerca, apoya el plato frente a mí y se sienta justo al otro lado de la mesa. Todo lo que veo es a él.

Me basta solo un bocado para darme cuenta de que usó la receta de mi abuela.

—Hiciste la receta de mi abuela Cecila. —No es una pregunta, estoy completamente segura.

Apuro lo que estoy masticando y se pasa una servilleta por los labios antes de responder.

—¿Te diste cuenta? —dijo algo… ¿nervioso?

—Imposible no hacerlo. —Me llevo la porción de nuevo a la boca. La última vez que la comí fue un día que Amadeus le suplicó a mi

abuela que le enseñara a hacer su famosa *pizza* margarita, y si había algo que lo caracterizaba era su poder de persuasión. No le costó demasiado convencerla.

Así que terminamos los tres en la cocina. Fue uno de esos momentos que se guardan en el corazón, que tienen otro color, que se sienten diferentes a todos los demás recuerdos, pero a la vez extremadamente ordinarios. No había nada de especial en lo que estábamos haciendo. Solo éramos tres personas mezclando ingredientes. Pero eso es lo que sucede con lo excepcional. La mayoría de las veces no es tan evidente. A veces se esconde en medio de la rutina y la cotidianidad. Existen tantos momentos especiales como nosotros permitamos.

—Ese chico… —había dicho mi abuela apenas Amadeus se fue por la puerta.

—Ese chico... —estiré las palabras, sin entender muy bien adónde quería ir.

—Tenés que tener cuidado. Son de los que se te meten debajo de la piel. De los que no se olvidan.

—Hacía años no la hacía —dice Amadeus, y me trae de vuelta a su departamento—. La última vez fue la primera. Con tu abuela. —Sonrío cuando esa palabra sale de sus labios. Él la quería, un montón. Y ella también. Se refería a él como ese chico lindo, morocho y alto que es tan bueno en la cocina. A veces parecía que me lo quería vender.

—Gracias. —No sabe lo mucho que significa para mí volver a probar algo de mi abuela, aunque no sea a través de sus manos.

—No es nada —dice con su voz suave y amable.

Masticamos en silencio, ninguno de los dos dice nada más. Soy consciente de que yo soy la que debería romper el hielo. La primera en pedir perdón. El problema es que el temor de romper con esta armonía me impide dar ese paso. También me doy cuenta de que lo estoy estirando lo más posible. ¿Pero qué sentido tiene evitar lo inevitable? Ninguno.

—Amadeus. —Sus ojos salen disparados a mi rostro—. Te debo un perdón.

Apoya la lata de cerveza en la mesa y se inclina. Toda su atención está en mí.

—No existe día en que no me haya arrepentido de cómo te hablé, de las cosas que te dije, esa noche. —Dejo salir un suspiro—. Ni siquiera sé por qué dije lo que dije. O bueno, sí lo sé. Cuando

empezaste a remarcar todas las razones por las cuales era una locura lo que estaba a punto de hacer… no me gustó que me trataras como alguien que solo se guía por sus impulsos. —Empiezo a jugar con los dedos de mis manos—. Y que me hicieras dudar tampoco me gustó. Dios, estaba tan enojada. No entendía por qué no podías simplemente apoyarme, ponerte feliz por mí. Eso era lo que necesitaba, no todo lo demás. Ya era lo bastante difícil y doloroso para mí el tener que irme, como para que encima tuviera que escucharte a vos haciendo una lista de todos los motivos por los cuales era una pésima idea.

Nadie pone en duda que mis palabras lastimaron a Amadeus, pero tengo la sensación de que nadie sabe que Amadeus también me lastimó esa noche.

—Me habías lastimado y yo solo quería hacerte lo mismo a vos, estaba cegada por el enojo y solo quería que vos te sintieras de la misma manera que yo. Perdón, Amadeus. Durante estos cinco años no hubo noche en que no me arrepintiera de lo que hice.

—Amelia, yo…

Lo freno antes de que pueda continuar. Necesito decirle todo.

—Perder nuestra amistad fue tan triste, me dolió tanto. Perderte a vos fue insoportable.

—¿Por qué ahora? —No hay un tono de reproche, solo duda—. ¿Por qué en todos estos años jamás me llamaste?

—Me moría de la vergüenza y de la culpa. —Hago una pausa y procuro mirarlo a los ojos cuando digo lo siguiente—: Intenté llamarte una vez. Antes de casarme. Tenía la intención de invitarte. Pero llamé diez veces y nunca atendiste. Me dije que no querías saber nada de mí y lo entendí. Te entendí. —Amadeus me mira en una mezcla de sorpresa y tristeza. Supongo que lo primero se debe a que él creía sin lugar a dudas que a mí jamás se me cruzó el pensamiento de querer llamarlo. De que yo nunca tuve la intención de que él formara parte de uno de los días más importantes para mí. Y la tristeza debe ser porque en realidad él sí me hubiera atendido, hubiera viajado a Francia, hubiera ido a mi casamiento. Pero la vida a veces es caprichosa y un cambio de número puede ayudar a que dos personas se pierdan.

—Había cambiado el celular y perdí mi número. —La angustia en su voz. En su cara—. ¿Sabés la cantidad de veces que imaginé que me llamabas? —La tristeza en sus ojos debe ser parecida a la mía—. Luego de un tiempo comprendí que eso no iba a pasar, que no ibas a

despertarte un día y decidir llamarme para arreglar las cosas, que estabas feliz allá, con Sebastiano. Había llegado a la conclusión de que te habías olvidado de mí. De que no me necesitabas, de que no me querías en tu vida. Por eso yo tampoco te contacté. Tenía miedo de encontrarme con tu silencio.

Hicimos todo mal. Todo mal.

—Perdoname, por favor.

Una sonrisa melancólica aparece en el rostro de Amadeus.

Nos habíamos equivocado. Él estaba herido y mi silencio solo hacía que el corte se profundizara cada vez más. Hasta que llegó un día que Amadeus no soportó más sangrar por mí y decidió cortar la causa de raíz. Se dijo a sí mismo que lo mejor era fingir que yo no existía. Si yo no era real, entonces el dolor tampoco. Yo, por otro lado, sentía asco de mí misma por las palabras que le había soltado en ese baño. La vergüenza hizo que la brecha creciera velozmente, hasta que ya no supe cómo acortarla. Tampoco ayudó llamar y no encontrar respuesta. Me dije que tal vez lo mejor era dejarlo en paz, no insistir. Éramos un conjunto de malas decisiones. Cómo nos habíamos equivocado. Qué mal lo hicimos. Cuánto tiempo perdimos. No quería seguir perdiéndolo enojada.

—Solo si vos me perdonás a mí, Amelia.

Mi mano cruza la mesa y alcanza la suya. La presiono una vez, fuerte, decidida. Él hace lo mismo. Nuestras sonrisas son más amplias y menos tristes. Estira su otra mano, la que no está agarrada a la mía, y con una delicadeza que me estremece, me seca una lágrima. Y yo hago lo mismo. Le paso el pulgar por el cachete, llevándome una lágrima suya. Amadeus inclina la cabeza ante mi contacto y cierra los ojos y respira.

Y en esa cocina, con la *pizza* de mi abuela a medio comer, tomados de la mano, borrando las lágrimas del otro, perdonando y pidiendo perdón, puedo sentir cómo los pulmones se me llenan de aire.

Se siente como esos días de verano calurosos, en los que el calor es sofocante y vas por la calle y podés sentir las gotas gordas de sudor recorriendo tu piel. Te abanicás con la mano, pero no es suficiente. De golpe pasás por un local, las puertas automáticas se abren cuando el sensor te detecta y un aire frío llega hasta vos. El alivio es instantáneo, te frenás por unos segundos para poder estirar el momento todo lo posible. Un suspiro se te escapa de los labios.

Al fin llegamos a nuestra brisa fresca en medio de todo este

infierno asfixiante. Y quiero alargarlo todo lo que se pueda.

Capítulo 43

Amadeus

La cena fue amigable. Comimos, tomamos y nos reímos bastante. También hablamos. No paramos de viajar entre el pasado y el presente. Yo le conté cómo fueron mis últimos años, le respondí que no cuando me preguntó si había estado en alguna relación, ella se rio y juró no creerme. Me costó convencerla, pero luego de explicarle cómo había sido el último tiempo para mí, me creyó. Nadie más que ella entiende lo que significa ser un chef de un restaurante importante, el poco tiempo para la vida social que te deja. Tuvimos una conversación sobre eso, me aconsejó y yo la escuché, y se sintió como antes. Pero mejor. Porque ahora no había secretos. Hasta ahora no me había dado cuenta de que si bien nuestra amistad fue hermosa en su momento y Amelia siempre fue lo mejor que tuve, ambos nos estábamos ocultando lo que sentíamos por el otro. Y eso que en un principio parecía lo correcto y sobre todo parecía tan indefenso, fue lo que provocó todo lo que vino después. Ahora estamos intentando abrirnos y ser lo más sinceros posible, lo más vulnerables que podamos.

Mi plato está repleto de bordes de porciones de *pizza*, el de Amelia está impoluto. Lo único que tenemos igual son nuestras copas de vino, llenas ambas.

—¿Tenés música? —pregunta a medio pararse, llevándose la copa con ella.

—¿Qué es esa pregunta? —Me paro yo también y la sigo—. ¿Cómo no voy a tener música? —Me quedo quieto, el ceño fruncido—. ¿La música es algo que se tiene? —Amelia responde con una risa. Amo su risa.

—¡Por supuesto que es algo que se tiene! —dice con total seguridad—. ¿O no? —Me mira con duda. Nos mantenemos la mirada por unos segundos hasta que rompemos a reír al mismo tiempo.

—Quiero bailar. —Se pone a buscar entre mis vinilos—. Nunca me hubiese imaginado el día en el que al fin tuvieses un tocadiscos. —Se gira para verme—. Estoy orgullosa.

—Gracias —digo riendo, porque todo me hace reír y porque creo que me pone feliz ver a Amelia. Eso. Ver a Amelia eleva a niveles indecentes mi serotonina.

Está sentada en el piso y sus dedos recorren los bordes de los vinilos. La escucho murmurar bajito, sacar algunos para ver la portada para después volverlos a guardar. Me pregunto si quiere alguno en especial o simplemente está viendo cuál le llama más la atención. Me siento al lado de ella.

—¿Buscás algo en específico?

—Es que no sé lo que mi cuerpo tiene ganas de escuchar. —Ni siquiera me mira, ella sigue pasando los vinilos uno por uno, totalmente concentrada—. Es decir, Fleetwood Mac, Queen, The Police, Elton John, The Smiths. —Al fin se gira para verme y abre los brazos—. No puedo decidirme. Te delego la tarea.

—¿Yo? —Me apunto con el dedo—. Para mí sería un honor ser el encargado de musicalizar está velada. —Es evidente que tuvimos que haber parado de tomar hace un par de copas. Nada de lo que sale de nuestra boca tiene sentido y todo nos hace reír. No me doy cuenta hasta este momento de lo peligrosa que es la situación. Los dos estamos borrachos, solos, en mi departamento. Estamos casi pegados y ahora no puedo dejar de notar lo cerca que está, lo rico que huele y las ganas que tengo de besarla.

Intento concentrarme en mi nueva tarea. Amelia se para y eso me facilita las cosas. Hago un recorrido con los ojos por todos mis vinilos y lo veo. Este es el correcto. Lo coloco en el tocadiscos y me acerco a Amelia mientras la canción empieza a sonar. Ella me mira con atención, pero también con algo más abrasador que no puedo ignorar.

—¿ABBA? —Levanta las cejas y sonríe.

—ABBA.

—¿Dancing Queen?

—*Dancing Queen.*

Estiro mi mano invitándola a bailar. Amelia deja la copa sobre la mesa y entre risas la hago girar. Eso la hace reír aún más. Vuelvo a hacerlo. Haría lo que sea por escucharla reír. La música nos envuelve mientras bailamos y cantamos a los gritos la letra. Nos señalamos cada vez que la letra dice "*you can dance*". Amelia gesticula y actúa

mientras canta, y finge tener un micrófono. Se sube al sillón y yo me quedo mirándola como si fuera una estrella fugaz. Quiero pedirle un deseo. Quiero pedirle que me bese. Amelia canta horrible. Yo no puedo evitar reírme, totalmente fascinado con la escena. Con ella. Me vuelve a apuntar con el dedo mientras me canta "*you're a teaser, you turn 'em on. Leave 'em burning and then you're gone*". Yo me hago el desentendido mirando para atrás. Se baja del sillón y comienza a caminar, con pasos lentos, mientras se termina el vino que le queda en la copa. Sus ojos nunca se despegan de los míos. Me quedo quieto, esperando que venga hacía mí. Expectante. Ansioso.

La canción llega a su final y comienza otra, pero yo no estoy escuchando, todos mis sentidos están puestos en ella. No puedo ni pensar cuando la tengo tan cerca. Me siento completamente indefenso. Podría besarla. Quiero hacerlo. Pero me pregunto si es una buena idea. No encuentro el rumbo cuando se trata de hasta dónde puedo llegar con ella. Me vivo cuestionando qué es lo que corresponde, pero pocas veces hago lo que realmente quiero, lo que nace desde lo más profundo de mi ser.

¿Por qué no puedo besarla cuando su boca está a milímetros de la mía? ¿Por qué no puedo tomarla por las caderas y acercarla hasta que no quede más espacio entre nosotros cuando me mira con unos ojos llenos de llamas? ¿Por qué estaría mal cuando se siente tan pero tan bien? Se siente correcto. Mi boca sobre la de ella se siente lo más cerca que se puede estar de la perfección. Como si ese fuera el lugar en el que tiene que estar. Correspondido.

Amelia gime sobre mi boca y pierdo el poco control que me esmeré en tener gran parte de la noche. La tomo por las caderas y ella salta, rodeándome con sus piernas. Nos llevo al sillón sin despegarnos en ningún momento. La tengo a horcajadas y creo que podría quedarme así por el resto de mi vida. La música sigue sonando, pero lo único que mis oídos captan son nuestros gemidos, el sonido de nuestras bocas chocando, cómo Amelia me suspira cerca de la oreja cuando me muerde delicadamente el lóbulo, y cómo dice mi nombre cuando la presiono contra mí, haciéndole sentir mi erección. Se mueve sobre ella y ahora el que gime soy yo. Repite el movimiento con una sonrisa en los labios. Mis dedos aprietan su cintura y comienza a frotarse más y más rápido, y no creo que pueda aguantar mucho más si continúa así.

—Amelia… —le advierto.

—¿Sí? —dice inocente, como si no tuviera idea de que está a punto

de matarme.

—Te pido por favor que pares —suplico—. Me vas matar.

En vez de parar empieza a alternar la velocidad, lento y rápido. Puedo ver en su cara que ella también está cerca. Sin apartar la mirada, se lleva sus manos hacia sus pechos y empieza a acariciarlos por encima de la ropa. Pongo mi mano en su nuca y la acerco hasta que puedo hablarle en el oído.

—Amelia, pará o no te prometo que yo pueda hacerlo.

—¿Quién dijo algo sobre parar? —Toma mis manos y empieza a recorrerlas por su estómago, las sube hasta que mis dedos encuentran la tela de su corpiño—. No quiero parar, Amadeus.

Mis manos se deslizan por debajo de la tela y puedo sentir sus pezones endurecidos, los acaricio con el pulgar y Amelia se mueve contra mi erección como respuesta. Los pellizco ligeramente y eso provoca un gemido de placer en ella. Tiene los ojos cerrados y su labio inferior entre sus dientes mientras se sigue moviendo sobre mí. Pero yo tengo los ojos bien abiertos, absorbiendo todo el placer que muestra en su rostro.

Saco mis manos para tomarle el borde de la remera y con una pregunta que no sale de mi boca, sino que hago con la mirada, ella asiente y me da permiso de desnudarla. Me tomo unos segundos para asimilar lo que estoy viendo. Tengo a Amelia sentada sobre mí, media desnuda, y sus tetas son las más hermosas que alguna vez vi. Me sonríe y me pasa una de sus manos por el pelo; me giro para darle un beso en la parte de adentro de la muñeca, donde puedo sentirle el pulso. Me reconforta saber que no soy el único que tiene el corazón galopando.

—Sos hermosa. No me cansaría nunca de mirarte.

Nos volvemos a besar, con hambre, con furia, como si nos estuviera corriendo el tiempo. Solo frenamos en busca de aire. Nuestras bocas siguen unidas mientras nos empezamos a desvestir. Me desabrocho el pantalón y me doy cuenta de que el sillón no es el lugar ideal para lo que estamos a punto de hacer, así que me paro, ella entrelaza sus piernas, y aún besándonos, la llevo a mi habitación.

La dejo sobre la cama y sus tetas rebotan por el movimiento, tiene la boca hinchada y roja, y también está despeinada. Le saco el pantalón sin dejar de verla, y hago lo mismo con la ropa interior. Le tomo los tobillos y la arrastro hasta el borde la cama. Mis rodillas tocan el piso de mi habitación. Me inclino, Amelia abre las piernas y

las cuelga sobre mis hombros, y yo hundo mi boca en ella.

Mi lengua la hace estremecerse, me tira del pelo con fuerza, invitándome a ir más profundo, pidiéndome más sin usar las palabras. Y con mi cabeza enterrada entre sus muslos, puede ser que haya encontrado mi nuevo lugar favorito en el mundo. No me importaría vivir acá. Hambre no pasaría.

—Amelia, creo que soy adicto a vos. —Una risa rompe sus labios, mi corazón se infla ante el sonido y vuelvo a pasar mi lengua por su parte más sensible, entonces su risa se entrecorta con suspiros de placer.

—Amadeus. —Levanto la cabeza para ver cómo despega la espalda de la cama y la vuelve a apoyar. Intenta cerrar las piernas, pero las tomo con mis manos y se las mantengo quietas y abiertas.

Puedo sentir que está cerca, le acaricio el clítoris mientras mi lengua sigue sobre ella. No me lleva mucho tiempo hacerla acabar. Escucharla respirar excitada mi nombre puede ser la causa de que pierda cualquier rastro de cordura.

La tomo por la espalda y la centro en la cama. Amelia después de un orgasmo es injustamente bella. Le corro el pelo de la cara y le doy un beso en la frente. Ella toma mi rostro y me besa con ternura en los labios.

—Mi turno —me dice en un susurro pegado a mi boca—. Acostate.

Y eso hago.

Amelia se deshace de mi ropa y no puedo decir ni media palabra antes de que ella envuelva mi miembro con sus labios. Mis manos viajan hasta su cabeza y mis dedos se hunden en su pelo.

Tengo los ojos cerrados y mi error es abrirlos. Porque verla entre mis piernas, con una de sus manos apretando mi muslo, la otra deslizándose sobre mi miembro, mientras al mismo tiempo su boca succiona y lame, es simplemente devastador. Vuelvo a cerrar mis ojos y me esfuerzo para alargar el momento lo más que pueda.

Pierdo cuando Amelia recorre toda mi longitud con su lengua mientras mantiene contacto visual conmigo. Su boca es reemplazada por su mano cuando libero mi placer.

Quiero poder decirle lo mucho que me gustó, pero mi lengua se siente pesada, al igual que el resto de mis músculos. Me siento como un pedazo gigante de gelatina, no tengo fuerzas para nada. Solo puedo hacer lo indispensable: respirar.

—Eso fue… —intento hablar—. No tengo palabras. —El rostro de

Amelia se encuentra flotando sobre el mío. Me da un beso corto y rápido en el pómulo y se aparta para volver a dejar caer sus labios en mi mentón. Repite la acción hasta que siento sus besos por toda mi cara.

La tomo de las muñecas, haciendo que caiga sobre mí, su pecho desnudo contra el mío. Su sonrisa contra la mía. Y no le lleva mucho tiempo volver a tomar mi boca.

Hay algo particular en la forma en la que Amelia besa. Técnicamente sus labios solo están tocando mi boca, pero inexplicablemente puedo sentir el beso en cada centímetro de mi piel. Cuando Amelia me besa, me siento lleno y al mismo tiempo tan liviano que si no fuera porque mi boca se rehúsa a despegarse de la suya, podría salir flotando en cualquier momento.

El beso poco a poco se empieza a intensificar de nuevo y me doy cuenta de algo muy importante.

—Amelia —digo sobre sus labios—. Tendríamos que parar.

—¿Hice algo mal? —pregunta. Se separa de mí y veo que tiene las cejas juntas.

—No, no. Todo lo contrario. —Ambos sonreímos—. Tenemos que parar porque no tengo preservativos —admito—. No me acuerdo cuándo fue la última vez que traje a alguien y siendo honesto en ningún momento se me cruzó que algo así podía pasar entre nosotros esta noche.

—Yo tampoco me imaginé que íbamos a terminar la cena de esta forma, si no, hubiese traído.

—No quiero que te vayas.

—Puedo quedarme un rato más, si querés. —Leo entre líneas. No se va a quedar a dormir. ¿Me hubiese gustado? Sí. Pero entiendo que a lo mejor es muy pronto. Todavía no logro entender lo que acaba de pasar hace quince minutos.

Amelia se apoya sobre mi pecho y la rodeo con mis brazos por los hombros y ella hace lo mismo con mi cintura. Nos quedamos en esta posición por unos minutos, su cabeza se eleva cada vez que lleno mis pulmones de aire, tuerzo el cuello para poder verle la cara. Tiene los ojos cerrados y una de sus comisuras ligeramente levantada.

Estas últimas semanas pude notar cómo Amelia fue cambiando poco a poco. Apenas llegó fue impactante el contraste. Era ella, pero una versión mucho más imperceptible. Como si Amelia caminara con la intención de no hacer ruido, de no molestar, de que nadie la note.

Podías notar que la tristeza formaba parte de ella, siguiéndola adonde fuera, sin darle un descanso.

Ahora, mientras escucho su respiración pausada, con sus manos sobre mi piel, mis dedos dibujando formas inconcretas en su espalda, puedo ver que la tristeza con la que vino ya no la envuelve por completo. Sigue ahí, por supuesto que sigue ahí, y va a formar parte de ella. No se puede avanzar sin un pasado. Pero el pasado de Amelia ya no le atormenta su presente.

Le paso la mano por el pelo y mi pecho se siente lleno. Mis ojos no pueden dejar de observar maravillados mientras hace algo tan mundano como inhalar y exhalar.

Y es en ese momento, con ella sobre mi pecho, que me doy cuenta de que ya es tarde. No hay forma de que yo pueda volver el tiempo atrás y aunque pudiese no creo verme capaz de encontrar la forma de detener lo que hace tiempo viene creciendo dentro de mí, como una flor que estaba ansiosa por crecer pero que nadie nunca se molestó en regar. Puedo sentir los pétalos abriéndose con parsimonia, estirándose hasta llenarme por completo, aquí y allá. Estoy repleto del amor que siento por Amelia, puedo sentirme a punto de desbordar. Y debería atemorizarme sentir de esta forma, con tanta intensidad, pero no lo hago y estoy bien con eso.

* * *

Nos quedamos dormidos sin darnos cuenta.

—¿Amelia? —La sacudo ligeramente. Miro el reloj de mi mesita de luz. Nos quedamos dormidos solo unos minutos. Y seguimos desnudos.

Abre los ojos, murmura algo inentendible y se vuelve a recostar sobre mi pecho, dispuesta a seguir durmiendo.

—Amelia, dejá que te ponga algo de ropa al menos. —Sin decir nada se gira, dejándose caer sobre la cama boca arriba, con los brazos abiertos.

—¿Podés hacerlo mientras sigo durmiendo? —balbucea.

—Creo que puedo intentarlo.

Salgo de la cama, me visto y voy a buscar su ropa interior, que está tirada en el piso, y voy hasta mi placar para agarrar unos pantalones con una remera para que use de pijama.

Cuando vuelvo está profundamente dormida de nuevo, los labios ligeramente despegados. Le paso la ropa interior por los tobillos y se

la subo despacio, con miedo de despertarla, aunque por cómo está durmiendo, dudo que vaya a despertarse a menos que le tire un balde de agua. Agarro el pantalón y repito mis movimientos. Le paso la remera por la cabeza y luego las mangas por los brazos. Me asombra y me preocupa en partes iguales lo profundo que es su sueño. Me acuesto a su lado y estiro el acolchado para taparnos. Amelia se acurruca y yo me quedo unos minutos mirando el techo procesando que estoy durmiendo con Amelia. Intento asimilar todo lo que acababa de pasar entre nosotros, con toda la inocencia de que no tengo idea de lo que nos espera.

Capítulo 44

Amelia

Sentía algo pesado sobre mi pecho, pero lejos de molestarme, me reconfortaba. Se sentía bien, fuera lo que fuera. No quería sacarlo de encima de mí. Además, olía rico.

Intenté seguir durmiendo, pero lo que fuera que estaba arriba de mí tenía brazos porque sentí cómo los apretaba a mi alrededor y ¿qué era?

Abrí los ojos y lo primero que vieron fue a un hombre adulto de un metro ochenta abrazado a mí como una garrapata. Su cabeza descansaba en mi pecho, sus brazos recorrían mi cintura, sus piernas estaban aplastando las mías. Ambos estábamos vestidos y recordé vagamente a Amadeus despertándome y diciéndome algo de que teníamos que vestirnos y luego todo vuelve a ser negro. Se ve que logró ponernos decentes a ambos.

Me gustaría saber qué hora es, pero para eso me tendría que levantar y siendo honesta no quiero. Algo me dice que ayer entramos en una especie de realidad alterna donde todo está permitido y nada va a ser cuestionado. ¿Puede ser que las dos botellas de vino hayan tenido algo que ver? Puede ser. Pero además de la influencia del alcohol en sangre, creo que ambos estamos, después de tanto tiempo, en el mismo punto. Y que ambos estamos hartos de tener que fingir que nada pasa entre nosotros, que no hay sentimientos involucrados y que no tenemos ganas de besarnos cada vez que nos vemos. Bueno, al menos eso me pasa a mí, tampoco quiero proyectar demasiado.

Es como si de repente hubiéramos dejado de lado nuestros miedos, hubiéramos decidido poner el freno de mano y cuestionarnos hacia dónde estamos yendo con esta penosa actuación de “yo no siento nada por vos y vos no sentís nada por mí, y toda esta tensión sexual simplemente es un invento que existe en nuestra imaginación”.

Se siente extremadamente bien no tener que pretender ser una roca

sin emociones.

—Buenos días. —La voz ronca de Amadeus hace que mi cuerpo entero vibre.

—Buenos días —digo con una sonrisa en mis labios mientras le paso la mano por la frente, corriendo un par de mechones.

—¿Qué te gustaría desayunar? —Sigue con los ojos cerrados y su cuerpo no tiene ni la mínima intención de moverse a ningún lado.

—No sé, ¿cuál es la especialidad del chef?

Amadeus se incorpora al fin, colocando sus brazos como una jaula de la cual no quiero salir, su cuerpo flotando sobre el mío.

—Tengo muchas especialidades.

—¿Ah, sí?

—Mm. —Su nariz roza la mía y me mira juguetón.

Amadeus se acerca con la intención de besarme, pero antes de que suceda le pongo una mano en el pecho y lo alejo.

—Primero lo primero. Voy a necesitar que me prestes un cepillo de dientes.

—Será un placer. —Me da un beso en el cachete y se levanta. Yo sigo procesando lo adorable que fue el gesto cuando me pregunta desde la puerta—: ¿Venís?

Y cuando mi boca escupió un sí que atravesó mi sonrisa gigante me di cuenta de que nunca iba a querer decirle que no a nada.

* * *

—¿Qué color querés? —Amadeus me muestra un cepillo de dientes verde y otro azul.

—Este. —Agarro el verde—. Gracias.

—Excelente elección, y no es nada.

Ya empiezo a perder la cuenta de la cantidad de momentos íntimos que estoy compartiendo con Amadeus. Y como soy una persona amante de las listas, por supuesto tengo una con el título de "Momentos íntimos con Amadeus". Y viéndonos en el reflejo del espejo, parados uno al lado del otro mientras nos cepillamos los dientes, me parece que es merecedor de ser agregado a la lista.

—¿Ahora sí puedo? —dice rodeándome la cintura con sus manos.

Mi boca busca la suya y nos encontramos en un beso de buenos días fresco, con sabor a menta.

—Podría arrancar todas mis mañanas así. —Me da otro beso corto

—. Ahora desayuno, vamos.

—Necesito litros y litros de café —admito mientras lo sigo hasta la cocina.

Amadeus es de esos hombres que no hacen nada a medias. Y el desayuno no es la excepción. Además de los litros de café, hay tostadas con palta, huevo revueltos y un plato con frutas cortadas.

—Podría arrancar todas mis mañanas así —le robo sus palabras mientras le doy un mordisco a la tostada. Amadeus se ríe bajito y me sirve café.

—¿Leche? —Asiento con la cabeza imposibilitada para hablar—. ¿Azúcar? —Niego.

Desayunamos con el sol del invierno entrando por las ventanas. Puedo ver los rayos en esquinas, superficies y objetos. Pero nada se compara con el rostro de Amadeus bañado por la luz del sol.

Para algunas personas, el amor se presenta como una gran revelación que te golpea sin pedir permiso y que viene de la mano de un momento magnífico y extraordinario. Pero la verdad es que, en esta ocasión, el amor se presentó con delicadeza, no fue repentino, sino todo lo contrario, se venía asomando hacía ya un tiempo. A lo mejor hace más de lo que puedo permitirme admitir. Somos solo nosotros dos en pijama desayunando, no hay nada de especial, no hay una razón para que sea el momento. Pero lo es. Mientras Amadeus tiene el sol en la cara, una remera naranja con una frase que no se lee por lo desgastada que está y toma un sorbo de café en su taza que era diferente a todas las demás porque él no tiene dos iguales, le doy la bienvenida al amor que yo siento por él. Ya no voy a poder dejarlo ir nunca más.

Continuamos desayunando sin decir mucho, solo interrumpimos el silencio minutos más tarde cuando Amadeus pregunta.

—¿Tenés algo que hacer más tarde?

—Nada en absoluto.

Y así es como pasamos el resto del día caminando por las calles frías de Nueva York. Fuimos a comer a un restaurante casi escondido entre la grandeza de la ciudad. Pedimos dos platos que compartimos y como somos insoportables hicimos una variedad de comentarios sobre cada bocado que nos llevamos a la boca. Hablamos sin parar, pisándonos constantemente. Amadeus siempre tuvo una facilidad para hacerme reír sin parar, así que a la noche cuando estoy en la cocina del restaurante yendo y viniendo, mis abdominales duelen a causa de

todo lo que me reí más temprano. Mis labios recuerdan cada beso que nos dimos y por momentos tengo que obligarme a regresar al presente y decirme que estoy trabajando y necesito prestar atención a lo que estoy haciendo.

Que Amadeus pase de vez en cuando y me acaricie disimuladamente no ayuda ni un poco.

Esa noche, cuando mi cabeza se apoya en la almohada, mis párpados se cierran automáticamente debido al cansancio y el sueño me alcanza sin que tenga que rogar. Y puede ser que en mis sueños apareciera un hombre de ojos marrones que cambian ligeramente de color, con un pelo que me hace pensar en la noche menos estrellada posible. Está de espaldas y lejos. Camino hacia él, sin correr porque sé que no tengo por qué apurarme. Él no se va a ir a ningún lado, me va a esperar. No tengo que tocarlo ni decir su nombre. Como si supiera que estoy ahí, detrás de él, se da vuelta y me mira con una intensidad como quien al fin encuentra algo que daba por perdido. Le sonrío. Me sonríe. Y caminamos juntos.

Capítulo 45

Amadeus

—Lo que me estás diciendo es que ahora están saliendo.

—No dije eso en ningún momento.

—Suena a que sí.

—¿Qué de todo lo que te dije te hace pensar eso?

Mi mejor amigo se cruza de brazos y se recuesta sobre la silla. Estamos en mi despacho, la cocina ya está vacía. Amelia se fue hace un rato a su departamento.

Estaba agotada y me sentí un poco culpable. La idea de pasar todo el día caminando fue mía. Tenía tantas ganas de pasar más tiempo con ella que no medité que quizás no fue la mejor idea, más teniendo en cuenta que a la noche trabajábamos.

—No lo sé —dice Theo—. ¿A lo mejor la parte de que tuvieron la cita más larga registrada en la historia de la humanidad?

—En nuestra defensa, no creo que ninguno de los dos fuera consciente de que estaba sucediendo —señalo—. Además, al principio no era una cita. —Theo levantó las cejas y su expresión de "yo tengo razón" aparece antes de que pueda defenderme. Lo intento igual—. No fue una cita. Solo nos juntamos a tener la conversación que nos debíamos. La que vos insistías en que tuviéramos.

—Suena como una cita para mí.

—No. Fue. Una. Cita.

—¿Cuál sería el problema si lo hubiese sido?

—¡Ninguno! —La energía que utilizo para hacer esa afirmación nos toma por sorpresa a los dos—. Solo que… no lo fue. Y punto final.

—Está bien. —Alza las manos—. Pero algo fue, no usemos la palabra "cita", pero claramente una reunión de trabajo no fue.

—¿Por qué tenemos que hacer un análisis profundo de la situación?

—Porque sos mi mejor amigo, te conozco y sé que necesitás hablar

las cosas. Tu cabeza tiende a crear los peores escenarios posibles, futuros dramáticos donde todo es una mierda y nada puede salir bien, y dejás que esos pensamientos te consuman y te terminás encapsulando sin hablar con nadie de lo que te sucede. No quiero ver cómo te convertís en un viejo amargado, frívolo y con una vida tan miserable que cuando quiera decir la palabra "felicidad" se le trabe la lengua. —Theo no parece tomar aire entre oración y oración, y es una de esas veces en las que me cuesta seguir lo que quiere decirme—. No le hagas caso a eso último. A lo que voy es a que te conozco. Y no quiero que te hagas eso, lo de encerrarte. Estoy acá para todo lo que necesites. —Sonrío—. Soy tu mejor amigo, estoy más que dispuesto a escucharte horas hablando de Amelia. No te voy a juzgar si pasamos tres horas hablando de la obsesión que tenés por la expresión en su rostro cuando habla de algo que le gusta.

—¡Eso te lo conté hace años! —digo, indignado y sorprendido en partes iguales por la memoria prodigio de Theo.

—¿Me vas a decir que ya no es así?

Lo miro derrotado.

Theo sonríe como si hubiese ganado la lotería.

—Me gusta que pienses que sos misterioso y un tipo difícil de descifrar. No quiero romperte la ilusión, pero, cuando se trata de Amelia, es imposible que puedas disfrazar lo que te pasa.

—¿Tan obvio es?

—Sip —dice sin dudar—. Siempre lo fue.

Dejo caer mi espalda sobre el respaldo y llevo mis manos entrelazadas hacia mi pecho. Miro hacia arriba y dejo salir una cantidad enorme de aire.

—En ese momento no estaba preparado para admitirlo. Pensaba que no tenía sentido que le dijera lo que sentía por ella si no iba a hacer nada con eso. Y la verdad es que no tenía nada para ofrecerle. No éramos una posibilidad. No te voy a mentir que más de una vez tuve la intención de tirar todo a la mierda, ir y decirle lo que me pasaba, pero siempre había algo que me frenaba. Miedo a arruinar la amistad, miedo a que no fuera recíproco, miedo a que no funcionara. No sé. Y luego vino Sebastiano y ella se fue con él y ya no hubo más lugar para las dudas. De cierta manera eso fue una respuesta a una pregunta que jamás tuve oportunidad de hacer.

—Eso me parece injusto. Ella nunca supo verdaderamente cuáles eran tus sentimientos. Lo que Amelia decidió no tuvo nada que ver

con vos.

—Lo sé —digo, manteniendo la mirada en el techo. Debería darle una mano de pintura.

—¿Te puedo dar un consejo?

—Sí.

—No dejes que el miedo a que se termine te impida vivirlo.

Muevo la cabeza para ver a un Theo completamente serio.

—A veces sos inteligente.

Theo se ríe.

—Ya lo sé. Simplemente no me valoran lo suficiente —dice, encogiéndose de hombros.

—Es raro, ¿sabés?

—¿Qué cosa?

—Ayer se sintió como si ya hubiésemos tenido mil noches así. Todo fue tan… natural. Correcto. Como si estuviera destinado a que fuera así. Amelia y yo. Nosotros dos. Juntos. Sentí que podíamos ser una posibilidad.

—¿Y por qué no?

—¿Por qué no qué? —Lo miro con una ceja levantada.

—Por qué no podrían ser una posibilidad.

Abro la boca, pero apenas lo hago me doy cuenta de que ninguna oración se formó en mi cerebro. Cierro la boca. No tengo una respuesta para esa pregunta. Si me preguntaba lo mismo meses atrás, lo más probable es que mi respuesta hubiera sido una extensa explicación detallando por qué la idea de Amelia y yo juntos era sinónimo de desastre y locura, y de cualquier palabra relacionada con una catástrofe de índole maniática. Ahora, en cambio, me encuentro en una postura en la que nunca antes había estado.

Por primera vez siento que al fin puede existir un nosotros. O al menos podemos intentarlo. Quiero intentarlo.

—Sí —digo con una sonrisa que cada vez se agranda más—. ¿Por qué no?

* * *

Esa noche cuando me voy a dormir, Amelia colma mi habitación. Está por todos lados. Como si fuera aire.

Amelia.

Como si no pudiera permitirme ser libre de ella.

Amelia.
Como si no pudiera permitirme no pensar en ella.
Amelia.
Como si no pudiera permitirme amar sin ella.

Capítulo 46

Amelia

Finn y Matilda están sentados frente a mí, congelados y con las bocas abiertas al máximo. Podría decirse que no se esperaban lo que pasó entre Amadeus y yo.

—Eso fue… —empieza a decir Finn.

—¡Amiga, no puedo creer que esperaste una semana para contarnos! —grita Matilda con tono de reproche.

—Intenso —termina mi amigo por sobre las palabras de Matilda.

—Tenía que asimilarlo primero —trato de defenderme, aunque no es una buena excusa.

—¿Y ya lo asimilaste?

—Algo —digo.

—No puedo creer que tuviste una cita con Amadeus y no nos dijiste hasta una semana después.

—Eh, no fue…

—Y ni se te ocurra tener el descaro de querer negar que fue una cita, Amelia Reiz. —Si estuviera parada, Matilda tendría los puños cerrados apoyados en su cintura.

—*Wow*, nombre completo —digo bajito.

—Sí. —Su voz es firme como una roca—. Nombre completo.

—Perdón, pero Mati tiene razón. —Matilda se gira para ver a Finn y lo deslumbra con una sonrisa que muestra todos sus dientes—. Entra en la categoría de citas. ¿Dónde lo pondrías si no?

Eso me deja pensando. Tienen un punto.

—Bueno, podemos decirle cita. —Muevo la mano, como para quitarle importancia al término.

—¡Su primera cita! —exclama mi amiga con un aplauso y una voz por demás emocionada.

—No pensé que iba a vivir lo suficiente como para ver a Amelia y a Amadeus teniendo una cita. Entre ellos —puntualiza Finn.

—Te dije que ese viaje a Los Ángeles iba a ser un antes y un después en su relación.

—Sí, pero nunca jamás me imaginé que el cambio iba a ser tan radical. —En este punto yo ya no existo para mis dos amigos y la conversación es entre ellos, como si yo no estuviera ahí, escuchando todo. Le doy un sorbo a mi café—. Es decir, pasaron de odiarse, a soportarse, a… ¿salir? —Matilda asiente emocionada—. Podemos decirle "salir".

—Yo no quiero decirle así. —Levanto la mano.

Nadie me presta atención.

—Fue por el beso.

—Tenés razón de nuevo. Ese beso fue motivo suficiente para que hoy nos encontremos con la noticia de que Amadeus y Amelia oficialmente dejaron de ser dos estúpidos.

—Ey, ¡estoy acá!

Me miran solo un instante antes de volver a enfrascarse en su conversación. Su conversación sobre mí en la que yo no tengo ni voz ni voto.

—Igual no puedo creer todo lo que les costó darse cuenta. Era demasiado obvio —señala Matilda. Finn coincide. Yo me quejo.

—Lo importante es que ambos ya saben que es mutuo el sentimiento de querer lamerse la cara.

—¡Amigo! —digo—. Diu, asqueroso.

—Como si no te gustara la idea. —Finn sonríe con picardía.

Pongo cara de hastío.

—No dijo que no… —le susurra por lo bajito Matilda a Finn.

—¿Podemos volver a lo que me tiene preocupada? —Eso vuelve a centrar la conversación, y mis amigos dejan de lado las sonrisas bobas y las reemplazan por miradas serias.

—¡Cierto! Perdón. —Matilda suaviza su mirada—. Nos decías que no sabías cómo manejarte con esta nueva… ¿dinámica? ¿Relación? No sé qué palabra usar. Lo que sea que esté pasando entre vos y Amadeus.

Y es eso, el no poder definir lo que está pasando entre nosotros, lo que me hace tener dudas sobre cómo actuar. ¿Cómo puedo saberlo si ni siquiera sé dónde estamos parados?

—Justamente ese es el problema. Ya no sé cuál es la relación que tenemos ¿Ex mejores amigos? ¿Amigos con beneficios? ¿Amigos que se gustan? Bueno, a lo mejor eso haría que dejáramos de ser amigos. —Ambos asienten—. La cuestión es que no lo sé. No estoy diciendo

que ya mismo tengamos que tener la conversación de lo que somos. Claramente no. Pero me encuentro tan perdida que no sé qué está bien y qué está mal. Me gustaría tener un libro con instrucciones que me diga qué hacer cuando te empieza a gustar tu ex mejor amigo, que en realidad cuando era tu amigo también sentías algo por él. Pero después vos te fuiste del país y discutiste con él y te casaste con otro hombre y no hablaste con tu amigo durante años para luego regresar a su vida y que todo sea incómodo y tenso y eso de alguna manera se transforma en tensión sexual, la cual estaba reprimida hacía años, y un día estalla todo por los aires y se besan y ahora hacen más que besarse y se llevan bien y se gustan y… —Freno para tomar aire. Matilda y Finn me miran estupefactos—. Y no saben qué hacer con todos estos sentimientos, pero lo único que saben es que disfrutan de estar con el otro, aunque no sepan muy bien qué está pasando. Ojalá existiera ese libro. Lo compraría ya mismo.

—Debo decir que fue un excelente resumen —puntualiza Finn.

—De hecho, lo fue, sí —coincide Matilda.

—Esta es la parte en la que me dan consejos. —Me tiro para atrás en la silla y suspiro.

—Sí, consejos —comienza Finn—. Puedo hacerlo. Mirá, amiga, lo único que te puedo decir es que te estás ahogando en un vaso de agua. Un vaso de agua bastante lindo. Amadeus siempre me pareció un hombre injustamente hermoso.

—Vos también lo sos —agrega Matilda.

—Gracias. —Le guiña un ojo antes de continuar—. En fin, me parece que simplemente tenés que dejar que las cosas sucedan. No lo pienses tanto, no le des muchas vueltas al asunto. Entiendo por qué necesitás saber dónde están parados. Creeme. Pero te diría que vayas día a día, de a poco, sin apresurarte.

—Además, no sabés qué va a pasar. —Matilda me toma la mano y la presiona una vez. La deja ahí—. Sé que desde Sebastiano te cuesta confiar en otra persona, no querés volver a entregar tu corazón sin tener garantías de que no te lo van a hacer mierda. Lo sé. Pero, amor, eso no existe. Si vos amás a Amadeus de la misma forma en la que él te ama, te diría que tomes los riesgos que conllevan volver a compartir un pedacito de vos con alguien más. Nadie te puede asegurar que vas a tener un final feliz, pero no podés negarte a tener comienzos por el temor a un punto final.

—¿Y si no estamos listos? ¿Y si nos lastimamos? —Matilda vuelve

a presionar mi mano. Sé que ella está para mí. Finn también. Soy tan feliz de tenerlos en mi vida—. No puedo volver a hacerle daño. Tampoco quiero volver a perderlo.

—Te voy a hacer una pregunta. —Finn se inclina sobre la mesa. Es una persona práctica, calculadora, la clase de persona que necesitás en estas situaciones donde todo es difuso—. ¿Podés ignorar lo que sentís por él? ¿Hacer como que todos esos sentimientos no existen?

—No. —No puedo. Ya no.

—Entonces tenés dos opciones, mi queridísima amiga. La primera es tomar valor y hacerte cargo de lo que sentís y hacer algo con eso. La segunda es suprimir lo que te pasa con Amadeus y ser solamente su amiga y no volver a intentar nada con él. Pero no podés quedarte parada en el medio, porque entonces no estás en ningún lado y creo que ninguno se merece algo a medias. Y lo más importante, tenés que mantenerte firme con la decisión que tomás, porque tampoco pueden ir y volver constantemente. O son amigos de verdad o son algo más. No inventen grises.

—Tenés razón —digo.

—Lo sé. —Finn se cruza de brazos y sonríe, complacido consigo mismo. A veces me hace acordar a Theo. Ambos son insoportables cuando saben que están en lo correcto.

—Sinceramente no creo que haya vuelta atrás luego de lo que sucedió la otra noche. Tampoco quiero retroceder. Me gusta estar con él. Me gusta él. Dios, se siente bien decirlo, es como sacarme un peso enorme de encima.

—¿Y ahora cómo querés seguir? —pregunta Matilda.

Y no lo sé. Me gustaría haberle dicho que tengo todo planeado. Que tengo respuestas a todas sus preguntas y a las mías también. Que sé exactamente lo que voy a hacer. Pero no. Tendré que seguir su consejo y dejarme llevar.

Obvio, mis temores siguen ahí, sobre todo la idea de que todo va a terminar siendo un desastre y voy a perder a Amadeus para siempre. Porque algo me dice que no vamos a tener una segunda oportunidad para reencontrarnos. Además, también está lo que significa para mí volver a estar con alguien después de Sebastiano. No sé si estoy preparada y eso también me preocupa, el adentrarme en una relación sin estar lista del todo. Pero al mismo tiempo, todo con Amadeus se siente como si así tuviera que pasar. Hasta podría decir que es algo inevitable, como si estuviésemos destinados.

—Supongo que lo voy a llamar para invitarlo a cenar. Le debo una receta.

Y mi piel comienza a vibrar expectante al saber que existe la posibilidad de verlo.

Capítulo 47

Amadeus

Mi dedo presiona el timbre del piso de Amelia.

—¿Hola? —dice una voz metálica.

—Soy yo.

—Ahí bajo.

Paso la botella de vino de una mano a la otra, un poco inquieto. Me había llamado más temprano, diciendo que era hora de que pagara su apuesta. Yo acepté con la misma emoción que tenía a los cinco años al momento de abrir los regalos de Navidad.

—Hola. —Una Amelia con el pelo medio recogido y ropa de entrecasa me recibe. Nos sonreímos y le estiro la botella.

—Hola —la saludo mientras entro—. No sé si el vino es el correcto para lo que vamos a comer. —Caminamos hasta el ascensor. Ella lo llama.

—Está más que bien. —Nos miramos—. Espero que no pienses que arriba te espera una comida muy excéntrica. De hecho, es la simpleza de la receta lo que más me gusta. Te va a encantar —dice, evidentemente emocionada. Me fascina cuando desborda energía ante algo que le genera mucha pasión. Amelia hablando de comida siempre es esa Amelia que me gusta. Podría escucharla hablar por horas.

—Confío en vos.

Sus ojos brillan, pero al instante un velo de preocupación aparece, y el brillo se va tan rápido como vino. Tan rápido que no llego a preguntarme de qué se trata, en qué me puede afectar.

—Pasá, ponete cómodo.

—Paso al baño un segundo.

—La puerta al final del pasillo —grita Amelia desde la cocina.

Lo primero que noto cuando veo el departamento es que no vivía nadie en él con la intención de quedarse. En realidad, hay muy pocas cosas que indiquen que vive alguien en él. Si no fuera porque hay

comida en la heladera y un cepillo de dientes en el baño, dudaría de que Amelia estuviese viviendo acá. Lleva acá cuatro meses y todavía no se asentó del todo, como si no hubiese encontrado su lugar todavía. O como si tuviese la intención de no quedarse acá, y regresar a Francia.

No.

No voy a pensar en eso esta noche. Esto es lo que me dijo Theo, mis pensamientos intrusivos altamente negativos que no hacen más que preocuparme por realidades que no existen y a lo mejor nunca lo hagan.

Me lavo las manos con la mirada fija en mis ojos.

—No hagas esto —susurro—. Relajate. Respirá. Uno, dos, tres… — Mis pulmones se inflan y voy dejando salir todo el aire con lentitud. Repito el ejercicio dos veces más. Me vuelvo a decir que tengo que dejar ir esos pensamientos, enfocarme en el ahora, y salgo del baño.

—Tomá. —Amelia me da un delantal azul marino. Ella tiene puesto uno negro—. Este es tuyo. Ponételo.

—¿Por qué tenés dos delantales? —le pregunto mientras me ato las cintas.

—Tengo cinco —responde con una sonrisa.

—¿Cinco? —Frunzo las cejas—. ¿Para qué necesitás tantos? Yo creo que tengo uno solo, que fue un regalo de cumpleaños. Y siendo sincero, es un verdadero asco.

—Me gusta tener varios delantales. ¿Es un delito por casualidad?

—No —respondo—. Pero…

—¿Vamos a seguir hablando o nos vamos a poner a cocinar? —Su postura, su tono de voz y su mirada me dan un escalofrío. A veces puede dar miedo, sobre todo en su cocina.

—Nos vamos a poner a cocinar —digo, serio, y me ato las tiras del delantal.

Amelia asiente una vez y se coloca de cara a la encimera de la cocina. Ahí ya está preparado todo lo que vamos a necesitar para hacer la receta.

—Bien, comencemos. —Amelia toma un par de cebollas, me da una a mí y se queda con la otra—. Las cortamos en juliana.

A los segundos de haber empezado a cortar, mis ojos ya están llorosos. Odio cortar cebolla, por eso, en general, la evito a menos que sea estrictamente necesaria para la receta.

—Segundo cajón. —Amelia resopla.

—¿Eh?

—Abrí el segundo cajón. —Hace un movimiento con la cabeza.

Eso hago.

—¿Qué estoy buscando, si se puede saber?

—Unos anteojos de seguridad. Los compré hoy a la mañana después de haber comprado las cebollas.

—¿Qué? —digo intentando comprender lo que me está diciendo—. No entiendo…

Se acerca hasta donde estoy y se pone a revolver en el cajón hasta que efectivamente saca unos anteojos transparentes de seguridad. Esos que alguien usaría para proteger sus ojos de una actividad peligrosa.

—Tomá. Te van a servir. Sé lo mucho que odiás cortar cebolla.

No dudo en ponérmelos. Realmente odio cortar cebolla.

—Gracias.

Amelia se gira para verme.

—De na… —Una risa estridente rompe el aire—. De… —Continúa riendo—. … Nada. Te quedan bien. —Apunta con el dedo en dirección a mis ojos. La miro serio—. Muy bien.

A este punto ya no sé si sus lágrimas son por la cebolla o si está llorando de la risa.

—Muy graciosa —digo, y vuelvo a concentrarme en mi tarea—. Quiero que sepas que no me siento ni un poco ofendido porque me queden espantosamente mal. Al menos no estoy llorando y eso es un triunfo en mi idioma. Es lo único importante para mí en este momento.

Amelia se pasa el dorso de la mano por los ojos.

—Dios. —Suelta un suspiro exagerado—. No podía parar de reírme.

—Lo noté.

—No te quedan mal. Solo es graciosa la imagen. Entendeme.

—Aprecio tus palabras. —No levanto la mirada de la tabla de cortar.

Unos labios se presionan contra mi mejilla.

Paro de cortar.

—Todo te queda lindo —dice Amelia a escasos centímetros de mi cara. Muero de ganas de besarla. Pero si lo hago, no voy a poder parar y tenemos una receta que hacer.

Una vez cortadas las cebollas, Amelia me va indicando los pasos siguientes. Me explica que esta sopa de cebolla es un plato típico de

Francia y que, si bien es sencillo, era uno de sus favoritos de los que aprendió mientras vivió allá.

—Y ahora le ponemos queso, una rodaja de pan y lo gratinamos todo en el horno.

Mientras esperamos a que esté listo, vamos poniendo la mesa y servimos el vino.

—No sabía que eras amante del vino blanco. Hubiese jurado que eras de los que solo toman tinto.

—Qué puedo decir. —Me encojo de hombros. —Soy una caja de sorpresas.

El temporizador suena.

—Nuestra sopa está lista.

El aroma que desprende es cautivador, pero el sabor es aún mejor.

—Esto es riquísimo —digo luego de la primera cucharada.

—¿Viste? —Amelia se ve emocionada, y se me ocurre que me está dando un pedacito de ella, de ese pasado que no compartimos, que todavía no le dio a nadie. Eso hace que se me revuelva el estómago un poco—. Cuando la hagas no te saltees la parte del gratinado. Es la clave de toda la receta, le da una crocancia espectacular.

—El pan está excelente también. Nunca se me hubiese ocurrido ponerlo sobre la sopa, pero de esta manera se empapa de todo el sabor.

—Te dije que te iba a gustar —dice victoriosa mientras me apunta con la cuchara.

Comemos, tomamos, hablamos y nos reímos hasta el cansancio. Es fácil estar con Amelia. Me siento bien con ella. En paz. No necesito recordarme respirar cuando estamos los dos en la misma habitación.

Nunca supe realmente todo lo que la extrañaba y lo mucho que la necesitaba en mi vida. No realmente. Pero ahora me doy cuenta de que Amelia es adonde quiero ir luego de un día largo en el trabajo. A quien quiero contarle todo cuando algo bueno me pasa y quien quiero que me escuche cuando la vida sea más de lo que puedo soportar. Amelia es la persona a la que quiero ver apenas abro los ojos por la mañana, darle un beso corto de buenos días, y que también sea la última antes de irme a dormir y despedirnos con un beso corto hasta la próxima mañana. Amelia es la respuesta a todas mis preguntas. Amelia es lo primero que se me viene a la mente cuando leo la palabra “amor” en algún lado.

—Estoy seriamente pensando en agregar esta receta al menú.

—¿Estás planeando cambios? —pregunta.

—Quiero ir por otra estrella —confieso. Amelia alza las cejas asombrada, pero al instante me ve intrigada.

—Eso es algo muy bueno, Amadeus.

—Creo que llegó el momento de ir por mi primera estrella Michelin. También tomarlo como una motivación para seguir innovando. Solo que, bueno, siempre me costó la parte de los cambios y lo nuevo, y si quiero conseguirlo, voy a tener que hacer modificaciones en el menú. Es algo en lo que vengo trabajando este último tiempo.

Amelia me observa con toda la atención puesta en mis palabras y puedo escuchar cómo los engranajes de su cabeza comienzan a moverse.

—Yo te puedo ayudar.

—¿Perdón?

—Yo te puedo ayudar. Creo que tengo algo de experiencia en lo que respecta a las estrellas Michelin —dice mientras le da un sorbo a su copa.

—¿En serio me lo decís?

—No es que tenga mucho que hacer. Creeme, el favor me lo estarías haciendo vos a mí. Tampoco tengo la receta para obtener una estrella Michelin, pero te puedo dar algún consejo que otro. —Me guiña el ojo.

—En serio, no tenés por qué hacerlo. Me imagino que no debe ser fácil transitar un divorcio.

Hace un gesto con la mano.

—Siendo honesta, trato de no pensar en eso. Además, de eso se encarga mi abogada, yo no hablo con Sebastiano. Lo prefiero de esa manera. Es lo mejor para todos.

Apura lo que queda de vino y comienza a levantar la mesa. Intento hacer lo mismo, pero me dice que me quede quieto donde estoy.

—Falta el postre.

Veo que abre la heladera y saca un recipiente repleto de frutillas cortadas por la mitad y otro pote hasta arriba de crema batida. Agarra dos recipientes chicos y un par de tenedores.

—Frutillas con crema —exclama cuando termina de apoyar todo en la mesa.

—Dios, te besaría —digo sin pensar.

Nos miramos. Ella parada, yo sentado. Me quedo inmóvil mientras

Amelia se acerca hasta sentarse en mis piernas y me da un beso intenso pero corto. Amaga con levantarse, pero la detengo antes de que pueda hacerlo.

—Creo que quiero comer mi postre así.

Amelia se encarga de prepararnos a ambos el postre. Un piso de frutillas, un piso de crema y así sucesivamente hasta llenarlo.

El postre me dura más de lo debido porque cada cinco segundos tengo que parar de comer y darle un beso. Amelia tiene los labios dulces como las frutillas.

—Amadeus. —Se ríe—. Pará, quiero comer.

—No puedo. —Apoyo el recipiente en la mesa. Mi boca encontró algo mucho más rico e interesante que las frutillas con crema.

Nuestras lenguas se chocan con violencia. Amelia se acomoda sobre mí, dejando sus piernas colgando una de cada lado. Despega sus labios de los míos para bajar hasta mi cuello y pasarme la lengua tortuosamente lento. Sube hasta que sus ojos se encuentran con los míos. Está satisfecha de saber el poder que tiene sobre mí. Mi cuerpo es devoto de todo lo que Amelia le haga.

Poco a poco la intensidad va subiendo. Amelia se mueve de adelante a atrás sobre mi creciente erección. Mis manos desesperadas recorren su espalda, sus piernas, sus brazos.

—Amadeus —dice con dolor.

—¿Sí? —Le doy un beso corto.

—A mi habitación —demanda—. Ahora.

Jamás me paré tan rápido en mi vida.

Bajo a Amelia antes de atravesar la puerta de su habitación. Ambos sabemos lo que está a punto de pasar. Y yo quiero estar seguro de que ella lo esté también.

—¿Segura?

—Nunca estuve tan segura de algo en mi vida.

—Si cambiás de opinión en algún punto, quiero que me lo digas. —Le paso un mechón que tenía suelto por detrás de la oreja. Ella sonríe con una ternura que me llena el corazón. Tomo su cara entre mis manos—. ¿Sí?

—Sí —dice, me da las manos y me invita a entrar a su habitación.

La apoyo contra la pared y empiezo a besarla con desesperación. Ella se saca la remera, yo le saco el corpiño. Nuestras bocas se encuentran cada vez que pueden. Me separo para mirarla.

—Dios mío, Amelia.

Amelia me empuja hacia ella y me besa con más violencia.

Yo hundo la cabeza en sus pechos. Lamo uno y masajeo el otro. Escuchar sus gemidos me está haciendo enloquecer.

—Amadeus. —Suspira.

Levanto los ojos para mirarla, ella me mira mientras sostengo con delicadeza su pezón entre mis dientes y lo suelto despacio. Amelia deja ir el aire de forma entrecortada. Comienzo a descender mi mano de a poco, dándole tiempo a que me frene. No lo hace. Sigo hasta encontrarme con el borde de su ropa interior. Pregunto con la mirada. Amelia asiente con vehemencia y eso es todo lo que necesito.

Comienzo a acariciarla sobre el clítoris y luego empiezo a embestirla con mis dedos. Amelia se mueve sobre mi mano en búsqueda de más. Mi boca sigue sobre uno de sus pechos, lamiendo, mordiendo.

—Me vas a matar.

Saco mi boca de su pezón para hablar.

—Vos me vas a matar a mí.

Sus manos encuentran la hebilla de mi pantalón y la desabrochan. Mete la mano dentro de mi ropa interior y comienza a acariciar mi miembro con movimientos ascendentes y descendentes. Me hace ver las estrellas.

—Dios —digo entre dientes.

Continuamos tocándonos, conociéndonos, viendo qué le gusta al otro, guiándonos por nuestros gemidos y los balbuceos, que son intentos fallidos de palabras.

Siento su cuerpo vibrar, sacudirse.

—Más —pide.

Y yo le quiero dar todo lo que me pida.

La acaricio hasta que el orgasmo la encuentra. Le saco la mano de mi erección. Su cuerpo se relaja contra la pared, tira su cabeza para atrás con los ojos cerrados, mientras yo la sostengo por la cintura.

—Dios mío —murmura.

Le doy un beso en la frente.

—Lo mismo digo. —Y chupo mis dedos, llenos de su sabor.

Vuelve a mirarme.

—Dios. Mío. —Me empuja hasta el borde de la cama.

—Sentate —dice mientras se termina de desvestir. Estoy completamente hipnotizado, mis ojos siguen sus movimientos mientras se saca la ropa interior y se muestra completamente desnuda

ante mí. Podría morirme en este preciso momento y no me molestaría. La recorro completa con la vista. Quiero morderla entera—. Amadeus —me llama. La veo a la cara—. Sentate.

Acato la orden y me dejo caer sobre el borde de la cama.

Amelia se acerca hasta que sus piernas chocan con mis rodillas.

—Sacátelo —dice, tironeando del borde de mi pantalón. No dudo ni un segundo.

Lentamente comienzo a bajarlo, sin romper el contacto visual ni por un segundo. Ya arrodillada frente a mí, toma el elástico de mi ropa interior y me termina de desnudar. La humedad de su boca envuelve mi miembro sin aviso previo. Cierro los ojos y tiro la cabeza hacia atrás mientras me sostiene agarrándole la cabeza.

—Amelia. No podés ser real. No puede ser lo mucho que me gustás.

Gime sobre mi miembro.

Hija de puta.

No voy a aguantar mucho más si seguimos así. Ningún hombre podría.

—¿Amelia? —Enredo mis manos entre su pelo. Ella me mira aún con mi erección en su boca. Dios. Mío—. Necesito que pares. —Amelia junta las cejas—. Creeme, la única razón por la que te lo pido es porque si seguimos así no voy a poder aguantar mucho más. —Sus ojos se llenan de entendimiento. Antes de apartarse del todo le da un lengüetazo. Dejo salir un suspiro entrecortado.

—¿Me querés matar?

—A lo mejor… —dice mientras se incorpora. Le doy un beso en su teta derecha. Porque puedo y porque creo que comencé a desarrollar una obsesión por besarla en todas partes cada vez que tengo la oportunidad.

La envuelvo con mis brazos y nos miramos.

Hay algo en su mirada que me hace vibrar el pecho, como si un tsunami se hubiera instalado entre mis costillas. Es tan potente, avasallador, que por un segundo pienso que no lo voy a poder soportar. Puedo sentir cómo mi corazón se llena y se llena, hasta que no puede caber ni un alfiler. No sé si estoy hecho para recibir todo lo que Amelia me está haciendo sentir. No sé si me lo merezco. Pero antes de que pueda darme cuenta, estoy lleno de ese amor que Amelia me transmite con solo mirarme. Sus ojos me están diciendo “te amo” y yo deseo que nunca deje de mirarme de esa forma.

Porque yo la amo.

Dios.

La amo tanto que a veces me pregunto cómo es capaz mi cuerpo de soportar todo lo que siente por ella. Me hace pensar que los seres humanos deberíamos, por el bien de nuestra salud, tener en alguna parte un límite con nuestra capacidad de amar, un indicador que nos diga cuánto podemos amar a alguien antes de que sea más de lo que podemos tolerar.

Cuando Amelia vuelve a besarme, me doy cuenta de que no tengo ningún tipo de límite en lo que respecta a ella.

Capítulo 48

Amelia

La espalda de Amadeus choca contra el colchón y yo caigo con él. Nuestras bocas no se distancian en ningún momento, y por nada del mundo nuestros cuerpos se van a separar. Mi piel exige estar cerca de él.

—Amadeus. —Suspiro cuando sus labios llegan a mis clavículas. Deja un rastro de besos.

En un movimiento rápido Amadeus nos voltea. Ahora él está encima de mí, con un brazo estirado para no aplastarme.

—Nunca más voy a poder pasar un día sin tocarte —dice mientras baja su mano con lentitud. La excitación crece en la boca de mi estómago.

Sus dedos me acarician antes de introducirlos en mí. Ahogo un grito cuando los siento. Al principio sus movimientos son paulatinos, cautelosos, hasta que encuentra un ritmo que me hace retorcer de placer y gemir su nombre. Amadeus tiene una habilidad extraordinaria para tocarme.

Amadeus destila experiencia. Pero al mismo tiempo es un hombre que presta atención a mis reacciones cada vez que me toca. Él quiere saber cómo me gusta y también saber qué es lo que no me agrada tanto. Sabe lo que hace y se nota, pero eso no quita que a lo mejor necesite un poco de guía en ciertos momentos y no siente vergüenza por tener que preguntar. Me gusta eso de él.

Me gusta todo de Amadeus.

Mis piernas se tensan y tiemblan antes de mi segundo orgasmo. Durante los siguientes segundos mantengo mis ojos cerrados y mi respiración pausada pero constante. Siento la mano de Amadeus acariciándome la panza.

—Sos hermosa.

—Ya dijiste eso —murmuro.

Lo siento moverse.

Cuando abro los ojos me encuentro con los suyos. Me mira con una transparencia que no había estado antes. Me encuentro ante su versión más sincera. Es la primera vez que no está intentando esconderse de mí.

—¿Acaso me acabás de poner una restricción sobre cuánto puedo decirte lo hermosa que sos? —Levanta una ceja.

—¿No? —dudo.

—Ah. —Me da un beso corto—. Me habré equivocado. —Me da otro beso más.

Y otro. Y otro más. Pero esta vez cargado de intensidad.

—Amadeus —digo mientras mi pelvis se mueve en busca de más. Necesito más. Lo necesito dentro de mí.

Se incorpora con la intención de irse y lo freno con desesperación. Lo miro con cierta preocupación sin saber adónde se piensa que va y él me mira divertido.

—Tengo que ir a buscar mi billetera.

Entiendo al instante.

—Abrí el cajón de la mesita de luz. —Le hago una seña en dirección a dicho cajón.

—Esta noche me la pasé abriendo cajones. —Estira el brazo para alcanzar el preservativo.

Antes de abrirlo me mira una vez más. Le digo que sí. Sonríe. Lo abre y se lo coloca.

Las expectativas son una mierda. Solo sirven para que algo que a lo mejor era bueno termine siendo una porquería porque en tu mente era excelente, no simplemente bueno. Tener las expectativas muy elevadas puede llevarte a una decepción asegurada. Es fácil, mientras menos esperes, más te podés sorprender. En cambio, si vas con la idea de cómo tendría que ser algo y luego la cruda realidad te demuestra que está lejos de tu imaginación, la desilusión es enorme.

Si yo hubiera tenido ciertas expectativas sobre cómo iba a ser la primera vez que tuviera sexo con Amadeus, estoy muy segura de que no me hubiera decepcionado ni un poco.

Pero no las tenía.

Me lo había imaginado alguna que otra vez, pero más desde un lado de curiosidad. ¿Cómo sería tener sexo con Amadeus? Lo pensaba, tenía algún que otro pensamiento de si sería bueno o sería un desastre. Por lo general, siempre terminaba fantaseando sobre que sería

realmente bueno. Después lo dejaba morir y no seguía alimentando escenarios ficticios que yo creía que nunca en mi vida iban a pasar.

Pero está pasando.

Amadeus mueve sus caderas, al principio lentamente, como si quisiera estirar el momento. Bajo la mirada adonde nuestros cuerpos se unen. Veo cómo sale y entra. Y creo que voy a acabar con solo esa imagen. De a poco la intensidad incrementa. Sus movimientos más salvajes. Más brutos. Su mano fue a parar entre mi cabeza y el cabezal de la cama para que no me golpeara. Lo abrazo por la cintura con mis piernas y le rasguño la espalda. Le pido más rápido, va más rápido. Le pido más fuerte, va más fuerte. Nuestras bocas se encuentran a los golpes. Me muerde el labio. Me susurra al oído que jamás va a poder dejarme ir, nunca, nunca, nunca. Mis caderas buscan la fricción. Él lo nota. Lleva su mano hacia esa zona y me acaricia el clítoris. Su boca me lame un pezón para luego pellizcarlo con sus dientes. No sé cuánto más pueda aguantar. Lo siento por todo el cuerpo. Es demasiado. No es suficiente.

—Más. No pares, Amadeus.

Su cuerpo comienza a vibrar, sus embestidas empiezan a desacelerar y su cara se baña de placer cuando su propio orgasmo lo golpea.

Jamás vi algo tan hermoso.

Acabo con él todavía dentro de mí.

Sale de mí y una ola de frío inexplicable se instala en mi cuerpo. Ya lo extraño, aunque esté justo ahí, a mi lado.

Va a tirar el preservativo usado al tacho de basura de la cocina. No tengo la energía para decirle que tiene uno en el baño, y vuelve con dos vasos de agua.

—Uno para vos —me ofrece uno de los vasos mientras yo me incorporo para sentarme contra el respaldo de la cama—. Y otro para mí —dice, y le da un sorbo importante al vaso. Observo cómo se mueve su nuez de Adán al tomar agua. Tiene el pelo ligeramente mojado por el sudor y bastante despeinado, como si una ráfaga de viento lo hubiese atrapado.

Está hermoso.

—No me mires así.

—¿Así cómo? —pregunto.

—Ya sabés cómo. —Camina hacia la cama.

—¿Acaso me estás poniendo una restricción sobre cómo puedo o

no mirarte? —El colchón se hunde ante su peso. Ahora estamos ambos sentados con nuestras espaldas contra el respaldo.

Largo un suspiro.

—No podés usar mis propias palabras en mi contra.

—Sí puedo.

—No, Amelia.

—Creo que sí puedo. —Me deslizo hasta quedar encima de él. Hay, por un instante, sorpresa en sus ojos. Luego su mirada es reemplazada por algo más oscuro.

—Podés mirarme como quieras —dice mientras me toma por las caderas y me sienta sobre su estómago. No creía que fuera posible, pero siento cómo de nuevo la excitación crece en mi interior. Me hace una seña para que me acerque. Bajo mi torso—. Pero tiene sus consecuencias. —Su voz grave me da escalofríos.

—Ah, ¿sí? —digo provocativa—. ¿Qué tipo de consecuencias?

Sus manos viajan hacia mis pechos mientras me muevo sobre su estómago.

—Ah, Amelia. —Aprieta con fuerza mis tetas. Suelto un gemido. Eso hace que vuelva a repetir la acción—. Nos espera una noche muy pero muy larga, mi amor.

La segunda vez, soy yo la que está arriba.

El orgasmo me encuentra primero a mí, con la ayuda de los dedos de Amadeus mientras yo subo y bajo sobre su miembro. Y casi al mismo tiempo, Amadeus me acompaña.

Me dejo caer sobre su pecho, agitada, sudada, llena.

—Tengo un tacho en el baño —murmuro contra las sábanas cuando se levanta.

Cierro los ojos por unos segundos. Estaba agotada.

—Más agua. —Deja apoyados ambos vasos en la mesita de luz. Se gira y toma mi ropa interior del piso y me la tira.

—Gracias —digo mientras me la pongo.

Sonríe.

—¿Te vas? —Se está por poner los pantalones. Queda con una pierna congelada en el aire, como en pausa. Me mira desconcertado.

—Es tarde. Debería irme.

—Me gustaría que te quedes a dormir. —Se para derecho—. Además, justamente, es tarde. Me quedaría mucho más tranquila si te quedás.

Tuerce la cabeza hacia un costado.

—Esa fue una excusa bastante pobre.

Pongo los ojos en blanco.

—Quedate y listo. —Lo señalo con el dedo—. No me hagas insistir porque no lo pienso hacer.

—No hace falta…

—Quiero que te quedes —digo seria—. ¿Te querés quedar a dormir conmigo?

—Sí.

—Entonces quedate.

Agarra toda su ropa y la dobla muy prolijamente.

—No te ofrezco nada para dormir porque no creo que mi ropa te quede cómoda.

—No importa —dice, metiéndose en las sábanas solo con la ropa interior puesta—. Duermo así.

—Pero el otro día que dormimos juntos tenías puesto un pijama. Pensé que eras de los que dormían vestidos.

Abre su brazo derecho, invitándome a que me acurruque contra él, y eso hice. Una vez que mi oreja está contra su pecho me abraza con decisión. Yo hago lo mismo, tomándolo por la cintura.

—Estabas dormida. Si iba a estar semidesnudo a tu lado quería que estuvieras de acuerdo con eso. —Hace una pausa—. ¿Estás cómoda con que duerma así? Puedo ponerme mi ropa si querés.

Me estiro para darle un beso en la mejilla.

—Sí. Estoy perfectamente cómoda. ¿Vos estás cómodo?

Su sonrisa es enorme. Me hace sentir cosquillas en el pecho.

—Jamás estuve mejor.

Mi corazón late al límite de preocuparme por mi propia salud. Este hombre va a terminar causando mi muerte prematura.

Lo confirmo a la mañana cuando me despierto y escucho música venir de la cocina. Pero antes de ir para allá, paso por el baño para hacer pis y lavarme los dientes. Cuando me asomo a la cocina, veo a Amadeus tarareando una canción que está sonando de su celular y cocinando solo con la ropa interior puesta.

Sonrío ante la imagen de Amadeus en mi cocina, preparando el desayuno mientras mueve ligeramente las caderas al ritmo de la música.

Pero poco a poco mi sonrisa se desvanece.

La idea de perderlo es desgarradora. Me atormenta pensar que vamos a tener un final prematuro. Que a lo mejor nuestras primeras

veces sean al mismo tiempo nuestras últimas. Que algo terrible derrumbe lo que estamos intentando construir. Es ahí cuando tomo conciencia de la delicadeza de lo que somos.

Nos podemos perder tan rápido y fácil que me da miedo.

—¿Te desperté? ¿Tenía la música muy fuerte? —Amadeus tiene una sartén en la mano con lo que parecen ser huevos revueltos.

—Para nada. —Camino hasta él y le doy un beso de buenos días.

Siento su sonrisa en mis labios.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Sentate. —Se gira hacia la mesada para seguir cocinando—. El desayuno va a estar listo en unos minutos.

Aprovecho para revisar mi celular. Tengo un par de mensajes de mi grupo con Matilda y Finn. La mayoría son de ayer a la noche y dicen que la pase genial y que después les cuente cómo había terminado la noche. Los de hoy a la mañana son más exigentes, sobre todo los de Matilda, que pide los detalles exactos.

Hay un mensaje más.

¿Es posible experimentar felicidad y tristeza al mismo tiempo? Quiero elegir una, pero se mezclan y enlazan de una forma que me es imposible separarlas. Vuelvo a leer el mensaje, un nudo formándose en mi pecho.

Denis: Lo conseguiste. El restaurante es tuyo. Sebastiano tiene que firmar unos papeles, pero es oficial. Es tuyo, Amelia. Te felicito. Llamame cuando puedas para terminar de arreglar algunos asuntos burocráticos. Te quiero.

Un sabor agridulce se instala en mi boca.

Conseguí lo que quería desde el instante en que tomé la decisión de separarme de Sebastiano. Era lo que más anhelaba. Recuperar lo que en cierto punto también me pertenecía. Y lo logré. No lo creía posible, pero lo logré. Es mejor de lo que me había permitido imaginar. Me lo entrega todo a mí. No solo puedo volver a ser chef, sino que ahora voy a ser la dueña.

Lo que tanto quería está acá, al alcance de mi mano. Nada me impide ir y tomarlo.

—El desayuno está listo.

Bueno, eso es mentira.

Ahora hay alguien que lo cambia todo.

—Voy —digo, tragando el sabor agridulce y poniendo mi mejor

cara.

Por supuesto que le tengo que contar.

Merece saberlo, aunque yo estuviese lejos de saber cuál va a ser mi decisión.

Se lo voy a contar.

Solo que ahora no quiero, no creo, que sea el momento.

—¿Café?

Asiento con una sonrisa minúscula.

Amadeus sonríe grande y sincero.

La primera grieta aparece en mi corazón.

Capítulo 49

Amadeus

—Tengo una propuesta para hacerte. —Amelia se lleva la taza a sus labios. Dispara sus ojos hacia los míos y en ellos puedo ver la intriga que le causan mis palabras, pero al mismo tiempo siguen teniendo esa capa de angustia que apareció en el instante en que tomó el celular y leyó algo que evidentemente le afectó. Aunque piense que lo está ocultando con éxito, a mí no me puede mentir tan fácil.

¿Tendría que preguntarle al respecto? Tal vez sí. Pero dentro de mí tengo una voz que me ruega que no lo haga. Me susurra con insistencia que a veces no estamos listos para escuchar ciertas respuestas. Además, sé que me lo va a contar si hace falta y que lo va a hacer cuando crea que es el momento indicado. Confío en ella.

—¿Qué tipo de propuesta? —Entrecierra los ojos, junta las cejas y pareciera que se está esforzando por leer mi mente.

—¿Tenés zapatillas para correr?

—¿Vamos a seguir hablando con preguntas?

—¿A lo mejor? —digo, y puedo ver cómo se dispersa un poco la capa de preocupación.

—Es un día hermoso para ser pleno invierno —retomo—. Me parece una buena idea que vayamos a correr por el parque.

Amelia tira su cabeza hacia atrás con hastío y bufa. Me río ante la reacción dramática y exagerada. Su cabeza vuelve y sus ojos me miran con fastidio.

—¡Te encantaba correr!

—Exacto. Me encantaba.

—Siempre hay tiempo para que te vuelva a gustar —repongo.

Un sonido parecido a un gruñido escala por su garganta.

—¡Está bien! —Apura su café y cuando apoya la taza, agrega—: Tengo un par en la valija, creo.

Me paro y camino hasta ella, le doy un beso en la cabeza antes de

ir hacia su habitación.

—Vamos a tener que pasar por mi departamento para que me cambie.

—¿Me hacés el favor de traerme unas calzas, un top deportivo y una remera cualquiera? —Asiento mientras comienzo a alejarme—. ¡Ah y un buzo! El más feo que encuentres.

En mi pecho se instala un sentimiento difuso y agrio al notar que algunas de sus pertenencias todavía siguen en la valija, pero le pongo un pie encima y lo aplasto con fervor hasta el fondo de mis tripas y me obligo a imprimir una sonrisa en mi cara. Todo está bien. Todo va a seguir estando bien.

Con las zapatillas y la ropa en mano vuelvo a la cocina. Amelia está enjuagando lo que usamos para el desayuno. Tararea una canción por lo bajo. Todo mi ser quiere correr y abrazarla como si no la hubiera visto por años, aunque solo fueron unos minutos. A veces me pregunto si es normal lo mucho que la anhelo, cómo mi cuerpo suplica por ella.

—Todo tuyo. —Con una sonrisa radiante, le entrego lo que me pidió. Se seca las manos y lo agarra con fastidio.

—Quiero que sepas que pienso cobrarme esto.

Empieza a desvestirse, ahí en el medio del *living*, y la sangre alocada comienza a circular con fervor por mis venas.

—Lo que me pidas —murmuro, como si me hubieran pegado una patada en el pecho.

—Se me ocurren un par de ideas. —Sus pechos aparecen por unos segundos antes de ser tapados por el top deportivo. Odio los tops deportivos, los aborrezco, ojalá se extingan.

Doy un par de pasos hacia Amelia, porque se siente incorrecto estar lejos de ella. Me da una sonrisa que es una mezcla entre cariño y diversión que me desarma por completo, parte por parte. Agarro la remera que tenía entre sus manos y se la paso por la cabeza. Se inclina para darme un beso y me digo que nunca me voy a terminar de acostumbrar a nuestros besos, a lo bien, lo normal que se sienten. Y me doy cuenta de que no quiero vivir en una realidad en la que nuestros labios no se encuentren una y otra vez.

El beso comienza a tomar ritmo e intensidad. Sus manos viajan hacia mi pelo y las mías hacia sus caderas. Quiero sacarle la remera que le acabo de poner. Le quiero sacar todo.

—¿Perdón? —Siento fría mi boca cuando se aleja lo suficiente para

hablar, pero no lo suficiente para soltar mi pelo—. ¿No querías ir a correr?

—Podemos ir más tarde. —Mis manos suben un poco más el borde de su remera y ella les da un golpe cortito a ambas.

—Auch —digo mientras las saco y la miro con el ceño fruncido—. ¿Por qué hiciste eso?

—Porque te estabas distrayendo.

Quiero volver a besarla, pero antes de que mis labios puedan alcanzarla, pasa por mi lado. Antes de girar el picaporte se gira para verme.

—¿Vamos?

No tengo otra opción que seguirla. Y aunque tuviera alternativa, sé que elegiría ir detrás de ella. Es casi cruel cómo el destino está a punto de poner eso a prueba. Pero por ahora, lo único que me nace es seguirla sin cuestionarme absolutamente nada.

—Vamos.

Capítulo 50

Amelia

—Me voy a morir. —Doblo mi cuerpo a la mitad, las palmas de mis manos descansan sobre mis muslos. No me llega la cantidad suficiente de aire. Vendría a ser un equivalente a un pez que fue arrancando del mar—. Dios. Realmente estoy muriendo. —Me incorporo como puedo y lo miro muy fijo a Amadeus—. Te odio.

—No me odiás —dice mientras me extiende la botella de agua. Me cruzo de brazos.

—Sí, te odio.

—No, no me odiás. —Me sacude la botella de agua. La agarro con resistencia. Amadeus sonríe. Le doy un sorbo gigante. Dios, mucho mejor. Dejo salir una exhalación de alivio y me limpio los restos de agua con el dorso de la mano. En realidad, creo que es sudor, pero bueno, es casi lo mismo.

—¿Vas a poder cargar con el peso de mi muerte? —le digo mientras le devuelvo la botella y él me pone los ojos en blanco.

—No te recordaba tan quejosa.

Mi boca se abre con total indignación. La suya se transforma en una sonrisa gigante.

—Yo no te recordaba tan atlético —puntualizo.

—Empecé a correr todas las mañanas hace un par de años. Me ayuda a despejar la mente. Además, recuerdo que vos siempre corrías y me decías que me iba a hacer bien y bueno, decidí darle una oportunidad. —Hace un gesto con la cabeza para indicarme que sigamos caminando—. Antes te gustaba correr, ¿qué pasó?

—Llegué al punto en el que levantarme del sillón era todo un logro.

Amadeus se detiene de golpe. Es tan abrupto que yo sigo caminando un par de pasos. Me giro para verlo. Está congelado a unos metros de mí. No me está mirando a mí, sino que sus ojos están

observando algo detrás de mí. Como si su mente no estuviese acá con nosotros.

—¿Amadeus?

Hago mi camino de nuevo hacia él.

—Amadeus. —Mi mano busca la suya y el mínimo roce hace que su mirada se dispare hasta encontrarse con la mía. Y cuando nuestros ojos se encuentran y puedo mirarlo con atención, me doy cuenta de qué es lo que está pasando dentro de su cabeza.

—Ahora estoy bien. —Le aprieto la mano con un poco más de fuerza y le sonrío con delicadeza. Su ceño ligeramente fruncido y sus ojos llenos de lástima y preocupación siguen ahí de todas formas—. Estoy bien.

Los brazos de Amadeus me envuelven en un abrazo que me desarma y une al mismo tiempo, como si fuera una especie de truco mágico.

—Lamento tanto que hayas tenido que pasar por todo eso.

Separo mi cabeza de su pecho y aún abrazados los miro a los ojos. Sus comisuras bailan y las mías también.

—No quiero que nadie ni nada te lastime. —La voz de Amadeus es suave, similar a una caricia—. No lo voy a permitir. —Las yemas de sus dedos se encuentran con mi mejilla. Cierro los ojos y su pulgar traza círculos con amor sobre mi piel.

—Amadeus.

No hace falta que agregue más. Cuando abro los ojos, me encuentro con la sonrisa más hermosa que tuve la oportunidad de presenciar. Es tan deslumbrante que por un segundo creo que voy a llorar frente a él. Porque lo amo demasiado y porque por alguna razón ya lo estoy extrañando, aunque lo tenga a dos centímetros y con su piel tocando la mía.

—Amelia.

No hace falta que agregue nada más. Mi sonrisa le hace competencia a la suya, grande, alevosa, demasiado feliz.

—Creo que ya tuvimos suficiente por hoy, ¿qué te parece si vamos a almorzar?

—¿A casa o tenías algo en mente? —pregunto.

—Podría ser en… —Las palabras de Amadeus se ven interrumpidas cuando su celular comienza a sonar. Seguimos abrazados así que nos tenemos que despegar para que él pueda atender. Pero como Amadeus es un hombre que necesita el contacto físico, mientras que con una

mano atiende el celular, con el brazo que le queda libre me abraza por los hombros y me atrae hacia él, y retomamos la caminata.

—Podríamos estar dentro de una hora. —Me mira de reojo—. A lo mejor dos. —Sonríe como si su mente estuviera pensando en algo que no debería. Le doy un golpecito en el hombro y él ríe. Me encanta escucharlo reír.

Veo nuestros pies mientras caminamos por el parque, hay restos de nieve que dejan en evidencia el frío que hace, pero a mí no me importa, o a lo mejor no lo siento, porque yo camino lento, con paciencia, no quiero correr, no quiero que se termine el paseo, tampoco voy a querer que se termine el almuerzo, y mucho menos el día. Estiro el tiempo con Amadeus lo más que puedo, quiero que todo, hasta lo minúsculo, sea un desafiante del reloj. No me interesa si morimos congelados, quiero que nunca dejemos de caminar.

—Perfecto —le dice a la persona que está del otro lado del teléfono —. Sí, llevo el postre. —Pone los ojos en blanco y yo lo miro divertida —. Chau, nos vemos en un rato.

—¿Quién era? —pregunto cuando vuelve a guardar su celular.

—¿Qué te parece ir a almorzar a lo de Dante y Theo?

—Me parece una idea estupenda.

* * *

Mi espalda se apoya en los azulejos de la ducha y tengo que cerrar los ojos cuando siento la lengua de Amadeus recorriéndome la parte interna del muslo. Sus manos cumplen la función de mantener mis piernas cerradas y al mismo tiempo de mantenerme parada.

La imagen de Amadeus desnudo arrodillado ante mí con el pelo mojado y gotas de agua surcando caminos por su cuello, torso, abdomen, brazos y piernas, es más de lo que cualquiera podría soportar. Dijimos que iba a ser una ducha rápida, pero nos estaría costando cumplir nuestra palabra.

Sus labios comienzan a dejarme besos cada vez más y más cerca, subiendo, acercándose. Tiro de su pelo con fuerza porque me voy a morir si me sigue haciendo esperar.

—Chist —me chista—. No seas ansiosa.

Bajo la mirada y me encuentro con una sonrisa arrogante. No tengo tiempo de decir ni una palabra porque lo próximo que hace es enterrar su boca en mí y yo entro en un estado donde mi cerebro se

derrite y mi cuerpo se tensa cada vez más, como una cuerda que Amadeus tira y tira sin parar.

Su lengua se mueve sobre mí ágil, decidida y mis caderas se mueven buscando más. Es entonces cuando su mano sube hasta mi pecho y con sus dedos me pellizca un pezón. Un gemido brota de mis labios, mis caderas se mueven con más ímpetu, mi agarre aumenta y eso hace que ahora sea él quien suelta un gemido que me hace estremecer por completo.

—Mía. Toda mía —murmura sobre mi piel y me provoca algo similar a meter los dedos en un tomacorriente luego de haber salido de la pileta.

Estoy cerca. Lo puedo sentir. Y Amadeus también lo puede sentir por cómo mi cuerpo se tensiona y sacude, pero eso no hace que baje el ritmo. Al contrario. Su boca comienza a moverse más frenética, casi desesperada.

El orgasmo me sacude cuando Amadeus me pelliza ambos pezones con fuerza mientras su lengua se mueve sobre mi clítoris. Su mirada está anclada a la mía. Mis rodillas se aflojan y sus manos me atrapan antes de que me caiga. Me vuelve a sonreír desde abajo, su pelo es precedente de la fuerza con la que lo agarré y su boca de lo que acaba de hacer. Amadeus tiene una belleza hipnotizante. A veces me quedo tildada mirándolo, sin poder creerlo.

—Deberíamos secarnos e ir a hacer el postre —dice mientras me pasa una toalla.

Obligo a mi brazo a tomarla e intento volver al mundo real.

—¿Qué vas a hacer?

Salimos envueltos en toalla hasta su habitación y tengo que contar hasta diez para no decirle que nos olvidemos del almuerzo y nos encerremos en el cuarto hasta que nos tengamos que ir a trabajar. El hecho de que él camine delante de mí tampoco ayuda. La vista de su espalda me debilita.

—Mi *brownie*.

Casi grito de emoción. Es casi tan bueno como el sexo.

—¿Qué estamos esperando? —digo mientras me cambio con una velocidad que pareciera que se está incendiando el edificio y tenemos que evacuar.

—Andá precalentando el horno —me dice con una sonrisa en su voz mientras me dirijo a la cocina.

Enciendo el horno y saco todo lo necesario. Cuando Amadeus

llega, me mira con diversión y yo le sonrío con un exceso de felicidad que a lo mejor parece desmedida, pero es que este *brownie* es de las pocas cosas buenas que tiene la vida. No miento.

—¿Podés picar el chocolate? Yo mientras voy a enmantecar y enharinar el molde.

Los siguientes minutos apenas nos hablamos, enfrascados en nuestras tareas. Eso hasta que la preparación se va al horno y nos damos cuenta de que tenemos casi media hora para esperar. Decidimos esperar besándonos, tocándonos, explorándonos como si fuera la primera vez.

Se escucha un "ding".

—Creo que está listo.

—¿Y qué estamos esperando? Agarrá tus cosas, Amadeus.

Una risa eterna brota de su pecho y encuentra la forma de llegar hasta el mío. De repente, una punzada de culpa me hace estremecer, pero decido ignorarla. No quiero que nada arruine los que pueden ser nuestros últimos momentos felices.

* * *

Un Theo alegre nos abre la puerta. Mi corazón salta de emoción al verlo, aunque lo haya visto hace unas horas en el restaurante.

—Hola a ustedes dos.

—Hola, Theo —le digo mientras lo abrazo.

—¿Ese es tu famoso *brownie*? —dice completamente serio mientras mira a Amadeus.

—Sí.

—Dios, te podría besar, ¿puedo besarte? Creo que voy a hacerlo.

—No, no podés…

—Tarde.

Theo usa sus dos manos para tomar la cara de Amadeus y darle un beso en cada cachete y un último en la frente.

—Te amo —le dice Theo con una expresión estoica. Amadeus le saca las manos y pone los ojos en blanco.

—Tomá, llevalo. —Amadeus le hace entrega de la fuente y Theo la agarra como si le estuvieran dando un bebé recién nacido. Pareciera que está a punto de llorar.

—Podría casarme con este *brownie*.

Adentro nos espera Dante y mi corazón se pone igual de feliz. Mi

relación siempre fue diferente con ellos. Theo siempre va a ser un poco más de Amadeus, y puede ser que por esa razón terminé siendo un poco más cercana a Dante.

—Hola, Lía de mi corazón.

—Hola, Dante de mi corazón.

El almuerzo está envuelto en risas, como siempre que estamos los cuatro juntos. Theo y Dante nos cuentan del viaje que tienen planeado y que están viendo de mudarse a un departamento más grande.

—¿Quién sabe? A lo mejor en algún momento queremos agrandar la familia.

Mi pecho arde de tristeza al escucharlos. No me malinterpreten, estoy contenta por ellos, pero escucharlos hablar del futuro me hace pensar que a lo mejor en mi futuro Amadeus no va a estar a mi lado. Y el solo hecho de pensarlo me duele.

—Yo creo que hablo por todos los presentes cuando digo lo siguiente: Amadeus, traé ese *brownie*.

Amadeus vuelve a poner los ojos en blanco y murmura un "exagerados" por lo bajo mientras se levanta para ir a la cocina a buscar el dichoso *brownie* del bien.

—¿Cómo estás? —Dante hace la pregunta como si hubiese estado metido en mi cabeza minutos atrás.

—Bien. —No sueno muy segura. Lo vuelvo a intentar—. La verdad es que estoy bien. Fueron unos meses difíciles, pero al fin estoy empezando a sentirme mejor.

—Me alegro tanto. —Sonrío con amor—. Sabés que para lo que necesites me tenés acá, ¿no? Siempre que necesites, Amelia. —Theo a su lado toma mi mano y me mira con intensidad y decisión.

—Los amo.

—Y nosotros a vos —dice Theo mientras se para y me abraza como un oso.

—No sabía que estábamos abrazando a Amelia —dice Amadeus mientras apoya la fuente en la mesa y se acerca a mí con una sonrisa brillante, de esas sonrisas que te gustaría atesorar por siempre—. Yo también quiero.

Y eso hace. Me abraza mientras yo sigo sentada. Se tiene que arrodillar para hacerlo, su cabeza sobre mi panza, sus brazos apretando. Me inclino para abrazarlos a los dos, con mis brazos rodeando sus omóplatos. Puedo oler el pelo de Amadeus, huele a champú y a él.

—Amelia —lo dice bajito. Lo dice solo para nosotros.

—Amadeus —susurro de vuelta.

Nunca imaginé que unos días después estaríamos de esta misma manera, yo sentada y en el piso abrazándome, pero en una realidad completamente diferente.

Capítulo 51

Amadeus

Con Amelia entramos en una dinámica que básicamente se basa en pasar la mayor cantidad de tiempo juntos. Algo que es bastante complicado teniendo en cuenta los horarios que implican trabajar en un restaurante importante de Nueva York. El único beneficio que tiene trabajar en el mismo lugar es el hecho de poder ir y volver juntos. Me gusta hablar con ella de camino al restaurante. Me gusta escucharla. Hay días que a lo mejor estamos agotados y no tenemos energías para hablar, pero el simple acto de ir con ella de la mano hace que el día valga totalmente la pena.

Cuando la jornada es algo similar a tranquila, aprovechamos la oportunidad para dormir juntos. Amelia prefiere ir a mi departamento. Un día le pregunté por qué y me dijo que era porque el mío se sentía más como un hogar y el de ella parecía una caja vacía sin personalidad. Le dije que podía empezar a decorarla de a poco, que eso iba a hacer que dejara de parecer un departamento deshabitado. Su respuesta fue un incómodo “tal vez” y cambiar rápidamente de tema. No insistí y lo dejé pasar.

Los días que no tenemos trabajo, ella viene a mi casa y cocinamos por horas. Se tomó en serio lo de ayudarme a conseguir la estrella Michelin. Buscamos recetas que son un clásico del mundo gastronómico y jugamos a experimentar hasta crear una nueva versión. No voy a negar que hubo más fracasos que éxitos. Pero cada receta nos va llevando a la definitiva.

También tenemos mucho sexo. Demasiado.

Cada vez que estoy cerca de ella tengo que hacer uso de todas mis fuerzas para no besarla. Después de diez años, al fin puedo besarla cada vez que quiero sin pensar que está mal o que no debería. Se siente tan liberador que no puedo parar.

Todo mi ser se desvive por Amelia.

—Sos mi debilidad —le dije una de las noches en las que dormimos juntos. Estábamos abrazados en mi cama. Ya deberíamos estar durmiendo hacía rato, pero por alguna razón ninguno podía conciliar el sueño—. Haría lo que sea por vos.

Sus ojos resplandecieron con un brillo extraordinario.

—Quisiera congelar el tiempo y quedarme acá, con vos, para siempre.

Me enterneció el alma.

—Creeme, si pudiera hacerlo lo haría.

—No quiero perderte.

Eso despertó una alarma en mi interior. La miré con una expresión llena de incertidumbre.

—No me vas a perder —dije con la voz firme.

De su boca no salió ni una palabra, pero pude ver que lo decía de verdad. Sus ojos destilaban temor y de alguna manera me decían que había algo que todavía no sabía pero que pronto iba a estallar en mi propia cara.

Viendo hacia atrás, me doy cuenta de que más de una vez hubo señales, mínimas, pero señales al fin, de que algo estaba pasando. Solo que yo tomé la decisión de no dejar que los pensamientos negativos tomaran el control. Tal vez le tuve que haber hecho caso a mi instinto. Tal vez tuve que haber indagado más. Tal vez tuve que haberme dado cuenta mucho tiempo antes de lo que estaba a punto de pasar.

Pero eso no sucedió.

Estoy acomodando las cosas en mi despacho cuando escucho unos golpes en la puerta. Toc, toc.

—Pase —digo sin levantar la vista de los papeles que tengo en el escritorio.

—Hola, ¿estás ocupado? —Amelia se asoma por la puerta.

—¿Para vos? Jamás. —Levanto la mirada, feliz de verla, pero mi sonrisa se borra cuando le veo la cara. No trae buenas noticias. Me lleno de preocupación. Salgo de atrás del escritorio y camino hacia ella.

—¿Qué pasa? —Cierro la puerta para darnos privacidad y la tomo de las manos.

Intenta sonreír, pero no le sale.

—Necesitamos hablar.

Y ahí lo sé. Llegó el momento.

Este último mes fue de los mejores en los últimos años. Estar con

Amelia me genera una paz que no tiene precio. Soy feliz cuando la veo, me hace bien tenerla cerca. La amo con una intensidad abrumadora y la disfruto con una pasión desmedida. Cuando estamos juntos llego a pensar que nada puede ser lo suficientemente malo si la tengo a mi lado.

Pero la sombra que nos acecha ya se acercó lo suficiente y la tengo frente a mí, mirándome siniestra, exigiendo que reconozca su existencia. Ya no se esconde en la oscuridad, la puedo ver con claridad.

—Sentémonos.

Mi mente viaja meses atrás, cuando nos volvimos a ver por primera vez luego de tanto tiempo sin saber nada del otro. Recuerdo la discusión absurda pero cargada de rencor que tuvimos. Hoy puedo afirmar sin dudar ni un segundo que jamás llegué a odiarla. Odié lo que sucedió entre nosotros dos, la pelea, la distancia, el olvido. Pero a ella jamás. Tampoco voy a negar que le tomé cierto resentimiento, sus palabras habían abollado ciertas partes de mí. Sin embargo, viendo la angustia que empapa su cara, sus ojos esforzándose por no llorar, no existe la posibilidad de que yo hubiera sentido odio hacia Amelia.

Sé que me va a destruir lo que está a punto de decir. Que me va a retorcer los instintos.

Lo sé, cómo también sé que haría lo que fuera por poder aliviar su dolor.

—Está bien, Amelia. —Me arden los ojos—. Decilo.

No tengo que esperar a que hable para saber lo que va a decir.

—Perdón, Amadeus. —Las lágrimas invaden su cara.

Cierro los ojos y tomo aire. Uno, dos, tres. Me quema el pecho. Esto no puede estar pasando. No. Estoy durmiendo y ya me voy a despertar y todo va a estar bien. Eso. Me voy a despertar. Pero cuando abro los ojos, Amelia sigue ahí, su rostro empapado, la angustia llenando sus ojos.

Lo sé. Lo presentí.

—Te vas.

—Me voy.

No necesito ver el futuro para saber que en lo que me queda de vida nunca voy a volver a sentirme como lo estoy haciendo ahora, como si alguien me estuviera apuñalando el corazón.

Me trago el nudo en la garganta e intento hablar sin que mi voz se quiebre.

Fracaso.

—Por favor, Amelia. Quedate. Quedate conmigo. —Estoy siendo injusto pidiéndole que se quede acá, donde su carrera no tiene un futuro muy prometedor, en una ciudad que tiene su nombre en una lista negra. No tengo nada para ofrecerle más que estar conmigo. Y sé que eso no es suficiente. Tampoco quiero que se quede acá por mí y que dentro de unos años me reproche su decisión. Tengo miedo de que me eche en cara que me eligió a mí por encima de su pasión y que se equivocó al hacerlo.

Pero nosotros podemos ser lo más racionales posible, escuchar lo que nuestro cerebro nos dice y seguir ese camino. El problema está en lo que exige el corazón. Y el mío me pide a gritos que no la deje ir tan fácil.

—Amadeus, no me hagas esto —dice entre sollozos.

—Quedate. No te vayas. Por favor, Amelia. No te vayas de nuevo.

A este punto ambos estamos llorando, agarrados de la mano.

La última vez que estuvimos en una situación similar, nuestras lágrimas eran de alivio y le daban la bienvenida a una nueva etapa entre nosotros. Ahora nuestras lágrimas son un punto final.

—No puedo quedarme. —Niega con energía.

—Sí, podés. —Mis palabras están cargadas de convicción.

Sus manos hacen fuerza para soltarse de las mías. Relajo el agarre y la dejo ir.

Espero unos segundos a que ella vuelva a tomarme las manos, a que busque la forma de hacerme saber que la decisión que tomó no es definitiva. Quiero que la duda que veo en sus ojos sea lo que la haga cambiar de opinión.

Espero.

No vuelve a tomar mi mano, y con eso me doy cuenta de que ya la perdí. Otra vez.

Se iba a ir. Otra vez.

—Acá no puedo ser quien realmente soy. —Su voz es casi imperceptible. Su mirada huye de la mía, sus manos nerviosas juegan entre ellas—. Pensé que podía, pero no. Yo no soy esto, Amadeus. Mi vida es mi pasión y mi pasión es estar dentro de una cocina, pero no de la manera en la que lo estoy haciendo acá.

—No sos lo que hacés. No necesitás ser chef para ser alguien.

Amelia me miró con una mezcla de decepción y asombro.

—Realmente pensé que vos me ibas a entender. Después de todo,

sos como yo. Para vos cocinar significa lo mismo que para mí. ¿Cómo te sentirías si un día te despertaras y alguien te dice que no podés seguir haciendo lo que hacés, si alguien viene y te lo quita todo? —Toma aire para tranquilizarse—. No es solamente un trabajo, Amadeus. No para nosotros. Trabajé tan duro, por tantos años. Sacrifiqué tanto. —Me mira a los ojos cuando dice esto último—. Todo lo que perdí, todo lo que sufrí, no pudo haber sido en vano. Es mi vida, Amadeus. Esto es lo que soy. No puedo perderlo también.

—No entiendo por qué te tenés que ir. —Me paso la mano por el pelo, inquieto. Ansioso. Desesperado—. ¿Por qué no podés hacerlo acá? Conmigo.

—Amadeus…

—Es lo que estás haciendo ahora, ¿no? —Soy muy consciente de que estoy dando manotazos para no ahogarme en medio de un tsunami, pero tengo que intentarlo igual—. Tenés un puesto en Nina´s.

—No es lo mismo —dice seria—. Amadeus, vos sabés que no es lo mismo ser chef, dirigir tu propia cocina, idear las recetas que van a conformar el menú, que cualquier otro puesto dentro de la cocina.

—Entonces no se trata de cocinar, se trata de ser chef —digo con veneno—. En serio Amelia, ¿cuándo te volviste alguien tan superficial?

El efecto es inmediato. Mis palabras vuelan como navajas e impactan de a una sobre Amelia. Puedo ver la manera en que la hacen sangrar.

—Perdón. —Me paro y camino hacia ella—. Perdoname, Amelia, yo… —Sacudo la cabeza con la intención de poder tener un pensamiento claro. Siento el caos que es mi cerebro—. No quise decirte eso. Perdón, perdón, perdón.

Amelia se queda sentada, mirándome, mientras mis rodillas tocan el piso. Paso mis brazos por su cintura, la abrazo y apoyo mi mejilla en su panza.

—Perdón. —Sus manos me acarician el pelo. Yo la abrazo con más fuerza.

Arrodillado ante ella, levanto la mirada. Amelia me mira desde arriba con su cara mojada por las lágrimas y los ojos hinchados y un poco rojos. No puedo dimensionar la angustia que me provoca verla así.

—No te vayas —le suplico—. Por favor, no te vayas. —Escondo mi cabeza en sus costillas—. Quedate. Quedate conmigo.

Puedo sentir cómo su cuerpo se sacude por el llanto.

—No te das una idea de lo mucho que me costó tomar esta decisión. Fue una decisión que tomé luego de haberlo pensado muy bien.

Abro los ojos y me alejo de Amelia.

—¿Hace cuánto lo sabías? —Comienzo a pararme.

Pánico. Su rostro está lleno de pánico y culpa.

—Hace cuánto, Amelia —exijo con la voz firme y la cara contorsionada de dolor.

—Perdón…

—Desde. Cuándo.

—Me enteré la mañana siguiente de nuestra primera vez juntos.

—Genial. —El sarcasmo brota de mi boca—. Genial, Amelia. Simplemente genial.

—¿Qué pretendías que hiciera? —Ahora ella también está parada. Y enojada—. No tenía la menor idea de lo que iba a hacer, ¿para qué te iba a decir algo que a lo mejor no terminaba sucediendo?

—Ah, Amelia. —Mis pies se mueven inquietos por el despacho—. Podés mentirte a vos misma si querés, pero te pido por favor que tengas la decencia de no mentirme en la cara.

—No te estoy mintiendo.

—Ambos sabemos que la decisión ya estaba tomada apenas habías recibido el mensaje.

—Estás siendo injusto. No te imaginás lo complicado que fue para mí tener que decidir. Amo mi carrera, pero también te amo a…

Freno mis pasos.

—No. Ni se te ocurra decirlo ahora.

—Es la verdad.

—Se ve que no es suficiente.

El silencio nos envuelve. Amelia es quien lo rompe.

—Si te pidiera que vinieras conmigo, ¿lo harías?

No es hasta que Amelia hace la pregunta que me doy cuenta de que yo tampoco lo dejaría todo por amor. Mi carrera estaba en sus inicios. ¿Qué me esperaba a mí en Francia? Lo mismo que tenía ella acá en Nueva York. Nada que nos llenara lo suficiente. El amor no puede ser el reemplazo de los sueños, de las metas. No podía renunciar a lo que anhelaba alcanzar como chef y esperar que Amelia llenara ese vacío. No le correspondía. No era justo. Mi vida estaba acá. Y fue frustrante no poder decirle que sí. Que la seguiría hasta el fin del

mundo si me lo pedía. Siempre pensé que solo tenía que pedírmelo para que yo armara las valijas. Que no dudaría ni un segundo en dejar atrás mi vida entera por ella. Pero solo bastó que me lo preguntará para darme cuenta de que, si yo fuera Amelia, hubiera tomado la misma decisión.

—No. No lo haría.

Amelia da un paso en mi dirección.

—Te amo, Amadeus.

Nunca un "te amo" se sintió tan agrio. Tan dulce.

—Lo hago, Amadeus. —Se acerca un poco más—. Puedo sentirlo por todas partes, el amor que siento por vos.

Enfoco mi mirada en la pared. No soporto mirarla.

—Y por esa misma razón necesito que no me pidas que me quede, porque tengo miedo de que, si me lo pedís lo suficiente, lo termine haciendo. Y no quiero quedarme por las razones equivocadas.

Cierro los ojos. Quiero estar en cualquier lado menos acá.

—Amadeus, mirame.

Presiono más los párpados.

—Por favor —susurro.

Cuando vuelvo a mirarla está cerca, pero al mismo tiempo, está tan, pero tan lejos.

—No puedo volver a dejar todo por amor.

Sus palabras se sienten como si alguien hubiera tirado un bloque de mil toneladas en la habitación. Y acá es cuando entiendo que le estoy pidiendo más de lo que ella es capaz de darme. Me doy cuenta de que no tengo noción de lo que significa para ella elegirme. Porque quedarse no implica solamente renunciar a sus sueños.

—Amelia —digo, mi voz más suave, casi tierna—. Yo no soy él.

—Lo sé. Sé que no sos como él. Pero eso no quita el hecho de que esto puede terminar siendo un desastre. A lo mejor solo duramos un par de meses, ¿y luego qué? Supongamos que decido arriesgar todo por nosotros y no funciona. Tendría que volver a comenzar de cero, en otro lugar, porque trabajar juntos ya no sería una alternativa. Me dolería mucho tenerte cerca y no poder estar con vos. Sería una tortura.

—¿Creés que a mí no me da miedo? ¿Que no pienso en todo lo que puede llegar a salir mal? —Estiro mi mano y la coloco sobre su mejilla —. Amelia, no te puedo prometer un "para siempre", no sé cuánto va a durar, no tengo idea cómo va a terminar, pero lo que sí te puedo

decir es que lo quiero intentar. Con vos. Quiero apostar por nosotros. —Le tomo el rostro con mis dos manos. Ella cierra los ojos. Borro la lágrima que había empezado a caer. Debería dejarla ir. Entiendo por qué tomó la decisión que tomó. Pero no puedo dejarla ir tan fácil—. Te amo. Dios, te amo tanto. Y creo que lo hago desde la primera vez que te vi. El problema es que me enteré demasiado tarde. Pero mi amor por vos es tan grande que no sé ni con qué medirlo para que te des una idea. Por vos puedo ser lo suficientemente valiente como se tiene que ser en el amor.

No podría decir quién besó a quién primero.

Lo que sí puedo decir es que es un beso con un sabor amargo mezclado con el salado de las lágrimas. Siento la desesperación, la ira, el amor, la tristeza, el dolor. Le envuelvo la cintura con los brazos, ella entrelaza los suyos en mi cuello. Nuestros cuerpos se resisten a soltarnos, nos negamos a dejarnos ir.

Pero, sobre todo, puedo sentir la despedida.

Deseo con todas mis fuerzas que no llegue el final. Que de alguna manera ilógica podamos quedarnos a vivir en este momento. Me rehúso a alejarme porque no quiero escuchar lo que me tiene que decir, lo que ya sé. Quiero estirar el beso lo más que pueda, tan solo para callarla.

—No puedo ser tan valiente —dice sobre mis labios.

Dejo caer mi frente contra la suya. Me duele respirar. Me duele absolutamente todo. Cada centímetro de mi cuerpo.

—¿Cuándo te vas?

Nos miramos a los ojos.

—En unos días. Una semana a lo mejor. Estoy ultimando un par de detalles.

—Eso… —Suspiro—. Eso está… bien. —Intento sonreír. Apoyo mis labios sobre su frente—. Está bien. —Sus brazos me toman por la cintura y su cabeza se oculta en mi pecho. Pongo una de mis manos sobre su cabeza, acariciando su pelo, mientras la otra la atrae más hacia mí—. Todo va a estar bien.

Y es en ese abrazo cuando me dije a mí mismo que no voy a permitir que la historia se repita. No quiero que ella se vaya pensando que la odio, que no quiero volver a verla en mi vida. No voy a castigarla por la decisión que tomó. Voy a estar mal por un tiempo. A lo mejor nunca lo supere del todo. Tal vez el corazón siempre me va a quedar un poco resentido de dolor. Era lo más probable. Hay heridas

que te acompañan toda la vida, el corte es tan profundo que tu piel nunca va a volver a ser la misma. Amelia es una herida que va a estar a mi lado para siempre. Lo sé en este momento. Lo voy a confirmar en unos años. Pero mi sufrimiento no es justificativo para cometer los mismos errores de antes. Eligió, sí. Pero esa elección no tenía nada que ver conmigo.

Aún abrazados, la miro y le digo:

—Quiero lo mejor para vos, eso jamás va a cambiar. Aunque los últimos años demuestren lo contrario, yo siempre quise verte triunfar, lograr grandes cosas, ganar cada desafío que se te plantee. Siempre.

—Yo quiero lo mismo para vos, Amadeus. Quiero que explotes ese potencial que tanto te empeñás en minimizar, como si no fueras apto para lograr lo extraordinario. Sos mucho más de lo que te permitís ver.

—No sé si pueda hacer esto.

—¿Hacer qué?

—Decirte adiós.

—No hace falta que lo hagamos ahora. Todavía tenemos tiempo.

Vuelvo a abrazarla.

—No creo que exista el tiempo suficiente que me preparare para dejarte ir.

Nos mantenemos entrelazados, con el silencio como protagonista, hasta que ambos decidimos que no podemos quedarnos la noche entera parados en mi despacho.

—Quedate en mi casa esta noche.

Veo el debate interno que nace en su interior. Se está preguntando si es una buena idea, si no empeora la situación.

—Por favor. —Le ofrezco mi mano y por unos segundos pienso que no la va a tomar. Pero lo hace.

Esa noche hacemos el amor. Nos encontramos con nuestras versiones más hambrientas, deseosas y frenéticas. Por momentos me quedo mirándola con la intención de poder recordar cada detalle. Quiero grabarme a Amelia en la memoria, así cuando ella ya no esté, traerla de nuevo por un rato con solo cerrar los ojos.

—Te amo.

—Te amo.

Guardo este momento en un lugar especial, para cuidarlo para siempre.

Nos fuimos a dormir abrazados, su cabeza acomodada en mi

pecho. Me cuesta conciliar el sueño. Tengo miedo de cerrar los ojos y que cuando los abra, ella ya no esté conmigo.

Con la mirada en el techo y Amelia durmiendo entre mis brazos, percibo que sus bordes empiezan a desdibujarse.

Ya se está yendo.

Capítulo 52

Amelia

Después de ese mensaje de texto, me junto a tomar un café con Denis. Necesito hablar con ella en persona, aclarar las cosas, caer en la cuenta de qué está pasando realmente. El restaurante es mío.

—Te puedo dar máximo un mes. —Denis está seria, ni siquiera tocó su café—. Sebastiano dijo que no iba a esperar mucho más. Quiere una respuesta. Y tengo miedo de que, si tardamos en darle una, cancele todo. Le pedí un mes porque sé que vos necesitás pensarlo bien y organizarte, pero no puedo darte más que eso.

Asiento con la mirada en la nada.

—Amelia. —Denis toma mi mano y me ve con la misma cara de pena que me dieron Matilda y Finn cuando les conté la situación. Dante y Theo todavía no saben nada. Me parece injusto obligarlos a guardar el secreto de Amadeus—. Siempre está la opción de decir que no y poner el restaurante a la venta. Supongo que debe existir más de un comprador interesado en él. Entiendo que ahora tu situación acá es otra a lo que era cuando apenas llegaste. Sé que Amadeus ahora es un factor a tener en cuenta.

Y ahí está la raíz del problema: Amadeus es un factor que condiciona mi decisión.

Si no fuese por él, la elección sería simple y no habría lugar a dudas. Tomaría el primer vuelo a Francia. No tendría que quedarme hasta la madrugada despierta intentando encontrar la manera en la que pueda seguir con Amadeus y al mismo tiempo recuperar mi carrera. Había hasta debatido tener una relación a distancia, pero apenas estamos comenzando a ser algo. Esa opción está muerta incluso antes de nacer.

Solo tengo dos opciones: mi carrera o Amadeus.

Al principio, me esforcé en buscar la forma en que ambos conceptos coexistieran, pero rápidamente me di cuenta de que no era

posible. Si me quedo, mi carrera no tiene oportunidad de ser ni siquiera la mitad de lo que era. Tengo una reputación de persona problemática que Sebastiano instaló en los oídos de las personas más importantes del rubro, por lo tanto, mi posición en la lista negra era más que inminente. No puedo pedirle a Amadeus que me entregue su puesto de chef en Nina´s, nunca fue una opción. Él se merece estar ahí. Y por más que me quiera mentir, tampoco puedo conformarme con mi lugar en la cocina, aspiro a mucho más. Siempre fue así. Y pedirle que me acompañara nunca estuvo en mis planes.

Por otro lado, el hecho de alejarme de Amadeus se siente como si alguien estuviera dentro de mí, quemándome con un soplete los órganos. Hay noches en las que lloro durante horas hasta que mi cabeza empieza a doler y me quedo rendida sobre la cama, para al otro día despertarme con los ojos inflamados y la angustia todavía acechándome. No hay cantidad de llanto que pueda drenar la angustia que me provoca la perspectiva de tener que despedirme de Amadeus.

Insulto al destino. Estoy enojada con la vida y sus caprichos incoherentes, y que parecen estar destinados solo a hacer sufrir a las personas. Me pregunté muchas veces por qué y qué hice para tener que tomar esta decisión. Me parece cruel, despiadado, sin un apéndice de misericordia, tener que irme cuando apenas estoy comenzando mi historia con Amadeus.

Pero es la única opción.

Me quemo los sesos las veinticuatro horas del día viendo qué es lo más acertado. Cuál es la respuesta que no va a hacer que me arrepienta dentro de unos años.

Amadeus es el único factor que me ata a esta ciudad, a esta vida, a renunciar a mi carrera. De repente me parece un factor muy volátil y delicado. Quedarme por él significa dejar todo por el amor. Otra vez. Ya había abandonado esta ciudad siguiendo mi sueño, pero al mismo tiempo de la mano de un hombre que luego me pisoteó, y eso me hizo renunciar a todo lo que alguna vez había deseado.

El amor es endeble. Precario.

Me digo que no estoy preparada para entregarme de nuevo a algo tan inestable y quebradizo, y que encima eso signifique tener que dejar de lado mi carrera.

Ah, pero ser racional no me ayuda a sentirme mejor respecto a mi decisión. No alivia el dolor que se me instala entre las costillas. Ni un poco.

—¿Amelia? —Parpadeo rápidamente y vuelvo mi vista hacia Denis.

—Sí, perdón —digo—. ¿Me decías?

Me mira preocupada.

—Treinta días. No puedo darte más tiempo.

Mi celular comienza a sonar. Es Amadeus.

—Perdón —digo mientras respondo.

—Atendé tranquila.

—Hola. —Puedo escuchar su sonrisa.

—Hola.

—¿Está todo bien?

Mierda.

—Sí, todo más que bien. —Me siento sucia—. ¿Qué pasó? —agrego rápidamente antes de que repita su pregunta. No sé cuánto más podré soportar mentirle.

—Nada importante. Te llamaba para contarte que estuve practicando la receta del otro día y creo que estoy a punto de encontrar la versión final. —Hace una pausa—. Ah, y si querés ir a almorzar. Puedo pasarte a buscar en unos minutos. Termino de limpiar la cocina, me cambio y voy.

—No estoy en casa.

—¿Dónde estás? Me acerco.

—Estoy con Denis desayunando en un café. Estamos a un par de cuadras de tu departamento. Si querés puedo ir yo hasta allá y vamos caminando.

El invierno está en su punto cúlmine, pero el cielo está despejado. Frío, pero con sol. Soy de las personas que disfruta mucho más esta época del año, así que no me molesta ir caminando. Además, me va a hacer bien. Siempre me ayuda a acomodar mis ideas.

—¿Denis? ¿Denis tu abogada u otra Denis?

—Denis mi abogada.

—¿Por qué estás con ella? ¿Sebastiano te hizo algo? —La ira empapa su voz—. Te juro que si te hizo algo…

—No —digo rápido—. Sebastiano no tiene nada que ver. Me junté con Denis amiga, no Denis abogada.

Denis niega la cabeza, decepcionada. Modulo un “qué querés que haga” y ella me responde, de la misma forma, con un “decirle la verdad”. Le digo “no es el momento”.

—Me quedo más tranquilo. Entonces, ¿te espero y vamos a

almorzar? Hay un nuevo lugar que te quiero mostrar y creo que te va a encantar. Su especialidad son las pastas.

Me da impotencia lo dulce y detallista que es. Yo mientras tanto soy la mierda más grande del planeta Tierra.

—Dentro de una hora estoy ahí.

—Genial, ya te quiero ver.

—Y yo a vos.

Corto la llamada con una sonrisa que no es del todo feliz pero tampoco del todo triste.

—Tenés que decirle.

—Lo sé. Se lo voy a decir cuando haya tomado una decisión, antes no tiene sentido.

—Hagas lo que hagas, él lo va a entender. A lo mejor no ahora, a lo mejor le cuesta aceptarlo, pero te va a entender.

—No quiero que me odie por esto.

—Ay, Amelia. Amadeus no está hecho para odiarte.

Llevo mis ojos al techo del café y me obligo a no llorar. Si lo hago, lo más probable es que Amadeus se dé cuenta de que algo no va bien y no quiero seguir mintiéndole en la cara. Ya me siento lo suficientemente culpable. Y honestamente creo que es inútil e innecesario arruinar las que podrían llegar a ser nuestras últimas semanas juntos. ¿Es un movimiento egoísta y cobarde? Puede ser. Pero me parece lo indicado.

Me despido de Denis con un abrazo y la promesa de que pronto le voy a dar una respuesta. Me dice que me quiere y que cualquier cosa la llame.

Estoy a más cuadras de las que pensé, pero lo agradezco. Me esfuerzo en enfocarme en el paisaje y no en la pregunta que me atormenta constantemente: ¿qué iba a hacer?

Veo a dos hombres mayores de edad caminando por la calle. Uno lleva bastón, el otro, que aparentemente no lo necesita, camina al lado, tomándolo del brazo. Algo me dice que puede caminar con un poco más de velocidad si así lo quisiera, pero el ritmo de sus pies está pensado para acompañar el ritmo de su compañero. Se detienen en una esquina, el hombre con el bastón le da un beso en la mejilla al otro, que se ríe y palmea la mano que está aferrada a su brazo. Cambia el semáforo y ambos cruzan con un andar pausado pero constante.

Sin pedir permiso, Amadeus aparece en mi cabeza. Siempre que

pienso en el amor termino pensando en él. A veces escucho una canción y, sin darme cuenta, nos busco en la letra. Si veo un beso, mis labios vibran deseando ser besados por él. O como recién. Cada vez que veo una pareja en la calle me veo a mí con Amadeus.

Es esto lo que me hace tambalear y preguntarme si es tan terrible quedarse y aceptar que tal vez mi carrera puede hacerme feliz, aunque no sea como yo deseo. Me hace cuestionar el amor que siento por Amadeus. Porque si yo lo amo, entonces tiene que ser suficiente para que no me quiera ir, para que no exista lugar a la duda. Pero no es una cuestión de cantidad. Porque si ese hubiera sido el caso, la decisión hubiese sido simple. El amor que yo siento por Amadeus puede llenar océanos completos. El problema es que nos amamos, pero en el momento incorrecto.

Llego a la puerta de entrada del edificio de Amadeus. Tomo aire profundo y lo dejo salir de golpe. Cierro los ojos y cuento hasta diez. Quiero verlo. Siempre quiero verlo. Pero es una sensación dulce que está salpicada de amargura.

Toco el timbre.

—Ya bajo.

En menos de un minuto, Amadeus aparece con un buzo color granate y sus *jeans*. Su pelo oscuro tiene la costumbre de ser complicado de controlar. Sus ojos café parecen más claros que lo usual. Brillan, como suelen hacerlo cuando me mira. Temo por el momento en que ese brillo desaparezca, cuando le diga la verdad. Oculto ese pensamiento y me digo que si estoy mintiendo es para disfrutar cada segundo. No voy a ponerme mal. Quiero ser la Amelia divertida y relajada para él.

—Hermosa. —Me saluda con un beso en los labios—. Todo el tiempo sos hermosa.

Me hace reír en medio del beso.

—Lo mismo puedo decir de vos.

—Acepto y tomo el cumplido —dice mientras entrelaza su mano con la mía—. En serio, estás muy linda. El verde te favorece.

—Es todo ese asunto de colorimetría. —Me encojo de hombros. Empezamos a caminar y nos enfrascamos en una conversación sobre qué es la colorimetría y para qué sirve. Después, él me cuenta con más detalle todas las modificaciones que le hizo a la receta. Me dice que quiere que la pruebe y le dé mi veredicto una vez que llegue a la versión definitiva. Ambos estamos entusiasmados. Creemos que puede

ser la que le dé su primera estrella Michelin. Una vez en el restaurante, me pregunta cómo estaba Denis y quiere asegurarse de que realmente Sebastiano no haya hecho nada.

—¿Sabés que podés comentarme lo que sea, no?

La culpa me presiona el pecho. Tengo que mirar para adelante para que no vea el brillo en mis ojos.

—Lo sé.

Es evidente que en las últimas semanas la relación entre nosotros cambió, pero nunca nos sentamos a tener una conversación sobre qué es lo que está pasando. No tenemos la necesidad de ponerle una etiqueta. Es evidente que no somos amigos, pero tampoco puedo decir que somos novios. Esa pregunta nunca se hizo. Pero somos algo. De eso no hay dudas.

Estoy segura que para las personas del restaurante somos una pareja con todas las letras. No existe lugar para no verlo de esa manera. Soy consciente de cómo nos miramos, con devoción. Para los ojos de los demás, es notorio el amor que flota entre nosotros, como una nube rosa que nos rodea. Nadie puede negarlo.

Nuestros platos llegan. Yo le doy para probar del mío y él hace lo mismo.

—Aunque me duela admitirlo, el tuyo está más rico —dice después de haber probado los raviolones de calamar.

—Cambiemos —le ofrezco e intercambio los platos.

—Cuidado Amelia. Podría pensar que estás enamorada de mí.

—Dios no lo permita —digo, llevándome la mano al pecho.

Amadeus niega como si estuviera a punto de darme una mala noticia.

—Lamento informarte que ya es tarde. Es obvio que ya estás perdidamente enamorada de mí.

—No tenés idea.

Me mira con una intensidad que me hace creer que en cualquier momento me puedo derretir y nos sonreímos en un idioma que solo existe entre nosotros dos.

Luego de almorzar me invita a tomar un café. Al que era *nuestro* café. Better With Coffee. Nos sentamos en una mesa nueva. Solo necesitamos dos sillas esta vez.

—¿Querés ir afuera?

Nos tomamos un café entre una conversación que tenía inicios, pero nunca finales. Como si quisiéramos hablar de la mayor cantidad

de temas posibles en la menor cantidad de tiempo posible. El sol débil de diciembre nos acaricia la piel al igual que el café. La ciudad ruge de fondo. Pero no nos importa ni un poco.

A la noche, después de trabajar, vamos a dormir a su departamento. Fue una noche agitada. Estábamos completamente agotados. Apenas habíamos picado algunas sobras.

—Podría dormir tres días enteros —dice Amadeus desde la cama. Me asomo con el cepillo de dientes en la boca. Me lo saco para hablar.

—¿Te puedo pedir prestado unos pantalones? Me acabo de dar cuenta de que no los guardé en el bolso.

—Mi placar es tu placar —responde con los ojos cerrados—. Podrías traer algo de ropa y ya dejarla acá. Así no tendrías que ir y venir con un bolso todos los días. A mí no me molestaría.

Escupo la pasta de dientes en el lavatorio y me seco con la toalla. Pienso en una respuesta para darle. No sé qué decir. Dejar ropa mía en su departamento no me parece poca cosa. Todo lo contrario, me parece un paso importante. Uno que no estoy habilitada a dar. No puedo apartarme un espacio en su placar cuando existe la posibilidad de que me vaya completamente de su vida. Me parece algo cínico y maquiavélico de mi parte.

—No creo que… —Amadeus está profundamente dormido. No llegó ni a desarmar la cama. Y sigue vestido—. Sea una buena idea.

Le saco las zapatillas y lo desvisto. Con una fuerza que no sabía que poseía, lo muevo para poder meterlo dentro de las sábanas.

Amadeus duerme con una paz envidiable, mientras que yo cierro los ojos para a los minutos volver a abrirlos. El sueño no llega.

Frustrada, salgo de la cama y voy al *living*. Pongo lo primero que encuentro en la televisión. Puedo sentir cómo me arden los ojos, mientras mi cerebro suplica para que vaya a descansar, pero todo eso no es suficiente para frenar el tren de pensamientos que me atraviesa cada vez que apoyo la cabeza en la almohada.

No pasa mucho tiempo hasta que Amadeus se da cuenta de que no estoy en la cama.

—¿Amor? —Un Amadeus en calzoncillos con el pelo revuelto aparece en el pasillo. Se pasa una mano por los ojos intentando despabilarse—. ¿Qué hacés despierta? Son las cuatro de la mañana.

—No me puedo dormir —digo y apago la televisión. Los pasos de Amadeus se acercan. Se sienta a mi lado.

—Hay algo que te preocupa —dice luego de unos segundos de

silencio.

Abro la boca para responder, pero me detengo con un gesto.

—No necesito que me lo digas. Te conozco lo suficiente para saber que me lo vas a contar cuando creas que sea el momento indicado para hacerlo.

—Gracias —digo abrumada por el cariño que siento hacia este hombre. No me lo merezco.

Me da un beso delicado en la sien.

—Vamos a la cama, intentemos descansar un poco.

Asiento con la cabeza mientras me ofrece la mano para pararme.

—Vení —dice y abre sus brazos, una invitación para usar su pecho como almohada.

Ni lo pienso.

Me voy a dormir escuchando el ritmo de su corazón, como si fuera una canción de cuna que tiene el poder de apagar por un rato mi cerebro.

* * *

Dos semanas después ya había tomado una decisión.

Capítulo 53

Amadeus

Siete días.

Ni uno más ni uno menos.

Siete días y luego Amelia se va a ir.

¿Para siempre? Nadie puede responder esa pregunta. Quizás sí, quizás no. Lo único que tengo en claro es que no va a volver pronto. Necesito repetirme eso y asegurarme de entenderlo. De lo contrario, no voy a poder continuar con mi vida. No tiene sentido alguno albergar esperanzas sobre un regreso prematuro de Amelia.

Siete días.

Tenemos dos opciones. Podemos detener lo que está comenzado a crecer entre nosotros o podemos seguir como veníamos haciendo. Amelia me preguntó qué quería hacer. Le respondí que era una decisión que teníamos que tomar los dos. Ella me dijo con algo de timidez que le gustaría exprimir lo más posible los últimos días, pero que entendía si prefería terminar con todo.

Estuve a punto de decirle que sí, que quería dejar de verla. Tal vez era mejor si ya comenzábamos con lo que iba a ser inevitable dentro de una semana. Me parecía que no tenía mucho sentido estirar el final.

Estuve a punto, pero no lo hice. No me va a doler menos si arranco a despedirla ahora.

Quiero pasar todo el tiempo que pueda con ella. Así que eso hacemos.

Nos queremos burlar del tiempo, como si tuviéramos alguna chance contra él. Ambos sabemos que no podemos ganar esta batalla, que los segundos no van a pasar más lentos, que el reloj no nos va a hacer el favor de congelarse. Pero lo intentamos. Queremos estirar los días como si fueran un chicle irrompible y resistente.

Realmente lo intentamos.

Pero la semana pasa y nuestro tiempo se termina.

Capítulo 54

Amelia

—Por Amelia —dice Theo mientras alza una copa de champán.

Le dije que me parecía exagerado, él me respondió que cerrara la boca y que me merecía una despedida con todas las letras y eso significaba un brindis con champán. En realidad, según él, me merezco mucho más. Merezco todo.

No hace falta que pregunten. Por supuesto que lloro cuando esas palabras salen de su boca para instalarse en mi corazón. Dante se acerca y me abraza y me dice bajito:

—Vamos a comer rico, habrá alcohol del bueno y seguramente jugaremos a algún que otro juego de mesa del que rápidamente nos aburriremos. —Me alejo para verlo a los ojos con una sonrisa llena de lágrimas—. Y te vamos a extrañar muchísimo.

Contarle a Dante y Theo que me voy no fue fácil. No son Amadeus, eso está claro. Decirle a él que me voy fue una de las cosas más dolorosas y difíciles que hice en mis casi treinta años de vida. Pero que no sean Amadeus no me quita la sensación de estar perdiendo algo que recién estaba volviendo a recuperar.

Estamos los seis. Theo, Dante, Finn, Matilda, Amadeus y yo. Dante cocinó y Theo es el encargado de preparar los tragos. Ambos eligieron la música.

Y todo es perfecto. Pasa lo que Theo prometió. Comemos rico y un montón. Me tengo que desabrochar el botón del *jean* incluso. Hay alcohol del bueno en cantidades peligrosas. Intentamos jugar a un juego de mesa, pero a los quince minutos nadie está siguiendo el hilo del juego y nos ponemos a charlar y reírnos de los recuerdos compartidos.

Solemos ver el pasado con cierta melancolía, queriendo volver el tiempo atrás para poder revivir ciertos momentos. Uno piensa que haberlos vivido una sola vez no fue suficiente y hasta parece injusto.

Tendría que existir algún artefacto que con solo tocar un botón te lleve a un instante que merece ser repetido, que a lo mejor no pudo ser disfrutado como se merecía, porque mientras estaba sucediendo uno no tenía la menor idea de que iba a ser tan pero tan especial y que iba a ser de los que se imprimen en tu corazón y en tu cerebro. De esos momentos que terminan formando quiénes somos.

Pero esta noche en el departamento de Theo y Dante, mientras estamos esparcidos en su *living* y nuestras voces se superponen, todos intentando contar alguna anécdota, no pienso en el pasado con melancolía. Porque mientras me duelen los músculos de la panza, mi garganta explota a carcajadas y tengo que limpiarme las lágrimas de tanto reír, no hay ni un rastro de tristeza. Al contrario. Con nuestros recuerdos flotando y nuestras risas entrelazadas en el aire, me siento desbordada de felicidad.

—Por Amelia —gritan todos un poco demasiado fuerte. Culpa del alcohol. Y entre risas chocamos nuestras copas.

Por supuesto que miro a Amadeus mientras ambos tomamos un sorbo. Ambos nos sonreímos con los ojos mientras nuestras bocas siguen tocando el borde de la copa.

Mi última noche la paso en el departamento de Amadeus, como vengo haciendo en la última semana. Mi departamento está más vacío que antes y mis dos valijas junto a mi bolso de mano están listos y cerrados. Es una imagen un poco deprimente y un recordatorio de lo que está a punto de pasar. Por eso, nuestra última noche la pasamos juntos, en su casa.

Cocina él. Me dice que no quiere que lo ayude en absolutamente nada. Es su regalo de despedida, aunque un par de horas más tarde el verdadero regalo son los dos orgasmos que me da. El primero es en la mesa del comedor. Ni siquiera llegamos al postre. Tampoco pudimos llegar a la cama. El segundo sí es en la cama. Me quedan las piernas temblando por un rato largo.

Voy a extrañar el sexo con Amadeus. Dios, voy a extrañar todo de Amadeus.

—Amelia, quiero que seas la persona más feliz que alguna vez haya existido —me dice mientras nuestros cuerpos se recuperan y nuestro ritmo cardíaco se relaja.

Me muevo para verlo cara a cara.

—Tu felicidad no es acá, no es conmigo. Y lo entiendo. Me duele, no lo puedo evitar. Pero lo entiendo. —Sus pulmones se inflan, sus

ojos miran al techo—. No puedo decirte que estoy contento de que te vayas, eso sería mentirte, todavía existe una parte mía que quiere que te quedes. Lo que sí puedo decirte es que, si vos estás bien, yo voy a estar bien. Si vos sos feliz, sé que con el tiempo me va a doler menos que no estés acá.

No puedo responder. Tampoco puedo llorar, lloré mucho esta semana. A veces a escondidas de Amadeus porque siento que no tengo derecho a mostrarme triste por una elección que hice yo. A fin de cuentas, la que decidió irse fui yo, nadie me obligó y no es Amadeus el que está rompiendo lo nuestro. Pero un día, Amadeus me escucha llorando. Yo estoy escondida en la ducha. Me mira con firmeza y con mucha determinación me deja en claro que no le estoy haciendo nada a él ni a nosotros, que tengo permitido estar triste y al mismo tiempo estar feliz por la oportunidad que se me está presentando. Me pide también que nunca más me esconda de él para estar mal, que a veces necesitamos llorar en compañía.

Lo único que puedo hacer ante este hombre de corazón amable que amo con vehemencia, es darle un beso con el que intento penosamente devolverle un poco de todo el amor que me hace sentir cada vez que lo tengo cerca.

En mi vida conoceré a otros hombres, los que vendrán después de Amadeus. Y los que ya pasaron son los que estuvieron antes de Amadeus. Porque nadie va a poder jamás compararse con él. No hay caso en que lo intente. Amadeus fue un antes y un después en mi vida.

Y si bien nuestro amor fue corto, no fue escaso. Lejos de eso.

El amor que existió entre Amadeus y yo podría haber llenado una galaxia entera.

Pensándolo bien, eso seguiría siendo poco. Mejor que sean dos galaxias. Sí, eso me gusta más. Nuestro amor puede llenar dos galaxias.

Capítulo 55

Amadeus

Si alguien me hubiera preguntado qué daría porque Amelia se quede, la respuesta hubiese sido corta pero contundente: todo. Entregaría todo lo que tengo a mi alcance para que no se vaya, para que se quede conmigo. Pero esa respuesta sería apresurada, atolondrada, caprichosa, infantil y un poco irreal. Si tuviera una segunda oportunidad y me hicieran la pregunta otra vez, mi respuesta sería diferente.

No existe ni un centímetro de mí que desee que Amelia se vaya. Es impensado que yo la quiera lejos de mí. Sin embargo, lo entiendo. Puedo comprender por qué se está yendo. No es nuestro momento. Tal vez nunca tuvimos una oportunidad, aunque hayamos pensado por un instante que sí. A lo mejor fue todo una ilusión. Una forma despiadada de mostrarnos lo que podíamos tener pero que en realidad nunca iba a suceder.

A veces la vida es sádica. A veces el destino es cruel.

¿Que daría porque Amelia se quede?

Nada. No hay nada que yo pueda hacer, que pueda dar. No realmente. Solo hay algo que puedo hacer, y es estar con ella los últimos días. Dormimos juntos todas las noches y tenemos sexo en cada rincón de mi departamento. Intento grabar en mi memoria su rostro lleno de placer, cómo su cuerpo se retuerce ante mi tacto, su sabor, la forma de sus pechos, el contorno de sus labios, y cada uno de sus lunares. También vemos una cantidad peligrosa de documentales de asesinos seriales, películas de suspenso y terror, y alguna que otra comedia romántica por pedido mío. Necesito ver algo que no tenga tortura, muerte y sangre antes de irme a dormir.

Cocinamos juntos el desayuno y algunos días vamos a almorzar afuera, aunque nos cuesta dejar mi departamento. Todos los días de la semana sin falta vamos a tomarnos un café a Better With Coffee, en

nuestra mesa de afuera.

Vamos al trabajo juntos y esas son las únicas horas del día en las que nos separamos. Hay jornadas que me tengo que esforzar por no ir y besarla, ahí en el medio de la cocina, enfrente de todo el mundo.

Y por las noches, cuando ya nos lavamos los dientes y tenemos nuestros pijamas puestos, nos dormimos abrazados, enredados, encimados, pegados. Pero siento que no es suficiente, que no la tengo lo bastante cerca.

A veces cierro los ojos y me alcanza el sueño. Otras me cuesta más dormir. Me asalta el temor de que un día no voy a poder recordarla con exactitud.

Cuando terminamos una relación, lo primero que queremos hacer es olvidarnos de esa persona, borrar de la memoria cada detalle, cada momento. Lógico. Sentimos un dolor carnal y flamante, y lo único que pedimos es un extintor que apague el incendio que nace en nuestro interior cada vez que nos acordamos de esa persona que ya no está. Pedimos por favor eliminar todo rastro de lo que alguna vez existió de ella en nuestra vida.

A mí me pasa todo lo contrario. Yo no me quiero olvidar de Amelia. No me quiero olvidar de absolutamente nada.

Lo quiero recordar todo.

Por eso algunas noches me quedo despierto, intentando absorber hasta el más minúsculo e insignificante detalle.

Tuvimos una conversación donde dejamos en claro qué vínculo tendríamos a partir de ahora. Justamente ambos decidimos ser maduros al respecto y terminar en buenos términos. Podemos volver a vernos, ella puede venir a visitarme o puedo hacerlo yo. Estamos bien. No somos amigos porque no creo poder volver a ser su amigo nunca más, pero sí dos personas que son más que simples conocidos.

Podemos seguir viéndonos de vez en cuando. Podemos, pero no lo vamos a hacer.

Ambos llegamos a la conclusión de que vernos complicaría las cosas. Porque, aunque no fuera seguido, el hecho de vernos y no poder ser lo que queremos ser es doloroso, y además nos parece injusto entrar y salir de la vida del otro. Tal vez el escenario hubiese sido completamente distinto si existiera la mínima chance de retomar algo similar a una amistad. Pero esa no es una opción.

De alguna manera, presentimos lo que va a terminar sucediendo. Amelia va a volver dentro de unos meses y si bien podríamos intentar

tener una conversación civilizada y sin segundas intenciones, ambos somos lo suficientemente inteligentes para prever que no vamos a quedarnos solo con una conversación. Vamos a terminar en mi departamento. Y nos merecemos más que ser el sexo casual y esporádico del otro. No podemos caer en la tentación de visitarnos cada un par de meses, tener sexo y volver a despedirnos, con todo lo que eso implica. No hubiera sido justo para ninguno de los dos. Por esa razón llegamos al acuerdo de que lo mejor era que cada uno siguiera con su vida sin interferir en la del otro.

Es nuestra última noche juntos. Veo el reloj. Marca las cinco de la mañana, su vuelo sale en un par de horas y la alarma está programada para sonar a las siete. Ella está plácidamente dormida y no quiero por nada del mundo que se despierte. Con toda la delicadeza del mundo salgo de la cama y voy al baño. Y lloro, lloro por un tiempo largo. Son lágrimas tristes, son lágrimas de bronca. A las cinco y veinte me vuelvo a acostar con ella, la envuelvo en mis brazos, cierro los ojos, pero sin dormirme. Tengo todavía el rostro húmedo por el llanto y de alguna que otra lágrima que me cae, pero así y todo me es imposible no sonreír cuando la tengo cerca.

Lloro mientras sonrío.

Es una sonrisa agridulce, como lo fue nuestra historia de amor.

Capítulo 56

Amelia

Amadeus no viene al aeropuerto.

Nuestra despedida dura toda una semana y la culminamos la noche anterior en su departamento.

—Te voy a extrañar todo el tiempo —digo abrazada a él, mirándonos a la cara, acostados en la cama.

—Ya te estoy extrañando ahora.

Resistimos todo lo que podemos. Nuestros párpados se esfuerzan por mantenerse abiertos, nuestros ojos reacios ante la idea de dejar de vernos.

A las cinco de la mañana nos quedamos dormidos. A las siete suena la alarma.

—No creo poder soportarlo. Sé que te vas. Pero verlo… verte irte. No puedo hacerlo.

Lo abrazo con mi cabeza hundida en su pecho, aspiro su aroma. Quiero llevarme lo que más pueda de él. Le mojo la remera con mis lágrimas. No sabía ni que había empezado a llorar. Cuando levanto la mirada él también está llorando.

—Vamos —dice bajito.

Bajamos en el ascensor tomados de la mano. La puerta de su edificio se materializó ante nosotros, y es momento de separarnos.

—Te amo.

—Te amo.

Nos damos un beso. Nuestro último beso, pienso.

Hay un taxi esperándome. El taxista me ayuda a guardar las valijas mientras que con Amadeus nos damos lo que va a ser el último abrazo. Entonces, llega la hora de que me suba al auto.

—Avisame cuando llegues —dice como si nada, como si ese “avisá cuando llegues” no se estuviera refiriendo a cuando mi avión aterrice del otro lado del océano. Como si justamente no fuera la razón de que

nuestros corazones pesan de nostalgia.

Amadeus está con los brazos apoyados sobre la ventanilla, con el intento de sonrisa más triste que alguna vez vi. Seguro que la mía es igual.

Le acaricio el rostro. Cierra los ojos y se rinde ante el tacto. Me toma la mano y me besa el interior de la muñeca.

—¿Vamos? —El conductor me mira por el espejo retrovisor.

No respondo. No me muevo.

—¿Señorita? —me llama el taxista—. ¿Está lista?

De nuevo mis labios parecen estar sellados.

—Está lista —dice Amadeus con la sombra de una sonrisa. Comienza a soltar mi mano y yo lo miro con terror. Tomo su muñeca con fuerza.

—Estás lista —me dice con ternura y determinación.

Me equivoqué cuando dije que nuestro último beso ya había pasado.

Amadeus mete la cabeza en el taxi, toma mi rostro entre sus manos y me da un beso que hace florecer mi corazón, me hace sentir llena, mi cuerpo sonríe. Nunca más voy a besar a Amadeus, mis labios van a perder el recuerdo de sentirse tocados por los de él y mi boca va a extrañar la suya.

Nuestros labios se separan con lentitud, rebeldes a la distancia que tenemos que tomar. El taxista aprovecha ese instante para arrancar, seguro piensa que, si no lo hace, nunca nos vamos a terminar de despedir.

—Buen viaje —grita Amadeus, mientras el auto avanza. Saco la cabeza de la ventanilla y nos miramos hasta que el taxi dobla y nos perdemos de vista.

Apoyo la espalda contra el asiento y llevo los dedos a mi boca.

Sonrío y lloro al mismo tiempo.

Fue un beso agridulce para el final de un amor agridulce.

Epílogo

Un año después

Amelia apaga las luces de la cocina y cierra la puerta con llave. Fue una buena noche. Le da tres vueltas y media a la llave, mueve el picaporte para corroborar que cerró bien y comienza a caminar hacia su casa. No piensa en nada mientras sus pies recorren de memoria el camino. Pasa por los mismos negocios y las mismas casas. Su cerebro no se enfoca en nada específico. Sinceramente está bastante cansada y solo quiere sacarse la ropa, darse una ducha, a lo mejor ver algo en la televisión e irse a dormir.

Sin embargo, algo la hace frenar y levantar la vista. Hay algunas estrellas salpicando la sábana negra y oscura que es el cielo, pero ella fija los ojos en la luna llena. Siente que en cualquier momento podría caerse del cielo y aplastarla por completo. No sabe cuánto tiempo se queda parada, embobada, mirando, pero no puede irse. Como si la luna le quisiera contar un secreto que solo ella puede escuchar.

Piensa en Amadeus.

Él no está viendo la misma luna. Allá es de día todavía. Se da cuenta de que el pecho le empieza a escocer ante la idea de que ni siquiera pueden ver la luna al mismo tiempo. No es que no lo supiera antes, pero la plena conciencia de la distancia que hay entre ellos siempre le angustia. No está segura de que algún día le deje de doler. Eso no significa que ella se arrepienta de su decisión.

Ella es feliz con lo que decidió, con su restaurante, con la vida que elige cada día al despertarse. Pero sería excesivo querer ser feliz constantemente. A veces la tristeza salpica. A veces esa tristeza aparece cuando piensa en Amadeus.

Pero no se arrepiente. Ni de irse ni de lo efímero de su relación con Amadeus. Si tuviera que hacerlo todo de nuevo, no cambiaría nada, lo

haría exactamente igual.

Sigue mirando la luna, anclada, como si tuviera que descifrar algún mensaje oculto.

Entonces se da cuenta.

Ella es como si fuera la luna. Él, el sol. Ambos condenados a una existencia donde comparten el mismo cielo, pero nunca podrán hacerlo al mismo tiempo.

Cierra los ojos.

Respira.

Abre los ojos.

Y deja salir el aire.

Le da un último vistazo al cielo y le gustaría creer que cuando la noche encuentre a Amadeus, él pensará en ella, así como ella pensó en él.

Lo que no sabe es que Amadeus está pensando en ella en ese preciso momento. A decir verdad, no es algo que él se permita hacer seguido porque le duele en todo el cuerpo, pero a veces, como ahora, es inevitable e inesperado.

De camino al restaurante se detiene en una esquina. No tiene tiempo para lo que está haciendo, necesita apurarse. Desde que consiguió su primer estrella Michelin, Nina´s pasó a ser uno de los restaurantes más solicitados de la ciudad. Cada noche se llena de comensales. Trabaja más duro que nunca, pero no podría estar más feliz. El semáforo le dice que puede cruzar, pero él lo ignora. Sabe que tiene que seguir caminando, pero no lo hace y en cambio alza la vista, como si alguien lo estuviera llamando desde el cielo.

Entrecierra los ojos y coloca su mano como si fuera una especie de visera. No puede ver el sol directo, pero sabe que está ahí. Piensa en Amelia. Sin querer, o queriendo, no lo sabe. Piensa en que ella, al igual que el sol, siempre está, aunque no pueda sentirla, ni verla, ni tocarla.

Para Amadeus no es igual que para Amelia. Para él es diferente.

Ella es como el sol. Él se siente como la luna. Castigados con saber que el otro existe, pero nunca podrán hacerlo juntos.

Agradecimientos

Este libro existe gracias a muchas personas.

Le quiero agradecer a mi familia por ser mi soporte, el lugar al que iba cuando tenía dudas, y que me ayudaron, más de una vez, a tomar decisiones.

A mis amigas y amigos, por siempre escucharme con emoción genuina y preguntarme cómo iba el libro, con alegría y ansiedad.

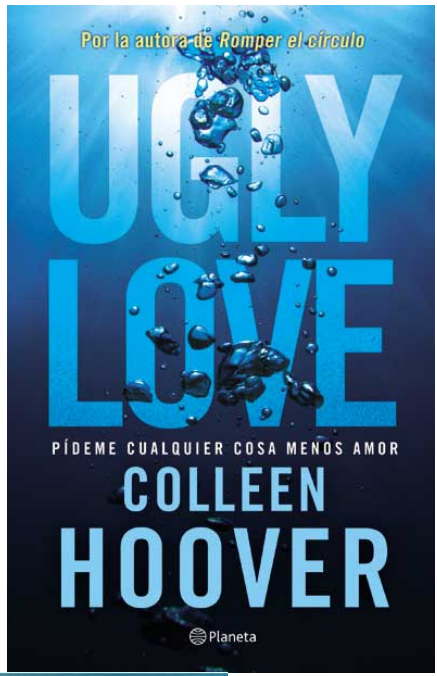
A cada ser humano que trabajó en este libro y pudo hacer que dejara de existir en mi cabeza y pueda existir en tus manos. Alvin, gracias por preguntarme si escribía, gracias por leerme, gracias por este regalo disfrazado de oportunidad y gracias por acompañarme en un camino desconocido para mí, pero que a tu lado parecía un viejo amigo.

Y no puedo olvidarme de vos. Gracias por elegirme en este mar inmenso de historias. Gracias por leerme. Es más de lo que alguna vez me permití imaginar.

Grupo Planeta

¡Seguinos!

¿Te gustó este libro? Te recomendamos...



La novela del verano (Beach Read) Ed. Argentina

Henry, Emily
9789504980803
486 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Dos escritores, unas vacaciones y una apuesta. Todo puede suceder durante un verano. January Andrews es escritora de novelas románticas y una soñadora empedernida. August Everett escribe

novelas serias y cree que el amor verdadero es sólo un cuento chino. Pero January y Gus tienen mucho más en común de lo que creen: Los dos están arruinados. Los dos están bloqueados. Y los dos necesitan escribir un bestseller antes de que termine el verano. Un fenómeno mundial de TikTok. «Una novela cálida y divertida que invita a creer en los finales felices.» Alice Kellen

Cómpralo y empieza a leer

Cora

Fernández Díaz, Jorge
9789504986102
216 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Hay secretos de los que uno no debería enterarse nunca. Cora Bruno es una detective privada especializada en infidelidades, una teórica del amor y alguien que se involucra personalmente en las dudas y los desgarros de sus clientes. Despectivamente, la llaman "reina de

corazones" y "espía de braga y bragueta". Todo cambia cuando una gran agencia de seguridad, dominada por hombres, quiere asociarla para derivarle clientes de alta gama. A partir de ese momento, la vida de Cora discurrirá por un laberinto de engaños y de amores ocultos, y dará un vuelco inesperado cuando uno de esos casos la enfrente cara a cara con la muerte. Mezcla de thriller y comedia sentimental Cora –la novela– tiene una sorpresa cada dos páginas, y un final asombroso y escalofriante. Jorge Fernández Díaz, el autor de Mamá y creador de la demoledora trilogía de Remil, amalgama una vez más su conocimiento sobre la condición humana con el más puro suspenso. El resultado: un mundo de intrigas amorosas lleno de vueltas de tuerca que presenta en socie-dad a un personaje femenino que dará que hablar.

Cómpralo y empieza a leer

Blanca, la niña que quería volar

Vicuña, Benjamín
9789504981640
200 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El duelo es un desafío que tenemos que enfrentar para no morir con lo que hemos perdido. Este libro es un tributo a mi hija y una expresión desbordada y honesta de la experiencia que me tocó vivir. Una

tragedia que me atravesó como un rayo y me dejó vacío. Me costó años asimilarla y de alguna manera sigo transitando el desierto, pero seguí viviendo. En estas páginas hablo acerca de mi niña y mis pesares. También de las herramientas que me sirvieron para iluminar noches oscuras. Espero que puedan servirle a alguien. Que quienes están atravesando una pérdida, sufriendo o acompañando un duelo, puedan encontrar algo de alivio y esperanza. Una pequeña luz en mitad del océano cuando no vemos la orilla. BENJAMÍN VICUÑA El duelo es un desafío que tenemos que enfrentar para no morir con lo que hemos perdido. Es el intento de ponerle palabras a un dolor mudo que lastima. Por eso celebro la llegada de Blanca, la niña que quería volar. Porque aquí aparecen esas palabras que, tal vez, Benjamín necesitaba para vivir a pesar de la muerte de su hija. Esa hija que ya nadie, ni siquiera la muerte, podrá arrancar de su recuerdo. GABRIEL ROLÓN

Cómpralo y empieza a leer

Padre Mugica

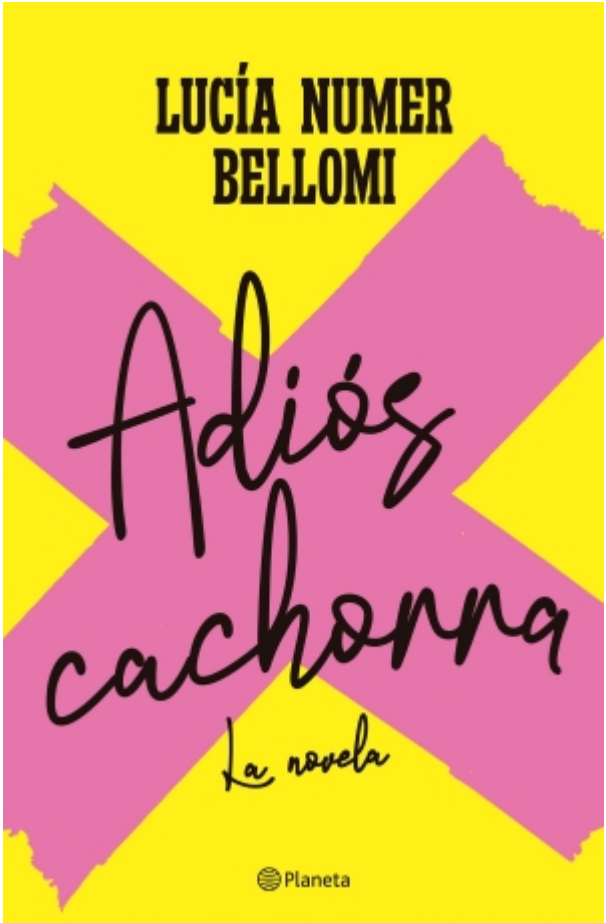
Reato, Ceferino
9789504986119
352 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La vida, la muerte y los usos políticos del asesinato del Padre Mugica. A medio siglo de su asesinato, dos cosas sobre el padre Carlos Mugica se mantienen inalterables: su condición de protagonista central de la convulsión social y política de los años setenta y el

desacuerdo acerca de quién ordenó su homicidio, si Montoneros o la Triple A. Con el rigor que lo caracteriza, Ceferino Reato disecciona la vida, la muerte, los usos políticos y hasta los hilos que mueven la leyenda del primer cura villero, en un libro caleidoscópico e imposible de abandonar. Carlos Mugica fue un personaje al que el término "fascinante" le queda chico. De la elite porteña a la villa de Retiro, del antiperonismo al peronismo, del orden conservador a la revolución guerrillera, del capitalismo al socialismo. Cincuenta años después de aquel atentado terrible que se cobró su vida —fue acribillado, indefenso, a la salida de la parroquia en la que terminaba de celebrar la santa misa—, Mugica sigue siendo un personaje tan moderno, seductor y polémico como lo fue en la época en la que le tocó vivir y morir.

Cómpralo y empieza a leer



Adiós Cachorra

Numer Bellomi, Lucía
9789504980865
208 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

No estar en pareja está bien, separarse está bien, tener apps de citas está bien, salir y divertirse está bien. Lo que no está bien bajo ningún punto de vista es que sigamos permitiendo que la frustración que nos genera el ghosting, las cancelaciones de los encuentros a último

momento, los chats abandonados, las promesas incumplidas por parte de gente que recién habíamos comenzado a conocer nos llenen de inseguridades, dudas y autoboicot. En esta graciosa ficción, tres mujeres con distintas personalidades y a quienes el mundo de las primeras citas les resulta un enigma se conocerán en un viaje. Ava, una australiana de treinta años que decide irse a París después de una última salida fallida con uno de Tinder que la rechazó y que encima olía a salchichas, huevo y arroz. Oli, una arquitecta de veintisiete años, estadounidense y millonaria que resuelve irse a la Ciudad Luz luego de descubrir que Ben, uno con el que se vio una vez por semana durante dos años y que supuestamente "no estaba para nada serio", se puso de novio con otra. E Isa, una española que atraviesa una crisis existencial porque se divorció de su marido de toda la vida y sus hijos ya son grandes y no la demandan como antes. Allí conocerán a Lili, una argentina de cuarenta años que en su pasado lo único que tenía eran miles de intentos de relaciones fallidas y no entendía por qué. Esa frustración la llevó a buscar soluciones en libros de sociología, psicología, neurociencia y divulgación feminista. Su investigación la condujo a encontrar respuestas a su dilema y desde entonces sus citas son siempre un éxito. Lili las ayudará a entender por qué no consiguen pasar de los primeros encuentros y les dará herramientas para lograr ser auténticas y vistas en todas esas oportunidades. Y vos, lectora, ¿estás lista para hackear el mundo citero?

Cómpralo y empieza a leer